LA ESFINGE DE LOS HIELOS

JULIO VERNE

CUADERNO PRIMERO

A la memoria de Edgard Poe.
A mis amigos de América.

I

LAS ISLAS KERGUELEN

Nadie, sin duda, prestará fe a esta narración, titulada *La esfinge de los hielos*.

No importa. En mi opinión, conviene que vea la luz pública. Cada cual es libre de prestarla o no crédito.

Difícil sería, tratándose del comienzo de estas maravillosas y terribles aventuras, imaginar lugar más apropiado que las islas de la Desolación, nombre que les fue dado en 1779 por el capitán Cook. Después de lo que he visto durante mi estancia en ellas en 1809, puedo asegurar que merecen el lamentable calificativo dado por el célebre

navegante inglés. Con decir islas de la Desolación, todo está dicho.

Sé que en la nomenclatura geográfica se las conoce con el nombre de Kerguelen, generalmente adoptado para este grupo, comprendido en el 49º 54' de latitud S y 69º 6' de longitud E, nombre que se justifica por el hecho de que en el año 1772, el barón francés Kerguelen fue el primero que señaló estas islas en la parte meridional del Océano índico. Lo cierto es que el jefe de la escuadra había creído descubrir un continente nuevo, en el límite de los mares antárticos, y en el curso de una segunda expedición preciso le fue reconocer su error. No había allí más que un archipiélago. Pero créaseme: islas de la Desolación es el único nombre que conviene a este grupo de trescientas islas o islotes, perdido en medio de aquellas inmensas soledades oceánicas, turbadas casi continuamente por las grandes tempestades australes.

Sin embargo, el grupo está habitado, y en la fecha 2 de Agosto de 1809, desde hacía dos meses, gracias a mi presencia en Christmas-Harbour, el número de los europeos y americanos que formaban el principal núcleo de la población kerguelense había aumentado en uno. Pero yo no esperaba más que ocasión para abandonarla, terminados los estudios geológicos y mineralógicos que a ella me habían llevado.



El puerto de Christmas está situado en la más importante de las islas de este archipiélago, cuya superficie mide 4.500 kilómetros cuadrados, o sea la mitad de la de Córcega. Ofrece bastante seguridad, y es de franco y fácil acceso. Los barcos encuentran en él anclaje en cuatro brazadas de agua. Después de haber doblado al Norte el cabo Francisco, que el Table-

Mount domina en una extensión de 1.200 pies, contemplad al través el arco de basalto acanalado en su extremo. Veréis una estrecha bahía, resguardada por los islotes contra los furiosos vientos del Este y del Oeste. Al fondo surge Christmas-Harbour. Que vuestro barco se dirija a él directamente manteniéndose a babor. Colocado en su sitio de anclaje, podrá permanecer con una sola ancla, con facilidad de borneo, mientras la bahía no sea invadida por los hielos.

Por lo demás, las Kerguelen ofrecen otras bahías, y por centenares; tan desfilachadas están sus costas como los bajos de la falda de una pobre, sobre todo en la parte comprendida entre el Norte y el Sudeste. Pululan allí las islas y los islotes. Todo el suelo de este archipiélago, de origen volcánico, se compone de cuarzo, mezclado de una piedra azulada. Llegado el estío, nacen verdes musgos, líquenes grises, diversas plantas fanerógamas, fuertes y sólidas saxifragas. Un solo árbol vegeta allí, una especie de berza de un gusto agrio, que inútilmente se buscaría en otros países.

Existen allí los terrenos que convienen en sus rookerys a los pájaros bobos, y otros, cuyas bandadas innumerables pueblan estos parajes. Vestidos de amarillo y blanco, la cabeza hacia atrás y con sus alas que figuran las mangas de un traje, estos estúpidos volátiles parecen desde lejos una fila de monjes en procesión a lo largo de las playas.

Las Kerguelen poseen además otros representantes del reino animal. Ofrecen múltiples refugios a los bueyes marinos, a las focas, a los elefantes de mar. La caza y la pesca

de estos anfibios son bastante fructuosas para alimentar relativo comercio y atraer algunos navíos.

El día en que está historia empieza, paseábame yo por el puerto, cuando el posadero se acerco a mí y me dijo:

-Si no me engaño, el tiempo empieza a parecerle a usted largo, señor Jeorling.

Era el tal un robusto y alto americano, instalado hacia quince años en Christmas-Harbour y dueño de la única posada del puerto.

-Largo, en efecto, le respondería a usted, Atkins, si no le mortificase a usted mi respuesta.

-De ninguna manera- respondió él.- Crea usted que estoy acostumbrado a estas respuestas como las rocas del cabo Francisco a las olas.

-¿Y aguanta usted como él?

-¡Sin duda, señor Jeorling! Desde el día en que usted desembarcó en Christmas-Harbour y se instaló usted en casa de Fenimore Atkins, cuya muestra es el *Cormorán Verde*, me dije: «Dentro de quince días, si no es de ocho, mi huésped lamentará haber desembarcado en las Kerguelen.»

-No, Atkins, yo no lamento jamás nada de lo que he hecho.

-¡Buena costumbre, señor!

-Además, recorriendo este grupo he tenido ocasión de observar cosas curiosas. He atravesado estas vastas planicies onduladas, cortadas por hornagueras tapizadas de recios musgos y llenas de curiosas muestras de minerales. He tomado parte en vuestras pescas de bueyes marinos y focas;

he visitado los rookerys, donde los pájaros bobos y los albatros viven como buenos camaradas, y todo esto me parece digno de observarse. Usted me ha servido de vez en cuando los petrilbaltasar, condimentados por usted, manjar muy aceptable cuando se posee un buen apetito. En fin, he encontrado una excelente acogida en el *Cormorán Verde,* por lo que le estoy muy agradecido. Pero, si no falla mi cuenta, hace ya dos meses que el barco chileno *Penas* me ha depositado en Cristmas-Harbour en plano invierno...

-¿Y siente usted deseo- dijo el posadero- de volver a su país que es el mejor, señor Jeorling, de regresar a Connecticut, de volver a ver Hartford, nuestra capital...?

-Sin duda, Atkins, pues pronto hará tres años que recorro el mundo. Preciso será detenerse un día u otro y... echar raíces.

-¡Ah...! ¡Ah!... Cuando se echan raíces- respondió el americano guiñando un ojo- se acaba por extender las ramas.

-Como usted lo dice, Atkins. Sin embargo, como carezco de familia, lo probable es que en mí termine la línea de mis antepasados. No creo que a los cuarenta años me acometa la idea de extender mis ramas, como usted lo ha hecho, mi querido posadero; pues usted es un árbol, y un árbol hermosísimo.

-Un roble... y hasta una encina, si usted quiere, señor Jeorling.

-Y ha obrado usted cuerdamente obedeciendo las leyes de la Naturaleza. Pues si la Naturaleza nos ha dado piernas para caminar...

-Nos ha dado también con qué sentarnos- exclamó Fenimore Atkins lanzando una carcajada;- y, por esto, desde hace quince años yo estoy cómodamente sentado en Christmas-Harbour, donde me he casado, y mi compañera Betsey me ha gratificado con diez hijos, que a su vez me gratificarán con nietos, los que se encaramarán por mis pantorrillas como gatitos pequeños.

-¿Y no volverá usted nunca a su país natal?

-¿A Baltimore? ¿Qué haría allí? ¿Qué hubiera hecho? Luchar con la miseria... No... Aquí, en las islas de la Desolación, donde jamás he tenido ocasión para desesperarme, tengo asegurado el porvenir para mí y los míos.

-Lo felicito a usted, Atkins, porque es usted feliz. No obstante, no es imposible que algún día se apodere de usted el deseo...

-¿De trasplantarme, señor Jeorling? Se lo he dicho a usted: soy una encina..., e intente usted trasplantar una encina que esté hundida hasta la mitad del tronco en la tierra de las Kerguelen.

Daba gusto oír al digno americano, aclimatado de tal modo a este archipiélago, y tan vigorosamente templado por la rudeza de su clima. Vivía allí, con su familia, como los pájaros bobos en sus rookerys, familia compuesta de la madre, valerosa matrona, y los hijos robustos, de floreciente salud e ignorando lo que son anginas o dilataciones del estómago. El negocio marchaba. El *Cormorán Verde* gozaba de gran fama y contaba con la parroquia de todos los barcos, balleneros o no, que hacían escala en las Kerguelen. Les

proveía de sebo, de grasas, de alquitrán, de brea, de especias, azúcar, té, conservas, whisky y Ginebra.

Inútilmente se hubiera buscado otra posada en Christmas-Harbour. En lo que se refiere a los hijos de Fenimore Atkins, eran carpinteros, veleros, pescadores, y cazaban anfibios, que perseguían en el fondo de todos los pasos durante la estación cálida. Eran, en suma, bravas gentes que obedecían su destino.

-En fin, Atkins, y para concluir- dije yo- estoy encantado de haber venido a las Kerguelen. Llevaré de ellas un buen recuerdo, aunque no me disguste gran cosa darme de nuevo al mar.

-Vamos, señor Jeorling, un poco de paciencia- respondió el filósofo.- No se debe apresurar ni desear la hora de una separación. Además, no olvide usted que los días hermosos no tardarán en volver. Dentro de cinco o seis semanas...

-Pero entretanto- exclamé,- los montes y las llanuras, las rocas y las playas, están cubiertas de una espesa sábana de nieve, y el sol no tiene la fuerza necesaria para disolver las brumas del horizonte.

-No, señor Jeorling.- Se ve ya apuntar el césped salvaje bajo la blanca cubierta. Mírela usted bien.

-Entre nosotros, Atkins, ¿pretenderá usted que los hielos no se amontonarán en vuestras bahías durante el mes de Agosto, que es el Febrero de nuestro hemisferio Norte?

-Convengo en ello, señor Jeorling. Pero... se lo repito a usted: ¡paciencia! Este año el invierno ha sido dulce. Los

barcos aparecerán pronto en el Este o en el Oeste, pues la época de la pesca se aproxima.

-El cielo le oiga a usted, Atkins, y guíe a buen puerto al navío, que no tardará..., la goleta *Halbrane.*

-Capitán Len Guy- añadió el posadero.- Un valiente marino, aunque inglés (en todas partes hay buena gente), y que se avitualla en el *Cormorán Verde.*

-¿Cree usted que la *Halbrane*...?

-Será señalada antes de ocho días al través del cabo Francisco, señor Jeorling, y si así no sucede, es que el capitán Len Guy no existirá, y de no existir éste, será porque la *Halbrane* se habrá ido a pique entre las Kerguelen y el cabo de Buena Esperanza.

Y después de hacer un expresivo gesto que indicaba que semejante eventualidad estaba fuera de todo lo probable, Fenimore Atkins se separó de mí.

Esperaba yo que las previsiones de mi posadero no tardarían en realizarse. El tiempo se me hacía largo. A creerle, se revelaban ya los síntomas de la buena estación; buena para estos parajes, como se comprende. Aunque el yacimiento de la isla principal esté casi a la misma latitud que el de París en Europa y el de Quebec en Canadá, trátase aquí del hemisferio meridional, y se sabe que, efecto de la órbita elíptica que describe la Tierra, uno de cuyos centros ocupa el Sol, este hemisferio es más frío en invierno que el hemisferio septentrional, y también más cálido que él en verano. Lo cierto es que el período invernal es terrible en las Kerguelen a causa de las tempestades, y que la mar se hiela allí durante

varios meses, por más que la temperatura no sea de un extraordinario rigor, siendo la media de dos grados centígrados en el invierno, y de siete en el verano, como en las Falklands o en el cabo Horn. No hay que decir que durante este período, Christmas-Harbour y los otros puertos no abrigan un solo barco. En la época de que hablo, los steamers eran aun raros. Respecto a los veleros, cuidadosos de no dejarse bloquear por los hielos, iban a buscar los puertos de la América del Sur, en la costa occidental de Chile, o los de África, más generalmente Cape-Town, del cabo de Buena Esperanza. Algunas chalupas, las unas presas ya en las aguas solidificadas, las otras arrojadas sobre la arena y hundidas hasta la bola de sus mástiles, era todo lo que ofrecía a mis miradas la superficie de Christmas-Harbour.



A pesar de que las diferencias de temperatura no son considerables en las Kerguelen, el clima es húmedo y frío. Sobre todo en la parte occidental, el grupo recibe frecuentemente el asalto de las borrascas del Norte o del Oeste, mezcladas de granizo y lluvia. Hacia el Este el cielo es más claro, aunque la luz esté siempre algo velada, y por esta

parte el límite de las nieves sobre las crestas de las montañas se eleva a 50 toesas sobre el nivel del mar. Después de los dos meses que acababa de pasar en el archipiélago de las Kerguelen, yo no esperaba más que la ocasión de partir de nuevo a bordo de la goleta *Halbrane,* cuyas cualidades, desde el punto de vista sociable y marino, no dejaba de alabar mi entusiasta posadero.

-¡No encontrará usted barco mejor!- repetíame de continuo. -Ninguno de los capitanes de la marina inglesa puede ser comparado con mi amigo Len Guy, ni por la audacia, ni por el conocimiento de su oficio. Si se mostrase más hablador, más comunicativo, sería perfecto.

Habíame, pues, decidido a aceptar las recomendaciones de Atkins. Así que la goleta anclase en Christmas-Harbour, tomaría mi billete. Después de una escala de seis o siete días, ella se haría de nuevo a la mar con dirección a Tristán de Acunha, donde llevaba cargamento de mineral de estaño y cobre.

Tenía el proyecto de permanecer algunas semanas del buen tiempo en esta última isla. Desde aquí contaba partir para el Connecticut. No me olvidaba, sin embargo, de reservar al azar la parte que en todo proyecto humano le corresponde, pues como ha dicho Edgard Poe, siempre es prudente tener en cuenta lo imprevisto, lo inesperado; y los hechos fortuitos, accidentales, merecen no ser olvidados, y el acaso debe incesantemente ser materia de riguroso cálculo.

Y si cito a nuestro gran autor americano, es porque, aunque yo sea hombre de espíritu muy práctico, de carácter

muy serio, y de natural poco propenso a lo fantástico, no por eso admiro menos a este genial poeta de las extravagancias humanas.

Por lo demás, y volviendo a la *Halbrane*, o más bien a las ocasiones que se me ofrecerían de embarcarme en Christmas-Harbour, no había que temer ningún percance. En esta época, las Kerguelen eran anualmente visitadas por numerosos navíos, quinientos por lo menos. La pesca de los cetáceos daba fructuosos resultados, como puede juzgarse por el siguiente hecho: un elefante de mar, uno solo, da una tonelada de aceite, es decir, un rendimiento igual al de mil pingüinos. Verdad es que en estos últimos años no hacen escala en este archipiélago arriba de una docena de barcos, pues la abusiva destrucción de los cetáceos ha reducido la cifra.

No había, pues, que tener inquietud alguna respecto a la facilidad de abandonar a Christmas-Harbour, ni aun en el caso de que la *Halbrane* faltase a su cita y el capitán Len Guy no viniese a dar un apretón de manos a su compadre Atkins.

Todos los días me paseaba por los alrededores del puerto. El sol comenzaba a adquirir fuerza. Las rocas volcánicas despojábanse poco a poco de su blanco tocado de invierno. Sobre la arena aparecía un musgo de color de vino, y al largo serpeaban las cintas de esas algas de cincuenta a sesenta yardas. Hacia el fondo de la bahía, algunas gramíneas alzaban su punta tímida, entra otras la lyella, que es de origen andino, a más de las que produce la tierra fuegiense, y también el único arbusto de este suelo, del que ya he hablado, esa col gigantesca tan preciosa por sus virtudes contra el escorbuto.

En lo que concierne a los mamíferos terrestres- pues los mamíferos marinos abundan en estos parajes,- yo no había encontrado uno solo, ni batracios, ni reptiles, únicamente algunos insectos, mariposas y otros, y sin alas, por la razón de que, antes que pudieran utilizarlas, las corrientes atmosféricas las llevaban a la superficie de las agitadas olas de estos mares.

Una o dos veces me había embarcado a bordo de una de esas sólidas chalupas con las que los pescadores afrontan los ramalazos de viento que baten como catapultas las rocas de las Kerguelen. Con tales barcos podría intentarse la travesía de Cape-Town, y llegar al puerto si el tiempo no era malo. Pero téngase la seguridad de que no era mi intención abandonar Cristmas-Harbour en tales condiciones. No. ¡Yo esperaba a la goleta *Halbrane*, y la goleta *Halbrane* no podía tardar!

En el curso de estos paseos de un bahía a otra, había yo observado con gran curiosidad los diversos aspectos de la accidentada costa, esqueleto prodigioso, de formación ígnea, que agujereaba el blanco sudario del invierno y dejaba pasar por él sus azulados miembros.

¡Qué impaciencia sentía a veces a pesar de los sabios consejos de mi posadero, tan feliz en su casa de Christmas Harbour! Son raros en este mundo aquellos a los que la práctica de la vida ha hecho filósofos. Además, en Fenimore Atkins, el sistema muscular dominaba al nervioso. Tal vez poseía también menos inteligencia que instinto, y estas gentes están mejor armadas para defenderse contra los golpes de la

vida, y es posible que sus probabilidades de encontrar la felicidad en este bajo mundo sean más serias.

-¿Y la *Halbrane*?- preguntábale yo todas las mañanas.

-¿La *Halbrane,* señor Jeorling? Seguramente llegará hoy, me respondía; y si no es hoy, será mañana. Algún día será, ¿no es cierto?... Que será la víspera de aquel en que el pabellón del capitán Len Guy se despliegue ante Christmas-Harbour.

Para aumentar el campo de vista, yo no hubiera tenido más que subir al Table-Mount. Por una altura de mil doscientos pies se obtiene una extensión de treinta y cinco millas, y tal vez, aun al través de la bruma, la goleta sería vista veinticuatro horas antes. Pero sólo un loco hubiera podido pensar en subir a aquella montaña, cubierta aun de nieve desde las laderas a la cúspide.

Recorriendo las playas, a veces ponía en fuga a gran número de anfibios, que se sumergían en las aguas nuevas. En cuanto a los pingüinos, impasibles y pesados, no desaparecían cuando yo llegaba. A no ser por el aire estúpido que los caracteriza, se vería uno tentado a dirigirles la palabra, a condición de hablar en su lengua gritona y ensordecedora. Respecto a los petrales negros, a los pufinos negros y blancos, a los colimbos y las cercetas, huían en seguida.

Un día asistí a la partida de un albatros, que los pingüinos saludaron con sus mejores graznidos, como a un amigo que, sin duda, les abandonaba para siempre. Estos poderosos volátiles pueden hacer jornadas de doscientas leguas sin

descansar un instante, y con tal rapidez que recorren grandes espacios en algunas horas.

El albatros, inmóvil sobre elevada roca, en el extremo de la bahía de Christmas-Harbour, miraba al mar que la resaca empujaba violentamente contra los escollos.

De repente el pájaro se elevó con rápido arranque, con las patas replegadas y la cabeza alargada como la parte saliente de un navío, exhalando su agudo graznido, y algunos instantes después, reducido a un punto negro en el vacío, desaparecía tras las brumas del Sur.

II

LA GOLETA «HALBRANE»

Trescientas toneladas de cabida, arboladura inclinada que le permite ceñir el viento, muy rápida en su andadura, un velamen que comprendo: mástil de mesana, mesana goleta, bambola, gavia y mastelero de juanetes. En el palo mayor, cangreja y espiga; en la proa trinquete, grande y pequeño foque. Tal es el schooner esperado en Christmas-Harbour; tal es la goleta *Halbrane*.

A bordo había un capitán, un lugarteniente, un contramaestre, un cocinero y ocho marineros; total 12 hombres, lo que es bastante para la maniobra. Construido sólidamente, con las cuadernas y hordaje empernados con cobre, de buen velamen, aquel barco, muy marino, muy manejable, apropiado a la navegación, entre los cuarenta y sesenta paralelos Sur, hacía honor a los constructores de Birkenhead. Atkins me había dado estas noticias, excuso decir que con gran acompañamiento de elogios.

El capitán Len Guy, de Liverpool, era por las tres quintas partes propietario de la *Halbrane,* que mandaba desde hacía unos seis años.

Traficaba en los mares meridionales de África y América, yendo de unas islas a otras y de uno a otro continente. La razón de que su goleta no llevara más que 12 hombres estaba en que se ocupaba del comercio únicamente. Para la caza de anfibios, focas o becerros marinos hubiera sido necesario tripulación más numerosa, con los aparatos, harpones, bálagos, sedales exigidos para estas rudas operaciones. Añado que en medio, de estos parajes, poco seguros, frecuentados en aquella época por piratas, y en las cercanías de islas que deben ser miradas con desconfianza, una agresión no hubiera pillado desprevenida a la *Halbrane.* Cuatro piezas de artillería, suficiente cantidad de balas y metralla, un pañol lleno de pólvora, fusiles, pistolas y carabinas, garantizaban su seguridad. Además, los hombres del puesto estaban siempre alerta. Navegar por aquellos mares sin haber tomado estas precauciones hubiera sido rara imprudencia.

El 7 de Agosto por la mañana, en ocasión en que yo me encontraba acostado y medio dormido, la gruesa voz del posadero y los puñetazos que a mi puerta daba éste me hicieron saltar del lecho.

-Señor Jeorling, ¿está usted despierto?

-Sin duda, Atkins; y ¿cómo no con ese estrépito? ¿Qué pasa?

-Un navío a seis millas, en el Nordeste, y con el cabo en dirección a Christmas.

-¿Será la *Halbrane*?- exclamé, arrojando vivamente las mantas.

-Dentro de algunas horas lo sabremos, señor Jeorling. De todos modos, es el primer barco que viene en el año, y me parece justo que se le haga buena acogida.

Vestíme en un instante y me reuní con Fenimore Atkins en el muelle, en el sitio en que el horizonte aparecía ante los ojos en ángulo muy abierto, entre los dos extremos de la bahía de Christmas-Harbour.

El tiempo estaba bastante claro, sin brumas; la mar tranquila, bajo ligera brisa. Por otra parte, y gracias a los vientos regulares, el cielo se muestra más luminoso en este lado de las Kerguelen que en el opuesto.

Unos veinte habitantes- pescadores la mayor parte,- rodeaban a Atkins, el cual era, sin oposición, el personaje más considerable y considerado del archipiélago, y, en consecuencia, el más escuchado.

El viento favorecía entonces la entrada en la bahía. Pero como la marea estaba baja, el navío señalado, un schooner, evolucionaba sin apresuramiento, las velas bajas, esperando la marea plena.

Discutían los del grupo, y yo, muy impaciente, seguía la discusión sin mezclarme en ella. Las opiniones eran distintas y defendidas con igual terquedad.

Debo confesar, y esto me disgustaba, que la mayoría estaba en contra de la opinión de que el schooner fuera la *Halbrane*. Dos o tres solamente se declaraban por la afirmativa, y entre ellos el dueño del *Cormorán Verde*.

-¡Es la *Halbrane*!- repetía.- ¡Vamos, que no llegar el capitán Len Guy el primero a las Kerguelen!... Es él... Estoy tan seguro como si estuviese aquí, su mano sobre la mía, y tratando de renovar su provisión de patatas.

-¡Tiene usted bruma en los párpados, señor Atkins!- replicó uno de los pescadores.

-¡No tanta como tú en la cabeza!- respondió el posadero con acritud.

-Ese barco no tiene corte inglés- declaró otro.- Por su aspecto parece más bien de construcción americana.

-No... Es inglés- insistió Atkins,- y sería capaz de asegurar de qué talleres ha salido. Sí, de los talleres de Birkenhead, en Liverpool, donde la *Halbrane* ha sido botada.

-No- afirmó un viejo marino.- Ese schooner ha sido construido en Baltimore, en casa de Nipper y Stronge, y las aguas del Chesapeake han estrenado su quilla.

-¡De las aguas del Mersey, abominable tonto!- replicó Atkins. -Limpia tus anteojos y mira el pabellón que sube al asta.

-¡Inglés!- exclamaron todos.

En efecto: el pabellón del Reino Unido acababa de ser desplegado.

No había, pues, duda de que era un navío inglés que se dirigía hacia el paso de Christmas-Harbour; pero de aquí no se desprendía que se tratase precisamente de la goleta del capitán Len Guy.

Dos horas después no podía haber cuestión. Antes del mediodía la *Halbrane* anclaba en Christmas-Harbour.

Grandes demostraciones de Atkins a la vista del capitán de la *Halbrane,* que me pareció menos expansivo.

Un hombre de cuarenta y cinco años, de complexión sanguínea, miembros sólidos como los de su goleta, cabeza recia, cabellos ya grises, ojos negros de pupila brillante bajo espesas cejas, labios delgados que descubrían dentadura fuerte en poderosas mandíbulas, barbilla prolongada por roja y perilla, piernas y brazos vigorosos; tal era el capitán Len Guy. Su rostro, más que duro, impasible, como el de hombre reservado que no entrega sus secretos, como pude saber el mismo día por alguien mejor informado que Atkins, aunque este último pretendiese ser gran amigo del capitán. La verdad era que nadie podía alabarse de haber penetrado aquella naturaleza bastante ruda.

Importa mencionar que el individuo al que he aludido era el contramaestre de la *Halbrane,* llamado Hurliguerly, natural de la isla de Vight, de cuarenta y cuatro años de edad, regular estatura, vigoroso, los brazos separados del cuerpo, las piernas arqueadas, la cabeza redonda sobre cuello de toro, el pecho lo bastante ancho para contener dos pares de pulmones (y yo me preguntaba si no los tenía realmente: tanto aire consumía para el acto de la respiración), siempre soplando, impenitente hablador, la mirada maliciosa, la cara alegre, con gran número de arrugas bajo los ojos, producidas por la incesante contracción del gran cigomático. Añadamos un pendiente, uno sólo, que pendía de su oreja derecha. ¡Qué contraste con el capitán de la goleta! Y ¿como podían entenderse dos seres tan distintos? Sin embargo, se

entendían, puesto que desde quince años antes navegaban juntos, primeramente sobre el brick *Power,* que había sido reemplazado por el schooner *Halbrane*, seis años antes del comienzo de esta historia.

Desde su llegada supo Hurliguerly, por Fenimore Atkins, que si el capitán Len Guy consentía en ello yo tomaría pasaje a bordo de la goleta. Así es que, sin presentación ni preparación, el contramaestre se acercó a mi por la tarde. Conocía ya mi nombre y me abordó en estos términos:

-Señor Jeorling: le saludo a usted.

-También yo le saludo a usted, amigo mío- respondí.- ¿Qué desea usted?

-Ofrecerle a usted mis servicios.

-¿Sus servicios?... ¿Y con qué objeto?

-Al objeto de la intención que usted tiene de embarcarse en la *Halbrane.*

-Pero, ¿quién es usted?

-El contramaestre Hurliguerly, llamado así y puesto así en el estado nominativo de la tripulación, y, además, el fiel compañero del capitán Len Guy, el que me escucha con gusto aunque tiene la reputación de no escuchar a nadie.

Pensé que sería conveniente utilizar los servicios de hombre tan amable, el cual no parecía dudar de su influencia sobre el capitán Len Guy. Así es que le respondí:

-Pues bien, amigo mío, hablemos si sus tareas no le reclaman en este momento.

-Puedo disponer de dos horas, señor Jeorling. Además, hoy el trabajo es poco. Mañana el de desembarcar algunas

mercancías y renovar algunas provisiones... Todo este tiempo es de descanso para la tripulación. Si usted está libre como yo...

Y, al decir esto, extendió su mano hacia el fondo del puerto en dirección a sitio que le era familiar.

-¿No estamos bien aquí para hablar?- observé yo, deteniéndole.

-¡Hablar, señor Jeorling..., hablar de pie y con el gaznate seco, siendo tan fácil hacerlo sentados en un rincón del *Cormorán Verde,* entre dos tazas de té al whisky!

-Yo no bebo, contramaestre.

-Bien... Yo beberé por los dos... ¡Oh! ¡No suponga usted que trata con ningún borracho no! Nunca más que lo preciso; pero todo lo preciso.

Seguí al marino, evidentemente acostumbrado a nadar en las aguas de las tabernas. Y mientras Atkins se ocupaba, en el puente de la goleta, de los precios de las compras y ventas, nosotros nos instalamos en el salón de la posada.

Ante todo le dije al contramaestre:

-Precisamente contaba con Atkins para ponerme en relación con el capitán Len Guy; pues, si no me engaño, lo conoce mucho.

-¡Oh!...- dijo Hurliguerly.- Fenimore Atkins es un buen hombre, y el capitán le estima; pero por lo demás... déjeme usted que yo trate el negocio, señor Jeorling.

-¿Es un asunto difícil, contramaestre? ¿No hay un camarote disponible en la *Halbrane*? El más pequeño me convendrá, y yo pagaré...

-¡Muy bien, Sr. Jeorling! Hay un camarote a bordo que nadie ha utilizado jamás; y toda vez que usted está dispuesto a vaciar el bolsillo, si esto es necesario... Sin embargo, para entre nosotros, conviene tener más malicia de la que usted piensa y de lo que piensa mi viejo amigo Atkins para decidir al capitán Len Guy a tomar un pasajero. ¡Sí! No está de más toda la malicia del buen muchacho que está en disposición de beber a la salud de usted, lamentando que usted no le devuelva el brindis.

¡Con qué vivo resplandor del ojo derecho, mientras guiñaba el izquierdo, acompañó Hurliguerly está declaración!

Parecía como si toda la viveza que poseían sus dos ojos hubiera pasado al través de uno. Inútil es añadir que el final de su hermosa frase se ahogó en un vaso de whisky, cuya excelencia no podía el contramaestre apreciar porque el *Cormorán Verde* no se avituallaba más que con la cala de la *Halbrane*.

Luego, aquel diablo de hombre sacó de su chaqueta una pipa negra y corta, la llenó de tabaco, la encendió después de haberla colocado en el intersticio de dos molares, en un ángulo de su boca, y se envolvió en tal humareda, como un steamer con la caldera llena, que su cabeza desapareció tras una nube gris.

-Señor Hurliguerly- dije.

-señor Jeorling.

-¿Por qué el capitán no me aceptará?

-Porque no entra en sus cálculos tomar pasajeros a bordo, y hasta ahora ha rehusado siempre proposiciones de ese género.

-¿Y por qué razón?

-Porque no quiere tener impedimento alguno en sus marchas; ir donde quiera, dasandar el camino, por poco que esto le convenga; ir al Norte, al Sur, a Levante, a Poniente, sin dar a nadie razón alguna. No abandona jamás los mares del Sur, y hace ya muchos años que los recorremos juntos entre la Australia al Este y la América al Oeste, yendo de Hobart-Town a las Kerguelen, a Tristán de Acunha, a las Falklands, no haciendo escala más que el tiempo preciso, para vender nuestro cargamento, y llegando alguna vez hasta el mar Antártico. En tales condiciones, usted lo comprenderá, un pasajero puede ser molesto; y además, ¿quién querrá embarcar en la *Halbrane,* que va siempre donde el viento la arrastra?

Preguntábame si el contramaestre no pretendía hacer de la goleta un barco misterioso, que navegase al azar, no deteniéndose en sus escalas; una especie de navío errante de las altas latitudes, mandado por un capitán fantástico. Fuera lo que fuera, le dije:

-En fin, la *Halbrane* va a abandonar las Kerguelen dentro de tres o cuatro días.

-Seguramente.

-¿Y esta vez pondrá el cabo al Oeste para llegar a Tristán de Acunha?

-Probablemente.

-Pues bien, contramaestre. Me basta esta probabilidad; y toda vez que usted me ofrece sus buenos servicios, decida usted al capitán Len Guy a que me acepte como pasajero.

-Delo usted por hecho.

-Perfectamente, Hurliguerly, y no se arrepentirá usted.

-¡Eh! señor Jeorling- respondió aquel singular contramaestre, sacudiendo la cabeza como saliera del agua.- Nunca me arrepiento de nada, y sé que haciéndole a usted un servicio tampoco me arrepentiré. Ahora, con su permiso, me marcho a bordo sin esperar el regreso del amigo Atkins.

Después de vaciar de un trago su último vaso de whisky (yo pensé que el vaso iba a desaparecer en su gaznate con el licor), Hurliguerly me dirigió una sonrisa de protección, y balanceando su robusto cuerpo sobre el doble arco de sus piernas, y empenachado con la acre humareda que del horno de su pipa se escapaba, salió del *Cormorán Verde.*

Quedé ante la mesa bajo el imperio de contrarias reflexiones.

¿Quién era realmente el capitán Len Guy? Atkins me le había presentado como un buen marino y un valiente. Nada me autorizaba para dudarlo, pero además era un tipo original a juzgar por lo que el contramaestre acababa de decirme. Confieso que nunca había pensado que pudiera existir dificultad alguna para mi embarque en la *Halbrane,* puesto que no me importaba el precio y estaba dispuesto a contentarme con la vida de a bordo. ¿Por qué razón el capitán Len Guy había de rehusarme cosa tan sencilla? ¿Era admisible que él no quisiera sujetarse a ningún trato, ni

quedar obligado a cambiar el curso de su navegación, si así era su capricho? ¿o tenía motivos para desconfiar de un extranjero? ¿Hacía, pues, el contrabando, o la trata, comercio aun más frecuente en aquella época en los mares del Sur? Explicación plausible, después de todo, por más que mi digno posadero respondiera de la *Halbrane* y de su capitán. Honrado navío, honrado capitán. Fenimore Atkins salía garante de uno y otro. Esto era algo, pero ¿no se hacía ilusiones respecto a ambos puntos? Realmente él no conocía al capitán Len Guy más que de verle una vez al año hacer escala en las Kerguelen, donde no se entregaba más que a operaciones regulares, que no dejaban paso a sospecha alguna.

Por otra parte, yo me preguntaba si el contramaestre no había exagerado con el objeto de dar más importancia a sus servicios.

Tal vez el capitán Len Guy tendría a gran dicha y satisfacción llevar a bordo a un pasajero tan acomodaticio como yo pretendía ser, y que no repararía en el precio del pasaje.

Una hora después yo encontraba al posadero en el puerto, y le puse al tanto de lo ocurrido.

-¡Ah!... siempre es el mismo ese endiablado Hurliguerly- exclamó. -A creerle, el capitán Len Guy no se sonará las narices sin consultarle... Créame usted, señor Jeorling: ese contramaestre no es malvado, ni bestia, pero si buscador de dollars o guineas. ¡Si cae usted en sus manos, ojo al bolsillo! Abotónesele usted, y no se deje coger.

-Gracias por el consejo, Atkins... Y ahora dígame: ¿ha hablado usted ya con el capitán Len Guy?... ¿Le ha hablado él a usted?...

-Aun no, señor Jeorling. Tenemos tiempo. La *Halbrane* no ha hecho más que llegar.

-Bien... pero usted lo comprenderá... Yo desearía arreglar esto cuanto antes.

-Esté usted tranquilo.

-Deseo saber a qué atenerme...

-¡No hay nada que temer, señor Jeorling!... Las cosas marcharán por sí solas. Un poco de paciencia. Además, a falta de la *Halbrane,* no esperará- usted mucho tiempo. Con la época de la pesca, Christmas-Harbour contará bien pronto con más barcos que casas hay en torno del *Cormorán Verde.* Confíe usted en mí. Yo me encargo de su embarque.

En todo esto, nada más que palabras del contramaestre por un lado y de Atkins por otro. Así es que, a pesar de sus buenas promesas, resolví dirigirme directamente al capitán Len Guy, por poco abordable que éste fuera, y hablarle de mi proyecto en cuanto le encontrara solo.

Hasta el día siguiente no se presentó esta ocasión. Hasta entonces había yo paseado a lo largo del muelle, examinando el schooner, un navío de notable construcción y de gran solidez. Ésta es una cualidad indispensable en estos mares, donde los hielos derivan alguna vez más allá del paralelo quincuagésimo.

Era por la tarde. Cuando me acerqué al capitán Len Guy comprendí que mi presencia le molestaba.

Claro es que en Christmas-Harbour, la pequeña población de pescadores, no se renueva nada. Tal vez en los barcos, bastante numerosos en esta época, algunos habitantes de las Kerguelen se alisten para reemplazar a los ausentes o desaparecidos. En el fondo la población no se modifica, y el capitán Len Guy debía de conocerla individuo por individuo. Algunas semanas más tarde, cuando toda la flotilla hubiera vertido su personal sobre los muelles, donde reinaría una animación extraordinaria, el capitán Len Guy hubiera podido equivocarse; pero en la fecha actual, mes de Agosto, la *Halbrane*, aprovechando un invierno de dulzura verdaderamente excepcional, estaba sola en mitad del puerto.

Era, pues, imposible que el capitán Len Guy no hubiese adivinado en mí a un extranjero, aun en el caso que el contramaestre y Fenimore Atkins no hubieran dado aun ningún paso que a mi objeto se refiriese.

Su actitud, pues, no podía significar más que esto: o al tanto de mis deseos no quería tratar de ellos, o ni Hurliguerly, ni Atkins le habían hablado del asunto de la víspera. En este último caso, si él se alejaba de mí, obedecía a su natural poco comunicativo, o no le convenía entar en relaciones con un desconocido.

La impaciencia se apoderó de mí. Si aquel erizo rehusaba mis proposiciones, pasaría por la repulsa. No tenía yo la pretensión de obligarle a que me admitiera a bordo de su navío aunque no quisiera. Además, en las Kerguelen no había cónsul ni agente americano al que hubiera yo podido acudir en queja de la negativa del capitán. Lo importante era salir de

dudas, y si el capitán Len Guy me rechazaba, le dejaría en paz y esperaría la llegada de otro barco más complaciente...; lo que, a la postre, no significaba más que un retraso de dos o tres semanas.

En el momento en que yo iba a abordarlo, el lugarteniente de a bordo vino a reunirse con su capitán. Este aprovechó la ocasión para alejarse, y haciendo al oficial seña de que le siguiera, rodeó el fondo del puerto y desapareció tras una roca, subiendo la bahía por la parte septentrional.

-¡Al diablo!- pensé yo.- Hay motivos para creer que me será difícil conseguir lo que deseo... Pero esto no es mas que un compás de espera. Mañana por la mañana iré a bordo de la *Halbrane.* ¡Quiera o no quiera el capitán Len Guy, tendrá que escucharme y responderme sí o no!

Además, podía acontecer que, a la hora de la comida, el capitán Len Guy fuese al *Cormorán Verde,* donde los marinos tienen la costumbre de almorzar y comer durante el tiempo que las escalas duran. Después de pasar algunos meses en el mar agrada cambiar un *menu,* generalmente reducido a galleta y carne en conserva. Hasta la salud lo exige, y mientras que los víveres frescos son puestos a disposición de las tripulaciones, los oficiales comen muy a su placer en la posada. No dudaba yo que mi amigo Atkins lo hubiera dispuesto todo para recibir convenientemente al capitán, al lugarteniente y también al contramaestre de la goleta.

Esperé, pues, y hasta muy tarde no me sentó a la mesa; cuando lo hice, sufrí un desengaño.

¡No! Ni el capitán Len Guy ni nadie de a bordo vinieron a honrar con su presencia el *Cormorán Verde*. Tuve que comer solo, como lo hacía desde dos meses antes; pues, como fácilmente se comprende, los clientes de Atkins no se renovaban durante la mala estación.

Terminada la comida, a las siete y media, y ya de noche, fuime a pasear por el puerto, por la parte edificada.

El muelle estaba desierto. Las ventanas de la posada daban algo de claridad. Ni un hombre en tierra de la tripulación de la *Halbrane*. Los botes se habían reunido y se balanceaban a impulsos de la marea ascendente.

Aquel schooner era como un cuartel, y los marineros tenían la consigna de acostarse al caer el sol, medida que debía de contrariar al hablador y bebedor Hurliguerly, muy amigo, en mi opinión, de recorrer las tabernas en el curso de las escalas. No le vi en los alrededores del *Cormorán Verde*.

Permanecí en aquel sitio hasta las nueve. Poco a poco, la masa del navío desapareció en la sombra. Las aguas de la bahía no reflejaban más que la claridad del farol de proa, suspendido del palo de mesana.

Volví a la posada, en la que encontré a Fenimore Atkins fumando su pipa junto a la pnerta.

-Atkins- le dije.- Parece que el capitán Len Guy no gusta de frecuentar esta posada.

-Algunas veces viene, los domingos, y hoy es sábado, señor Jeorling.

-¿Le ha hablado usted?

-Sí- me respondió el hostelero con tono que indicaba una visible contrariedad.



-¿Le ha anunciado usted que una persona a la que usted conoce deseaba embarcarse en la *Halbrane*?

-Sí.

-Y ¿qué ha respondido?

-No lo que yo hubiera querido, ni lo que usted desea, señor Jeorling...

-¿Rehusa?

-Casi, casi, si es rehusar el decirme: «Atkins, mi goleta no está en condiciones para recibir pasajeros. Jamás he admitido ninguno, ni tengo la intención de hacerlo.»

III

EL CAPITÁN LEN GUY

Dormí mal. «Soñé que soñaba», y- ésta es una observación de Edgard Poe- cuando se sospecha que se sueña, se despierta enseguida. Despertéme, pues, siempre muy intrigado por aquel maldito capitán Len Guy. La idea de embarcarme en la *Halbrane* cuando ésta partiese de las Kerguelen había echado raíces en mi cerebro. Atkins no había cesado de prodigar alabanzas a aquel navío, el primero que, invariablemente, anclaba todos los años en Christmas-Harbour. Contando los días, contando las horas, ¡cuántas veces me había yo visto a bordo de aquella goleta que navegaba por el archipiélago hacia la costa americana! No dudaba mi posadero de que el capitán me complacería en mis deseos, de conformidad con sus intereses. No es cosa corriente que un navío de comercio rehúse un pasajero, cuando esto no debe obligarla a modificar su itinerario, si el precio del pasaje es bueno. ¿Quién lo hubiera creído?...

Así, yo experimentaba gran cólera contra un personaje tan poco complaciente. Excitábanse mi bilis y mis nervios ante el obstáculo que acababa de presentarse en mi camino.

Pasé, pues, una noche de fiebre, y hasta que llegó el día no recobré la calma.

Por lo demás, yo estaba resuelto a tener una explicación con el capitán Len Guy acerca de su incalificable proceder. Tal vez no obtendría nada de aquel erizo, pero al menos le diría lo que tanto me molestaba.

Atkins la había hablado para recibir la respuesta que se sabe. En cuanto a Hurliguerly, tan atento al ofrecerme su influencia y sus servicios, ¿se atrevería a mantener su promesa? No habiéndole vuelto a ver, yo lo ignoraba. En todo caso, no había debido de ser más afortunado que el hostelero del *Cormorán Verde*.

Salí a las ocho de la mañana. Hacía un tiempo de perros, como dicen los franceses o, para emplear una expresión más justa, un tiempo perro. Lluvia mezclada de nieve, borrasca que venía del Oeste, nubes que rodeaban las bajas zonas, una avalancha de aire y agua. No era de suponer que el capitán Len Guy hubiera bajado a tierra para calarse hasta los huesos.

En efecto: el muelle estaba solitario. Algunos barcos de pesca habían abandonado el puerto ante la tormenta, y sin duda se habían puesto al abrigo de ella en el fondo de las ensenadas que ni el mar ni el viento podían combatir. Ir a bordo de la *Halbrane* no era posible, sin tener a mi disposición alguno de sus botes, y el contramaestre no hubiera tomado sobre sí la responsabilidad de enviármele.

-Además- pensé,- sobre el puente de la goleta el capitán está en su casa, y para lo que pienso responderle, si se obstina en su incalificable negativa, es preferible un terreno neutral. Voy a espiar desde mi ventana, y si su bote le trae al muelle, está vez no logrará evitar que le hable.

Regresé al *Cormorán Verde,* y me puse en acecho tras el cristal de mi ventana, que limpié del hielo, sin dárseme ya un ardite de la borrasca que, soplando por la chimenea, esparcía las cenizas del hogar.

Yo esperaba nervioso, inquieto, tascando el freno, en un estado de irritación creciente.

Transcurrieron dos horas, y como sucede frecuentemente, gracias a la inestabilidad de los huracanes en las Kerguelen, el viento se calmó antes que yo.

A eso de las once, las altas nubes del Este se disiparon, y la borrasca fue a desvanecerse al lado opuesto de las montañas.

Yo abrí mi ventana en el momento en que uno de los botes de la *Halbrane* se disponía a largar su cabo. Descendió un marinero y cogió los remos, mientras un hombre se sentaba a la popa. Entre el schooner y el muelle no había más que unas cincuenta toesas. El bote llegó a él. El hombre saltó a tierra.

Era el capitán Len Guy.

En algunos segundos franqueé la puerta de la posada y me detenía ante el capitán, que, aunque hubiera querido, no podía evitar que le hablase.

-Caballero- le dije con tono seco y frío, frío como el tiempo desde que los vientos soplaban del Este.

El capitán Len Guy me miró fijamente, y noté la tristeza de sus ojos, negros como la tinta. Después, en voz baja, me preguntó:

-¿Es usted extranjero?

-Extranjero en las Kerguelen... sí- respondí.

-¿De nacionalidad inglesa?

-No...; americano...

Me saludó con un ademán ceremonioso, y le devolví el mismo saludo.

-Caballero- continué,- tengo motivos para creer que Atkins, el dueño del *Cormorán Verde,* le ha hecho a usted una proposición que se relaciona conmigo, proposición que, a mi entender, merecía favorable acogida de parte de un...

-¿La proposición de recibirlo a usted a bordo de mi goleta?-interrumpió el capitán Len Guy.

-Precisamente.

-Siento mucho no haber podido complacer a usted.

-Pero... ¿me dará usted la razón?

-Porque no tengo la costumbre de admitir pasajeros... Primera razón.

-¿Y la segunda, capitán?

-Porque el itinerario de la *Halbrane* no está nunca resuelto de antemano...

Ella parte para un puerto... y va a otro, si en ello encuentra ventaja. Sepa usted, caballero, que yo no estoy al

servicio de armador ninguno. La goleta me pertenece en gran parte, y no tengo orden de recibir a nadie en mis travesías.

-En ese caso, de usted depende exclusivamente el concederme pasaje.

-Sea...; pero con harto sentimiento no puedo responder más que con una negativa.

Tal vez cambiara usted de opinión cuando sepa que me importa poco el destino de la goleta. No es un absurdo suponer que irá a alguna parte.

-A alguna parte, en efecto...

Y en aquel momento parecióme que el Capitán Len Guy arrojaba una larga mirada hacia el horizonte del Sur.

-Pues bien, caballero- añadí-, ir a un sitio o a otro me es indiferente. Lo que ante todo deseo es abandonar las Kerguelen en la ocasión más próxima que se me ofrezca.

El capitán Len Guy quedó pensativo.

-¿Me hará usted el honor de escucharme?- pregunté vivamente.

-Sí, señor.

-Añadiré, pues, que salvo error, y si el itinerario de la goleta no ha sufrido modificación, tiene usted la intención de partir de Christmas-Harbour para Tristán de Acunha.

-Tal vez a Tristán de Acunha...; tal vez al Cabo...; tal vez a las Falklands... o a otra parte.

-Pues bien, capitán Guy; precisamente a otra parte es donde yo deseo ir- repliqué irónicamente, haciendo esfuerzos para contener mi ira.

Entonces en la actitud del capitán Len Guy se efectuó un cambio singular. Su voz se alteró, tornándose más dura.

En pocas palabras me hizo comprender que toda insistencia sería inútil;- que nuestra conversación había durado bastante; que el tiempo le era muy precioso; que sus negocios le llamaban a las oficinas del puerto; en fin, que nos habíamos dicho, y de modo completo, cuanto teníamos que decirnos.

Yo había extendido el brazo para detenerle- sujetarle sería palabra más propia,- y la conversación, empezada de mala manera, amenazaba concluir peor, cuando aquel extraño personaje, volviéndose a mí, me dijo con tono dulce:

-Crea usted, caballero, que lamento en el alma mostrarme tan poco afectuoso con un americano. Pero no podría modificar mi conducta En el curso de la navegación de la *Halbrane* puede sobrevenir algún accidente imprevisto, que haría molesta la presencia de un extraño..., aun siendo tan fácil de contentar como usted. Esto sería exponerme a no poder aprovechar las casualidades que busco.

-Le he dicho a usted y le repito, capitán, que si mi intención es volver a América, al Connecticut, me es indiferente que sea en tres o en seis meses, y por uno u otro camino, y aunque la goleta llegue a los mares antárticos.

-¿Los mares antárticos?- exclamó el capitán con voz interrogativa.

Su mirada parecía registrar en mi corazón, como si hubiera estado armada de un dardo.

-¿Por qué habla usted de los mares antárticos?-repitió cogiéndome una mano.

-Pues lo mismo... que hubiera podido hablar de los boreales..., del polo Norte..., lo mismo que del polo Sur...

No respondió el capitán; pero creí ver que a sus ojos asomaba una lágrima. Después, volviendo a otro orden de ideas, y deseoso de arrojar algún doloroso recuerdo evocado por mi respuesta, dijo:

-¡El polo Sur!... ¿Quién osaría aventurarse?...

-Tocarle es difícil y no reportaría ninguna utilidad-respondí.- No obstante, se encuentran caracteres aventureros para lanzarse a tales empresas.

-Sí... ¡aventureros!- murmuró el capitán Len Guy.

-Ya ve usted... Los Estados Unidos intentan ahora llevarlo a efecto con la división de Carlos Wilkes, el *Vancouver*, el *Peacok,* el *Porpoise*, el *Flying Fish* y varios otros buques que se unen a ellos.

-¿Los Estados Unidos, señor Jeorling? ¿Afirma usted que el Gobierno federal ha enviado una expedición a los mares antárticos?

-El hecho no admite duda, y el año último, antes de mi partida de América, supe que esta división acababa de darse a la mar. Hace un año de esto, y es muy posible que el audaz Wilkes haya llevado sus reconocimientos más lejos que los descubridores que le han precedido.

El capitán Len Guy había quedado silencioso, y sólo salió de aquella inexplicable preocupación para decir:

-En todo caso, si Wilkes llega a franquear el círculo polar... es dudoso que pase más altas latitudes que...

-Que sus predecesores Bellingshausen, Forster, Kendall, Biscoe, Morrell, Kemp, Belleny... - respondí.

-Y que... - añadió el capitán Len Guy.

-¿De quién quiere usted hablar?- pregunté.

-Usted es natural del Connecticut?- dijo bruscamente el capitán Len Guy.

-Del Connecticut.

-¿De qué parte?

-De Hartford.

-¿Conoce usted la isla de Nantucket?

-Varias veces la he visitado.

-Supongo que sabrá usted- dijo el capitán Len Guy, mirándome fijamente- que allí es donde nuestro novelista Edgard Poe ha hecho nacer a su héroe Arthur Gordón Pym.

-En efecto- respondí;- lo recuerdo. El principio de esa novela está colocado en la isla de Nantucket.

-¿Esa novela dice, usted?

-Sin duda, capitán.

-Sí..., y habla usted como todo el mundo... Pero, perdone usted, caballero. No puedo detenerme más tiempo. Yo lamento sinceramente... Crea usted que si hubiera podido... Dudo que mis ideas se modifiquen en lo que a la proposición de usted se refiere. Por otra parte, no tendrá usted más que aguardar algunos días. La estación de la pesca va a comenzar... Navíos de comercio, balleneros, harán escala en Christmas-Harbour..., y le será a usted fácil embarcarse en

alguno de ellos, con la seguridad de ir al sitio que a usted convenga..., Yo siento mucho, caballero..., siento vivamente..., y quedo a sus órdenes...

Pronunciadas estas últimas palabras, el capitán Len Guy se retiró, y la conversación terminó de distinto modo al que yo suponía... Quiero decir, de una manera política aunque seria.

Como de nada sirve empeñarse en lo imposible, abandoné la esperanza de navegar en la *Halbrane,* guardando rencor a su maldito capitán. Y ¿por qué no confesarlo? Mi curiosidad se había despertado. Comprendía que en el alma del marino había un misterio, y me hubiera gustado penetrarle. El imprevisto cambio de nuestra conversación; aquel nombre de Arthur Pym, pronunciado de tan inopinada manera; las preguntas sobre la isla de Nantucket; el efecto producido por la noticia de que en los mares australes se efectuaba una campaña dirigida por Wilkes; la afirmación de que el navegante, americano no avanzaría más hacia el Sur que... ¿De quién había querido hablar el capitán Len Guy? Todo esto era materia de reflexión para un espíritu tan práctico como el mío.

Aquel día, Atkins quiso saber si el capitán Len Guy se había mostrado más asequible. ¿Había yo obtenido autorización para ocupar uno de los camarotes de la goleta? Tuve que confesar al posadero que no había sido más afortunado que él en mis negociaciones, lo que no dejó de sorprenderle por no comprender la negativa, la terquedad del capitán... No le reconocía. ¿De dónde procedía aquel

cambio? Y cosa que más directamente la tocaba- ¿por qué, en contradicción con lo que durante las escalas sucedía, el *Cormorán Verde* no había sido frecuentado ni por los tripulantes ni por los oficiales de la *Halbrane*? Parecía que la tripulación obedecía a una orden. Dos o tres veces solamente el contramaestre fue a instalarse en el salón de la posada, y esto fue todo. De aquí, gran descorazonamiento en Atkins.

En lo que se refiere a Hurliguerly, comprendí que, a pesar de sus imprudentes promesas, ya no tenía por qué conservar conmigo relaciones, cuando menos inútiles. No puedo decir si había intentado convencer a su jefe; pero, caso afirmativo, seguramente que su insistencia le había valido duros reproches.

Durante los tres días siguientes, 10, 11 y 12 de Agosto, hiciéronse los trabajos de aprovisionamiento y reparación de la goleta.

Veíase a la tripulación ir y venir por el puente, visitar la arboladura, efectuar las maniobras corrientes, estirar los obenques y brandales que se habían aflojado durante la travesía, pintar de nuevo los altos y los empalletados deteriorados por los golpes del mar, reenvergar las velas nuevas, remendar las viejas, que podrían aun utilizarse con el buen tiempo, calafatear aquí y allá los huecos del casco y del puente a fuerza de martillazos.

Este trabajo se cumplía con regularidad, sin esos gritos, esas interpelaciones, esas cuestiones propias entre los marinos en escala. La *Halbrane* debía de estar bien mandada; su tripulación bien organizada, muy disciplinada, hasta

silenciosa. Tal vez el contramaestre debía de formar contraste con sus camaradas, pues me había parecido muy dispuesto a la risa, a la broma, a hablar sobre todo, a menos que no diera gusto a la lengua más que cuando descendía a tierra.

En fin, se supo que la partida de la goleta se había fijado para el 15 de Agosto, y la víspera de este día no tenía yo aun motivo para pensar que el capitán Len Guy hubiera vuelto sobre la negativa tan categóricamente formulada.

Por lo demás, no pensaba en ello. Había tomado mi partido. Todo deseo de recriminar había pasado. No hubiera permitido que Atkins diera un paso más en el sentido de mis deseos. Cuando el capitán Len Guy y yo nos volvimos a encontrar en el muelle, parecíamos gentes que no se conocían, que no se habían visto jamás... Observé, no obstante, que una o dos veces su actitud indicó alguna duda... Parecía como que quería dirigirme la palabra y que se viera arrastrado por secreto impulso. Pero no lo había hecho, y yo no era hombre para provocar una nueva explicación. Además- y lo supe el mismo día- Fenimore Atkins, contraviniendo a mi formal mandato, había hablado de mi asunto al capitán Len Guy, sin conseguir nada. Era un asunto «terminado»..., por más que no fuera ésta la opinión del contramaestre.

Efectivamente: Hurliguerly, interpelado por el hostelero del *Cormorán Verde,* no creía que la partida estuviera definitivamente perdida.

-Es muy posible- repetía- que el capitán no haya dicho su última palabra.

Pero apoyarse en los dichos de aquel hablador fuera introducir un término falso en una ecuación, y aseguro que la próxima partida del schooner me era indiferente. Sólo pensaba en espiar la aparición de otro navío en las Kerguelen.

-Dentro de una o dos semanas- me repetía mi posadero- tendrá usted más suerte que con el capitán Len Guy. Habrá más de uno que no pedirá cosa mejor sino que usted se embarque en su navío.

-Sin duda, Atkins; pero no olvide usted que la mayor parte de los barcos que vienen a pescar a las Kerguelen permanecen aquí cinco o seis meses..., y como tenga que esperar tanto tiempo para darme a la mar...

-¡No todos, señor Jeorling, no todos! Algunos hay que no hacen más que tocar en Christmas-Harbour. Se presentará alguna buena ocasión, y no tendrá usted que arrepentirse de no haberse podido embarcar en la *Halbrane*.

Ignoro si habría o no de arrepentirme; pero lo cierto es que estaba escrito que abandonaría las Kerguelen como pasajero de la goleta, y que ella iba a arrastrarme a la más extraordinaria de las aventuras de las que los anales marítimos de aquella época habían de ocuparse.

En la tarde del 14 de Agosto, a eso de las siete y media, cuando las sombras de la noche envolvían ya la isla, vagaba yo, después de comer, por el muelle, en la parte Norte de la bahía. El tiempo era seco, el cielo punteado de estrellas, el aire vivo, el frío intenso. En tales condiciones, mi paseo no podía prolongarse.

Media hora después me dirigía, pues, hacia el *Cormorán Verde,* cuando un individuo cruzó ante mí, dudó, volvió sobre sus pasos y se detuvo.

La obscuridad era bastante profunda para que pudiera reconocerle... Pero su voz no me dejó duda alguna. Era el capitán Len Guy.

-Señor Jeorling- me dijo,- la *Halbrane* se da mañana a la vela... Mañana por la mañana..., con la marea.

-¿Qué me importa, puesto que usted rehusa?...

-Caballero..., he reflexionado en la proposición de usted, y si no ha cambiado usted de idea..., a las siete esté usted a bordo.

-A fe mía, capitán, que no esperaba este cambio de usted.

-Repito que he reflexionado, y añado que la *Halbrane* irá directamente a Tristán de Acunha, lo que le conviene a usted, según creo.

-Es lo mejor, capitán, mañana a las siete estaré a bordo.

-Donde tiene usted dispuesto su camarote.

-Respecto al precio del pasaje...- dije.

-Ya arreglaremos eso después, y a satisfacción de usted- respondió el capitán.- Hasta mañana, pues.

-Hasta mañana.

Había extendido mi mano para sellar nuestro pacto. Sin duda la obscuridad impidió al capitán ver mi ademán, pues no respondió a él, y alejándose rápidamente llegó a su bote, que le llevó en algunos golpes de remo.

Yo estaba muy sorprendido, y Atkins lo fue en el mismo grado cuando, de regreso en el *Cormorán Verde*, le puse al corriente de lo sucedido.

-Vamos- me respondió-. Ese viejo zorro de Hurliguerly tenía razón. Esto no obsta para que su demonio de capitán sea más caprichoso que una niña mal educada. ¡Con tal de que en el momento de partir no cambie de idea!...

Hipótesis inadmisible; y reflexionando en el caso, yo pensaba que el cambio no se había efectuado por volubilidad ni capricho. Si el capitán Len Guy había mudado de opinión, era porque tenía un interés cualquiera en que yo fuese a bordo de su goleta, y a mi juicio, el suceso obedecía- tenía como una intuición de ello- a lo que yo le había dicho relativamente al Connecticut y a la isla Nantucket. En qué podía eso interesarle, era cosa que el porvenir explicaría.

Rápidamente terminé mis preparativos de viaje. Yo soy de esos viajeros prácticos que no llevan gran equipaje, y darían la vuelta al mundo con un saco y una maleta de mano. Lo más grande de mi material consistía en esos trajes forrados, indispensables a cualquiera que navegue al través de las altas latitudes. Cuando se recorre el Atlántico meridional, lo menos que puede hacerse es tomar por prudencia tales precauciones.

Al día siguiente, 15, antes del alba, me despedí del digno Atkins. No había tenido más que motivos de alabanza para las atenciones y servicios de mi compatriota, desterrado en las islas de la Desolación, donde los suyos y el vivían contentos. El servicial posadero se manifestó muy sensible a mi

agradecimiento. Cuidadoso de mi interés, tenía prisa de verme a bordo, temiendo siempre que el capitán Len Guy "hubiera cambiado sus amuras" desde la víspera.

Me lo repitió con insistencia y me confesó que, durante la noche, se había asomado varias veces a la ventana a fin de asegurarse que la *Halbrane* permanecía en su sitio, en medio de Christmas-Harbour. No se vio libre de tal inquietud, de la que yo no participaba, hasta que empezó a amanecer.

Atkins quiso acompañarme a bordo para despedirse del capitán Len Guy y del contramaestre. Un bote esperaba en el muelle y nos transportó a la escala de la goleta.

La primera persona que encontré en el puente fue Hurliguerly.

Me lanzó una mirada de triunfo que parecía decir:

-¿Lo ve usted? Nuestro dificultoso capitán ha acabado por aceptar. Y ¿a quién se lo debe usted, sino a este contramaestre que le ha servido a usted admirablemente, y que no ha encarecido su influencia?

¿Era verdad? Tenía yo poderosas razones para no admitirlo sin grandes reservas... En fin, esto importaba poco. La *Halbrane* iba a levar ancla, y yo estaba a bordo.

Casi en seguida el capitán Len Guy apareció en el puente. No pareció advertir mi presencia, de lo que, por otra parte, yo no pensé asombrarme.

Se habían comenzado los preparativos para aparejar. Las velas habían sido retiradas de sus estuches, y las demás maniobras estaban listas.

El lugarteniente, en la proa, vigilaba la operación de virar con el cabestrante hasta ponerse a pique del ancla.

Atkins se acercó entonces al capitán Len Guy, y le dijo con voz persuasiva:

-Hasta el año próximo.

-¡Si Dios quiere, señor Atkins!

Estrecháronse las manos; después el contramaestre fue a su vez a oprimir vigorosamente la del posadero del *Cormorán Verde*, al que el bote volvió al muelle.

A las ocho, cuando la marea era ya grande, la *Halbrane* puso al viento sus velas bajas, tomó las amuras a babor, evolucionó para descender la bahía Christmas-Harbour bajo un vientecillo del Norte, y puso el cabo al Noroeste.

Con las últimas horas de la tarde desaparecieron las blancas cimas del Table Mount y del Havergal, agudas punta que se elevan, la una a 2.000 y la otra a 3.000 pies sobre el nivel del mar.

IV

DE LAS ISLAS KERGUELEN A LA ISLA DEL PRÍNCIPE EDUARDO.

¡Nunca quizá travesía alguna ha tenido un comienzo más feliz! Y por una suerte inesperada, en vez de que la incomprensible negativa del capitán Len Guy me hubiera dejado por algunas semanas en Christmas-Harbour, una agradable brisa me arrastraba lejos, sobre una mar apenas agitada, con velocidad de nueve millas por hora.

El interior de la *Halbrane* respondía al exterior. Buen aspecto, la limpieza minuciosa de una queche holandesa, lo mismo en el *rouf* que en el puesto de la tripulación.

A babor se encontraba el camarote del capitán Len Guy, el que, por una vidriera que se bajaba, podía vigilar el puente, y, en caso necesario, transmitir sus órdenes a los hombres del cuarto, colocados entre el palo mayor y el de mesana. A estribor, disposición idéntica para el camarote del lugarteniente. Ambos tenían una cama estrecha, un armario de mediana capacidad, un sillón de paja, una mesa enclavada

en el suelo, una lámpara, diversos instrumentos náuticos, barómetro, termómetro, reloj marino, sextante encerrado en una caja de madera, y que no salía sino en el momento en que el capitán se disponía a tomar la altura.

Otros dos camarotes estaban en la popa, cuya parte media servía de comedor, con mesa en el centro, entre bancos de madera con respaldos movibles.

Uno de estos camarotes había sido preparado para mí. Recibía luz por dos vidrieras que se abrían, la una sobre la parte lateral y la otra sobre popa. En este sitio el timonel estaba en pie ante la rueda, por encima de la cual pasaba el guía de la cangreja, el que se prolongaba varios pies.

Mi gabinete medía ocho pies por cinco. Acostumbrado a las exigencias de la navegación, no me hacía falta más como espacio, ni como mobiliario: una mesa, un armario, un sillón de caña, un aguamanil con pie de hierro y un catre, cuyo delgado colchón hubiera, sin duda, provocado algunas quejas en un pasajero menos acomodaticio. Por otra parte, no se trataba más que de una travesía relativamente corta, puesto que la *Halbrane* me desembarcaría en Tristán de Acunha. Entré, pues, en posesión del camarote mencionado, que no debía ocupar más que durante cuatro o cinco semanas.

Sobre la proa del palo de mesana, bastante reducido del centro, lo que alargaba el galón del trinquete, estaba amarrada la cocina por medio de sólidos cabos. Más allá se alzaba la chupeta, con gruesa tela encerada, que por una escala daba acceso al puesto y al entrepuente. En el mal tiempo cerrábase

herméticamente la chupeta, y el puesto quedaba al abrigo de los envites del mar.

Los ocho hombres de que la tripulación se componía llamábanse así; Martín Holt, maestro velero; Hardie, maestro calafate; Rogers, Drap, Francis, Gratián, Burry, Stern, marineros de veinticinco a treinta y cinco años, todos ingleses, de las costas de la Mancha y del canal San Jorge, muy diestros en su oficio y notablemente disciplinados bajo una mano de hierro.

Desde el principio pude notarlo: el hombre de excepcional energía, al que obedecían por una palabra, por un gesto, no era el capitán de la *Halbrane,* sino el oficial segundo, el lugarteniente Jem West, en aquella época de unos treinta y dos años.

Jamás he encontrado, en el curso de mis viajes al través de todos los Océanos, carácter parecido. Jem West había nacido en la mar, y desde su infancia había vivido a bordo de una gabarra, de la que era patrón su padre y sobre la que vivía toda la familia. Nunca, en ninguna época de su existencia, había respirado más aire que el salino de la Mancha, del Atlántico o del Pacífico. Durante las escalas, él no desembarcaba más que para las necesidades de su servicio, fuese éste del Estado o del comercio. Si se trataba de abandonar un navío por otro, llevaba a éste su equipaje y ya no se movía. Marino por el alma, este oficio era toda su vida. Cuando no navegaba en lo real, lo hacía con la imaginación. Después de haber sido mozo, grumete, marinero, llegó a ser contramaestre segundo, después primero... y, al fin,

lugarteniente de la *Halbrane,* y desde diez años antes desempeñaba las funciones de segundo a las órdenes del capitán Len Guy.

Jem West no tenía la ambición de llegar más alto: no buscaba hacer fortuna; no se ocupaba ni de comprar ni de vender un cargamento. De arrumarle sí, porque el arrumaje es de primera consideración para que un barco marche bien. Respecto a los detalles de la navegación, de la ciencia marítima, la instalación del aparejo, la utilización de la energía velera, la maniobra en todas sus partes, los anclajes, la lucha contra los elementos, las observaciones de longitud y latitud, todo, en suma, lo que concierne a ese admirable aparato que se llama el barco de vela, Jem West lo entendía como ninguno.

He aquí ahora al lugarteniente en la parte física: estatura regular, más bien delgado, todo nervios y músculos, miembros vigorosos, de una agilidad de gimnasta, mirada de marino de sorprendente penetración, el rostro curtido, los cabellos recios y cortos, las mejillas y la barbilla imberbes, las facciones regulares, la fisonomía denotando energía, audacia, y la fuerza física en su máximum tensión.

Jem West hablaba poco, solamente cuando se le preguntaba. Daba sus órdenes con voz clara, en palabras precisas, que no repetía, mandando de forma de ser obedecido en el acto..., y se le comprendía.

Llamo la atención sobre este tipo de oficial de la marina mercante, devoto en cuerpo y alma del capitán Len Guy y de la goleta *Halbrane*. Parecía ser uno de los órganos esenciales

de su navío; que este conjunto de madera, hierro, tela y cobre recibiese de él su vital potencia; que existiese identificación completa entre el uno creado por el hombre y el otro, creado por Dios. Y si la *Halbrane* tenía corazón, palpitaba éste en el pecho de Jem West.

Completaré mi reseña sobra el personal citando al cocinero de a bordo, un negro, de la costa de África, llamado Endicott, de unos treinta años de edad, y que desde hacía diez desempeñaba sus funciones a las órdenes del capitán Len Guy. El contramaestre y él se entendían a maravilla, y hablaban con gran frecuencia como buenos camaradas. Preciso es decir que Hurliguerly pretendía poseer maravillosas recetas culinarias, que Endicott ensayaba a veces, sin atraer jamás la atención de los indiferentes del comedor.

La *Halbrane* había partido en excelentes condiciones. Hacía un frío intenso, pues bajo el paralelo cuarenta y ocho Sur, en el mes de Agosto todavía reina el invierno en esta parte del Pacífico. Pero la mar era buena, franca la brisa a Estesudeste. Si el tiempo continuaba así- lo que era de suponer y de desear- no cambiaríamos ni una vez nuestras amuras, y solamente bastaría con arriar blandamente las escotas para ir a Tristán de Acunha,

La vida a bordo era muy regular, muy sencilla, y- lo que es aceptable en la mar- de una monotonía no desprovista de encantos. La navegación es el reposo en el movimiento, el balanceo en el sueño, y yo no me quejaba de mi aislamiento. Tal vez había un punto en el que mi curiosidad quería ser satisfecha: la razón de que el capitán Len Guy hubiese vuelto

sobre su primera negativa. Tiempo perdido fuera interrogar al lugarteniente sobre un asunto que para nada se relacionaba con su servicio, pues ya he dicho que, fuera de sus funciones, no se ocupaba de nada. Además, ¿qué hubiera yo podido sacar de las monosilábicas respuestas de Jem West? Durante las dos comidas, la de la mañana y la de la tarde, entre nosotros no se cambiaban diez palabras.

Debo, sin embargo, confesar, que a menudo sorprendía la mirada del capitán Len Guy obstinadamente fija en mí, como si tuviera deseos de interrogarme. Parecía que tenía algo que saber de mí, mientras que, por el contrario, era yo, el que tenía que saber algo de él. Lo cierto es que uno y otro permanecíamos en silencio.

Aparte de esto, de estar yo deseoso de conversación, hubiérame bastado dirigirme al contramaestre, siempre dispuesto a ello. Pero ¿qué podía decirme que me interesara? Añadiré que nunca dejaba de darme los buenos días y las buenas noches..., y después... ¿Estaba yo contento de la vida a bordo? ¿Hallaba buena la cocina? ¿Quería que él recomendase ciertos platos a Endicott?...

-Se lo agradezco a usted mucho, Hurliguerly- le respondí un día.- Lo de costumbre me basta... Es muy aceptable y yo no era mejor tratado en casa de su amigo el posadero del *Cormorán Verde.*

-¡Ah!... ¡Ese diablo de Atkins! ¡Un buen hombre en el fondo!

-Tal es mi opinión.

-¿Se concibe, señor Jeorling, que él, un americano, haya consentido en enterrarse en las Kerguelen con su familia?

-¿Y por qué no?

-¿Y que se encuentre dichoso?

-Eso no me extraña. contramaestre.

-Pues yo aseguro que si Atkins me propusiera cambiar su vida por la mía, él saldría perdiendo, pues yo me lisonjeo de pasarla muy agradablemente.

-¡Sea enhorabuena, Hurliguerly!

-¡Eh! Ya sabe usted que estar a bordo de un navío como la *Halbrane* es una suerte que no se halla dos veces en la vida... Nuestro capitán no habla mucho, es cierto; nuestro lugarteniente usa aun menos de la lengua.

-Ya lo he notado.

-No importa, señor Jeorling; son dos bravos marinos, se lo aseguro a usted. Tendrán un verdadero disgusto cuando usted desembarque en Tristán...

-Me produce un gran placer oírle a usted hablar así, contramaestre.

-Y advierta usted que tal cosa no tardará con está brisa Sudeste y una mar que sólo se levanta cuando los cachalotes y ballenas la sacuden... Ya lo verá usted, señor Jeorling. No emplearemos más de diez días en recorrer las mil trescientas millas que separan a las Kerguelen de las islas del Príncipe Eduardo, ni quince en las dos mil trescientas que separan estas últimas de Tristán de Acunha.

-No hay que tener seguridad, contramaestre. Es preciso que el tiempo persista, y quien quiera mentir no tiene más

que predecir el tiempo. Es un dicho marino que conviene conocer.

Fuera lo que fuera, el buen tiempo persistió. Así es que en la tarde del 18 de Agosto, el vigía señaló a estribor las montañas del grupo Crozet, por 42º 59´ de latitud Sur, y 47º de longitud Este, cuya altura está comprendida entre 600 y 700 toesas sobre el nivel del mar.

Al día siguiente dejamos a babor las islas Posesión y Schveine, frecuentadas solamente durante la estación de la pesca, y que en aquella época tenían por únicos habitantes pájaros, bandadas de penguinos, y de esos chionis cuyo vuelo es semejante al de la paloma.

Al través de las caprichosas ensenadas del monte Crozet se mostraban espesas y rugosas sábanas de hielo, y durante algunas horas aun pude ver sus contornos. Después todo quedó reducido a una última blancura, trazada en la línea del horizonte, sobre la que se redondeaban las nevadas cumbres del grupo.

La proximidad de tierra es un incidente marítimo que siempre tiene interés. Acometióme la idea de que el capitán Len Guy hubiera tenido allí la ocasión de romper el silencio con su pasajero. No lo hizo.

De realizarse los pronósticos del contramaestre, no transcurrirían tres días sin que los picos de la isla Marión y de la isla del Príncipe Eduardo fuesen vistas en el Noroeste. Por lo demás, en ellas no se haría escala. Hasta Tristán de Acunha la *Halbrane* no renovaría su provisión de agua.

Yo pensaba que la monotonía de nuestro viaje no sería interrumpida por ningún incidente de mar ni de otra clase.

Pero en la mañana del 30, estando de guardia Jem West, después de la primera observación del ángulo horario, el capitán Len Guy, con gran sorpresa mía, subió al puente, siguió uno de los pasadores y fue a colocarse a popa ante la bitácora, cuyo cuadrante miró más por costumbre que por necesidad.

¿Había yo sido visto por el capitán? Lo ignoro; pero lo cierto es que mi presencia no atrajo su atención.

Por mi parte, yo estaba resuelto a no ocuparme de él más de lo que él se ocupaba de mí, y quedé inmóvil con los codos apoyados en la vagara.

El capitán Len Guy dio algunos pasos, inclinóse por encima del empalletado, y observó la larga estela que dejaba la goleta, semejante a una cinta de blanco encaje estrecho y plano; de tal modo la suave andadura de la goleta se sustraía rápidamente a la resistencia de las aguas.

En tal sitio no se podía ser oído entonces más que de una persona: del timonel Stern, que, con la mano sobre la rueda, mantenía la *Halbrane* contra las caprichosas embestidas del mar.

El capitán no pareció preocuparse de él, pues se aproximó a mí, y en voz baja me dijo:

-Caballero, desearía hablar con usted.

-Estoy dispuesto a escucharle, capitán.

-Soy poco hablador... y hasta hoy no me he decidido a hacerlo. Además, ¿le hubiera a usted acaso interesado mi conversación?

-Ha hecho usted mal en dudarlo...

Su conversación será, sin duda, muy interesante para mí.

Creo que él no vio ironía alguna en mi respuesta; por lo menos no lo demostró.

-Le escucho a usted- añadí.

El capitán Len Guy pareció dudar, mostrando la actitud de un hombre que en el momento de decidirse a hablar se pregunta si no sería mejor dejar de hacerlo.

-Señor Jeorling- dijo al cabo,- ¿no ha buscado usted la razón del cambio operado en mí en lo que a su embarque se refiere?

-La he buscado, en efecto; pero no la he encontrado, capitán. Tal vez por ser usted inglés, y no teniendo motivo para complacer a quien no era compatriota de usted...

-Señor Jeorling, precisamente porque usted es americano me he decidido a ofrecerle pasaje en la *Halbrane*.

-¿Porque soy americano?- respondí bastante sorprendido de tal confesión.

-Y también... porque es usted natural del Connecticut.

-Confieso a usted que aun no comprendo...

-Lo habrá usted comprendido si añado que he pensado que por ser usted del Conecticut, por haber visitado la isla de Nantucket, era posible que usted hubiera conocido a la familia de Arthur Gordón Pym.

-¿El héroe cuyas sorprendentes aventuras ha referido nuestro novelista Edgard Poe?

-El mismo, caballero... Narración que él ha hecho de acuerdo con el manuscrito en que se relataban los detalles del extraordinario y desastroso viaje por el mar antártico.

Yo creí soñar al oír al capitán Len Guy expresarse en tales términos.

¿Cómo? ¿El creía en la existencia de un manuscrito de Arthur Pym? ¿Acaso la novela de Edgard Poe es otra cosa que una ficción, una obra imaginativa del más prodigioso de nuestros escritores de América? ¿Había un hombre de buen sentido que admitía tal fábula como realidad?

Quedé sin responder, preguntándome *in petto* con quién tenía que habérmelas.

-¿Ha comprendido usted mi pregunta?- insistió el capitán Len Guy.

-Sí... Sin duda... capitán..., sin duda...; pero no sé si...

-Se la voy a repetir a usted en términos más claros, señor Jeorling, pues deseo una respuesta formal.

-Tendré mucho gusto en complacer a usted.

-Le pregunto, pues, si en el Connecticut ha conocido usted personalmente a la familia Pym, que habitaba en la isla Nantucket y estaba unida a uno de los más honrados procuradores del Estado. El padre de Arthur Pym, proveedor de la marina, pasaba por ser uno de los principales negociantes de la isla. Su hijo fue el que se lanzó a las extrañas aventuras cuya relación ha recogido Edgard Poe de sus labios.

-Y hubieran podido ser aun más extrañas, capitán, puesto que tal historia es producto de la poderosa imaginación de nuestro gran poeta. De pura invención.

-¡De pura invención!

Y al pronunciar estas palabras el capitán Len Guy, encogiéndose de hombros, tres veces dio a cada sílaba la nota de una escala ascendente.

-De modo- añadió,-¿que usted, señor Jeorling, no cree?...

-Ni yo ni nadie lo cree, capitán Guy, y es usted el primero al que he oído sostener que no se trata de una novela.

-Escúcheme usted, señor Jeorling-. si «esa novela», como usted la llama, no ha aparecido hasta el año último, no deja por eso de ser una realidad. Si han transcurrido once años desde los sucesos que relata, no son por eso menos verdaderos, y se espera siempre la clave de un enigma que tal vez jamás será conocido.

Decididamente el capitán Len Guy estaba loco, y bajo la influencia de una crisis que producía el desequilibrio de sus facultades mentales. Afortunadamente, si había perdido la razón, Jem West podía reemplazarle en el mando de la goleta. Por lo que a mí se refiere, no teniendo otra cosa que hacer sino escucharle, y conociendo la novela de Edgard Poe por haberla leído varias veces, sentía curiosidad de saber qué iba a decir de ella el pobre capitán.

-Y ahora, señor Jeorling- continuó con tono más vivo y un temblor de voz que denotaba cierta excitación nerviosa,-¿es posible que no haya conocido usted a la familia Pym, que no la haya usted encontrado ni en Hartford ni en Nantucket?

-Ni en ninguna parte- respondí.

-¡Sea; pero guárdese usted de afirmar que está familia no ha existido, que Arthur Gordón no es más que un personaje, ficticio, que su viaje no es más que un viaje imaginario! ¡Sí! ¡Guárdese usted de esto, como de negar los dogmas de nuestra santa religión! ¿Acaso un hombre ni aun siendo vuestro Edgard Poe hubiera sido capaz de imaginar, de inventar, de crear?...

Notando la creciente excitación del capitán, comprendí la necesidad de respetar su monomanía y de aceptar sus dichos sin discusión.

-Por lo pronto- afirmó,- retenga usted bien los hechos que voy a precisar. Son pruebas evidentes, y no hay que disentirlas. Usted sacará de ellas las consecuencias que guste; pero espero que no me hará usted lamentarme de haberle dado pasaje a bordo de la *Halbrane.*

Estaba bien advertido o hice un gesto de aquiescencia... ¡Hechos... hechos salidos de un cerebro desquiciado! Esto prometía ser curioso.

-Cuando la relación de Edgard Poe apareció en 1838, yo me encontraba en Nueva York-continuó el capitán Len Guy-Inmediatamente partí para Baltimore, donde vivía la familia del escritor, cuyo abuelo había servido como cuartel maestre general durante la guerra de la Independencia. ¿Supongo que admitirá usted la existencia de la familia de Edgard Poe, aunque niegue usted la de la familia Pym?

Guardé silencio, prefiriendo no interrumpir más las divagaciones de mi interlocutor.

-Me informó- continuó- de algunos detalles relativos a Edgard Poe. Se me mostró su casa. Me presenté en ella. Primera decepción. Había abandonado a América en aquella época, y no pude verle.

Pensé que el lance era de lamentar, pues, dada la maravillosa aptitud que Edgard Poe poseía para el estudio de los distintos géneros de locura, hubiese encontrado un buen tipo en nuestro capitán.

-Desgraciadamente- prosiguió éste,- no habiendo conseguido encontrar a Edgard Poe, me era imposible hablar con él

Arthur Gordón Pym. Este, atrevido explorador de las tierras antárticas había muerto; y como el poeta americano declaraba al final de la relación de sus aventuras, esta muerte era ya conocida del público gracias a las comunicaciones de la prensa diaria.

Lo que decía el capitán Len Guy era verdad; pero, de acuerdo con todos los lectores de la novela, yo pensaba que tal declaración no era más que un artificio del novelista. En mi opinión, no pudiendo o no atreviéndose a dar desenlace a tan extraordinaria obra imaginativa, el autor daba a entender que los tres últimos capítulos no le habían sido entregados por Arthur Pym, el cual había terminado su existencia en circunstancias repentinas y deplorables, que el antor no daba a conocer.

-Así, pues- continuó el capitán Len Guy,- ausente Edgard Poe y muerto Arthur Pym, no me quedaba más que un recurso: encontrar al hombre que había sido el compañero de

viaje de Arthur Pym, ese Dirk Peters, que le había seguido hasta el último punto de las altas latitudes, de donde ambos habían vuelto... ¿Cómo?... Se ignora. Arthur Pym y Dirk Peters, ¿habían regresado juntos?

La relación no lo explica; allí hay puntos obscuros. Sin embargo, Edgard Poe declaraba que Dirk Peters podía dar algunas noticias relativas a los capítulos no comunicados, y que residía en Illinois. Partí en seguida para Illinois, llegué a Springfield; me informé de aquel hombre, que era un mestizo de origen indio. Habitaba la aldea de Vandalia... Fui allá...

- ¿Y no estaba?- no pude menos de responder sonriendo.

-Segunda decepción: no estaba... Desde hacía algunos años aquel Dirk Peters había abandonado a Illinois, y hasta a los Estados Unidos..., para ir... no se sabía dónde. Pero yo he hablado en Vandalia con gentes que le habían conocido, entre los que había vivido últimamente, a los que había contado sus aventuras, sin haberse jamás explicado sobre el desenlace, el secreto del cual posee él únicamente.

¡Cómo!... ¿Aquel Dirk: Peters había existido? ¿Existía aun? ¡Estuve a punto de dar crédito a las afirmaciones del capitán de la *Halbrane!* Sí... Un momento más y yo me embarullaba también.

He aquí, pues, la absurda historia que ocupaba el cerebro del capitán Len Guy y el trastorno intelectual a que había llegado. Se figuraba haber hecho aquel viaje a Illinois, haber visto en Vandalia a gente que había conocido a Dirk Peters. No dudaba yo que el tal personaje hubiera desaparecido,

pues no existió nunca más que en la imaginación del novelista.

Sin embargo, yo no quería contrariar al capitán Len Guy ni provocar en él una nueva crisis. Así, es que adopté la actitud de creer lo que decía, hasta cuando añadió:

- No ignorará usted, señor Jeorling, que en el libro se habla de una botella, que contenía un pliego lacrado, que el capitán de la goleta en la que Arthur Pym se embarcó había depositado al pie de uno de los picos de las Kerguelen...

- Efectivamente, así se cuenta- respondí.

-Pues bien; en uno de mis últimos viajes he buscado el sitio en que está botella debía estar... y la he encontrado, así como el pliego... y el tal pliego dice que el capitán y Arthur Pym harían todos los esfuerzos posibles para tocar en los extremos límites de la mar antártica.

-¡Usted ha encontrado esa botella!- pregunté yo vivamente.

-¡Sí!-

-¿Y el pliego que contenía?

-¡Sí!

Miré al capitán Len Guy. Positivamente, como otros monomaniacos, había llegado al extremo de creer sus propias invenciones. Estuve a punto de decirle: Veamos ese pliego... Pero me detuve. ¿No era capaz de haberle escrito él mismo?

Y entonces le respondí:

-Es realmente de lamentar que no haya usted podido encontrar a Dirk Peters en Vandalia. Por lo menos le hubiera a usted dicho cómo Arthur y él habían vuelto de tan lejos.

Recuerde usted el penúltimo capítulo. Ambos se encuentran ante la cortina de blancas brumas... Su canoa, se ha hundido en la catarata en el momento en que se levanta una figura humana... Después nada...más que dos líneas de puntos suspensivos.

-Efectivamente, caballero, es muy lamentable. ¡Qué interesante hubiera sido conocer el desenlace de estás aventuras! Pero, en mi opinión, tal vez fuera más interesante conocer la suerte de los otros.

-¿Los otros? ¿A quiénes se refiere usted?

-Al capitán y a los tripulantes de la goleta inglesa que había recogido a Arthur Pym y a Dirk Peters después del espantoso naufragio del *Grampus*, y que les condujo al través del Océano polar hasta la isla Tsalal.

-Señor Len Guy-hícele observar, como si no pusiere en duda la verdad de la novela de Edgard Poe.-¿Acaso aquellos hombres no habían perecido todos, los unos en el ataque a la goleta, y los otros en un hundimiento artificial provocado por los indígenas de Tsalal?

-¡Quién sabe, señor Jeorling!- respondió el capitán Len Guy, con voz alterada por la emoción.- ¡Quién sabe si algunos de aquellos desdichados no han sobrevivido, sea a la matanza, sea al hundimiento; si uno o varios han podido escapar de los indígenas!

-En todo caso- respondí,- sería difícil admitir que los que sobrevivieran existiesen aun.

-¿Y por qué?

-Porque los hechos de que hablamos han pasado hace más de once años..

-Caballero- respondió el capitán Len Guy,- toda vez que Arthur Pym y Dirk Peters han podido avanzar más allá del islote Tsalal, más lejos de paralelo 84; toda vez que han encontrado el medio de vivir en medio de las comarcas antárticas, ¿por qué no admitir que sus compañeros, si han resistido los golpes de los indígenas, si han tenido la fortuna de ganar las islas vecinas entrevistas en el curso del viaje..., por qué, digo, esos infortunados compatriotas míos no han de vivir? ¿Por qué algunos no han de conservar aun la esperanza de verse libres?

-La compasión le lleva a usted muy lejos, capitán- respondí, procurando calmarle.- Sería imposible.

-¡Imposible, caballero! ¿Y si existiese un hecho, si un testimonio irrecusable solicitase la atención del mundo civilizado; si se descubriese una prueba material de la existencia de esos desdichados, abandonados en los confines de la tierra, se podía decir: ¡imposible!, a quien hablase de ir en su socorro?

Y en este momento- lo que me evitó responder, pues él no me hubiese oído, el capitán Len Guy, sollozando, volvióse en dirección Sur, como si procurase agujerear con la mirada lejanos horizontes.

En resumen: yo me preguntaba en qué circunstancia de su vida el capitán Len Guy había caído en tal perturbación mental. ¿Era un sentimiento de humanidad, llevado hasta la locura, el que le impulsaba a interesarse por unos náufragos

que nunca habían naufragado, por la sencilla razón de que nunca habían existido?

El capitán Len Guy se acercó a mí, colocó una de sus manos sobre mi hombro y murmuró a mi oído:

-¡No, señor Jeorling, no! ¡En lo que se refiera a la tripulación de la *Jane,* aun no se ha dicho la última palabra!.

Y se retiró.

La *Jane* era, en la novela de Edgard Poe, el nombre de la goleta que había recogido a Arthur Pym y a Dirk Peters sobre los restos del *Grampus,* y por primera vez el capitán Len Guy acababa de pronunciarla al final de nuestra conversación.

-El capitán de la *Jane* se llamaba también Guy- pensé,- el navío era inglés, como éste... ¿Qué consecuencia, puede deducirse de esta semejanza...? El capitán de la *Jane* no ha vivido más que en la imaginación de Edgard Poe..., mientras que el capitán de la *Halbrane* está vivo... bien vivo... Ambos tienen de común este nombre, muy corriente en la Gran Bretaña... Pero sin duda cita identidad de nombres ha turbado el cerebro de nuestro desdichado capitán. Se habrá figurado que pertenece a la familia del capitán de la *Jane.* ¡Sí! ¡Está es la cansa que lo ha llevado al extremo en que está, y la de que compadezca de tal modo la suerte de los imaginarios náufragos!

Hubiera sido interesante saber si Jem West estaba al corriente de la situación, y si su jefe le había hablado alguna vez de su locura. Pero tratábase de cosa delirada, por referirse al estado mental de Len Guy. Aparte de esto, toda conversa-

ción con el segundo de a bordo era difícil, y sobre aquel asunto presentaba ciertos peligros...

Guardé, pues, silencio... ¡Después de todo, yo iba a desembarcar en Tristán de Acunha, y mi travesía a bordo de la goleta terminaría dentro de algunos días. ¡Pero, en verdad, confieso que jamás hubiera pensado que algún día debería encontrarme con un hombre que tomase por realidades las ficciones de la novela de Edgard Poe!

Al siguiente día, 22 de Agosto, desde el alba, habiendo dejado a babor la isla Marión y el volcán que su extremidad meridional endereza a una altura de 4.000 pies, vimos los primeros lineamientos de la isla del Príncipe Eduardo, por 46º 55' de latitud Sur y 37º 46' de longitud Este. La isla quedó a estribor, doce horas después, sus últimas alturas se desvanecieron en las brumas de la tarde.

Al día siguiente la *Halbrane* puso el cabo en dirección Noroeste, hacia el paralelo más septentrional del hemisferio Sur, que ella debía tocar en el curso de aquella navegación.

V

LA NOVELA DE EDGARD POE.

He aquí, muy sucintamente, el análisis de la célebre obra de nuestro novelista americano, que fue publicada en Richmond con este título:

Aventuras de Arthur Gordón Pym.

Es indispensable que yo la resuma en este capítulo. Se verá si había motivo para dudar que las aventuras de este héroe de novela fuesen imaginarias.

Además, entre los numerosos lectores de esta obra, ¿hay uno solo que haya creído en su realidad, a no ser el capitán Len Guy?

Edgard Poe ha puesto la relación en boca del principal personaje.

Desde el prefacio del libro, Arthur Pym refiere que a su regreso del viaje a mares antárticos encontró, entre los gentlemen de Virginia que se interesaban en los descubrimientos geográficos, a Edgard Poe, editor entonces del *Southern Literary Messenger,* en Richmond. A creerle,

Edgard Poe recibió de él autorización para publicar en su periódico, «bajo el velo de la ficción», la primera parte de sus aventuras. Acogida favorablemente la publicación, siguió un volumen que comprendía la totalidad del viaje, y que se dio a luz con la firma de Edgard Poe.

Como resultado de mi conversación con el capitán Len Guy, Arthur Gordón Pym nació en Nantucket, donde frecuentó la escuela de New-Bedford hasta la edad de diez y seis años.

Habiendo abandonado está escuela por la Academia de M. E. Bonald, entabló relaciones con el hijo de un capitán de navío, Augusto Barnard, que contaba dos años más que él. Este joven había ya acompañado a su padre a bordo de un ballenero por los mares del Sur, y no cesaba de inflamar la imaginación de Arthur Pym con la relación del viaje.

De la intimidad de los dos jóvenes nació la irresistible vocación de Arthur Pym por los viajes de aventuras, y aquel instinto que le atraía más especialmente hacia las altas zonas del antártico.

La primera calaverada de Augusto Barnard y de Arthur Pym fue una excursión a bordo de un pequeño sloop, el *Ariel,* canoa de medio puente que pertenecía a la familia del último. Una tarde, ambos con un tiempo frío del mes de Octubre, embarcáronse furtivamente, izaron el foque y la gran vela, y se lanzaron a alta mar con una fresca brisa del Suroeste.

Sobrevino una violenta tempestad cuando, ayudado por la marea, el *Ariel* había ya perdido de vista la tierra. Los dos

imprudentes estaban ebrios de entusiasmo. Nadie en el timón, ni un rizo en la tela. Así es que al golpe del vendaval, la arboladura de la canoa fue arrastrada. Un poco después apareció un gran navío, que pasó sobre el *Ariel,* como éste hubiera pasado sobre una pluma flotante.

Después de este choque, Arthur Pym da los más precisos detalles referentes al salvamento de su compañero y de él, salvamento efectuado en condiciones muy difíciles. En fin, gracias al segundo del *Pingouin,* de New London, que llegó al sitio de la catástrofe, los dos camaradas fueron recogidos medio muertos y conducidos a Nantucket.

No dudo que esta aventura tenga caracteres de veracidad, y hasta que sea verdadera. Era una hábil preparación para los siguientes capítulos.

Igualmente en éstos, y hasta el día en que Arthur Pym franqueó el círculo polar, la narración puede tenerse por verídica. Efectúanse una sucesión de hechos admisibles por lo verosímiles. Pero más allá del círculo polar ya es otra cosa..., y si el autor no ha hecho una obra de pura imaginación..., me declaro... Continuemos.

La primera aventura no enfrió el ardor de los dos jóvenes; Arthur Pym se entusiasmaba más y más con las historias de mar que Augusto Barnard le contaba, por más que después haya sospechado que estaban «llenas de fantasía».

Ocho meses después del suceso del *Ariel*-Junio de 1827,- el brick *Grampus* fue equipado por la casa Lloyd y Vredenburg para la pesca de la ballena en los mares del Sur.

El mando del brick, un verdadero cascajo mal reparado, se dio al señor Barnard, padre de Augusto.

Su hijo, que debía acompañarle en aquel viaje, animó a su amigo para que fuese con ellos. Cosa más del gusto de Arthur Pym no podía haberla; pero su familia, su madre sobre todo, nunca se hubiera decidido a dejarle partir.

No era esto lo bastante para contener a un mozo emprendedor, poco cuidadoso de someterse a la voluntad paternal. Las instancias de Augusto le abrasaban el cerebro, y resolvió embarcarse secretamente en el *Grampus*, pues el señor Barnard no le hubiera autorizado para desafiar la prohibición de su familia. Fingió que su amigo lo había invitado a pasar algunos días en su casa de New-Bedfort, despidióse de sus padres y se puso en camino. Cuarenta y ocho horas antes de la partida del brick se deslizó a bordo y ocupó un escondite preparado por Augusto, sin que ni la tripulación ni el señor Barnard supiesen nada.

El camarote de Augusto comunicaba por una trampa con la cala del *Grampus,* llena de barriles, toneles y los mil diversos objetos que forman un cargamento. Por esta trampa Arthur Pym había llegado a su escondite, una sencilla caja, una de cuyas paredes se corría lateralmente. Esta caja contenía colchones, mantas, una cántara con agua, y víveres, galleta, conservas, carnero asado, algunas botellas de cordiales y licores..., tinta también.

Arthur Pym, provisto de una linterna, bujías y fósforos, permaneció tres días y tres noches en su escondrijo. Augusto

Barnard no pudo ir a visitarle hasta el momento en que el *Grampus* iba a aparejar.

Una hora después Arthur Pym comenzó a sentir el balanceo del brick. Muy molesto en el fondo de la caja, salió de ella, y guiándose en la obscuridad por una cuerda tendida en la sala hasta la trampa del camarote de su amigo, consiguió orientarse en medio de aquel caos. Después volvió a su caja, comió y se quedó dormido.

Transcurrieron varios días sin que Augusto Barnard volviese. O no había podido bajar a la cala, o no se había atrevido a ello por temor a revelar la presencia de Arthur Pym, e imaginando que aun no era oportuno momento para poner en autos a su padre.

Entretanto, en aquella atmósfera cálida y viciada, Arthur Pym comenzaba a sufrir. Intensas pesadillas turbaban su cerebro. Deliraba. En vano buscaba, al través del amontonamiento de la cala, algún sitio donde respirar más a gusto. En una de estas pesadillas creyó verse entra las garras de un león de los Trópicos, y en el paroxismo del espanto iba a hacerse traición con sus gritos, cuando perdió el conocimiento.

La verdad es que no soñaba. No sentía Arthur Pym sobre su pecho un león, pero sí un perro. *Tigre,* su terranova, que había sido introducido a bordo por Augusto Barnard, sin ser visto por nadie, circunstancia bastante inverosímil- hay que convenir en ello.- En aquel momento el fiel animal, que había podido reunirse a su amo, le lame el rostro y las manos con todas las señales de una extravagante alegría. El

prisionero tenía, pues, un compañero. Desgraciadamente, mientras le duró el síncope, el compañero se había bebido toda el agua del cántaro, y cuando Pym quiso aplacar la sed que le consumía, no restaba una gota. Su linterna se había apagado, pues el desmayo duró varios días; no encontró ni los fósforos ni las bujías, y resolvió ponerse en contacto con Augusto Barnard. Salió de su escondrijo, y, guiado por la cuerda, llegó hasta la trampa, por más que su debilidad fuera extraordinaria, efecto de la sofocación o inanición. Pero en el curso de su trayecto, una de las cajas de la sala, desequilibrada por el balanceo, cayó, cerrándole el paso. ¡Qué de esfuerzos empleó en franquear aquel obstáculo y qué inútilmente, puesto que al llegar a la trampa colocada bajo el camarote de Augusto Barnard, no le fue posible levantarla! Al introducir su cuchillo por una de las junturas, sintió que una pesada masa de hierro gravitaba sobre la trampa, como si se hubiera pretendido condenar a ésta. Vióse, pues, forzado a renunciar a su intento, y arrastrándose trabajosamente, volvió a su caja, donde cayó desvanecido, mientras *Tigre* le colmaba de caricias.

El amo y el perro morían de sed, y cuando Arthur Pym extendía su mano, encontraba a Tigre echado sobre el lomo, con las patas al aire y una ligera erección del pelo. Tactándole así, encontró un bramante arrollado al cuerpo del animal, y sujeto a este bramante una tira de papel que correspondía al lado derecho del perro.

Arthur Pym sentíase en el último grado de la debilidad. Su vida intelectual estaba casi extinguida. No obstante, tras

varias infructuosas tentativas para procurarse luz, consiguió frotar el papel con un fósforo, y entonces- no se puede imaginar cuán detalladamente refiere este punto Edgard Poe- aparecieron estas terribles palabras, las nueve últimas de una frase que una luz débil esclareció durante un instante: *Sangre. Sigue escondido. Te va en ello la vida.*

Imagínese la situación de Arthur Pym, en el fondo de la cala, entre las paredes de la caja, sin luz, sin agua, no teniendo más que ardientes licores para apagar su sed. Y sobre esto, aquella recomendación que permaneciera oculto, precedida de la palabra «sangre », esa palabra suprema, ese rey de las palabras, tan llena de misterio, de sufrimiento, de horror. ¿Había, pues, habido lucha a bordo del *Grampus*? ¿El brick había sido atacado por los piratas? ¿Se trataba de una rebelión de los tripulantes? ¿Desde cuándo databa aquel estado de cosas?

Se creerá que en lo espantoso de aquella situación el prodigioso poeta ha agotado todos los recursos de sus facultades imaginativas. Nada de esto. Su desbordante genio le ha arrastrado más lejos aun.

Efectivamente: Arthur Pym, extendido sobre su colchón, presa de una especie de letargo, oye un silbido singular, un soplo continuo. Es el Tigre que palpita; el Tigre, cuyos ojos brillan en la sombra; el Tigre, cuyos dientes castañetea; el Tigre, que está rabioso.

En el colmo del espanto, Arthur Pym recobra bastante fuerza para escapar a los mordiscos del animal, que se ha

precipitado sobre él. Después de envolverse en una manta que desgarran los blancos dientes del perro, se lanza fuera de la caja, cuyo puerta se cierra sobre el *Tigre*, que se agita entre las paredes.

Arthur Pym consigue arrastrarse al través de la cala; pero pierde la cabeza y cae contra un baúl, mientras el cuchillo se le escapa de la mano.

En el momento en que iba tal vez a exhalar el último suspiro, oyó pronunciar su nombre. Una botella de agua que acercan a su boca se vacía en sus labios. Vuelve a la vida después de haber bebido de un trago la exquisita bebida con voluptuosidad.

Algunos instantes después, en un rincón de la cala, a la claridad de una linterna sorda, Augusto Barnard refería a su camarada lo sucedido a bordo desde la partida del brick.

Repito que hasta aquí la historia es completamente admisible; pero aun no hemos llegado a los sucesos que, a puro de extraordinarios, tocan en lo inverosímil.

La tripulación del *Grampus* se componía de treinta y seis hombres, incluidos los Barnard, padre e hijo. Desde que el brick se hizo a la mar, el 20 de Junio, Augusto Barnard intentó varias veces reunirse con su compañero Pym en el escondrijo de éste, pero fue en vano. A los tres o cuatro días estalló una sublevación a bordo. Fue dirigida por el cocinero, un negro como nuestro Endicott de la *Halbrane,* el que- me apresuro a decirlo- no es hombre capaz de sublevarse nunca.

En la novela se narran numerosos incidentes; matanzas, que costaron la vida a la mayor parte de los marineros que si-

guieron siendo fieles al capitán Barnard, después, abandono en las Bermudas del dicho capitán y de cuatro hombres de los que no se debía tener ya noticia alguna. No se hubiera librado de la misma suerte Augusto Barnard sin la protección del maestro cordelero del *Grampus*. Era éste un tal Dirk Peters, de la tribu de los Upsarocas, hijo de una india de las Montañas Negras, el mismo del que ya he hablado y al que el capitán Len Guy había tenido la pretensión de ver en Illinois.

El *Grampus* tomó su ruta al Suroeste al mando del segundo, que tenía la intención de dedicarse a la piratería recorriendo los mares del Sur.

Después de tales sucesos, Augusto Barnard hubiera deseado reunirse a Arthur Pym; pero se le había encerrado en el camarote de la tripulación, con grillos en pies y manos, y el cocinero le aseguraba que de allí no saldría hasta «que el brick no fuera un brick». No obstante, algunos días después Augusto Barnard consiguió librarse de sus esposas, cortar el delgado tabique que le separaba de la cala, y, seguido del *Tigre*, procuró llegar al escondrijo de su camarada. No lo consiguió; pero, por fortuna, el perro había olido a Arthur Pym, lo que dio a Augusto la idea de atar al cuello del *Tigre* un papel que contenía estas palabras: *Te escribo con sangre. Sigue escondido. Te va en ello la vida.*

Se sabe que Arthur Pym recibió el billete. Cuando muriendo de hambre y de sed se arrastró por la cala, el ruido que el cuchillo hizo al caer de su mano atrajo la atención de su camarada, el que pudo al fin llegar hasta donde el otro se encontraba.

Después de referir estos sucesos a Arthur Pym, añadió Augusto que los rebeldes estaban divididos. Querían los unos conducir al *Grampus* hacia las islas del cabo Verde; los otros, y entre ellos estaba Dirk Peters, estaban decididos a dirigirse hacia las islas del Pacífico.

En cuanto al *Tigre*, que su amo creía rabioso, no lo estaba. La devoradora sed lo había puesto en aquel estado de sobre-excitación, y tal vez hubiera sido atacado de hidrofobia si Augusto Barnard no le hubiera llevado al castillo de proa.

Sigue después una importante digresión sobre el arrumaje de las mercancías en los navíos de comercio, arrumaje del que depende en gran parte la seguridad a bordo. Esta operación, no se había practicado de manera conveniente en el *Grampus* por lo que el material cambiaba de sitio a cada oscilación, y Arthur Pym no podía permanecer en la cala sin peligro. Afortunadamente, con la ayuda de Augusto Barnard logró ganar un rincón del entrepuente, cerca del puesto de la tripulación.

Entretanto Dirk Peters no cesaba de demostrar gran amistad al hijo del capitán Barnard, por lo que este último se preguntaba si no podría contar con él para intentar volver a tomar posesión del barco.

Trece días habían transcurrido desde la partida de Nanthuket, cuando el 4 de Julio estalló entre los sublevados violentísima discusión a propósito de un pequeño brick señalado a lo largo, al que los unos querían perseguir y los otros dejar que escapase. La disputa produjo como consecuencia la muerte de un marinero que perteneció a la

banda del cocinero, a la que se había unido Dirk Peters, partido opuesto al del segundo.



No había más que trece hombres a bordo, contando a Arthur Pym.

En tales circunstancias, espantosa tempestad azotó aquellos parajes.

El *Grampus*, horriblemente sacudido, hacia agua por sus junturas. Era menester que la bomba maniobrase de continuo, y hasta aplicar una vela en la proa del casco para evitar que éste se inundara y se hundiera.

La tempestad terminó el 9 de Julio, y habiendo manifestado aquel día Dirk Peter a la intención de desembarazarse del segundo, Augusto Barnard le aseguró su concurso, sin revelarle, no obstante, la presencia de Arthur Pym a bordo.

Al siguiente día, uno de los marineros fieles al cocinero, el llamado Roger, murió entre horribles convulsiones, y nadie dudó que el segundo le había envenenado. El cocinero no contaba ahora más que con cuatro hombres. El segundo con cinco. No había tiempo que perder. Así se lo manifestó Dirk Peters a Augusto Barnard, y éste entonces lo puso al corriente de lo que concernía a Arthur Pym.

Pero mientras ambos hablaban de los medios más propios para tomar posesión del navío, un irresistible huracán le acostó sobre uno de sus flancos. No se levantó el *Grampus* sin haber embarcado una cantidad enorme de agua: después de haber aguantado otras borrascas, se puso a la capa bajo la mesana a rizos bajos.

La ocasión pareció favorable para comenzar la lucha, por más que los rebeldes hubieran hecho la paz. Y sin embargo, en el puesto no había más que tres hombres, Dirk Peters, Augusto Barnard y Arthur Pym mientras que el camarote

encerraba nueve. Únicamente el maestro cordelero poseía dos pistolas y un cuchillo marino. De aquí la necesidad de proceder con prudencia.

Arthur Pym, cuya presencia a bordo no podían sospechar los rebeldes tuvo entonces la idea de una supercheria que tenía probabilidad de buen éxito. Como el cadáver del marino envenenado estaba aun en el puente, Arthur se dijo que él vistiéndose con el traje del muerto apareciera él en medio de aquellos marineros supersticiosos, tal vez el espanto les pondría a merced de Dirk Peters.

La noche era obscura. Dirk Peters se dirigió a popa. Dotado de prodigiosa fuerza, lanzóse sobre el timonel, y de un solo impulso lo arrojó por encima de la banda.

Augusto Barnard y Arthur Pym, se reunieron con él en seguida, armados ambos con una palanca de bomba. Dejando a Dirk Peters en el puesto del timonel, Arthur Pym, disfrazado de modo para semejar el muerto, y su camarada, fueron a colocarse junto a la chupeta del camarote, donde el segundo, el cocinero y los demás estaban, unos durmiendo, otros bebiendo o hablando, con las pistolas y los fusiles al alcance de sus manos.

La tempestad rugía y era imposible permanecer de pie sobre el puente.

En este momento el segundo dio orden para que se fuera en busca de Augusto Barnard y Dirk Peters; orden que fue transmitida al timonel, que no era otro que Dirk Peters. Éste y el hijo de Barnard. bajaron al camarote, y Arthur Pym no tardó en aparecer.

El efecto de la aparición fue prodigioso. Espantado a la vista del marinero resucitado, el segundo se levantó, agitó las manos y cayó muerto. Dirk Peters se precipitó entonces sobre los otros, ayudado por Augusto Barnard, Arthur Pym y el perro *Tigre*. En algunos momentos todos fueron estrangulados, excepción del marinero Richard Parker, al que se hizo gracia de la vida.

Y ahora, en lo más recio de la tormenta, no quedaban más que cuatro hombres para dirigir el brick, que fatigaba horriblemente con sus siete pies de agua en la cala. Fue preciso cortar el palo mayor, y al llegar la mañana echar abajo el de mesana. ¡Espantoso día, y noche aun más espantosa! Si Dirk Peters y sus compañeros no se hubieran sujetado sólidamente a los restos del cabestrante, hubieran sido arrastrados por un golpe de mar que hundió las escotillas del *Grampus*.

Sigue después, en la novela, la minuciosa serie de incidentes que debía engendrar tal situación, desde el 14 de Julio al 9 de Agosto; la pesca de víveres en la cala llena de agua; llegada de un brick misterioso que, cargado de cadáveres, emponzoña la atmósfera, y pasa como un viento de muerte; torturas del hambre y de la sed; imposibilidad de llegar al compartimiento que guarda las provisiones; operación de echar a suertes para que ésta decida que Richard Parker sea sacrificado para salvar la vida de los otros tres; muerte de este infeliz, golpeado por Dirk y devorado después... Al fin, algunos alimentos, un jamón, un frasco de aceitunas, son sacados de la cala. Con el movimiento del cargamento, el *Grampus* toma una inclinación cada vez, más

pronunciada. Efecto del espantoso calor en aquellos parajes, la tortura de la sed llega al último grado que un hombre puede sufrir. Augusto Barnard muere el 1º de Agosto. El brick naufraga en la noche del 3 al 4. Arthur Pym y Dirk Peters, refugiados en la caena, vuelta, se ven reducidos a alimentarte de cyrrhopodes, de los que el casco está cubierto, en medio de bandadas de tiburones que les espían... Finalmente, llega la goleta *Jane* de Liverpool, capitán William Guy, cuando los náufragos no habían derivado menos de 25º de Norte a Sur.

Evidentemente, no repugna a la razón admitir la realidad de estos hechos, por más que la tirantez de las situaciones se lleve hasta los últimos límites, lo que no es de extrañar tratándose de la prestigiosa pluma del poeta americano. Pero, a partir de este momento, se va a ver si la menor verosimilitud es observada en la sucesión de los incidentes que siguen. Arthur Pym y Dirk Peters, recogidos a bordo de la goleta inglesa, fueron bien tratados. Quince días después, recobrados de sus angustias, no se acordaban de ellas: ¡tan proporcionado a la energía del contraste es el poder del olvido! Con alternativas de bueno y mal tiempo la *Jane* llegó el 13 de Octubre a la isla del Príncipe Eduardo, después a las islas Crocet, por camino opuesto al de la *Halbrane*, y, por último, a las islas Kerguelen, que once días antes había yo abandonado.

Empleáronse tres semanas en la caza de bueyes marinos, de los que la goleta hizo buen acopio. Durante está escala, el capitán de la *Jane* depositó la célebre botella en la que su

homónimo de la *Halbrane* pretendía haber encontrado una carta donde William Guy anunciaba su intención de visitar los mares australes,

El 12 de Noviembre la goleta abandonó a las Kerguelen y subió al Oeste hacia Tristán de Acunha, como nosotros lo hacíamos ahora.

Llegó a la isla quince días después y permaneció en ella una semana, y el 5 de Diciembre partió para reconocer las Auroras por 53º 15' de latitud Sur y 49º 38' de longitud Oeste, islas imposibles de encontrar.

El 12 de Diciembre la *Jane* se dirigió al polo antártico. El 26 son vistos los primeros *ice-bergs,* más allá del grado 73, y se reconoce el banco de hielo. Del 10 de Enero de 1828 al 14 del mismo, evoluciones difíciles, paso del círculo polar en medio de los hielos y navegación por la superficie de una mar libre; la famosa mar libre descubierta por 81º 21' de latitud Sur y 42º de longitud Oeste; siendo la temperatura de 47º Fahrenheit (8º 33 c. sobre 0) y la del agua 34º (1º11c. sobre 0).

Se convendrá en que Edgard Poe está aquí en plena fantasía. Nunca navegante alguno había llegado a tales latitudes, ni aun el capitán James Weddell, de la marina británica, que no pasó del 74 paralelo en 1822.

Pero si esto es inadmisible, ¡cuánto mas los incidentes que siguen! Incidentes que Arthur Pym, o sea Edgard Poe, refiere con inocente inconsciencia.

¡Verdaderamente él no dudaba de elevarse hasta el polo!

En primer lugar, no se ve un solo *ice-bergs* sobre aquel mar fantástico. Innumerables bandadas de pájaros vuelan por la superficie, entre ellos un pelícano, que es muerto de un tiro. Sobre un bloque de hielo (¿los había, pues, aun?) venía un oso de la especie ártica y de dimensiones ultragigantescas. Al fin la tierra es señalada a estribor. Se trata de una isla de una legua de circunferencia, a la que se da el nombre de isla Bennet en honor al socio del capitán en la propiedad de la *Jane*.

Este islote está situado en los 82º 50'de latitud Sur y 43º 20' de longitud Oeste, según dice Arthur Pym en su diario; pero desafío a los hidrógrafos a formar un mapa de los pasajes antárticos sobre tan fantásticos datos.

Naturalmente, a medida que la goleta ganaba el Sur, la variación de la brújula disminuía, mientras que la temperatura del aire y del agua se dulcificaba, con un cielo siempre claro y una brisa constante de algunos puntos del Norte.

Por desgracia el escorbuto se había declarado en la tripulación, y tal vez sin la insistencia de Arthur Pym, el capitán William Guy hubiera puesto el cabo hacia el Norte.

Claro es que en aquella latitud y en el mes de Enero se gozaba de un día perpetuo, y, en suma, la *Jane* hizo bien en continuar su aventurera campaña, puesto que el 18 de Enero se vio tierra a los 83º 21' de latitud y 43º 51' de longitud.

Era una isla perteneciente a un grupo numeroso esparcido por Oeste.

Aproximóse la goleta y ancló a seis brazas. Preparáronse los botes; Arthur Pym y Dirk Peters descendieron a uno de ellos, que no se detuvo hasta encontrarse con cuatro canoas llenas de hombres armados. ¡Hombres nuevos! dice el libro.

Nuevos eran, en efecto, aquellos indígenas, de un negro de azabache, vestidos con la piel de un animal negro y desconocedores del color blanco. Preciso era suponer entonces que durante el invierno, cuando caía la nieve, si allí nevaba, cuando se formaban los hielos, si allí se formaban, la nieve y el hielo eran negros como el ébano...¡Todo esto pura imaginación!

Aquellos insulares, sin manifestar disposiciones hostiles, no cesaban de gritar estas dos palabras: *anamoo-moo y lama--lama*. Cuando sus canoas acostaron, el jefe Too Vit obtuvo permiso para subir a bordo de la *Jane* con unos veinte de sus compañeros. Manifestaron infinito asombro, pues tomaron la goleta por una criatura viva, y la acariciaban. Dirigida por ellos, entre los arrecifes, al través de una bahía cuyo fondo era de arena negra, arrojóse el ancla a una milla de la playa, y el capitán William Guy, dejando a algunos en rehenes a bordo, desembarcó.

¡Qué isla, a creer a Arthur Pym; qué isla la de Tsalal! ¡Sus árboles no se parecían a ninguna de las especies conocidas! ¡Las rocas presentaban en su composición una estratificación ignorada por los mineralogistas modernos! ¡Por los ríos corría una sustancia líquida sin apariencia de limpidez, estriada de distintas venas, las que no se reunían por

cohesión inmediata cuando se las separaba con la hoja de un cuchillo!

Fue preciso andar tres millas para llegar a Klock-Klock, principal aldea de la isla. Allí nada más que miserables chozas formadas con pieles negras, animales domésticos semejantes al cerdo, una especie de carnero de vellón negro, volátiles de veinte especies, albatros, ánades y galápagos en gran numero.

Al llegar a Klock-Klock, el capitán William y sus compañeros encontraron una población que Arthur Pym calcula en diez mil almas; hombres, mujeres y niños, si no para inspirar terror, al menos para mantenerse a distancia de ellos: tan fogosos y demostrativos estaban. Al fin, después de descansar en la casa de Too Wit, volvieron a la ribera, donde el escombro de mar- ese molusco tan solicitado por los chinos,- más abundante que en ninguna otra porción de los mares australes, debía suministrar enormes cargamentos.

A este propósito se procuró hacerse entender por Too-Witt. El capitán William Guy le pidió autorización para construir cobertizos, donde algunos de los hombres de la *Jane* prepararían el escombro de mar-, mientras la goleta continuaría su camino hacia el polo. Too-Wit aceptó gustoso está proposición, y terminóse un ajuste, según el cual los indígenas prestarían su concurso para la recolección del precioso molusco.

En un mes se terminó la faena. Designóse a tres hombres para que permaneciesen en Tsalal. No hubo motivo para concebir la más ligera sospecha respecto a los naturales. Antes de despedirse el capitán William Guy, quiso volver al

pueblo de Klock-Klock, después de haber, por prudencia, dejado seis hombres a bordo, cargados los cañones y el ancla a pico, los cuales hombres debían oponerse a toda aproximación de los indígenas.

Too-Witt, escoltado por unos cien hombres vestidos de pieles negras, fue delante de los visitantes. Subieron por una estrecha garganta entre colinas de piedra parecidas al jabón, como Arthur Pym no las había visto en parte alguna. Preciso fue seguir mil sinuosidades a lo largo de taludes de 60 a 80 pies por una anchura de 40.

El capitán William Guy y los suyos, sin gran temor, por más que el sitio fuera a propósito para una emboscada, caminaban apretados unos contra otros.

A la derecha, un poco adelante, iban Arthur Pym, Dirk Peters y un marinero llamado Allen.

Al llegar ante una hendedura que se abría en el flanco de la colina, Arthur Pym tuvo la idea de penetrar en ella con el objeto de coger algunas avellanas que pendían en racimos achaparrados. Hecho esto, iba a volver sobre sus pasos cuándo notó que Dirk Peters y Allen le habían acompañado. Disponíanse a ganar la entrada de la hendedura cuando una violenta y repentina sacudida les arrojó a tierra; al mismo tiempo las masas de la colina se hundieron y les vino el pensamiento de que iban a ser enterrados vivos.

¿Vivos... los tres? No. Allen había sido sepultado tan profundamente entre los escombros que ya no vivía.

Arrastrándose sobre las rodillas, abriéndose camino con el cuchillo y manejando su bowieknife, Arthur Pym. y Dirk

Peters lograron tocar en cierto terreno esquistoso, algo más resistente, llegando después a una plataforma natural al extremo de una quebrada sólidamente cubierta, sobre la que se veía un pedazo de cielo azul. Desde allí sus miradas pudieron alcanzar todos los alrededores.

Un derrumbamiento acababa de efectuarse. Derrumbamiento artificial, sí, artificial, provocado por los indígenas. El capitán William Guy y sus veintiocho compañeros, aplastados bajo más de un millón de toneladas de tierra y piedra, habían desaparecido.

En el país pululaban insulares llegados de las islas vecinas, sin duda, y atraídos por el deseo de saquear la *Jane*. Setenta barcos se dirigían entonces hacia la goleta. Los seis hombres que quedaron a bordo les enviaron una primera descarga de metralla y bala mal dirigida; después otra que causó efecto terrible. Sin embargo, la *Jane* fue invadida, incendiada, muertos sus defensores. Al fin se produjo una formidable explosión al quemarse la pólvora, explosión que destruyó un millar de indígenas y mutiló otros tantos, mientras los demás huían gritando: *¡Tékéli-li! ¡Tékéli-li!*

Durante la siguiente semana, Arthur Pym y Dirk Peters, viviendo de avellanas, de carne de avestruz, de coclearias, escaparon al furor de los naturales, que no sospechaban su presencia. Encontrábanse en el fondo de una especie de abismo negro, sin salida. Recorriéndole, descendieron al través de una sucesión de concavidades. Edgard Poe da el croquis de él, siguiendo su plan geométrico, el conjunto del que reproducía una palabra de raíz árabe, que significa «ser,

blanco», y la palabra egipcia Ð□ UÃPÍÑ que significa «región del Sur».

Se ve que el autor americano lleva aquí lo inverosímil hasta los últimos límites. Por lo demás, yo no solamente había leído y releído está novela de Arthur Gordón Pym, sino que también conocía las demás obras de Edgard Poe. Sabía lo que se debe pensar de este genio más sensitivo que intelectual. ¿No ha dicho, con razón, el más original de sus críticos: «En él domina la imaginación como absoluta reina; es una facultad casi divina que percibe todas las íntimas relaciones de las cosas, las correspondencias y analogías»?...

Lo cierto es que jamás ha visto nadie en estos libros otra cosa que obras de imaginación. ¿Cómo, pues, a no estar loco, un hombre como el capitán Len Guy ha podido creer en la realidad de estos hechos?

Continúo:

Arthur Pym y Dirk Petera no podían vivir en medio de aquellos abismos, y tras muchas tentativas, consiguieron arrastrarse por una de las pendientes de la colina. Al momento cinco salvajes se lanzaron sobre ellos; pero, gracias a sus pistolas y al extraordinario vigor de Dirk Peters, cuatro de los insulares fueron muertos. El quinto fue arrastrado por los fugitivos, que ganaron una embarcación amarrada a la ribera y cargada con tres grandes tortugas. Unos veinte insulares que se lanzaron en su persecución, procuraron en vano detenerlos. Fueron rechazados, y la canoa se dio al mar, dirigiéndose hacia el Sur.

Arthur Pym, navegaba entonces más allá del 48 de latitud austral. Comenzaba el mes de Marzo, es decir, que se acercaba el invierno antártico. Cinco o seis islas se mostraban hacia el Oeste, que importaba evitar por prudencia. Arthur opinaba que en la proximidad del polo la temperatura se dulcificaría. En la extremidad de los pagays o remos, de que estaba provista la canoa, fue colocada una vela, formada con las camisas de Dirk Peters y de su compañero, camisas blancas, el color de las cuales llenó de espanto al indígena prisionero, que respondía al nombra de Nu-Nu.

Durante ocho días continuóse aquella extraña navegación, favorecida por una dulce brisa del Norte, con un día permanente, por una mar sin un pedazo de hielo, de lo que nada se había visto desde el paralelo del islote Bennet.

Entonces fue cuando Arthur Pym y Dirk Peters entraron en una región nueva y asombrosa. En el horizonte se levantaba una extensa nube de vapor gris y ligero, empenachado de luminosas líneas, semejantes a las que las auroras boreales proyectan. Una corriente de gran fuerza ayudaba a la brisa. La embarcación se deslizaba por una superficie líquida, excesivamente templada y de apariencia lechosa, que parecía agitarse en el fondo. Cayó una ceniza blancuzca, lo que redobló el espanto de Nu-Nu, cuyos labios se levantaron, dejando al descubierto su dentadura negra.

El 9 de Marzo aumentaron esta lluvia la temperatura del agua, que ni la mano podía soportar. La inmensa cortina de vapor extendida por todo el horizonte meridional, semejaba

cataratas sin límites que descendían en silencio de lo alto de algún inmenso murallón, perdido en las alturas del cielo.

Doce días después, las tinieblas invaden aquellos parajes. Tinieblas cortadas por los efluvios luminosos que escapan de las profundidades del Océano Antártico.

La embarcación se aproximaba a la catarata con impetuosa velocidad, sin que en la relación de Arthur se explique la causa de ello.

A veces la sábana se hundía, dejando ver atrás un caos de imágenes flotantes e indistintas, sacudidas por poderosas corrientes de aire.

En medio de las espantosas tinieblas pasaban bandadas de gigantescos pájaros, de lívida blancura, arrojando su eterno *Tékéli-li*, y al fin el salvaje, en el colmo del espanto, lanzó su último suspiro.

Y repentinamente, presa de una velocidad loca, la canoa se precipita en la catarata, en la que se abre una concavidad como para tragarla. Pero he aquí que se levanta una figura cubierta con un velo, de mayores proporciones que las de ningún habitante de la tierra. El color de la piel del hombre era la blancura perfecta de la nieve.

Tal es la novela creada por el genio ultrahumano del más grande poeta del Nuevo Mundo. Así es como termina, aunque más propio es decir que no termina. En mi opinión, en la imposibilidad de imaginar desenlace adecuado a tan extraordinarias aventuras, se comprende que Edgard Poe haya interrumpido su narración por la muerte «repentina y deplorable de su héroe», dejando esperar que, si se

encuentran alguna vez los dos o tres capítulos que faltan, serán publicados.

VI

¡CÓMO UN SUDARIO QUE SE ENTREABRE!

La navegación de la *Halbrane* se efectuaba en las condiciones más favorables de mar y viento. Si persistían, en quince días se recorrería la distancia que separa la isla del Príncipe Eduardo de Tristán de Acunha-unas 2.300 millas-y, como el contramaestre había asegurado, no sería menester cambiar las amuras. La invariable línea del Sudeste estaba bien establecida, no exigiendo más que alguna disminución de velas altas, algunas veces.

El capitán Len Guy dejaba a Jem West el cuidado de maniobrar, y el audaz portavela- perdóneseme la palabra- no se decidía a coger rizos a las velas sino cuando la arboladura amenazaba con venirse abajo. Pero yo no sentía ningún recelo ni había avería que temer con tal marino... Siempre estaba vigilando.

-!Nuestro segundo no tiene semejante!- me dijo un día Hurliguerly- y merece mandar un barco almirante.

-Efectiva mente- respondí.- Jem West me parece un verdadero marino.

-¡Y qué goleta la nuestra! Puede usted felicitarse y felicitarme, puesto que he conseguido que el capitán Len Guy variase su resolución en lo que a usted concierne.

-Si es usted el que ha obtenido ese resultado, le doy a usted las gracias, contramaestre.

-Y hay por qué darlas, pues a pesar de las instancias del compadre Atkins, el capitán dudaba. Pero yo conseguí hacerle entrar en razón.

-No lo olvidaré, contramaestre, no lo olvidaré; pues gracias a su intervención, en vez de consumirme en las Kerguelen, no tardaré en estar a la vista de Tristán de Acunha.

-Dentro da algunos días, señor Jeorling. Según lo que he oído, en Inglaterra y Alemania se ocupan actualmente en construir barcos que llevan una máquina en la panza y ruedas, de las que se sirven como una ánade de sus patas... Bien... Ya veremos lo que resulta. Mi opinión, sin embargo, es que tales barcos no podrán luchar con una hermosa fragata de sesenta, impulsada por la brisa. ¡El viento, señor Jeorling, el viento basta, y un marino no tiene necesidad de ruedas en su casco!

No tenía por qué contrariar las ideas del contramaestre respecto al empleo del vapor para la navegación. Se estaba en los comienzos. ¿Quién podía prever el porvenir?

Y en aquel momento recordé que la *Jane...,* aquella *Jane* de que el capitán Len Guy me había hablado como si hubiera

existido, como si la hubiera visto con sus propios ojos, había ido, precisamente en quince días, desde la isla del Príncipe Eduardo a Tristán de Acunha.

Verdad que Edgard Poe disponía a su antojo de los vientos y de la mar.

Por lo demás, durante los quince días siguientes, el capitán Len Guy no me habló más de Arthur Pym. Parecía como si nunca lo hubiera hecho. Si él había esperado convencerme de la identidad del héroe de los mares australes, hubiera dado prueba de mediano talento. Lo repito: ¿cómo un hombre de buen sentido hubiera podido discutir en serio sobre tal materia? A menos de haber perdido la razón, de ser por lo menos un monomaníaco sobre este caso especial, como lo era Len Guy, nadie- por décima vez lo repito-, nadie podía ver otra cosa que una obra de imaginación en la novela de Edgard Poe.

¡Calcúlese! Según ella, una goleta inglesa había avanzado hasta el 84º de latitud Sur, y, sin embargo, tal viaje no había tenido la importancia de un gran acontecimiento geográfico. Arthur Pym, volviendo de las profundidades de la Antártida, no fue colocado sobre los Cook, los Wedrell, los Biscoe. ¿No se le hubieran tributado los honores públicos lo mismo a él que a Dirk Peters, los únicos pasajeros de la Jane? ¿Y qué pensar de aquella mar libre descubierta por ellos? ¿De la extraordinaria velocidad de las corrientes que los arrastraban hacia el polo? ¿De la temperatura anormal de las aguas, que la mano no podía resistir? ¿De la cortina de vapores tendida

por el horizonte? ¿De la catarata que se entreabre y en la que aparecen figuras sobrehumanas?...

Y, dejando aparte estás inverosimilitudes, ¿cómo Arthur Pym y Dirk Peters habían vuelto de tan lejos? ¿Cómo su canoa tsalaliana les había traído del círculo polar? ¿Cómo, en fin, fueron recogidos y repatriados?... ¡Con una frágil canoa de pagays, franquear 20□, pasar el polo, ganar las tierras más próximas!... ¿Cómo el diario de Arthur Pym no ha mencionado los incidentes del regreso? Pero se objetará que Arthur Pym murió antes de haber podido escribir los últimos capítulos de su libro. ¡Sea! Pero ¿es verosímil que él no haya dicho palabra de ellos al editor del *Southern Literary Messenger*? Y ¿cómo Dirk Peters, que durante varios años residió en Illinois, se ha callado el desenlace de tales aventuras? ¿Es que tenía interés en no hablar?

A creer al capitán Len Guy, éste había ido a Vandalia, donde, según el libro, vivía ese Dirk Peters, y no había podido encontrarle. ¡Lo creo!

Ni él ni Arthur Pym habían existido más que en la imaginación del poeta americano, poderoso genio, como lo prueba el hecho de imponer a algunos espíritus como realidad lo que era ficticio.

De todas suertes, yo comprendía que hubiera hecho mal en discutir de nuevo con el capitán Len Guy, obsesionado por su idea fija, y volver a una argumentación que no lograría convencerle. Más sombrío, más cabizbajo, no aparecía sobre el puente a no ser precisa su presencia. Y entonces, sus miradas recorrían detenidamente el horizonte meridional

como si quisieran agujerearlo. Tal vez creía ver aquella sábana de vapores, y las alturas del cielo llenas de insondables tinieblas, y los resplandores luminosos saltando de las profundidades del mar, y el blanco gigante mostrándole el camino al través de los abismos de la catarata...

¡Singular monomaníaco! Por fortuna, en lo demás que no tocase a este asunto, la inteligencia del capitán conservaba toda su lucidez. Sus cualidades de marino permanecían intactas, y los temores que yo había podido concebir no amenazaban realizarse.

Debo confesar que lo más interesante para mí era descubrir la causa del interés que el capitán manifestaba por los supuestos náufragos de la *Jane*. Aun teniendo por verídico el relato de Arthur Pym, admitiendo que la goleta inglesa hubiese atravesado aquellos infranqueables parajes... ¿por qué tan inútiles lamentaciones? Aunque algunos de los marineros de la *Jane,* su jefe u oficiales hubieran sobrevivido a la explosión y al hundimiento provocado por los naturales de la isla Tsalal, ¿podía razonablemente esperarse que vivieran? Once años habían transcurrido, según los datos indicados por Arthur Pym, y desde entonces, admitiendo que aquellos desdichados hubieran escapado a los insulares, ¿cómo hubieran subvenido a sus necesidades en tales condiciones? ¿No debían haber perecido todos?

¡Vamos! Heme aquí discutiendo seriamente semejantes hipótesis, aunque no descansen en ningún sólido fundamento.

Un poco más, y creeré en la existencia de Arthur Pym, de Dirk Peters, de sus compañeros, de la *Jane,* perdida en los mares australes. ¿Me habré contagiado la locura del capitán Len Guy? ¿No es lo cierto que me he sorprendido al comparar el camino que la *Jane* había seguido, subiendo hacia el Este, y el que sigue la *Halbrane?*

Estamos a 3 de Septiembre. De no producirse retraso- que sólo de un incidente marino puede venir-, dentro de tres días nuestra goleta estará a la vista del puerto. Además, tal es la altura de la principal isla del grupo, que en buen tiempo se la ve a gran distancia.

El día indicado, entre diez y once de la mañana, paseábame yo por el puente. Nos deslizábamos por la superficie de un mar ligeramente agitado. La *Halbrane,* parecía un enorme pájaro, uno de esos gigantescos albatros de que habla Arthur Pym, que, desplegando su amplio velamen, llevaba la tripulación al través del espacio. ¡Sí!... ¡Para una imaginación acalorada aquello no era navegar, sino volar..., y el movimiento de las velas el batir de unas alas!

Jem West, de pie junto al cabestrante, al abrigo de la trinqueta, con su anteojo en la mano, miraba por babor un objeto que flotaba a dos o tres millas, que varios marineros, inclinados sobre la baranda, mostraban con el dedo.

Era una masa de diez a doce yardas superficiales, de forma irregular, abultada en el centro por una tumescencia resplandeciente. Subía y bajaba al impulso de las olas, que se movían en dirección Noroeste.

Me acerqué a la vagara de proa, y observó atentamente aquel objeto. Llegaba a mí la conversación de los marineros, a los que siempre interesan los más insignificantes accidentes de mar.

-Es una ballena- declaró el maestro velero.- Ha soplado una o dos veces desde que la examinamos.

-No se trata de una ballena-afirmó Hardie, el maestro calafate.- Tal vez algún casco de un barco abandonado.

-¡El diablo lo envía por el fondo!- exclamó Rogers.- Ve, pues, a arrojarte allí por la noche.

-Es verdad- añadió Drap,- esos restos son más peligrosos que una roca, pues un día están aquí y otro allá.

Hurliguerly acababa de acercarse.

-¿Qué piensa usted de eso?- le pregunté.

Hurliguerly miró con atención; y como la goleta, impulsada por la brisa, se aproximaba a la masa, era más fácil acertar.

-En mi opinión, señor Jeorling- respondió el contramaestre,- eso que vemos no es una ballena, ni un resto de un buque, sino simplemente un témpano de hielo...

-¡Un témpano de hielo!- exclamé.

-Hurliguerly no se equivoca- afirmó Jem West.- Se trata de un pedazo de hielo que las corrientes han arrastrado...

-¿Hasta el paralelo cuarenta y cinco? repuse.- ¿Cómo es posible?

-Se ve con frecuencia- añadió el segundo,- y los hielos llegan a veces hasta el paso del cabo, a creer a un navegante

francés, el capitán Blosseville, que lo encontró a la altura en 1828.

-Entonces éste no puede tardar en fundirse- dije yo bastante asombrado de que West me hubiese honrado con tan larga respuesta.

-Debe de estar disuelto en gran parte - afirmó el lugarteniente,- y lo que vemos es seguramente lo que queda de una montaña de hielo que debía pesar miles de toneladas.

El capitán Len Guy apareció entonces; y al ver el grupo de marineros que rodeaba a Jem West, se dirigió a proa.

Después de cambiar con él en voz baja algunas palabras, el lugarteniente le entregó el anteojo.

Len Guy le enfocó al objeto flotante, al que la goleta se había aproximado cosa de una milla, y después de observarlo por espacio de un minuto, dijo:

-Es un témpano de hielo, y es una suerte que se disuelva. La *Halbrane* hubiera podido sufrir grandes averías tropezando con él durante la noche.



Me extrañó el cuidado que el capitán Len Guy ponía en su observación. Parecía como si sus ojos no pudieran apartarse del ocular del anteojo. Permanecía inmóvil, como clavado en el puente.

Insensible al balanceo, con los brazos rígidos, gracias a su gran costumbre, mantenía imperturbablemente el bloque en el campo del objetivo. Su rostro ansioso mostraba gran palidez, y de sus labios salían vagas palabras.

Transcurrieron algunos minutos. La *Halbrane,* con rápido paso, estaba a punto de pasar el bloque.

-Dejad que se incline un cuarto-dijo el capitán sin bajar el anteojo.

Adiviné lo que pasaba en el espíritu de aquel hombre, bajo la obsesión de una idea fija. Aquel témpano venía de los parajes a los que sin casar lo arrastraba su pensamiento. Quería verle desde más cerca... Tal vez acostarle... Tal vez recoger en él algún resto...

Entretanto, y transmitida la orden por Jem West, el contramaestre había hecho arriar ligeramente las escotas, y la goleta se dirigió hacia el bloque.

Bien pronto estuvimos a dos encabladuras de él, y le pude examinar.

Como habíamos notado, la tumescencia central se fundía. Hielos líquidos goteaban por sus costados. En el mes de Septiembre de aquel año tan precoz, el sol poseía bastante fuerza para provocar la disolución, activarla, hasta precipitarla. Seguramente, antes de que el día terminara nada restaría de aquel bloque arrastrado por las corrientes hasta la altura del paralelo 45.

El capitán Len Guy le observaba siempre, sin que tuviera ya necesidad de recurrir a su anteojo. Se empezó a distinguir un cuerpo extraño, que poco a poco se delineaba a medida

que la fusión se efectuaba; una forma de color negruzco extendida sobre la blanca sábana.

¡Qué sorpresa la nuestra, mezclada de horror, cuando vimos aparecer un brazo, después una pierna, después un torso, después una cabeza... un cuerpo, en fin, cubierto de obscura vestimenta!

Por un instante, hasta creí que aquellos miembros se movían, que sus manos se tendían a nosotros...

La tripulación no pudo contener un grito, que debió de llegar hasta el témpano.

¡No! Aquel cuerpo no se agitaba, pero deslizábase suavemente por la helada superficie.

Miré al capitán Len Guy. Su rostro estaba como el de aquel cadáver venido de las lejanas latitudes de la zona austral.

Se hizo lo que se debía hacer para recoger a aquel desdichado.

¡Quién sabía si aun respiraba! En todo caso, tal vez sus bolsillos contenían algún documento que serviría para identificarle. Después, acompañándolos con una última oración, se abandonarían aquellos restos humanos a las profundidades del Océano... ¡Ese cementerio de los marinos muertos en el mar!

La canoa fue botada al agua. Colocáronse en ella el contramaestre y los marineros Gratián y Francis. Por la disposición contraria de su velamen, sus foques y trinquete vueltos, Jem West había anulado la marcha de la goleta, casi inmóvil, elevándose y bajando a impulso de las olas.

Yo seguía con la mirada la marcha de la goleta, que acostó en la margen lateral del témpano.

Hurliguerly puso el pie en un sitio que presentaba aun alguna resistencia; Gratián desembarcó tras él, mientras Francis sostenía la canoa por la cadena del arpeo.

Ambos marineros llegaron junto al cadáver, y cogiéndola el uno por los brazos y por la cabeza el otro, le echaron a la canoa.

En algunos golpes de remo, el contramaestre volvió a la goleta.

El cadáver, congelado de la cabeza a los pies, fue colocado al pie del palo de mesana.

En seguida el capitán se acercó a él, y le contempló fijamente, como si intentara reconocerle.

Era el cuerpo de un marino vestido de grosero paño, pantalón de lana, blusa remendada, camisa de grueso muletón. No había duda de que su muerte debió efectuarse varios meses antes... poco después, probablemente, de ser arrastrado.

Su edad parecía ser la de cuarenta años, aunque sus cabellos eran canosos.

Su delgadez era espantosa, la de un verdadero esqueleto... Debió de haber sufrido las horribles torturas del hambre durante aquel trayecto de 20 grados por lo menos desde el círculo antártico.

El capitán Len Guy separó los cabellos del cadáver, le levantó. la cabeza, le miró frente a frente, y murmuró sollozando:

-¡Patterson!… ¡Patterson!

- ¡Patterson!- exclamé.

Me pareció que tan vulgar nombre estaba unido a mi memoria. ¿Cuándo le había yo oído pronunciar?... O más bien, ¿dónde lo había leído?

El capitán Len Guy, en pie, recorrió lentamente el horizonte con la mirada; como si se dispusiera a dar la orden de poner el cabo al Sur...

En aquel instante, a una palabra de Jem West, el contramaestre hundió su mano en los bolsillos del cadáver, sacando de ellos un cuchillo, una hebra de hilo de acarreto, una petaca vacía y un cuaderno de notas forrado de cuero, con un lápiz de metal.

El capitán Len Guy se volvió, y en el momento en que el contramaestre tendía el cuaderno a Jem West, dijo:

-Dame...

Algunas hojas estaban escritas... Pero la humedad había borrado casi las palabras. Mas en la última página se encontraban algunas descifrables, y pueden calcular la emoción que se apoderó de mí cuando oí al capitán Len Guy leer lo siguiente con temblorosa voz:

« La Jane... *isla la Tsalal... por ochenta y tres... Hace once años... allí... Capitán... cinco marineros sobrevivientes... Que se les preste auxilio.»*

Y bajo estas líneas un nombre... Una firma... El nombre de Patterson.

¡Patterson! Recordé entonces. Era el segundo de la *Jane,* el segundo de aquella goleta que había recogido a Arthur Pym y

a Dirk Peters sobre el *Grampus*... La *Jane* conducida a la isla Tsalal... La *Jane* atacada por los insulares... La *Jane,* cuyos restos había dispersado la explosión...

Pero todo aquello, ¿era verdad? ¿Edgard Poe había escrito una historia, no una novela? ¿Había realmente recibido el manuscrito de Arthur Pym? ¿Se habían establecido relaciones directas entre ellos? ¿Arthur Pym existía, o más bien había existido? ¿Era un ser real? ¿Y había muerto- de muerte repentina y deplorable- en ignoradas circunstancias, dejando incompleta la narración de su extraordinario viaje? ¿Y hasta qué paralelo había llegado al abandonar la isla Tsalal con su compañero Dirk Peters, y cómo ambos habían podido ser repatriados a América?

Creí que mi cabeza iba a estallar, que me volvía loco... ¡Yo, que había acusado de serlo al capitán Len Guy! ¡No!... Yo había oído mal... ¡No había comprendido!... ¡Aquello era una extravagancia de mi cerebro!...

Y, sin embargo, ¿cómo recusar el testimonio encontrado sobre el cadáver del segundo de la *Jane,* de aquel Patterson, la afirmación del cual se apoyaba en datos evidentes? Y sobre todo, ¿cómo conservar la menor duda, después que Jem West, más en calma, descifró las otras frases, que decían así:

«Arrastrado desde el 3 de Junio en el Norte de la isla Tsalal... Allí están todavía... Capitán William Guy y cinco tripulantes de la Jane... *El témpano deriva... El alimento va a faltarme... Desde el 13 de Junio... agotados mis últimos recursos... Hoy, 16 de Junio, voy a morir...»*

De forma que hacía tres meses que el cuerpo de Patterson yacía en aquel témpano encontrado en el camino de las Kerguelen a Tristán de Acunha? ¡Ah!... ¡Si hubiéramos salvado al segundo de la *Jane*!...

Él hubiera dicho lo que se ignoraba por todos..., lo que tal vez se ignoraría siempre..., ¡el secreto de aquella terrible aventura!

En fin: preciso era rendirse a la evidencia. ¡El capitán Len Guy, que conocía a Patterson, acababa de encontrarle en aquel cuerpo helado!... ¡Era el que acompañaba al capitán de la *Jane* cuando, durante una escala, había enterrado la botella en las Kerguelen, la botella que encerraba el documento, de cuya autenticidad yo dudaba! ¡Y desde hacía once años, los sobrevivientes de la goleta inglesa estaban allá... en aquellos parajes, sin esperanza de ser socorridos!...

A mi espíritu sobrexcitado acudieron dos nombres iguales, que iban a explicarme el interés que nuestro capitán tenía por cuanto se relacionaba con la historia de Arthur Pym.

Len Guy se volvió hacia mí, y mirándome, dijo:

-¿Cree usted ahora?...

-¡Sí! ¡Sí!...- balbuceé.- Pero el capitán William. Guy, de la *Jane*...

-¡Y el capitán Len Guy, de la *Halbrane,* son hermanos!- exclamó con fuerte voz, que fue oída por toda la tripulación.

Después... cuando nuestras miradas se volvieron al sitio en que el témpano flotaba, la doble influencia de los rayos del sol y de las aguas de aquella latitud había producido su

efecto y ya no quedaba huella alguna de tales restos en la superficie del mar.

VII

TRISTÁN DE ACUNHA

Cuatro días después, la *Halbrane* llegaba a la curiosa isla de Tristán de Acunha, que es, por decirlo así, como la caldera de los mares Africanos.

¡Ciertamente era un hecho bien extraordinario aquel encuentro, a más de 500 leguas del círculo antártico, aquella aparición del cadáver de Patterson!... Al presente, el capitán de la *Halbrane* y su hermano, el capitán de la *Jane,* estaban unidos por él... Sí... Esto debe parecer inverosímil... Y ¿qué es, sin embargo, junto a lo que aun me queda que contar?

Lo que me parecía que tocaba en los límites de lo inverosímil era que la novela del poeta americano fuese una realidad.

Primero se rebeló mi espíritu. ¡Pretendí cerrar los ojos a la evidencia!

Finalmente, preciso me fue rendirme a ella, y mis últimas dudas quedaron sepultadas, con el cuerpo de Patterson, en las profundidades del Océano.

Y no solamente el capitán Len Guy se encadenaba por los lazos de la sangre a esta dramática y verídica historia, sino que también, como lo supe pronto, nuestro maestro velero, Martín Holt, era hermano de uno de los mejores marineros del *Grampus,* uno de los que habían debido de perecer antes del salvamento de Arthur Pym y de Dirk Peters, efectuado por la *Jane.*

Así, pues, entre los paralelos 83 y 84 Sur, unos marineros ingleses, actualmente en número de seis, habían vivido once años en la Tsalal: el capitán William Guy el segundo Patterson, y los cinco marineros de la *Jane,* que habían escapado milagrosamente de los indígenas de Klock-Klock.

Y ahora, ¿qué iba a hacer el capitán Len Guy? Ni sombra de duda sobre sus propósitos. Él lanzaría a la *Halbrane* hacia el meridiano designado por Arthur Pym. La conduciría hasta la isla de Tsalal, indicada en el cuaderno de Patterson. Su lugarteniente, Jem West, iría donde él le ordenara que fuera. La tripulación no dudaría en seguirle, y no la contendría el temor de los peligros que llevara una expedición que tal vez traspasaba los límites asignados a las fuerzas humanas.

El alma de dicho capitán estaría en ellos; el brazo de su lugarteniente dirigiría sus brazos.

¡He aquí la razón por la que el capitán Len Guy rehusaba aceptar pasajeros a bordo, porque me había dicho que sus itinerarios no eran fijos, en la esperanza siempre de que se le ofreciera ocasión para aventurarse hacia el mar de hielo!

Y hasta tengo motivos para creer que, de estar entonces la *Halbrane* dispuesta para emprender tal campaña, el capitán

Len Guy hubiera dado la orden de poner el cabo al Sur. Y después de lo que yo había dicho al embarcarme, ¿hubiera yo podido obligarla a continuar su camino para desembarcarme en Tristán de Acunha?

Por lo demás, era preciso proveerse de agua en la isla, a la que llegaríamos a los tres días. Allí tal vez podría ponerse a la goleta en condiciones de luchar con los témpanos y llegar a la mar libre, pues libre era más allá del paralelo 82: y de ir más lejos que Cook, Weddell, Biscoe, Kemp, para intentar lo que intentaba entonces el teniente Wilkes, de la marina americana.

Pues bien: una vez desembarcado en Tristán de Acunha, yo esperaría el paso de otro navío. Por lo demás, aunque la *Halbrane* hubiera estado dispuesta para tal expedición, la estación no la hubiera permitido franquear el círculo polar. La primera semana de Septiembre no había terminado aun, y debían transcurrir por lo menos dos meses antes que el verano austral hubiera disuelto los hielos.

Está época- los navegantes lo sabían- es desde mitad de Noviembre al comienzo de Marzo. En este espacio de tiempo, tan audaces tentativas pueden emprenderse con algún buen resultado. La temperatura es soportable, menos frecuentes las borrascas; la barrera de hielo se agujerea, y un sol perpetuo baña aquel lejano dominio.

No había que olvidar las reglas de prudencia en tal caso, y la *Halbrane,* después de renovar sus provisiones de agua y víveres en Tristán de Acunha, buscaría en las Falklands, ya en la costa americana, un puerto en mejores condiciones, desde

el punto de vista de las reparaciones, que los de aquel grupo abandonado en el desierto del Sur atlántico.

La gran isla, cuando el ambiente es puro, es visible a distancia de 85 a 90 millas. El contramaestre, que la había visitado varias veces, me dio acerca de la isla algunas noticias que transcribo.

Tristán de Acunha está situada al Sur de la zona de los vientos regulares del Suroeste. Su clima es dulce y húmedo; su temperatura moderada, no bajando de 25º Fahrenheit (unos 4º c. bajo cero), ni elevándose más de 68º (20º c. sobre cero). Los vientos dominantes son el Oeste y el Noreste, y durante el invierno, Agosto y Septiembre, los del Sur.

La isla fue habitada desde 1811 por el americano Lambert y varios otros del mismo origen, equipados para la pesca de los mamíferos marinos. Después de ellos instaláronse allí soldados ingleses, encargados de vigilar los mares de Santa Elena, y no partieron hasta la muerte de Napoleón en 1821.

Treinta o cuarenta años después, Tristán de Acunha ha contado con un centenar de habitantes de bastante buen tipo, europeos, americanos y holandeses del Cabo, y la república se ha establecido con un patriarca por jefe, aquel de los padres de familia que tenía más hijos, y el grupo, en fin, ha acabado por reconocer la soberanía de la Gran Bretaña. Pero todo esto ha sucedido después del año 1839, durante el cual la *Halbrane* se disponía a dirigirse a ella.

Por lo demás, pronto debía yo advertir por mis observaciones personales que la posesión de Tristán de Acunha no valía la pena de ser disputada. Sin embargo,

«Tierra de vida» fue su nombre en el sigloXVI. Si goza de una flora especial, está representada únicamente por los helechos, los lícopos, una gramínea picante, la espartina, que tapiza la pendiente inferior de las montañas. Respecto a la fauna doméstica, los bueyes, ovejas y puercos componen su única riqueza, y son el objeto de un comercio poco importante con Santa Elena. Cierto que no hay un reptil ni un insecto, y los bosques no abrigan más que una especie de felino poco peligroso, un gato salvaje.

El único árbol que posee la isla es un cambrón de 18 a 20 pies; pero las corrientes llevan bastante madera flotante para el consumo. En clase de legumbres no hay más que coles, remolacha, cebollas nabos y calabazas, y como frutas, peras y uvas de mediana calidad. Añado, no podría cazar allí más que gaviotas, petrales, penguinos y albatros. La ornitología de Tristán de Acunha no ofrece otras especies.

En la mañana del 5 de Septiembre fue señalado el alto volcán de la isla principal, un nevado macizo de 1200 toesas, cuyo cráter extinguido forma la cubeta de un lago de reducidas dimensiones.

Al aproximarnos al día siguiente, pude distinguir un vasto montón de escombros formado por lavas antiguas.

A aquella distancia, gigantescos fucos extendíanse por la superficie del mar, verdaderos cables vegetales de una extensión que varía de 600 a 1200 pies, y de anchura igual a la de una barrica.

Debo advertir que durante los tres días que siguieron al del encuentro del témpano, el capitán Len Guy no se había

mostrado sobre el puente más que para tomar altura. Terminada la operación, encerrábase en su camarote, y yo no tenía ocasión de verle, excepto en las horas de las comidas.

Taciturno hasta el mutismo, nada se hubiera podido sacar de él. El mismo Jem West no lo hubiera conseguido. De forma que yo me mantenía en la reserva más absoluta. En mi opinión, llegaría el momento en que Len Guy me hablase de su hermano William, y de las tentativas que pensaba efectuar para salvarle a él y a sus compañeros. Pero, lo repito, dada la estación, aquella hora no había llegado cuando la goleta, el 6 de Septiembre, arrojó el ancla a 18 brazas de profundidad cerca de la gran isla, en la costa Noroeste, en Ansielung, al fondo de la bahía Falmouth, precisamente en el mismo sitio en el que, según la narración de Arthur Pym, ancló la *Jane*.

He dicho la gran isla porque el grupo de Tristán de Acunha comprende otras dos de menor importancia. A unas ocho leguas al Snroeste está la isla Inaccesible, y al Sudeste, a cinco leguas de ésta, la isla Nightingale.

El total de este archipiélago se encuentra entre los 37º 8' de latitud meridional Y 12º 8' de longitud occidental.

Estas islas son circulares. Proyectada en plano, Tristán de Acunha semeja una sombrilla desplegada de una circunferencia de 15 millas, y cuya armadura, convergiendo al centro, está representada por las crestas regulares que van al volcán central.

Forma el grupo un dominio oceánico casi independiente. Fue descubierto por el portugués que le ha dado su nombre,

después de la exploración de los holandeses en 1643 y la de los franceses en 1767.

Instaláronse allí algunos americanos para la pesca de los becerros marinos, que abundan en tales parajes; y, en fin, los ingleses no tardaron en sucederles.

En la época en que la *Jane* había anclado allí, un ex cabo de la artillería inglesa, llamado Glass, gobernaba una colonia de 26 individuos que comerciaban con el Cabo, sin más barcos que una goleta de mediano tonelaje. Al arribar nosotros, el dicho Glass contaba con unos 20 vasallos, y como Arthur Pym había indicado, fuera de todo concurso del Gobierno británico.

Un mar de una profundidad de 1200 a 1500 brazas baña el grupo, alargado por la corriente ecuatorial que se dirige al Oeste.

Está sometido al influjo de los vientos regulares del Suroeste. Las tempestades rara vez se desencadenan allí. Durante el invierno, los hielos pasan a menudo su paralelo en 10º, pero jamás bajan al través de Santa Elena.

Las tres islas, dispuestas en triángulo, están separadas por diversos pasos de unas 10 millas, fácilmente navegables. Sus costas están francas, y en torno de Tristán de Acunha la mar mide 100 brazas de profundidad.

Con dicho *ex* cabo estableciéronse relaciones desde la llegada de la *Halbrane*. Él nos recibió con agrado. Jem West, a quien el capitán Len Guy dejó el cuidado de llenar las cajas de agua y de hacer provisiones de carne fresca y legumbres varias, no tuvo motivo más que para alabar la amabilidad de

Glass, quien, por lo demás, esperaba ser pagado a buen precio, como lo fue, en efecto.

Desde el primer día se comprendió que la *Halbrane* no encontraría en Tristán de Acunha los recursos precisos para quedar en estado de emprender la campaña proyectada en el Océano Antártico.

Pero desde el punto de vista de los recursos alimenticios, es cierto que Tristán de Acunha puede ser útil a los navegantes. Las especies de animales domésticos se han enriquecido; pues aunque a fines del último siglo el capitán americano Patten, comandante de la *Industry,* no había visto allí más que algunas cabras salvajes, hoy vense cerdos, vacas y aves. El capitán Colquhouin, del brick americano *Betsey,* hizo plantaciones de cebollas, patatas y otras legumbres en un suelo fértil que aseguraba la prosperidad. Esto es, al menos, lo que en su libro refiere Arthur Pym, y no hay motivo para negarle crédito.

Se habrá notado que yo hablo ahora del héroe de Edgard Poe como del hombre cuya existencia no puedo ya poner en duda. Así es que me extrañaba que el capitán Len Guy no me hubiera aun interpelado sobre este asunto. Evidente era que las noticias escritas en el cuaderno de Patterson eran cosa formal, y yo tenía que reconocer mi pasado error.

Además, si alguna duda me hubiera quedado, un nuevo o irrecusable testimonio vino a añadirse al del segundo de la *Jane.*

Al siguiente día de anclar desembarqué en Ansiedlung, en una hermosa playa de negruzca arena. Pensé que tal playa no

estaría fuera de su lugar en la isla Tsalal, donde se encontraba aquel color de duelo, con exclusión del blanco, que causa a los insulares violentas convulsiones seguidas de postración y estupor. ¿Pero al dar por ciertos tan extraordinarios efectos no habría sido Arthur Pym juguete de una ilusión? En fin, ya se pondría en claro la cosa si la *Halbrane* llegaba alguna vez a la vista de la isla Tsalal.

Encontré al ex cabo Glass, hombre vigoroso, bien conservado, de fisonomía ruda, y en el que los sesenta años no habían conseguido amenguar la inteligente vivacidad. Independientemente del comercio con el Cabo y las Falklands, hacía un importante tráfico de pieles de foca, de aceite de elefantes marinos, y sus negocios marchaban viento en popa.

Como aquel gobernador, que se nombró tal a sí mismo, y fue reconocido por la pequeña colonia, parecía muy aficionado a hablar, entabló sin gran trabajo, desde nuestra primera entrevista, una conversación muy interesante.

-¿Tienen ustedes a menudo navíos que hagan escala en Tristán de Acunha?- le pregunté.

-Tantos como nos hacen falta, caballero- respondió, frotándose las manos, que colocó en la espalda, costumbre suya sin duda.

-¿En la buena estación?- añadí.

-Sí, en la buena estación, si es que en estos parajes la hay mala.

-Le felicito a usted por ello, señor Glass; pero es de lamentar que en Tristán de Acuhna no haya un solo puerto. ¿Y cuando un navío se ve obligado a anclar al largo?

-¿Al largo, caballero? ¿Qué entiendo, usted por eso?-exclamó el ex cabo con una animación que indicaba un gran fondo de amor propio.

-Entiendo, señor Glass, que si usted poseyera muelles de desembarco...

-Y ¿para qué, si la Naturaleza nos ha dado una bahía como ésta, en la que se está al abrigo de los rafales?... ¡No! Tristán no tiene puerto, y Tristán puede pasarse sin él.

¿A qué contrariarle? Estaba orgulloso de su isla, como el Príncipe de Mónaco tiene derecho a estar orgulloso de su minúsculo principado.

No insistí, y hablamos de varios asuntos. Ofrecióme organizar una excursión al interior de los espesos bosques que suben hasta la mitad de la falda del cono lateral.

Se lo agradecí, excusándome de aceptar su ofrecimiento. Emplearía las horas de la escala en estudios mineralógicos de la isla. Además, la *Halbrane* marcharía en cuanto hubiera hecho su provisión de víveres.

-Mucha prisa tiene el capitán-me dijo Glass.

-¿Usted cree?...

-Tanta, que su lugarteniente no habla ni aun de comprarme pieles o aceite.

-No tenemos necesidad más que de víveres frescos y de agua dulce, señor Glass.

-Bien, caballero- respondió el gobernador con algo de despecho,- lo que no se lleve la *Halbrane* se lo llevaran otros navíos. Y ¿dónde se dirige vuestra goleta?

- A las Falklands, sin duda, donde podrá repararse.

-Y usted, según supongo, ¿no es más que un pasajero a bordo?

-Nada más, señor Glass. Y tenía la intención de permanecer en Tristán de Acuhna durante algunas semanas; pero he tenido que modificar mi proyecto.

-Lo siento, caballero, lo siento- declaró el gobernador.- Hubiera sido una satisfacción para nosotros ofrecerle hospitalidad mientras esperaba la llegada de otro navío.

-Hospitalidad que me hubiera sido muy preciosa- respondí.- Desgraciadamente no la podré aprovechar.

Efectivamente: había tomado la resolución de no abandonar la goleta. Terminada la escala, ella pondría el cabo hacia las Falklands, donde se efectuarían los preparativos necesarios para una expedición por los mares antárticos. Iría, pues, hasta las Falklands, donde encontraría, sin sufrir gran retraso, navío en que embarcarme para América, y seguramente el capitán Len Guy no rehusaría conducirme allí.

El ex cabo me dijo entonces, manifestando alguna contrariedad:

-En fin, no he visto el color de los cabellos ni del rostro del capitán.

-No creo que tenga la intención de venir a tierra, señor Glass.

-¿Está enfermo?

-No, que yo sepa. Pero poco le importa a usted, pues su lugarteniente le reemplaza.

- ¡Oh, poco hablador es! Dos palabras que se le arrancan de tarde en tarde. Por fortuna, las piastras salen más fácilmente de su bolsillo que las palabras de su boca.

-Eso es lo importante, señor Glass.

-¿Cómo se llama usted, caballero?

-Jeorling, del Connecticut.

-Bien. Ya sé su nombre de usted, mientras ignoro aun el del capitán de la *Halbrane.*

-Se llama Guy. Len Guy.

-¿Inglés?

- Sí, inglés.

-Vamos; ya hubiera podido molestarse para visitar a un compatriota. Pero, espere usted, yo he tenido relaciones con un capitán de ese nombre. Guy... Guy...

-¿William Guy?-pregunté vivamente.

-Justo. William Guy.

-¿El que mandaba la *Jane?*

-En efecto; la *Jane.*

-¿Una goleta inglesa que vino a hacer escala en Tristán de Acuhna hace once años?

-Once años, señor Jeorling. Hacía ya siete que yo estaba en la isla, donde me había encontrado al capitán Feffrey del *Berwick,* de Londres, en el año 1824. Recuerdo a William Guy como si le tuviera delante. Un valiente, de carácter franco, y al

que entregué un cargamento de pieles de foca. Tenía aspecto de gentleman; un poco altivo, pero de buen natural.

-¿Y la *Jane*?- le pregunté.

-La veo ahora en el mismo sitio en que la *Halbrane* está anclada en el fondo de la bahía. Un lucido barco de 180 toneladas, con la proa afilada. Iba a Liverpool.

-Sí, esto es verdad. Todo esto es verdad- repetía yo.

-Y ¿continúa la *Jane* navegando, señor Jeorling?

-No, señor Glass.

-¿Es que ha perecido?

-Sí, señor; y la mayor parte de su tripulación ha desaparecido con ella.

-Y ¿cómo ha sucedido esa desgracia, señor Jeorling?

-Al salir de Tristán de Acuhna la *Jane* se dirigió a las islas Auroras, y otras que William Guy esperaba reconocer, según noticias.

-Que yo mismo le di, señor Jeorling- dijo el ex cabo.- Y ¿ha descubierto la *Jane* esas otras islas?

-No-, ni tampoco las Auroras, por más que William Guy permaneció durante varias semanas en aquellos parajes, corriendo de Este a Oeste y con un vigía a la punta del palo mayor.

-Preciso es, pues, que se haya equivocado; pues a creer a varios balleneros que no pueden ser considerados como sospechosos, esas islas existen, y hasta se trataba de darlas mi nombre.

-Lo que hubiera sido justo- respondí yo amablemente.

-Y será fastidioso si se llega a descubrirlas algún día- añadió el gobernador con tono que denotaba una buena dosis de vanidad.

-Entonces- continué- el capitán William Guy quiso realizar un proyecto madurado desde hacía largo tiempo, y al que le arrastraba cierto pasajero que iba a bordo de la goleta.

-Arthur Gordón Pym- exclamó Glass- Y su compañero, un tal Dirk Peters, que habían sido recogidos en el mar por goleta.

-¿Los ha conocido usted, señor Glass?- pregunté vivamente.

-¡Sí los he conocido, señor Jeorling!... ¡Oh! Arthur Pym era un singular personaje, siempre ávido de lanzarse a aventuras. Un audaz americano capaz de partir para la luna. ¿No habrá ido a ella por casualidad?

-No, señor Glass; pero, según parece, y durante su viaje, la goleta de William. Guy ha franqueado el círculo polar, y ha avanzado más allá que ningún otro navío.

-¡He aquí una prodigiosa campaña!- exclamó Glass.

-Sí, pero desgraciadamente la *Jane* no ha vuelto.

-De modo, señor Jeorling, que Arthur Pym y Dirk Peters, una especie de mestizo indiano de tan terrible fuerza que seis hombres no le hubieran podido derribar, ¿habrán perecido?

-No, señor Glass. Arthur Pym y Dirk Peters han podido escapar a la catástrofe de que la *Jane* y la mayor parte de sus hombres fueron víctimas, y han vuelto a América. Ignoro de qué manera. Después de su regreso, Arthur Pym ha muerto en no sé qué circunstancias. En cuanto a Dirk Peters,

después de retirarse al fondo de Illinois, ha partido un día sin prevenir a nadie y sin dejar rastro.

-¿Y William Guy?- preguntó Glass.

Referíle cómo el cadáver de Patterson, el segundo de la *Jane,* acababa de ser recogido por nosotros sobre un témpano, y añadí que todo hacía creer que el capitán de la *Jane* y cinco de sus compañeros existían aun en una isla de las regiones australes a menos de siete grados del polo.

-¡Ah, señor Jeorling!- exclamó Glass.- ¡Permita Dios que algún día se pueda salvar a William Guy y sus compañeros, que me han parecido excelentes personas!

-Es lo que la *Halbrane* va a intentar en cuanto esté en situación de acometer la empresa, pues su capitán, Len Guy, ¡es el propio hermano de William Guy!

-¡Imposible, señor Jeorling!- exclamó Glass.- Aunque yo no conozco al capitán Len Guy, me atrevo a afirmar que no se parecen los dos hermanos..., al menos en la manera de portarse con el gobernador de Tristán de Acunha.

Vi que al ex cabo le mortificaba mucho la indiferencia de Len Guy, que no lo había visitado. ¡Calcúlese! ¡El soberano de aquella isla independiente, el dominio del cual se extendía hasta las dos islas vecinas, Inaccesible y Nightingale! Pero él se consolaba, sin duda, con la idea de vender su mercancía un 25 por 100 más cara de lo que valía.

Lo cierto es que el capitán Len Guy no manifestó en ningún instante deseo de desembarcar, cosa tanto más singular cuanto que no debía ignorar que la *Jane* había hecho escala en la parte Noroeste de Tristán de Acunha antes de

partir hacia los mares australes, y parecía indicado que se pusiera en relaciones con el último europeo que había estrechado la mano de su hermano.



No obstante, Jem West y sus hombres fueron los únicos que bajaron a tierra, y con el mayor apresuramiento se ocuparon de descargar el mineral de estaño y de cobre que

formaba el cargamento de la goleta, y en seguida de embarcar las provisiones, llenar las cajas de agua, etc., etc.

Durante, todo este tiempo el capitán Len Guy permaneció a bordo, sin subir al puente, y por el tragaluz vidriado de su camarote yo le veía inclinado constantemente sobre su mesa.

Sobre ésta había mapas desplegados y libros abiertos. No había que dudar que los primeros fuesen de las regiones australes, y los segundos narrasen los viajes de los precursores de la *Jane* en las misteriosas regiones de la Antártida.

Sobre la mesa había también un libro, cien veces leído, del que la mayor parte de las páginas estaban dobladas, y los márgenes llenas de múltiples notas, escritas con lápiz.

Y sobre la cubierta brillaba este título, como impreso con letras de fuego:

Aventuras de Arthur Gordón Pym.

VIII

EN DIRECCIÓN A LAS FALKLANDS.

El 8 de Septiembre, por la tarde, me despedí de su excelencia el gobernador general del archipiélago de Tristán de Acunha, tal era el título oficial que se le daba al ex cabo de la artillería británica. Al día siguiente, antes del alba, la *Halbrane* se puso a la vela.

No hay que decir que yo había obtenido permiso del capitán Len Guy para seguir a bordo hasta que llegásemos a las islas Falklands; tratábase de una travesía de 2.000 millas que no exigiría más que una quincena de días por poco que el viento nos favoreciese, como había favorecido nuestra navegación entre las Kerguelen y Tristán de Acunha. No me pareció que mi petición sorprendiera al capitán Len Guy; hubiérase dicho que la esperaba. Lo que yo por mi parte esperaba era que volviese a hablarme de la cuestión de Arthur Pym, sobre la que guardaba silencio desde que el desdichado Patterson le había dado razón contra mí en lo concerniente al libro de Edgard Poe.

Sin embargo, aunque hasta entonces no lo hubiera hecho, tal vez se reservaba hacerlo en tiempo oportuno. Por lo demás, esto no podía influir de ninguna manera en su decisión de llevar la *Halbrane* a los lejanos parajes donde había perecido la *Jane*.

Después de rodear Herald-Point, las pocas casucas de Ansiedlung desaparecieron tras la extremidad de Falmouth-Bay. El cabo fue puesto al Suroeste, y una hermosa brisa del Este permitió entonces caminar perfectamente.

Durante la mañana dejamos atrás la bahía Elephanten, Hardy-Rock, West-Point, Cotton-Bay y el promontorio de Daley. Sin embargo, necesitamos todo el día para perder de vista el volcán de Tristán de Acunha, de una altura de 8.000 pies, y cuya nevada cumbre borraron al fin las sombras de la noche.

En el transcurso de esta semana la navegación efectuóse en muy buenas condiciones, y de seguir lo mismo, antes de terminar el mes de Septiembre veríamos las primeras alturas del grupo de las Falklands. Está travesía debía conducirnos al Sur, teniendo que bajar del 38 paralelo al 55º de latitud.

Puesto que el capitán Len Guy tenía la intención de aventurarse en las profundidades antárticas, creo conveniente, hasta indispensable, recordar sumariamente las tentativas hechas para llegar al polo Sur, o por lo menos al vasto continente donde se puede suponer que esté el punto central. No es bien fácil hacer tal resumen, puesto que el capitán Len Guy puso a mi disposición los libros que tratan

de tales explicaciones con gran abundancia de detalles, y también la obra entera de Edgard Poe, esas *Historias extraordinarias* que, bajo la influencia de los extraños sucesos que quedan referidos, yo releía con verdadera pasión.

Es de advertir que si Arthur Pym también ha creído deber citar los principales descubrimientos de los primeros navegantes, ha tenido que detenerse en los que eran posteriores al año 1825. Como yo escribo dos años después que él, me incumbe decir lo que habían hecho sus sucesores hasta el presente viaje de la *Halbrane,* 1839-1840.

La zona que geográficamente puede ser comprendida bajo la denominación general de la Antártida parece estar circunscrita por el 60 paralelo austral.

En 1772, la *Resolución,* al mando del capitán Cook, y la *Aventura,* al del capitán Furneaux, encontraron los hielos en el 58º extendidos del Noroeste al Sudeste. Y deslizándose, no sin grandes peligros, al través de un laberinto de enormes bloques, los dos navíos tocaron en mediados de Diciembre el paralelo 64, franquearon el círculo polar en Enero y fueron detenidos por masas de ocho a veinte pies de espesor en el 67º 15' de latitud, que es, con diferencia de minutos, el límite del círculo antártico.

El año siguiente, en el mes de Noviembre, la tentativa fue repetida por el capitán Cook. Esta vez, aprovechando una fuerte corriente, desafiando las borrascas, los rafales y un frío muy riguroso aun, pasó medio grado cerca del 70 paralelo, y vio su camino definitivamente obstruido por infranqueables témpanos de 250 a 300 pies, que se tocaban por sus bordes y

que dominaban en el cruce del 71º 10'de latitud y 106º 44' de longitud Oeste.

El atrevido capitán no debía ir más allá.

Treinta años después, en 1803, la expedición rusa de los capitanes Krusenstern y Lisiansky, rechazada por los vientos del Sur, no pudo llegar más allá del 59º 52'de latitud por 90º 15' de longitud Oeste, por más que el viaje se hubiera efectuado en Marzo y ningún témpano cerrase el paso.

En 1818, William Smith y después Barnesfield descubrieron las South-Shetlands; Botwell, en 1830, reconoció las South Orkneys; Palmer y otros cazadores de focas vieron las tierras de la Trinidad, pero no se aventuraron más allá.

En 1819 el *Vostok* y el *Mirni,* de la marina rusa, a las órdenes del capitán Bellingshausen y del teniente Lazarew, después de haber visto la isla Georgia y rodeado la tierra Sandwich, avanzaron 600 millas al Sur hasta el paralelo 90. Una segunda tentativa al 160º de longitud Este no les permitió avanzar más cerca del polo. Sin embargo, llegaron a las islas de Pedro I y de Alejandro I, que reúnen, quizás, la tierra señalada por el americano Palmer.

En el año 1822 el capitán James Weddell, de la marina inglesa, tocó, si su relación no es exagerada, en el 74º 15' de latitud, una mar libre de hielos, lo que le ha hecho negar la existencia de un continente polar. Haré además notar que el camino seguido por este navegante es el que, seis años después, debía seguir la *Jane* de Arthur Pym.

En 1823, el americano Benjamín Morrel, a bordo de la goleta *Wash,* emprendió, en el mes de Marzo, una primera campaña que le llevó, por 65º 15' de latitud, y luego por 70º 14', a la superficie de una mar libre con la temperatura del aire a 47º (8º 33 c. sobre 0) y la del agua a 44º (6º 67 c. sobre 0); observaciones que concuerdan manifiestamente con las hechas a bordo de la *Jane* en los parajes de la isla Tsalal. A no faltarle las provisiones, el capitán Morrel afirma que hubiera tocado, si no al polo austral, por lo menos al paralelo 85. En 1829 y 1830, una segunda expedición sobre el *Antártico* le condujo al 116º de longitud, sin encontrar obstáculos hasta el 30º 30', y descubrió la tierra Sur-Groenland.

Precisamente en la época en que Arthur Pym y William Guy llegaban más allá que sus predecesores, los ingleses Foster y Kendal, encargados por el Almirantazgo de determinar la forma de la Tierra, por las oscilaciones del péndulo en diferentes lugares, no pasaron del 64º 45' de latitud meridional.

En 1830, John Biscoe, que mandaba el *Tuba* y el *Lively*, de la propiedad de los hermanos Enderby, fue encargado de explorar las regiones australes mientras cazaba la ballena y la foca. En Enero de 1831 cortó el paralelo 60, tocó en el 68º 51' por 10º de longitud Este, se detuvo ante infranqueables hielos, descubrió en el 65º 57' de latitud y 45º de longitud Este una extensa tierra, a la que dio el nombre de Enderby, y en la que no pudo acostar. En 1832 una segunda campaña no le permitió franquear el 66º más de 27'; pero encontró una isla, a la que puso el nombre de Adelaida, antes de otra

alta y continua que fue llamada Tierra de Graham. De aquella campaña la Sociedad Real Geográfica de Londres dedujo la consecuencia que entre los 47 y 69 grados de longitud Este se prolongaba un continente por los 66 y 67 grados de latitud. Sin embargo, Arthur Pym tuvo razón para afirmar que esta conclusión no era racional, puesto que Weddell había navegado al través de estas supuestas tierras, y la *Jane* había seguido esta dirección más allá del paralelo 74.

En 1835, el lugarteniente inglés Kemp abandonó las Kerguelen. Después de haber visto apariencias de tierra en el 70º de longitud Este, alcanzó el grado 76, reconoció una costa que probablemente se unía a la tierra de Enderby, y no fue más lejos hacia el Sur.

En fin, en los principios del año 1839, el capitán Balleny, a bordo del navío *Elizabeth-Scott,* el 7 de Febrero pasaba 67º 7'de latitud por 104º 25' de longitud Oeste, y descubría el rosario de islas que lleva su nombre; después; en Marzo, por 65º 10'de latitud y 116º 10' de longitud Este, descubría la tierra a la que se dio el nombre de Sabrina. Este marino - simple ballenero, como más tarde supe-añadió así indicaciones precisas que, por lo menos en aquella parte del Océano austral, dejaban presentir la existencia de un continente polar.

Y después, como al principio de está narración he indicado, al mismo tiempo que la *Halbrane* se disponía a una tentativa que debía arrastrarla más lejos que los navegantes del período comprendido entre 1772 a 1835, el lugarteniente Carlos Wilkes, de la marina de los Estados Unidos,

mandando una división de cuatro barcos, el *Vincennes,* el *Peacok,* el *Porpoise,* el *Flying-Fish* y de otros varios a éstos unidos, buscaba paso hacia el polo por la longitud oriental del grado 102. En aquella época quedaban aun por descubrir cerca de cinco millones de millas cuadradas de la Antártida.

Tales son las campañas que han precedido en los mares de la Antártida a la de la goleta *Halbrane,* mandada por el capitán Len Guy. En resumen: los más audaces de estos descubridores, o los más favorecidos si se quiere, no habían pasado, Kemp del paralelo 66, Balleny del 67, Biscoe del 68, Bellingshausen y Morrel del 70, Cook del 71, Weddell del 74. ¡Y era más allá del 83, casi 300 leguas más lejos, adonde había que llegar para socorrer a los sobrevivientes de la *Jane*!

Debo confesar que, por más que yo fuese de carácter poco imaginativo y hombre práctico, desde el encuentro del témpano que llevaba el cuerpo de Patterson me sentía extraordinariamente sobreexcitado. Una singular curiosidad no me dejaba punto de reposo. Veía ante mí los rostros de Arthur Pym y de sus compañeros abandonados en los desiertos de la Antártida.

Esbozábase en mí el deseo de tomar parte en la expedición proyectada por el capitán Len Guy. Pensaba en ello de continuo. Realmente, nada me llamaba a América: poco importaba que mi ausencia se prolongase seis meses o un año. Verdad es que faltaba obtener el consentimiento del capitán de la *Halbrane.* Pero ¿por qué había de rehusar mi cooperación? ¿Acaso no sería para él una satisfacción bien humana probarme materialmente que él había tenido razón al

arrastrarme al teatro, de una catástrofe que yo había considerado como ficticia, mostrarme los restos de la *Jane* en dicho punto, desembarcarme en la isla Tsalal, de la que yo había negado la existencia, y colocarme en presencia de su hermano Williams?

Sin embargo, antes de tomar resolución definitiva yo esperaba a que se presentase ocasión de hablar al capitán Len Guy.

Además, no había por qué apresurarse. Después de los diez días que siguieron a nuestra partida de Tristán de Acunha, y durante los cuales el tiempo nos fue muy favorable, vinieron veinticuatro horas de calma. Luego la brisa sopló del Sur, y la *Halbrane* tuvo que reducir su velamen, pues el viento era fuerte. Imposible contar, además, sobra las cien millas que calculamos recorrer en un día... De aquí que la duración de la travesía iba a prolongarse otro tanto de lo calculado, por lo menos, y aun eso si no estallaba una de esas tempestades que obligan a los navíos a ponerse a la capa para hacer frente al viento o huir de él.

Afortunadamente, la goleta manteníase sólidamente en el mar hasta cuando desplegaba todo su velamen. Además, aunque su audacia fuera mucha, el lugarteniente hizo tomar rizos todas las veces que la violencia del huracán ponía en riesgo a su navío. No había que temer imprudencia ni descuido por parte de Jem West.

Del 22 de Septiembre al 3 de Octubre se anduvo poco. La derivación fue sensible hacia la costa americana, y sin una corriente que, enderezándola por lo bajo, mantuvo a la goleta

contra el viento, hubiéramos, probablemente, llegado a las tierras de la Patagonia.

Durante este período de mal tiempo, busqué inútilmente ocasión para hablar a solas con el capitán Len Guy. Fuera de las horas de comer, él permanecía en su camarote, dejando, como de costumbre, la dirección del navío a su lugarteniente, y no aparecía por el puente más que para hacer el punto cuando el sol se mostraba. Añado que Jem West era admirablemente secundado por la tripulación, con el contramaestre a la cabeza, y que hubiese sido difícil encontrar diez hombres más hábiles, más atrevidos y más resueltos.

En la mañana del 4 de Octubre, el estado del cielo y de la mar se modificó notablemente. Calmóse el viento, disminuyó poco a poco la violencia del oleaje, y al siguiente día la brisa marcaba tendencia a establecerse al Noroeste.

No podíamos esperar cambio mejor. Fueron largados los rizos e izadas las velas altas, aunque el viento comenzaba a refrescar. Siguiendo así, el vigía, antes de diez días, señalaría las primeras alturas de las Falklands.

Del 5 al 10 de Octubre la brisa sopló con la constancia y regularidad de los vientos alisios. No hubo necesidad de atiesar ni de aflojar una sola escota. Aunque la fuerza del viento disminuyera gradualmente, su direción no cesó de ser favorable.

En la tarde del 11 tuve la ocasión que yo esperaba para sondear al capitán Len Guy. Este mismo la presentó hablándome en las circunstancias siguientes.

Estaba yo sentado a la entrada del comedor cuando el capitán Len Guy salió de su camarote, miró a popa y avanzó para tomar asiento a mi lado.

Evidentemente deseaba hablarme; y ¿de qué, sino de lo que absorbía todo su pensamiento? Así, con voz menos temblorosa que de ordinario, empezó diciéndome:

-Aun no he tenido el placer de hablar con usted, señor Jeorling, desde que salimos de Tristán de Acunha.

-Mucho lo he lamentado, capitán- respondí, manteniéndome en la mayor reserva hasta ver dónde iba a parar.

-Le suplico que me dispense. ¡Me atormentan tantas preocupaciones! Tengo que organizar un plan de campaña en el que nada quede a la casualidad... Le pido que no me guarde rencor por mi conducta.

-Crea usted que no.

-Convenido, señor Jeorling; y hoy que lo conozco a usted y le he podido apreciar, me felicito de tenerle a usted a bordo hasta nuestra llegada a las Falklands.

-Le estoy a usted muy reconocido, capitán, por lo que usted ha hecho por mí, y esto me anima a...

Me parecía propicio el momento para emitir mi proposición, cuando el capitán Len Guy me interrumpió en la siguiente forma:

-Y bien, señor Jeorling. ¿Cree usted ahora en la realidad del viaje de la *Jane,* o considera usted aun el libro de Edgard Poe como una obra de imaginación?

-No, capitán.

-¿No duda usted de que Arthur Pym y Dirk Peters hayan existido, ni de que William Guy, mi hermano y cinco de sus compañeros hayan sobrevivido?

-Preciso sería que yo fuera el más incrédulo de los hombres, capitán, y no deseo más que una cosa: que el cielo le favorezca a usted y asegure la salvación de los náufragos de la *Jane*.

-Emplearé en la empresa todo mi celo, señor Jeorling, y con ayuda de Dios triunfaré.

-Lo espero, mi capitán..., casi tengo la certeza de ello; y si usted consiente...

-¿Es que ha tenido usted ocasión de hablar de todo esto con un tal Glass, ex cabo inglés, que pretende ser gobernador de Tristán de Acunha?-preguntó el capitán Len Guy sin dejarme terminar.

-Efectivamente- respondí;- y lo que ese hombre me ha dicho ha contribuido, y no poco; a cambiar en certidumbre mis dudas.

-¡Ah!... ¿le ha asegurado a usted?

-Sí... Me ha dicho que ha visto la *Jane* cuando estaba de escala hace once años.

-La *Jane*... ¿Y a mi hermano?

-Ha conocido personalmente al capitán William Guy.

-¿Y ha traficado con la *Jane?*

-Sí... Como acaba de hacerlo con la *Halbrane*.

-¿Estaba anclada en esta bahía?

-En el mismo sitio que la goleta de usted, mi capitán.

-¿Y Arthur Pym… Dirk Peters?

-Ha tenido con ellos relaciones frecuentes.

-¿Ha preguntado qué ha sido de ellos?

-Sin duda... Y le he referido la muerte de Arthur Pym, al que él consideraba como a un hombre audaz, temerario, capaz de las más locas aventuras.

-Diga usted un loco, un loco peligroso, señor Jeorling. ¿No es él quien ha arrastrado a mi desgraciado hermano a la funesta campaña?

-Efectivamente; según su relación, hay motivo para creerlo.

-¡Y para no olvidarlo nunca!- añadió vivamente el capitán Len Guy.

-Ese Glass- añadí- conoció también al segundo de la *Jane,* Patterson...

-Era un excelente marino, señor Jeorling... ¡Un corazón de un valor a toda prueba! Patterson no tenía más que amigos... En cuerpo y alma pertenecía a mi hermano...

-¡Cómo Jem West a usted, capitán!

-¡Ah!... ¿Por qué hemos encontrado al desgraciado Patterson muerto sobre el témpano; muerto desde varias semanas antes?

-¡Ese encuentro le ha sido a usted de gran utilidad para sus futuras gestiones!- observé.

-Sí, señor Jeorling- dijo el capitán Len Guy... - Pero ¿sabe Glass dónde están actualmente los náufragos de la *Jane?*

-Yo se lo he dicho, capitán, así como todo lo que usted intenta para salvarlos.

Creí inútil añadir que a Glass había producido gran sorpresa no recibir la visita del capitán Len Guy, que su pretenciosa vanidad le hacía esperar, por suponer que de correspondía a él, gobernador de Tristán de Acunha, hacerla el primero.

Luego, cambiando el giro de la conversación, el capitán Len Guy me dijo:

-Quería preguntarle a usted, señor Jeorling, si piensa usted que en la relación de Arthur Pym, publicada por Edgard Poe, sea todo exacto.

-En mi opinión hay que hacer alguna excepción-dada la singularidad del héroe de estás aventuras-, por lo menos sobre lo extraño de ciertos fenómenos en los parajes que él señala más allá de la isla Tsalal. Y precisamente, en lo que concierne a William Guy y varios de sus compañeros, ya ve usted que Arthur Pym se engaña al afirmar que habían perecido en el derrumbamiento de la colina de Klock-Klock.

-¡Oh!... ¡Poe no lo afirma, señor Jeorling!- replicó el capitán Len Guy.- Dice sencillamente que, cuando Dirk Peters y él llegaron a la abertura, al través de la cual podían ver el campo de los alrededores, comprendieron el secreto del artificial temblor de tierra. Y como toda la pared de la colina se había precipitado en el fondo de la quebrada, no podían dudar de la suerte de mi hermano y de veintinueve de sus hombres, por lo que pensó que Dirk Peters y él eran los únicos blancos que habían quedado vivos en la isla Tsalal... Esto es lo que dice únicamente... ¡Nada más! ¡No eran más

que suposiciones, como usted comprenderá, muy admisibles!... ¡Simples suposiciones!

-¡Lo reconozco, capitán!

-Pero ahora, gracias al cuaderno de Patterson, tenemos la seguridad de que mi hermano y cinco de sus compañeros escaparon a aquel derrumbamiento preparado por los naturales.

-Es evidente, capitán. En cuanto a la suerte de los sobrevivientes de la *Jane,* si fueron hechos prisioneros de nuevo por los indígenas de Tsalal, o si están libres, nada dicen las notas de Patterson, ni de las circunstancias por las que fue arrastrado lejos de ellos.

-Esto... lo sabremos..., señor Jeorling... Sí... Lo sabremos... Lo esencial es que tengamos la seguridad de que mi hermano y cinco de los marineros de la *Jane* estaban vivos, hace menos de cuatro meses, sobre una parte cualquiera de la isla Tsalal. Al presente no se trata de una novela formada por Edgard Poe, sino de una verídica relación firmada por Patterson.

-Capitán-dije yo entonces-, ¿quiere usted que lo sea de los suyos hasta el fin de la campaña de la *Halbrane* por los mares antárticos?

El capitán Len Guy clavó en mí una mirada penetrante, como la hoja de un puñal. No pareció sorprendido por la proposición que yo acababa de hacerle, que esperaba tal vez, y no pronunció más que estas palabras:

-Con mucho gusto.

IX

ARREGLO DE LA «HALBRANE»

Forman un rectángulo de 65 leguas de Este a Oeste de largo por 40 de Norte a Sur de ancho; encerrad en él dos grandes islas y un centenar de islotes entre los 60º 10' y 64º 36' de longitud occidental y 51º 41' de latitud meridional, y tendréis el grupo geográficamente llamado islas Falklands o Malouinas, a 300 millas del estrecho de Magallanes, y que forma como el puerto avanzado de los dos grandes Océanos Atlántico y Pacífico.

En 1592, John Davis descubrió este archipiélago, el pirata Hawkins le visitó en 1593, y Strong le bautizó en 1659: todos ingleses. Cerca de un siglo más tarde, los franceses, expulsados de sus establecimientos del Canadá, pretendieron fundar en dicho archipiélago una colonia de avituallamiento para los navíos del Pacífico; y como la mayor parte era de los corsarios de Saint-Malo, bautizaron estas islas con el nombre de Malouinas, que llevan con el de Falklands. Su compatriota Bougainville estableció la primera serie de la colonia en 1763,

llevando primero 27 individuos-cinco de ellos mujeres-, y diez meses después el número de los colonos era el de 150.

Tal prosperidad provocó las reclamaciones de la Gran Bretaña.

El Almirantazgo mandó el *Tamar* y el *Dauphin,* a las órdenes del comandante Byron. En 1766, al fin de una campaña en el estrecho de Magallanes, los ingleses se dirigieron a las Falklands, contentándose con reconocer al Oeste la isla de Port-Egmont, y continuaron su viaje hacia los mares del Sur.

La colonia francesa no debía prosperar, y, por otra parte, los españoles hicieron valer sus derechos en virtud de una concesión papal anterior. Así que el Gobierno de Luis XV se decidió a reconocer estos derechos mediante indemnización pecuniaria, y Bougainville, en 1767, puso las islas Falklands en poder de los representantes del Rey de España.

Todos estos cambios trajeron el resultado inevitable en materia de empresas coloniales: los españoles fueron arrojados por los ingleses. Así, pues, desde 1833 estos asombrosos acaparadores son los dueños de las Falklands.

Hacía, pues, seis años que el grupo se contaba entre las posesiones británicas del Atlántico meridional, cuando nuestra goleta ancló en Port-Egmont el día 16 de Octubre.

Las dos grandes islas, conforme a la posición que ocupan la una con relación a la otra, se llaman East-Falkland o Soledad, y West-Falkland. Al Norte de la segunda se abre Port-Egmont.

Así que la goleta ancló en el fondo del puerto, el capitán Len Guy dio licencia a toda la tripulación para doce horas. Desde el siguiente día se comenzaría el trabajo por una visita minuciosa e indispensable al casco y al aparejo, en vista de una navegación prolongada al través de los mares antárticos.

Aquel mismo día, el capitán Len Guy bajó a tierra con objeto de conferenciar con el Gobernador del grupo- el nombramiento del cual pertenece a la Reina-, a propósito del pronto abastecimiento de la goleta.

No pensaba reparar en gastos, pues de una economía mal entendida puede a veces depender el funesto resultado de campaña tan difícil como la que se intentaba. Yo estaba, además, dispuesto a ayudarle con mi dinero, lo que no dejé de decirle. Sí... Yo estaba impresionado ahora..., impresionado por lo extraño del caso, por el encadenamiento de los hechos.

Como al héroe del *Domaine D Arnheim,* me parecía que un viaje a los mares del Sur conviene a toda persona, para la que el aislamiento absoluto, la reclusión completa, la dificultad de entrar y salir serían el encanto de los encantos: ¡He aquí al estado a que yo había llegado a fuerza de leer las fantásticas obras de Edgard Poe!

Y además, se trataba de socorrer a infelices abandonados, y yo deseaba contribuir personalmente a su salvación.

Si aquel día el capitán Len Guy bajó a tierra, Jem West, siguiendo su costumbre, no abandonó la goleta. Mientras la tripulación descansaba, el segundo no se concedía reposo alguno, y hasta la noche se ocupó en visitar la cala.

Yo no quise desembarcar hasta el día siguiente. Durante la escala dispondría de todo el tiempo para explorar los alrededores de Port-Egmont y entregarme a investigaciones relativas a la mineralogía y geología de la isla.

Hurliguerly tenía, pues, excelente ocasión para renovar su conversación conmigo, y la aprovechó.

-Mi más cordial enhorabuena, señor Jeorling- me dijo acercándose.

-Y ¿por qué, contramaestre?

-Por lo que he sabido; es decir, que va usted a seguirnos hasta el fondo de los mares antárticos.

-¡Oh! No tan lejos según creo. Se trata únicamente de pasar el paralelo 84.

-¡Quién sabe!- respondió el contramaestre.- En todo caso la *Halbrane* va a ganar más grados en latitud que rizos tiene en su mesana o flechastes en sus obenques.

-¡Bien!

-Y esto ¿no le atemoriza a usted?

-Absolutamente nada.

-Ni a nosotros tampoco, señor Jeorling. Usted ha visto que, aunque poco amigo de conversación nuestro capitán, es excelente persona. Todo es cuestión de saberle coger. Después de haberle concedido a usted hasta Tristán de Acuhna el pasaje que le negó primero, se le concede a usted hasta el polo.

-No se trata del polo, contramaestre.

-¡Bien! Ya se llegará a él algún día.

-¿Al polo Sur? No lo creo. Esto no es de gran interés, y yo no ambiciono conquistarle. Además, se trata únicamente de la isla Tsalal.

-¡La isla Tsalal! Comprendido- respondió Hurliguerly.- Pero no por eso se ha mostrado nuestro capitán menos amable con usted.

-Lo que le agradezco mucho, contramaestre; y también a usted- me apresuré a añadir-, puesto que a su influencia debo haber hecho esta travesía.

-Y la que hará usted.

-No lo dudo, contramaestre.

Posible es que este bravo Hurliguerly, algo jactancioso, haya notado un punto de ironía en mi respuesta; pero no lo dio a entender, dispuesto a continuar en su papel de protector mío. En fin, su conversación no podía menos de serme provechosa por conocer a fondo las Falklands como todas las islas del Sur Atlántico, que hacía tantos años recorría.

Resultó de aquí que yo estaba suficientemente instruido cuando al siguiente día la canoa que me transportaba a tierra fue a acostar en la ribera, cuyo colchón espeso de hierbas parece colocado allí para amortiguar el choque de las embarcaciones.

En aquella época las Falklands no eran utilizadas como lo han sido después. Más tarde, en la Soledad, se ha descubierto el puerto Stanley; ese puerto que el geógrafo francés Elisée Reclus ha tratado de ideal, pues está abrigado contra todos los vientos, y podría contener las flotas de la Gran Bretaña.

Mas la *Halbrane* había ido a buscar Port-Egmont en la costa Norte de West-Falkland, o Falkland propiamente dicha.

Y bien: si durante dos meses hubiese yo navegado con una venda en los ojos, sin conocer la dirección seguida por la goleta, y se me hubiera preguntado en las primeras horas de la escala:- ¿Está usted en las Falklands o en Noruega?, mi respuesta hubiera indicado incertidumbre.

Y, realmente, ante aquellas crestas cortadas en profundas ensenadas, ante aquellas montañas escarpadas de flancos o picos, la duda es lógica. Nada hay allí, a excepción de los cambios bruscos de temperatura, que no sea común a los dos países. Además, las lluvias frecuentes en el cielo escandinavo lo son también en el Magallánico, como las violentas tempestades en primavera y otoño, huracanes de tal violencia que arrancan las legumbres de las huertas.



Verdad es que algunos paseos me hubieran bastado para reconocer que el Ecuador me separaba siempre de los parajes de la Europa septentrional.

Efectivamente. ¿Qué pude observar en los alrededores de Port-Egmont que exploré durante los primeros días? Nada más que indicios de una vegetación enfermiza; carencia de

arbolado. Aquí y allá no se veían más que raros arbustos en vez de los admirables montes de abetos de las montañas noruegas- tales como el bolace, especie de gladiolo, estrecho como un junco, de seis a siete pies de altura, que destila una goma aromática; valerianas, bomareas, orchillas, fetucas, ecnomiceas, azorelias, citisos trepadores, estipas, calceolarias, hepáticas, violetas, cebolletas, y plantas de ese apio rojo y blanco tan eficaz contra el escorbuto. Después, en la superficie de un suelo turboso, que cede y se levanta bajo el pie, extendíase una alfombra de musgo, ágamos y líquenes. No; no era ésta la comarca atractiva y mitológica donde resuenan los ecos de los sagas; no era el poético dominio de Odín, de los Erses y Valquirias.

Sobre las profundas aguas del estrecho de las Falklands, que separa las dos islas principales, escalonábanse extraordinarias muestras de vegetación acuática, esos *baudeux* que sostienen un rosario de ampollitas llenas de aire, y que únicamente pertenecen a la flora de las Falklands.

Advertí también que las bahías de este archipiélago, donde las ballenas son raras ya, eran frecuentadas por otros mamíferos marinos de colosal tamaño, focas de crin de cabra, de 25 pies de largo por 20 de circunferencia, y por bandadas de elefantes, lobos o leones del mar de no menos gigantescas proporciones.

Difícil es figurarse la violencia de los gritos que lanzan estos anfibios, particularmente las crías y jóvenes. Parece que ganados de bueyes mugen por estas playas. Pero capturar, o derribar por lo menos, a estos animales no ofrece dificultades

ni peligros. Los pescadores los matan a garrotazos cuando se agazapan bajo la arena de las playas.

He aquí, pues, las particularidades que diferencian a la Escandinavia de las Falklands, sin hablar del infinito número de pájaros que levantaban el vuelo al acercarme yo, abutardas, cuervos marinos, colimbos, cisnes de cabeza negra, y, sobre todo, bandadas de mancos o de pingüinos, de los que anualmente se matan centenares de miles.

Un día en que el espacio se llenaba de sordos rebuznos, pregunté a un viejo marinero de Port-Egmont:

-¿Es que hay asnos en los alrededores?

-Señor-respondióme,- no son asnos; son pengüinos.

Sea... Pero oyendo a los estúpidos volátiles, hasta los asnos se engañarían.

Durante los días 17, 18 y 19 de Octubre, Jem West procedió a un detenido examen del casco de la goleta. Notóse que nada había sufrido. La roda pareció, lo suficiente sólida para romper los hielos. Hiciéronse en el codaste algunas reparaciones para asegurar el funcionamiento del timón sin que se corriera el riesgo de que fuera desmontado por los choques. Por estar la goleta inclinada sobre babor y estribor, rellenáronse varias costuras con estopas, siendo después cuidadosamente embreadas. Como la mayor parte de los navíos destinados a navegar por los mares fríos, la *Halbrane* no estaba recubierta de cobre, lo que es preferible cuando se trata de romper los hielos, cuyas agudas aristas

deterioran fácilmente una carena. Algunos cabillones fueron reemplazados bajo la dirección de Hardie, nuestro maestro calafate, y los mazos *cantaron* con sonoridad de buen agüero.

En la tarde del 20, en compañía del viejo marino de que he hablado-un buen hombre, muy sensible al cebo de una piastra acompañada de una copa de Ginebra-, prolongué mi paseo al Oeste de la bahía. La isla de West-Falkland es más extensa que su vecina Soledad, y posee otro puerto al extremo de la punta meridional de Byron's-Sound, pero demasiado alejado para que yo pudiera llegar allí.

No podría, ni aun aproximadamente, calcular la población de este archipiélago. Tal vez entonces no contaba más que de 200 a 300 almas, ingleses la mayor parte, algunos indianos, portugueses, españoles, gauchos de las pampas argentinas, fueginos de la Tierra del Fuego... Los representantes de la raza lanar se contaban por millares. Más de 500.000 carneros daban cada año lana por valor de 400.000 dollars. En estas islas vense también bueyes de mayor tamaño que el ordinario, al revés de lo que sucede con los otros cuadrúpedos, cabras, cerdos, conejos..., todos en estado salvaje. El único ejemplar que existe de los carniceros es el perro-zorro, especie particular a la fauna de las Falklands.

No sin razón se ha dado a este grupo el nombre de *Granja para bestias*. ¡Qué pastos! ¡Qué abundancia de esa hierba llamada el tussock!

La Australia, tan rica en este punto, no ofrece mesa mejor servida a sus comensales de la raza lanar y bovina.

Las Falklands deben ser buscadas cuando se trata del abastecimiento de los navíos. Este grupo es, sin duda, de gran importancia para los navegantes, tanto los que se dirigen al estrecho de Magallanes, como los que quieren pescar en la vecindad de las tierras polares.

Terminados los trabajos en el casco, el lugarteniente se ocupó de la arboladura y del aparejo con la ayuda del maestro velero Martín Holt, muy inteligente en está labor.

-Señor Jeorling-me dijo aquel día, 21 de Octubre, el capitán Len Guy.-Nada se descuidará para asegurar el buen éxito de nuestra campaña. Todo lo que había que prever está previsto. ¡Y si la *Halbrane* perece en alguna catástrofe, será porque los seres humanos no pueden oponerse a los designios de Dios!

-Le repito a usted que tengo esperanzas, capitán- le he respondido.- La goleta y la tripulación merecen toda confianza.

-Tiene usted razón, señor Jeorling, y estaremos en buenas condiciones para penetrar al través de los hielos... Ignoro lo que el vapor alcanzará algún día, pero dudo que barcos con ruedas frágiles valgan lo que un velero para la navegación austral. Además, siempre será preciso rehacer la provisión de carbón. No; es preferible ir a bordo de un navío que gobierne bien y servirse del viento, que, después de todo, es utilizable en las tres quintas partes de la brújula, y confiarse al velamen de una goleta.

-Pienso lo mismo, capitán, y desde el punto de vista marino, difícil sería encontrar mejor navío. Pero si la campaña se prolongara, tal vez faltarían víveres.

-Llevaremos para dos años, señor Jeorling, y serán de buena calidad. Port Egmont puede suministrarnos todo lo necesario.

-Otra pregunta si usted me permite.

-¿Cuál?

-¿No será preciso aumentar la tripulación de la *Halbrane?* Son sus hombres en número suficiente para la maniobra; pero tal vez será preciso atacar o defenderse en los parajes de la mar antártica. No olvidemos que, según la relación de Arthur Pym, los indígenas de la isla Tsalal se cuentan por millares... Y si su hermano de usted William Guy... si sus compañeros están presos...

-Espero, señor Jeorling, que nuestra artillería protegerá a la *Halbrane* mejor que a la *Jane* la suya. Pero, a decir verdad, la tripulación actual no es suficiente para nuestra expedición. Así es que me ocupo en reclutar un suplemento de marineros.

-¿Será difícil?

-Sí y no, pues el Gobernador me ha hecho promesas de ayudarme.

-Supongo capitán, que los que acudan se harán pagar.

- Paga doble, señor Jeorling... El mismo aumento tendrá la actual tripulación.

-Ya sabe usted, capitán, que yo estoy dispuesto..., que deseo contribuir a los gastos de esta expedición... ¿Quiere usted considerarme como socio?

-Ya arreglaremos eso, señor Jeorling, y le quedo muy agradecido. Lo esencial es que nuestro armamento quede completo en un breve plazo. Es preciso que dentro de ocho días estemos en disposición de aparejar.

La noticia de que la goleta iba a aventurarse al través de los mares de la Antártida había producido cierta sensación en las Falklands, en Port-Egmont, como en los diversos puertos de la Soledad. En aquella época había gran número de marinos sin ocupación, de los que esperan a paso de los balleneros para ofrecer sus servicios, bien retribuidos generalmente.

A no tratarse más que de una campaña de pesca en los límites del círculo polar, entre las Sandwich y la Nueva Georgia, el capitán Len Guy no hubiera encontrado más dificultades que las de la elección. Pero ir a parajes tan lejanos, avanzar más que ningún navegante lo había hecho, aunque esto fuera con el objeto de ir en socorro de náufragos, era cosa para hacer pensar mucho y dudar a la mayor parte.

Preciso era ser antiguo marinero de la *Halbrane* para no preocuparse de los peligros de semejante navegación y consentir en seguir a su jefe hasta donde él quisiera.

En realidad, se trataba nada menos que de triplicar la tripulación de la goleta.

Contando al capitán, al lugarteniente, al contramaestre, un cocinero y a mí, éramos 13 a bordo, y se necesitarían de 32 a 34, pues no hay que olvidar que a bordo de la *Jane* eran 38.

El reclutamiento no dejó de presentar algunas dificultades, ¿Ofrecían los marineros de las Falklands a disposición de los balleneros en escala todas las garantías que fueran de desear? Si introducir cuatro o cinco hombres a bordo de un navío, el personal del cual ya es numeroso, no trae graves inconvenientes, no sucedía lo mismo tratándose de la goleta.

No obstante, el capitán Len Guy esperaba que no tendría por qué arrepentirse de la elección desde el momento en que las autoridades del archipiélago le prestaban su ayuda.

El Gobernador desplegó verdadero celo en este asunto, en el que de todo corazón se interesaba. Aparte de esto, gracias al elevado salario ofrecido, las demandas afluyeron.

Así es que la víspera de la partida, fijada para el 27 de Octubre, la tripulación estaba completa.

Inútil es decir el nombre de cada uno de los reclutados, ni sus cualidades. Ya se les juzgará después. Los había buenos y malos; pero, como después se verá, hubiera sido difícil encontrarlos mejores o menos malos.

Me limitaré, pues, a hacer notar que entre los alistados había seis hombres de origen inglés, entre ellos el contramaestre segundo Hearne, de Glasgow; cinco eran americanos (de los Estados Unidos), y ocho de nacionalidad más dudosa- los unos pertenecientes a la población holandesa, los otros medio españoles y medio fueginos, de la

Tierra del Fuego.-El más joven tenía diez y nueve años, el más viejo cuarenta. La mayor parte no eran extraños al oficio de marineros, habiendo navegado ya en el comercio, ya en la pesca de ballenas, focas y otros anfibios de los parajes antárticos. El alistamiento de los que no eran gente del mar no había tenido otro objeto que acrecer el personal defensivo de la goleta.

Esto hacía un total de diez y nueve reclutados para la duración de la campaña, que no podía ser fijada de antemano, pero que no debía arrastrarles más allá de la isla Tsalal. Respecto al sueldo, era tal como ninguno lo había tenido, ni en la mitad, en el curso de su navegación anterior. Hecha la cuenta, sin hablar de mí, la tripulación, comprendiendo al capitán y al lugarteniente de la *Halbrane,* ascendía a 31 hombres..., más otro sobre el que conviene fijar especialmente la atención.

La víspera de la partida, y en un extremo del puente, acercóse al capitán un individuo seguramente marino, lo que se reconocía por su traje, su paso y su lenguaje. Este individuo, con voz ruda y poco comprensible, dijo:

-Capitán... Tengo que hacerle a usted una proposición.

-¿Cuál?

-Comprenda usted... ¿Hay aun una plaza a bordo?

-¿Para un marinero?

-Para un marinero.

-Sí y no... - respondió el capitán Len Guy.

-¿Y el sí?... - preguntó el hombre.

-El sí es para el caso que convenga el que se me proponga.

-¿Me quiere usted a mí?

-¿Eres marinero?

-He navegado durante veinticinco años.

-¿Dónde?

-En los mares del Sur.

-¿Lejos?

-¡Sí... comprenda usted... lejos!

-¿Tu edad?

-Cuarenta y cuatro años.

-¿Y estás en Port-Egmont?...

-Hará tras años en las próximas Navidades.

-¿Esperabas embarcarte a bordo de un ballenero?

-No.

-¿Qué hacías aquí entonces?

-Nada... No pensaba navegar más

-Entonces, ¿por qué te presentas?

-Una idea... La noticia de la expedición de la goleta se ha extendido. Yo deseo..., sí..., deseo tomar parte en ella con licencia de usted, se entiende...

-¿Eres conocido en Port-Egmont?

-Conocido... y nadie me ha dirigido un reproche desde que estoy aquí.

-Bien- respondió el capitán.-Yo pediré noticias.

-Pregunte usted, capitán; y si dice usted que sí, está noche llevaré a bordo mi saco.

-¿Cómo te llamas?

-Hunt.

-¿Y eres?...

-Americano.

Este Hunt era hombre de baja estatura, rostro curtido, de color de ladrillo, amarillenta piel como la de un indiano, torso enorme, voluminoso, cabeza y piernas muy arqueadas. Sus miembros atestiguaban un vigor excepcional. Sobre todo los brazos, terminados en enormes manos. Su cabello, que emblanquecía, semejaba piel y estaba enmarañado. Lo que daba a la fisonomía de este individuo un carácter particular, que nada prevenía en su favor, era lo avieso de su mirada, su boca, casi sin labios, de oreja a oreja, en la que brillaban fuertes dientes de esmalte intacto, jamás atacados del escorbuto, con ser esta enfermedad frecuente entre los marineros de las altas latitudes.

Tres años hacía que Hunt habitaba en las Falklands, primero en uno de los puertos de la Soledad, en la bahía de los Franceses, después en Port-Egmont. Poco comunicativo, vivía sólo de una pensión de retiro, la razón de la cual se ignoraba. Ocupábase de la pesca, oficio que le hubiera bastado para asegurarle la existencia, ya alimentándose del producto de la misma, ya comerciando con ella.

Las noticias que adquirió el capitán Len Guy respecto a Hunt no podían menos de ser incompletas, salvo en lo que se refería a su conducta desde que él residía en Port-Egmont. El tal hombre no armaba pendencia, no bebía, y varias veces había dado pruebas de una fuerza hercúlea. Nada se sabía de su pasado, pero seguramente era el de un marino. Había

dicho al capitán Len Guy más que nunca dijo a otro. De lo demás, silencio obstinado, tanto sobre su familia como sobre el lugar preciso de su nacimiento, cosa que por lo demás importaba poco si se podían obtener buenos servicios de él...

En resumen: de los informes recogidos no resultó nada en que basar una repulsa. A decir verdad, era de desear que los demás reclutados no mereciesen más reproches.

Hunt obtuvo, pues, favorable respuesta, y por la tarde se instaló a bordo.

Todo estaba dispuesto para la marcha. La *Halbrane* había embarcado víveres para dos años; carne salada, legumbres varias, y suficiente cantidad de apio y celeris para combatir el escorbuto. La cala encerraba aguardiente, whisky, cerveza, ginebra y vino para el consumo diario, y gran cantidad de harina y galleta, comprada en las tiendas del puerto.

Añadamos que en lo que a municiones se refiere, pólvora, balas de fusil y cañón y piedra, habían sido suministradas por el Gobernador.

El capitán Len Guy se había procurado las redes de abordaje de un navío que recientemente había naufragado sobre las rocas fuera de la bahía.

El 27 por la mañana, en presencia de las autoridades del archipiélago, termináronse los preparativos de aparejar con notoria celeridad. Cambiáronse las últimas despedidas, subió del fondo el ancla y la goleta se dio al mar.

Soplaba el viento del Noroeste, y bajo sus altas y bajas velas la *Halbrane* se dirigió a los pasos... Una vez en alta mar, pasó el cabo al Este a fin de doblar la punta de Tamar-Hart,

en la extremidad del estrecho que separa las dos islas. Por la tarde Soledad fue rodeada y dejada a babor. Al llegar la noche, los cabos Dolphin y Pembroke desaparecieron tras las brumas del horizonte.

La campaña había comenzado. ¡Sólo Dios podía saber si el triunfo esperaba a aquellos animosos hombres, a los que un sentimiento de humanidad arrastraba a las más terribles regiones del Antártico!

X

AL PRINCIPIO DE LA CAMPAÑA

Del grupo de las Falklands partieron el *Tuba* y el *Lively,* a las órdenes del capitán Biscoe, el 27 de Septiembre de 1830, haciendo escala en las Sandwich, cuya punta septentrional doblaron el 1º de Enero del siguiente año. Verdad que seis semanas después el *Lively* se perdía en las Falklands..., lo que no era de esperar sucediera a nuestra goleta.

El capitán Len Guy partía, pues, del mismo punto que Biscoe, el que empleó un mes en llegar a las Sandwich. Pero desde los primeros días, muy contrariado por los hielos, más allá del círculo polar, el navegante inglés tuvo que desviarse al Suroeste hasta el grado 45 de longitud oriental. A esta circunstancia se debió el descubrimiento de la Tierra Enderby.

Len Guy nos mostró sobre el mapa, a Jem West y a mí, el itinerario de Biscoe, añadiendo:

-No debemos seguir las huellas de Biscoe sino las de Weddell, que efectuó su viaje a la zona austral en 1832 con el

Beaufoy y la *Jane* ¡La *Jane*! ¡Nombre predestinado, señor Jeorling! Pero esta *Jane* fue más afortunada que la de mi hermano, y no se perdió.

-Adelante, capitán-respondí.-Si no seguimos a Biscoe, sigamos a Weddell. Simple pescador de focas, este hábil marino llegó en dirección al polo más allá de donde sus predecesores llegaron, y él nos indica la dirección que debemos tomar.

-Y nosotros la tomaremos, señor Jeorling. Pero si nos retrasáramos, si la *Halbrane* llegase al banco de hielo a mediados de Diciembre, ya sería tarde. Weddell tocó el paralelo 72 en los primeros días de Febrero, y entonces, como hace constar en su relación, ni una parcela de hielo era visible. Ningún navío ha ido más allá salvo la *Jane,* que no ha vuelto.- Existe, pues, en esta parte de las tierras antárticas, una profunda incisura entre los meridianos 30 y 40, puesto que, después de Weddell, William Guy ha podido acercarse a menos de seis grados del polo austral.

Según su costumbre, Jem West escuchaba en silencio. Medía con la mirada los espacios que el capitán Len Guy encerraba entre las puntas de su compás. Siendo siempre el hombre que recibe una orden y la ejecuta sin discutirla jamás, iría donde el capitán quisiera ir.

-Capitán- pregunté-, ¿sin duda la intención de usted es seguir el itinerario de la *Jane*?

-Lo más exactamente que sea, posible.

-Pues bien: su hermano de usted se ha dirigido al Sur de Tristán de Acunha para buscar el yacimiento de las islas

Auroras, que no ha encontrado, como tampoco el de las islas a las que el ex cabo gobernador Glass hubiera estado muy orgulloso de dar su nombre. Esto significa que él ha querido poner en ejecución el proyecto de que Arthur Pym le había frecuentemente hablado, y ha cortado el círculo polar, el 1º de Enero, entre el 41 º y 42º de longitud.

-Ya lo sé-respondió el capitán Len Guy-, y esto es lo que hará la *Halbrane* a fin de tocar el islote Bennet, y después la isla Tsalal. ¡Y permita el cielo que, como la *Jane,* como leí; navíos de Weddell, encuentren delante de ella la mar libre!

-Si los hielos la cubren aun, no haremos más que esperar al largo.

-Eso haremos..., y es preferible adelantarse. El banco de hielo es una muralla en la que repentinamente se abre una puerta para cerrarse al momento. Es preciso estar allí para pasarla pronto, sin inquietarse por el regreso.

En el regreso nadie pensaba a bordo de la *Halbrane*.-¡Adelante! hubiera sido el único grito que se escapase de todas las bocas.

Jem West emitió entonces la siguiente reflexión:

-Gracias a las indicaciones que Arthur Pym hace en su relación, no tendremos que lamentar la ausencia de su compañero Dirk Peters.

-Lo que es una suerte- respondió Len Guy-, puesto que no he podido ver al mestizo que había desaparecido de Illinois. Las indicaciones del diario de Arthur Pym sobre el yacimiento de la isla Tsalal deben bastarnos.

-A menos que no sea preciso llevar la exploración mas allá del grado 84- observé yo.

-¿Y cómo había de ser preciso, señor Jeorling, desde el momento en que los náufragos no han abandonado la isla Tsalal? ¿Es que no lo dicen así bien claramente las notas de Patterson?

En fin; aunque Dirk Peters no estuviera a bordo, la *Halbrane* sabría conseguir su objeto. Pero que no se olvide de poner en práctica las tres virtudes teologales del marino: vigilancia, audacia, perseverancia. Heme aquí, pues, metido en una aventura que, según todas las probabilidades, pasará en lo imprevisto a mis anteriores viajes.

¿Quién pensara esto en mí? Pero yo estaba preso en un engranaje que me arrastraba a lo desconocido, a ese desconocido de las comarcas polares, cuyos secretos habían querido descubrir tantos audaces aventureros. ¡Quién sabe si está vez la esfinge de las regiones antárticas no hablaría por vez primera a los humanos!

Sin embargo, yo no olvidaba que únicamente se trataba de una obra de humanidad. El objeto que la *Halbrane* se proponía era recoger al capitán William Guy y a sus cinco compañeros. Para encontrarlos, nuestra goleta iba a seguir el itinerario de la *Jane;* hecho esto, bastaría con que volviera a ganar los mares del antiguo continente, puesto que no tenía que buscar ni a Arthur Pym ni a Dirk Peters, que habían vuelto, no se sabe cómo, de su extraordinario viaje.

Durante los primeros días, los tripulantes nuevos tuvieron que acostumbrase al servicio, y los antiguos, brava

gente en verdad, les ayudaron en la tarea. Aunque el capitán Len Guy no hubiera hecho una gran elección, parecía haber tenido buena mano. Aquellos marineros, de diferentes países, mostraron mucho celo y buena voluntad. Sabían, además, que el lugarteniente no toleraba bromas. Hurliguerly les había hecho entender que Jem West rompería la cabeza al que no anduviese derecho. En este punto el capitán la dejaba en completa libertad.

-¡Una *latitud*- decía el contramaestre- que se obtiene tomando la altura del ojo con el puño cerrado!

En esta manera de advertir a los interesados yo reconocía a mi contramaestre.

Los nuevos se tuvieron por advertidos, y no hubo ocasión de castigar a ninguno. Respecto a Hunt, cumplía su oficio con docilidad de verdadero marino y manteníase alejado de los demás, sin hablar con nadie, durmiendo en el puente, en cualquier rincón, sin querer ocupar su sitio en el puesto de la tripulación.

La temperatura era aun fría. Los marineros habían conservado las blusas y camisas de lana, los pantalones de gruesa tela, el capote impermeable con capucha, muy a propósito para defenderse de la nieve, la lluvia y los golpes de mar.

La intención del capitán Len Guy era tomar las islas Sandwich como punto de partida hacia el Sur, después de haber pasado por la Nueva Georgia, situada a 800 millas de las Falklands. La goleta se encontraría entonces en longitud

sobre el camino de la *Jane,* no teniendo más que seguirle para llegar al paralelo 84.

Está navegación nos llevó el 2 de Noviembre al yacimiento que ciertos navegantes han señalado a las islas Auroras por 53º 15' de latitud y 47º 33' de longitud occidental.

A pesar de las afirmaciones- en mi opinión sospechosas- de los capitanes de la *Aurora,* en 1762; del *San Miguel,* en 1769, del *Pearl,* en 1779; del *Prinicus* y del *Dolores,* en 1750; de la *Atrevida,* en 1794; que dieron por descubiertas tres islas del grupo, no hemos visto señales de tierra en todo el espacio recorrido.

Así había sucedido a Weddell en 1820, y a William Guy en 1827. Lo mismo sucedió con las supuestas islas del vanidoso Glass. No encontramos un solo islote en la posición indicada, por más que el servicio de los vigías fuera hecho con el mayor cuidado. Es, pues, de temer que su excelencia el gobernador de Tristán de Acunha no vea jamás figurar su apellido en la nomenclatura geográfica.

Estábamos entonces a 6 de Noviembre. El tiempo continuaba favorable. Parecía que la travesía había de ser hecha con más brevedad que la de la *Jane.* Además, no teníamos por qué apresurarnos. Como he hecho observar, nuestra goleta llegaría antes que las puertas del banco estuvieran abiertas.

Durante dos días la *Halbrane* sufrió un cambio atmosférico que obligó a Jem West a halar bajo, gavia, ballestilla y masteleros de juanete.

Desembarazada de las altas velas, la goleta se portó admirablemente. Con motivo de estas maniobras los nuevos tripulantes dieron pruebas de destreza, lo que les valió las felicitaciones del contramaestre, quien pudo notar que Hunt valía por tres hombres.

-¡Famosa adquisición!- me dijo.

-Efectivamente- respondí-, y que precisamente ha llegado a última hora.

-¡Sí, señor Jeorling! Pero ¡qué cabeza la de ese Hunt!

-He encontrado con frecuencia americanos de ese género en la región de Far-West- respondí-, y no me extrañaría que este de que hablamos tuviera sangre india en las venas.

-¡Bah!-dijo el contramaestre.-Hay compatriotas nuestros en Lancashire o en el condado de Kent que valen tanto.

-Lo creo, contramaestre. Usted entre otros.

-¡Eh! ¡Se vale lo que se vale, señor Jeorling!

-¿Habla usted alguna vez con Hunt?- pregunté.

-Poco, señor Jeorling. ¡Qué se puede sacar de un marsuino que no quiere trato con nadie, ni a nadie dirige la palabra!... Sin embargo, no es por falta de boca. ¡Jamás vi una semejante! Ya de, estribor a babor... Pues con tanta como tiene Hunt; no dice nada... Pues, ¡y sus manos! ¿Ha reparado usted en ellas? Desconfíe usted si quiere estrechar las de usted, señor- Jeorling... ¡Seguro estoy que dejaría usted cinco dedos entre diez!

-¡Por fortuna no parece amigo de cuestiones! Todo en él indica un hombre tranquilo que no abusa de su fuerza.

-No..., excepto cuando pasa sobre una driza... Siempre temo que la polea se venga abajo, y con ella la verga.

El referido Hunt era hombre que merecía que se fijase en él la atención. Cuando recostaba contra los montantes del cabrestante, o en pie en la popa posaba la mano en la rueda del timón, le contemplaba yo no sin verdadera curiosidad. Por otra parte, antojábaseme que él me miraba también con insistencia. No debía de ignorar mi condición de pasajero a bordo de la goleta y las circunstancias en que me había asociado a los riesgos de aquella campaña. En cuanto a suponer que él pensara conseguir otro objeto que nosotros, más allá de la isla Tsalal, después que hubiéramos salvado a los náufragos de la *Jane...,* era inadmisible... Además, el capitán Len Guy no cesaba de repetirle:

-¡Nuestra misión es salvar a nuestros compatriotas! La isla Tsalal. es el único punto que nos atrae, y si Dios nos ayuda, no iremos más allá en las regiones australes.

El 10 de Noviembre, a las dos de la tarde, el vigía gritó:

-¡Tierra a estribor!

Una buena observación hubiera dado 55º 7’ de latitud y 41º 13’ de longitud Oeste.

Esta tierra no podía ser otra que la isla San Pedro, llamada por los ingleses Georgia Austral, Nueva Georgia, isla del Rey Jorge, que por su situación corresponde a las regiones circumpolares.

En 1675, antes de Cook, fue descubierta por el francés Barbe. Pero sin tener en cuenta que él era el segundo que la pisaba, el célebre navegante inglés la dio la serie de nombres

que hoy lleva. La goleta se dirigió a esta isla, cuyas nevadas cúspides, formidables de rocas antiguas, egnesia y esquisto arcilloso, suben 1200 toesas al través de las amarillentas nieblas del espacio.

El capitán Len Guy tenía intención de hacer escala durante veinticuatro horas en la bahía Real a fin de renovar su provisión de agua, pues las cajas se calientan fácilmente en el fondo de la cala.

Más tarde, cuando la *Halbrane* navegase entre los hielos, el agua dulce, fresca y limpia estaría a discreción.

Durante la tarde, la goleta dobló el cabo Buller, al Norte de la isla, dejó a estribor las bahías Posesión y Cumberland, y entró en la bahía Real maniobrando entre los restos desprendidos de la nevera Ross. A las seis de la tarde, el ancla fue lanzada en un fondo de seis brazas, y como la noche se aproximaba, se dejó el desembarco para el siguiente día.

La Nueva Georgia tiene cuarenta leguas de longitud por veinte de anchura. Está situada a quinientas leguas del estrecho de Magallanes y pertenece al dominio administrativo de las Falklands; pero la Administración británica no está allí representada por nadie, puesto que la isla no está habitada, por más que sea habitable en la estación de verano al menos.

Al día siguiente, mientras los marineros iban en busca de una aguada, fui yo a pasearme por los alrededores de la bahía Real. Estos lugares estaban desiertos, pues no estábamos en la época en que los pescadores se dedican a cazar la foca. Expuesta a la acción directa de la corriente polar antártica, la Nueva Georgia es frecuentada por los mamíferos marinos. Vi

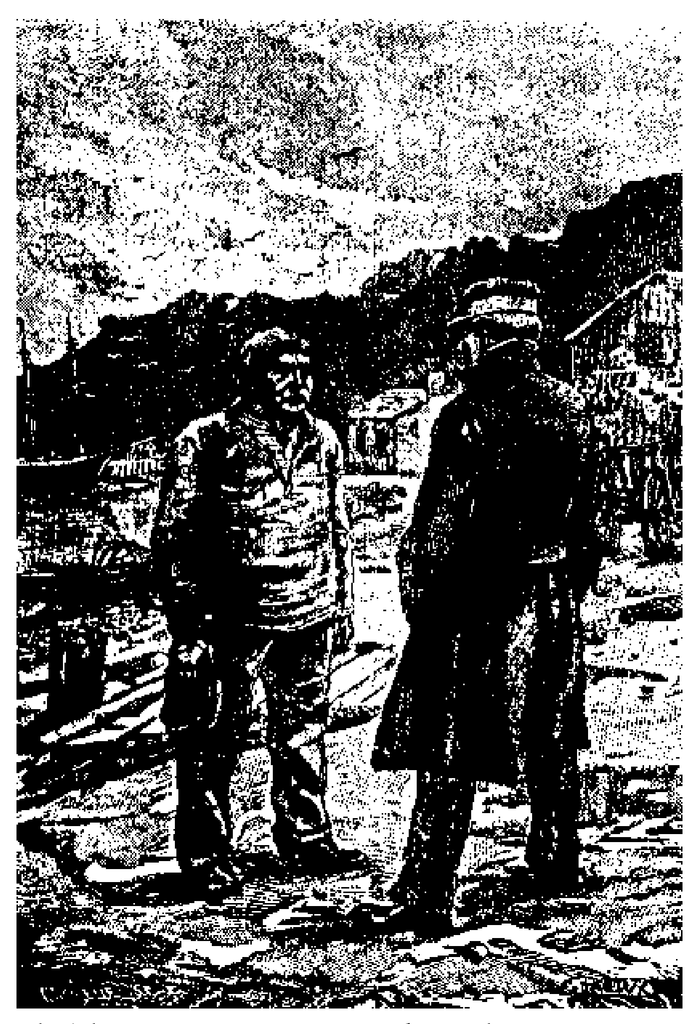
varios de ellos arrojarse a la arena, a lo largo de las rocas y en el fondo de las grutas del litoral. Bandadas de pingüinos, inmóviles, en hilera interminable, protestaban con sus roncos gritos contra la invasión de un intruso, de mí quiero decir.

Por la superficie de las aguas volaban nubes de alondras, cuyo canto evocaba en mi espíritu el recuerdo del país más favorecido por la Naturaleza. Es una fortuna que estos pájaros no tengan necesidad de ramas para anidar, pues en vano se buscaría un árbol en la Nueva Georgia. Allí la vegetación la constituyen algunos fanerógamos, céspedes descoloridos, y, sobre todo, tussok, hierba abundante que tapiza las pendientes hasta una altura de 150 toesas, y la recolección de la cual bastaría para alimentar numerosos rebaños.

El 12 de Noviembre la *Halbrane* aparejó bajo sus velas bajas.

Después de doblar la punta Carlota, al extremo de la bahía Real, puso el cabo al Sudeste, en dirección a las islas Sandwich, situadas a 400 millas de allí.

Hasta entonces no habíamos encontrado ningún témpano flotante, lo que obedecía a que el sol no les había aun separado ni del banco ni de los parajes australes. Más tarde la corriente les arrastró a la altura de este paralelo cincuenta, que en el hemisferio septentrional es el de París o Quebec.



El cielo, cuya pureza comenzaba a alterarse, amenazaba cargarse hacia la parte de Levante. Un viento frío, mezclado de lluvia y granizo, soplaba con regular ímpetu; pero como favorecía a nuestra navegación, no había por que quejarse de él. Lo más fastidioso era la bruma, que con frecuencia obscurecía el horizonte; pero como estos parajes no

presentan peligro alguno y no había que temer el encuentro de témpanos en derivación, la *Halbrane*, sin grandes preocupaciones, pudo continuar su camino al Sudeste, hacia el yacimiento de las Sandwich.

En medio de aquellas nieblas pasaban bandadas de pájaros lanzando estridentes gritos, con vuelo plano contra el viento, y casi sin mover las alas, albatros, martines pescadores, petrales, somormujos que huían a la parte de tierra como para indicarnos el camino.

Sin duda estas espesas nieblas impidieron al capitán Len Guy señalar al Suroeste, entre la Nueva Georgia y las Sandwich, la isla Traversey, descubierta por Bellingshausen, y las cuatro islitas Welley, Polker, Prince's Island y Christmas, de las que el americano James Brown, del schooter *Pacifié* había, según aseguraba Fanning, reconocido la posición. Por lo demás, lo esencial era no arrojarse en sus acantilados, pues la vista no se extendía más que a dos o tres encabladuras, razón por la que la vigilancia fue rigurosamente establecida a bordo, y los vigías observaban el mar desde que una súbita claridad permitía ensanchar el campo de la visual.

En la noche del 14 al 15, vagas luces vacilantes iluminaron el espacio hacia el Oeste. El capitán Len Guy pensó que provenían de un volcán, tal vez el de la isla Traversey, cuyo cráter está frecuentemente coronado de llamas.

Como el oído no pudo percibir ninguna de esas detonaciones que acompañan a las erupciones volcánicas, deducimos que la goleta se encontraba a distancia

tranquilizadora de los escollos de la isla. No fue preciso, pues, modificar el camino, y el cabo siguió mantenido hacia las Sandwich.

La lluvia cesó en la mañana del 16, y el viento cambió un cuarto al Nordeste. Sólo motivos de regocijo había, pues las nieblas no tardarían en disiparse.

En aquel momento, el marinero Stern, que estaba en observación en las barras, creyó ver un navío con tres mástiles, cuyo faro se dibujaba hacia el Nordeste. Con gran disgusto nuestro, el barco desapareció antes que fuese posible reconocer su nacionalidad. Tal vez era uno de los navíos de la expedición Wilkes, o algún ballenero que iba a los sitios de pesca.

El 17 de Noviembre, desde las diez de la mañana la goleta estaba en el archipiélago, al que Cook había dado primero el nombre de Southern-Thule, la tierra más meridional que se había descubierto en aquella época, y a la que se bautizó después con el nombre de Tierra de las Sandwich, nombre que este grupo de islas ha conservado en los mapas y que llevaba ya en 1830, cuando Biscoe se alejó de allí a fin de buscar en el Este el paso al Polo.

Desde entonces, otros navegantes han visitado las Sandwich, y en sus parajes se pescan ballenas, cachalotes y focas.

En 1820, el capitán Morrel fue a tierra con la esperanza de encontrar leña, que le faltaba. Felizmente, el capitán Len Guy no se detuvo con este objeto; vano trabajo, pues el clima de estas islas no permite que los árboles se desarrollen.

Si la goleta iba a hacer escala en las Sandwich durante cuarenta y ocho horas, era por ser prudente visitar todas las tierras de las regiones australes que se encontraban en nuestro itinerario. Allí podría hallarse un indicio, una huella, un documento. Partterson había sido arrastrado en un témpano. ¿No hubiera podido suceder esto a cualquiera de sus compañeros y ser arrojado sobre las islas de este grupo? Convenía, pues, no descuidar nada, toda vez que el tiempo no apremiaba. Después de visitar la Nueva Georgia, la *Halbrane* iría a las Sandwich, después a las New-South-Orkneys, después al banco de hielo...

El mismo día se pudo desembarcar al abrigo de las rocas de la isla Bristol, en el fondo de una especie de puertecillo natural de la costa oriental.

Este archipiélago, situado en los 59º de latitud por 30º de longitud occidental, se compone de varias islas, siendo las principales Bristol y Thule. Gran número de otras no merecen más que la modesta calificación de islotes.

A Jem West se le dio la misión de ir a Thule a bordo del bote mayor, a fin de explorar los puntos abordables de esta isla, mientras el capitán Len Guy y yo descendíamos a tierra.

¡Desolado país, sin más habitantes que los tristes pájaros de las especies antárticas! Vegetación como la de Nueva Georgia. Céspedes y líquenes cubren la desnudez de un suelo improductivo. Tras la playa se elevan algunos delgados pinos de considerable altura, sobre el flanco de descarnadas colinas, cuyas masas pizarrosas se hunden a veces con resonante estrépito. Por todas partes espantosa soledad. Nada

atestiguaba el paso de un ser humano, ni la presencia de náufragos en la isla Bristol. Las exploraciones que practicamos aquel día y al siguiente no dieron resultado alguno.

Lo mismo pasó con la exploración del lugarteniente West en Thule. Algunos cañonazos disparados por nuestra goleta no produjeron más efecto que arrojar lejos a las bandadas de petrales, y espantar a los estúpidos pájaros bobos, colocados en fila en la playa.

Paseándome con el capitán Len Guy, le dije:

-Sin duda no ignora usted cual fue la opinión de Cook con motivo del grupo de las Sandwich cuando las descubrió. Primeramente creyó que ponía el pie sobre un continente. En su opinión, desde allí se destacaban las montañas de hielo que el desviamiento arrastra fuera del mar antártico. Más tarde reconoció que las Sandwich no formaban más que un archipiélago. Sin embargo, su opinión relativa a la existencia de un continente polar más al Sur no es por eso menos formal.

-Lo sé, señor Jeorling-respondió el capitán Len Guy;- pero si ese continente existe, es preciso deducir que presenta una ancha abertura, por la que Weddell y mi hermano han podido penetrar con seis años de diferencia. Nuestro gran navegante no ha tenido la suerte de descubrir ese paso, puesto que se detuvo en el paralelo 74; pero otros lo han hecho después de él, y otros van a hacerlo.

-Y seremos nosotros, capitán.

-Sí, con la ayuda de Dios. Si Cook ha osado afirmar que nadie se atrevería a ir más lejos que él, y que las tierras, si existían, jamás serían reconocidas, el porvenir probará que se ha engañado. Ellos han llegado al 84º de latitud.

-Y ¡quién sabe si fue más allá ese extraordinario Arthur Pym!

-Tal vez, señor Jeorling; pero nosotros no tenemos que preocuparnos de Arthur Pym, puesto que él, por lo menos Dirk Peters, han vuelto a América.

-¿Y si no hubiera vuelto?

-Creo que no tenemos por que pensar en esa eventualidad -respondió simplemente el capitán Len Guy.

XI

DE LAS SANDWICH AL CÍRCULO POLAR.

Seis días después de aparejar la goleta con el cabo al Suroeste, siempre favorecida por el viento, llegaba ante el grupo de las New-South-Orkneys.

Dos islas principales le componían: al Oeste la de más extensión, la isla Coronación, cuya gigante cima se eleva a una altura de 2.500 pies; al Este la isla Laurie, terminada por el cabo Dundas, proyectado hacia el Poniente. En torno existen islas menores, Saddle, Powell y numerosos islotes en forma de pilones de azúcar. En fin, al Oeste están la isla Inaccesible y la de la Desesperación, llamadas así sin duda porque un navegante no consiguió acostar en la una y se desesperó de haberlo hecho en la otra.

Este archipiélago fue descubierto por el americano Palmer y el inglés Botwell (1821-1822). Está atravesado por el paralelo 61 y comprendido entre el 44 y 47 meridiano.

Al aproximarse la *Halbrane* pudimos observar masas agitadas, límites abruptos, cuyas pendientes, sobre todo en la

isla Coronación, se suavizan al descender hacia el litoral. Al pie se amontonan monstruosos témpanos formando formidables pilas, que, antes de dos meses, irían en derivación hacia las aguas templadas.

Sería entonces la época en que aparecerían los balleneros para dedicarse a la pesca, mientras que algunos de sus hombres permanecerían en las islas a fin de perseguir a las focas y elefantes de mar.

Deseoso de no internarse en el estrecho, lleno de islotes y témpanos, que separa el grupo en dos partes, el capitán ancló en la extremidad Sudeste de la isla Laurie, donde pasó el día 24; después de haber dado un rodeo por el cabo Dundas siguió la costa meridional de la isla Coronación, cerca de la cual la goleta se detuvo el 25. El resultado de nuestras pesquisas fue nulo en lo que concernía a los marinos de la *Jane*.

Si en 1822, en el mes de Septiembre, Weddell, con la intención de procurarse pieles de foca en este grupo, perdió tiempo y trabajo, fue porque el invierno era aun demasiado riguroso. Esta vez la *Halbrane* hubiera podido hacer cargamento de estos anfibios.

Los volátiles ocupaban por millares las islas e islotes. Sobre las rocas, cubiertas de estiércol, había, además de los pingüinos, gran número de esas palomas blancas, de las que ya había visto algunas muestras. Son zancudas, no palmípedas, de pico cónico poco largo, párpados circundados de rojo, y se las caza sin gran fatiga.

El reino vegetal de las New-South-Orkneys, donde domina el cuarzo de origen volcánico, está únicamente

representado por líquenes grisáceos y algunos raros fucos de especie laminar. En cantidad abundante lepadas sobre la playa, y en las rocas almejas, de las que se hizo gran provisión.

Debo decir que el contramaestre y sus hombres no dejaron escapar esta ocasión de exterminar a bastonazos varias docenas de pingüinos. No obedecía esto a censurable instinto de destrucción, sino al legítimo deseo de procurarse alimento fresco.

-Esto vale tanto como un pollo, señor Jeorling- afirmó Hurliguerly.- ¿No los ha comido usted en las Kerguelen?

-Sí, contramaestre; pero los preparaba Atkins.

-Y bien: aquí los preparará Endicott, y no advertirá usted diferencia.

En efecto: el cocinero guisó los pingüinos admirablemente.

La *Halbrane* se puso a la vela el 26 de Noviembre a las seis de la mañana, dirigiéndose al Sur. Remontó el meridiano 43, que una buena observación hubiera permitido establecer exactamente. Era el que Weddell, y después William Guy, habían seguido, y si la goleta no se apartaba ni al Este ni al Oeste, caería inevitablemente sobre la isla Tsalal. Sin embargo, era preciso tener en cuenta las dificultades de la navegación.

Los vientos del Este, muy fijos, nos favorecían. La goleta llevaba todo su velamen, hasta las barrederas de gavia, el foque volante y las velas de estays, y en esta forma andaba con una velocidad de 11 a 12 millas. De continuar así, la

travesía de las New-South-Orkneys al círculo polar sería corta.

Más allá- yo no lo ignoraba- se trataría de forzar la puerta del espeso banco, o, lo que es más práctico de descubrir una brecha en aquella muralla de hielo.

Hablando de esto el capitán Len Guy y yo, le dije:

-Hasta aquí la *Halbrane* ha sido farorecida por el viento, y por poco que esto dure tocaremos el banco antes del deshielo.

-Tal vez sí, tal vez no, señor Jeorling; pues la estación se ha adelantado mucho este año. He advertido en la isla Coronación que los bloques se separaban ya del litoral seis semanas más pronto que de costumbre.

-Circunstancia feliz, capitán: y es posible que nuestra goleta pueda franquear el banco en las primeras semanas de Diciembre, cuando la mayor parte de los navíos no pueden hacerlo antes del principio de Enero.

-En efecto; la suavidad del tiempo nos ayuda- respondió el capitán Len Guy.

-Añado- respondí- que en su segunda expedición, hasta mitad de Enero, no acertó Biscoe con la tierra que dominan el monte William y el monte Stowerby, sobre el 64º de longitud. Los libros de viajes que usted me ha prestado lo prueban.

-De un modo exacto, señor Jeorling.

-Entonces, antes de un mes, capitán...

-Antes de un mes espero, haber encontrado, más allá del banco, la mar libre, indicada con tanta insistencia por Wed-

dell y Arthur Pym, y no tendremos más que navegar en condiciones ordinarias; primero hasta el islote Bennet, hasta la isla Tsalal después. En esta mar, ¿qué obstáculo podría detenernos, ni aun retrasarnos?

-No preveo ninguno, capitán, en cuanto estemos al otro lado del banco; este paso es el difícil; esto es lo que debe ser objeto de nuestra preocupación constante; y a poco que los vientos del Este se mantengan...

-Se mantendrán, señor Jeorling. Todos los navegantes de los mares australes han podido observar, como yo mismo lo he hecho, la permanencia de estos vientos. Conozco que entre el paralelo 30 y el 60, los huracanes vienen generalmente de la parte Oeste. Pero más allá, por un cambio muy marcado, reinan los vientos opuestos.

-Es verdad; y lo celebro, capitán. Confieso además, y el hacerlo no me causa molestia, que comienzo a ser supersticioso.

-Y ¿por qué no serlo, señor Jeorling? ¿Qué falta de razón hay en admitir la intervención de un poder sobrenatural en las más ordinarias circunstancias de la vida? ¿Podemos dudar de él, nosotros los marineros de la *Halbrane?* Recuerde usted el encuentro del infortunado Patterson en el camino de nuestra goleta; aquel témpano arrastrado hasta los parajes que atravesamos y que se disuelve en seguida. Reflexione usted, señor Jeorling. ¿Es que esto no es providencial? Yo voy más lejos, y, afirmo que, después de tanto hecho para guiarnos adonde nuestros compatriotas de la *Jane* se encuentran, Dios no ha de abandonarnos.

- Pienso lo mismo, capitán. No se puede negar su intervención, y a mi juicio, no es cierto que el azar represente en la comedia humana el papel que espíritus superficiales le atribuyen. Todos los hechos están unidos por un lazo misterioso. Forman una cadena.

-Una cadena, señor Jeorling, y en la nuestra el primer eslabón es el témpano de Patterson, y el último será la isla Tsalal. ¿Ah, mi hermano, mi pobre hermano; abandonado allá lejos, con sus compañeros de miseria, sin conservar la esperanza de ser socorridos! Y Patterson arrastrado lejos de ellos... no sabemos por qué circunstancias, como ellos ignoran lo que ha sucedido... Cuando pienso en estás catástrofes, mi corazón se oprime; pero no desfallecerá señor Jeorling, si no es en el momento en que mi hermano se arroje en mis brazos.

El capitán Len Guy era víctima de tan intensa emoción, que mis ojos se humedecieron. No; no hubiera tenido animo suficiente para responderle que tal salvamento presentaba grandes dificultades. No era posible dudar que hacia seis meses que William Guy y cinco de los marineros de la *Jane* se encontraban aun en la isla Tsalal, puesto que así lo afirmaba el cuaderno de Patterson. Mas ¿cuál era su situación? ¿Estaban en poder de los insulares, cuyo número, según Arthur Pym, ascendía a varios miles, sin hablar de los habitantes de las islas situadas al Oeste? ¿No debíamos esperar del jefe de la isla Tsalal, de aquel salvaje Too-Witt, algún ataque, al que la *Halbrane* no resistiría, como no había resistido la *Jane*

Sí. Lo mejor era confiar en la Providencia. Su intervención se había manifestado de clara manera, y haríamos todos los esfuerzos posibles para llevar a cabo la misión que Dios nos había confiado.

Debo confesar que los tripulantes de la goleta, animados de los mismos impulsos, participaban de las mismas esperanzas; me refiero a los antiguos, tan adictos al capitán. Respecto a los nuevos, era de presumir que el resultado de la campaña les fuera indiferente, puesto que, resultare lo que resultare, los beneficios asegurados serían los mismos.

Por lo menos ésta era la opinión del contramaestre, exceptuando a Hunt. No parecía que al alistarse este hombre hubiera obedecido al cebo de la ganancia... Lo cierto es que a nadie hablaba de esto... Verdad que de otra cosa tampoco hablaba.

-Yo creo que no piensa en ello- me dijo Hurliguerly.- No sé aun cómo suenan sus palabras. En lo que se refiere a hablar, no va más allá que un navío anclado.

-Si no habla con usted, a mí tampoco me habla

-¿Sabe usted lo que pienso, señor Jeorling?... Que este hombre ha ido muy lejos, en los mares australes... Sí, muy lejos... Se calla porque le conviene... Mas si ese marsuino no ha franqueado el círculo antártico, y hasta el banco en más de diez grados..., que me lleve una ola.

-Y ¿qué motivo tiene usted para afirmar eso?

-¡Lo he leído en sus ojos, señor Jeorling, en sus ojos! En todo momento, diríjase la goleta a uno u otro lado, los ojos

de ese hombre están siempre clavados en el Sur... como dos fuegos de posición.

Hurliguerly no exageraba, y yo lo había notado ya. Para emplear una expresión de Edgard Poe, Hunt tenía ojos de halcón.

-Cuando no está de bordada- añadió el contramaestre,- ese salvaje permanece de codos sobre la baranda, tan inmóvil como mudo. Realmente, su puesto sería a la punta de la roda, donde serviría de mascarón de proa de la *Halbrane*... ¡Linda figura! Además, obsérvelo usted cuando está en el timón. ¡Sus enormes manos parecen clavadas en la rueda! Sus ojos miran la bitácora como si la brújula le atrajera... Me jacto de ser buen timonel...; pero no llego a Hunt. Por la noche, si la lámpara de la bitácora se extingue, seguro estoy de que Hunt no tendrá necesidad de volverla a encender. Con el fuego de sus pupilas alumbrará el cuadrante y se mantendrá en buena dirección.

Decididamente, el contramaestre se consolaba conmigo de la poca atención que el capitán Len Guy y Jem West prestaban a sus habladurías.

Realmente, si Hurliguerly había formado de Hunt una opinión exagerada, preciso es confesar que la actitud de este le autorizaba a ello. Era permitido colocarle en la categoría de los seres semifantásticos. Y, para decirlo todo, de haberle conocido Edgard Poe, le hubiera podido tomar como tipo de uno de sus héroes más extraordinarios.

Durante varios días, sin un solo incidente, sin nada que rompiese la monotonía de nuestra navegación, ésta continuó

en excelentes condiciones. Con el viento Este la goleta obtenía el máximum de su velocidad, lo que indicaba, la ancha estela, plana y regular.

Por otra parte, la primavera adelantaba. Las ballenas comenzaban a mostrarse en grupos. En aquellos parajes, hubiera bastado con una semana para que barcos de fuerte tonelaje llenaran sus cubas del preciado aceite. Así es que los nuevos tripulantes- los americanos sobre todo-no ocultaban su disgusto al ver la indiferencia del capitán en presencia de tantos animales que valían su peso en oro, y que eran más abundantes que los que jamás habían visto en aquella época del año.

De toda la tripulación, el que indicaba más descorazonamiento era Hearne, un pescador de oficio, al que sus compañeros escuchaban, con gran gusto. Con sus brutales maneras y su audacia feroz, que en todo él se revelaba, había sabido imponerse a los demás marineros. Su edad era de cuarenta años; su nacionalidad americana.

Erguido y vigoroso, yo me lo representaba en pie sobre su ballenero de doble punto, blandiendo el harpón y lanzándole al flanco de una ballena... ¡Debía de estar soberbio! Dada su violenta pasión por su oficio, no me extrañaría que su descontento se manifestase en cuanto hubiera ocasión.

Nuestra goleta no estaba armada para la pesca, y los instrumentos que este oficio requiere no se encontraban a bordo. Desde que navegaba en la *Halbrane,* el capitán Len

Guy se había limitado a traficar entre las islas meridionales del Atlántico y del Pacífico.

Fuera lo que fuera, la cantidad de ballenas que veíamos en un radio de algunas encabladuras era extraordinaria.

Un día, a las tres de la tarde, estaba yo en la baranda de proa siguiendo con la vista las evoluciones de varias parejas de dichos animales. Hearne los mostraba con la mano a sus compañeros, mientras de su boca se escapaban frases entrecortadas.

-Allí... allí... Es un *fin-back*; y ha aquí dos... tres...; con su atleta dorsal de cinco a seis pies... Miradles nadar entre dos aguas... tranquilamente... sin dar un salto... ¡ Ah!... ¡Apuesto a que, si tuviera un arpón, se le hundía en una de las cuatro manchas amarillas de su cuerpo!... ¡Mas en esta caja de tráfico nada se puede hacer!... ¡Mil millones de demonios!... Cuando se navega por estos mares es para pescar y no para...

Interrumpiéndose, y lanzando colérico juramento, exclamó después:

-¡Y esa otra ballena!

-¿Esa que tiene una giba como un dromedario- preguntó uno de los marineros.

-Sí...Es un *hump-backs*- respondió Hearne.- ¿Distingues su vientre con pliegues, y su ancha atleta dorsal? No es fácil pescarlas. Se hunden a grandes profundidades. ¡Verdaderamente, mereceríamos que nos enviase un coletazo en el flanco, puesto que no le enviamos un arponazo al suyo!

- ¡Atención! ¡Atención!- gritó el contramaestre.

No era que hubiera temor de recibir el golpe de que Hearne hablaba.

No. Una enorme ballena acababa de acercarse a la goleta, y casi en seguida una tromba de agua infecta se escapó de ella con un ruido comparable a una lejana detonación de la artillería. Toda la proa quedó inundada.

-¡Está bien!- gruñó Hearne, encogiéndose de hombros, mientras sus compañeros le sacudían maldiciendo al *Humpbacks.*

Además de estas dos especies de cetáceos, se veían también ballenas, conocidas con el nombre de *right-whales,* que son las que más frecuentemente se encuentran en los mares australes. Desprovistas de aletas, llevan una espesa costra de grasa. Su persecución no ofrece grandes peligros.

También las ballenas francas son muy buscadas en las aguas antárticas, donde pululan por millares los pequeños crustáceos, a los que se llama la *comida de las ballenas* porque forman el único alimento de éstas.

Precisamente, a menos de tres encabladuras de la goleta, flotaba uno de esos *right-whales* de unos 60 pies de largo, o, lo que es lo mismo, capaz para llenar 100 barriles de aceite. Es tal el rendimiento de estos monstruosos animales, que tres de ellos bastan para completar el cargamento de un navío de regular tonelaje.

-¡Sí, es una ballena franca! exclamó Hearne. ¡Se la reconocería nada más que en su chorro corto y grueso!... Calla...;Qué veis allá abajo, por babor? ¡Cómo una columna de humo!... ¡Eso viene de un *right-whale!*... Y todo esto se

pierde ante nuestras narices... ¡Dioses, no llenar las cubas cuando se puede para vaciarlas por sacos de piastras!... ¡Maldito capitán, que deja perder está mercadería causando perjuicios a su tripulación!

-Hearne-dijo una voz imperiosa...-¡Sube a las barras!... Allí estarás a tu gusto para poder contar las ballenas.

Era la voz de Jem West.

-Lugarteniente...

-Nada de replicar, o te tendré allí hasta mañana. Andando.

Y como hubiera hecho mal en resistir, Hearne obedeció sin añadir palabra.

En suma: repito que la *Halbrane* no ha ido a aquellas altas latitudes para dedicarse a la pesca de mamíferos marinos, y que la gente no ha sido reclutada en las Falklands como pescadores. Se conoce el único objeto de nuestra campaña, y nada debía separarnos de él.

La goleta deslizábase entonces por la superficie de un agua rojiza coloreada por los bancos de crustáceos, esas especies de langostinos que pertenecen al género de los tisanópodos. Veíanse ballenas negligentemente acostadas sobre los flancos, recogiéndolos con sus barbas córneas, tendidas como una red entre sus mandíbulas, y trasladarlos por millares a su enorme estómago.

En total, puesto que en el mes de Noviembre, y en aquella parte del Atlántico meridional, había tal número de cetáceos de diversas especies, la estación era de una precocidad verdaderamente anormal.

Sin embargo, ni un solo ballenero aparecía en estos sitios de pesca.

Hagamos de paso la observación de que, desde la primera mitad de siglo, los pescadores de ballenas habían casi abandonado los mares del hemisferio boreal, donde no se encontraban más que raros ballenópteros a consecuencia de una destrucción inmoderada.

En la actualidad los parajes más buscados para esta pesca, que sólo con grandes fatigas puede hacerse por los franceses, los ingleses y los americanos, son los de la parte Sur del Atlántico y del Pacífico y es probable que esta industria, tan próspera otras veces, concluirá pronto.

He aquí lo que se podía deducir de aquel extraordinario conjunto de cetáceos.

Desde que el capitán Len Guy había tenido conmigo la conversación que se sabe con motivo de la novela de Edgard Poe, noté que era menos reservado. A menudo hablábamos de diferentes cosas, y aquel día me dijo:

-La presencia de estas ballenas indica generalmente que la costa se encuentra a poca distancia, por dos razones: la primera, porque los crustáceos que las sirven de alimento no se apartan mucho de tierra. La segunda, porque las hembras necesitan aguas poco profundas para depositar sus crías.

-Siendo así, capitán- respondí,- ¿cómo no encontramos ningún grupo de islas entre las New-South-Orkneys y el círculo polar?

-Justa es la observación- replicó el capitán Len Guy,- y para encontrar alguna costa sería preciso que nos

apartáramos unos 15º al Oeste, donde están las New-South-Shetlands de Bellingshausen, las islas Alejandro y Pedro y, en fin, la Tierra de Graham, que fue descubierta por Biscoe.

-¿De modo- dije- que la presencia de las ballenas no indica necesariamente la proximidad de la tierra?

-No sé qué responderle a usted, señor Jeorling, y es posible que la observación de que lo he hablado a usted no sea fundada. Así es que lo más razonable es atribuir el número de esos animales a las condiciones climatológicas de este año.

-No veo otra explicación- respondí, y concuerda con nuestras observaciones.

-Pues bien; nosotros nos apresuraremos a aprovechar estas circunstancias-respondió el capitán Len Guy.

-Y sin preocuparnos de las reclamaciones de una parte de la tripulación-añadí.

-¿Y de qué se quejarán esas gentes?- exclamó el capitán Len Guy.-No creo que los hayamos reclutado para la pesca. No ignoran el servicio para el que han sido embarcados, y Jem West ha obrado cuerdamente al cortar en corto esas malas disposiciones. ¡No son mis viejos compañeros los que se las habrán permitido! Es de lamentar que yo no haya podido contentarme con mis hombres. ¡Por desgracia, y teniendo en cuenta la población indígena de la isla Tsalal, la cosa no era posible!

Me apresuro a decir que, a excepción de la ballena, ninguna otra pesca estaba prohibida a bordo de la *Halbrane*.

Dada la velocidad de ésta, hubiera sido difícil emplear el buitrón o el trasmallo. Pero el contramaestre había hecho poner sedales a popa, y con ello ganaba la cuotidiana comida, con gran satisfacción de los estómagos, algo fatigados por la carne medio salada. Nuestros sedales traían gobias, salmones, congrios, bacalaos, escombros, mugos, escaros... Los arpones se hundían, ya en los delfines, ya en los marsuinos de negruzca carne, la que no disgustaba a la tripulación, y de la que el filete y el hígado son excelentes manjares.

Respecto a los pájaros, siempre los mismos, que venían de todos los puntos del horizonte, petreles de distintas especies, blancos los unos, azules los otros, de notable elegancia de formas, martines pescadores, bañadores, por millares de millares.

Igualmente un petral gigante, cuyas dimensiones eran para producir algún asombro. Era uno de esos pájaros que los españoles llaman quebrantahuesos. Muy notable por el arqueo y esbeltez de sus anchas alas y sus dimensiones de trece a catorce pies, equivalente a la de los grandes albatros. Tampoco faltaban estos últimos, y entre ellos el albatros de fuliginoso plumaje, huésped de las frías latitudes que regresaba a la zona glacial.

Advirtamos que si Hearne y los compatriotas de éste que teníamos entre los reclutados mostraban tanto interés y disgusto en presencia de aquellos rebaños de cetáceos, débese a que los americanos son los que más campañas hacen en los mares australes. Recuerdo que hacia 1827 una información ordenada por los Estados Unidos demostraba que el número

de los navíos armados para la pesca de la ballena en estos mares se elevaba a 200, de un total de 50.000 toneladas, conduciendo cada uno 1700 barricas de aceite, que provenían del despedazamiento- de 9.000 ballenas, sin contar otras 2.000 perdidas. Hace cuatro años, una segunda información eleva aquel número a 460, y el tonelaje a 72.500, o sea la décima parte de toda la marina mercante de la Unión, valiendo cerca de 1.800.000 dollars, siendo 40.000.000 lo invertido en este negocio.

Se comprenderá que Hearne y algunos otros se mostrasen apasionados por tan rudo y fructífero oficio... ¡Pero guárdense los americanos de entregarse a una destrucción exagerada! Poco a poco las ballenas se harán raras en estos mares del Sur... y será preciso perseguirlas más allá del banco de hielo.

A esta observación que hice al capitán Len Guy, respondióme éste que los ingleses se han mostrado siempre más parcos. Lo que merecería confirmación.

El 30 de Noviembre, al mediodía, se obtuvo la altura, según un ángulo horario tomado a las diez. Resultó que estábamos en los 66º 23'3" de latitud.

La *Halbrane* acababa, pues, de franquear el círculo polar que circunscribe la zona antártica.

FIN DEL CUADERNO PRIMERO.

CUADERNO SEGUNDO

XII

ENTRE EL CÍRCULO POLAR Y EL BANCO DE HIELO

Desde que la Halbrane pasó la imaginaria curva trazada a 23 grados y medio del polo, pareció que entraba en una región nueva: "la región de la Desolación y del Silencio, como dice Edgard Poe; aquella mágica prisión de esplendor y de gloria en la que el cantor de *Eleonora* buscaba estar encerrado como en la eternidad, aquel inmenso Océano de luz inefable"

En mi opinión, y dejando fantásticas hipótesis, la región de la Antártida, de una extensión superficial que pasa de cinco millones de millas cuadradas, ha permanecido como era nuestro esferoide durante el período glacial.

En el verano, la Antártida goza, como es sabido, de un día perpetuo, debido a los rayos que el astro radiante, en su espiral ascendente, proyecta sobre su horizonte. Después,

cuando desaparece, comienza larga noche, a menudo iluminada por las irradiaciones de las auroras polares.

Nuestra goleta iba a reconocer aquellas temibles regiones en la época de la luz.

La claridad permanente no la faltaría hasta el yacimiento de la isla Tsalal, donde no dudábamos que encontraríamos a los tripulantes de la Jane.

Una imaginación más ardiente que la mía hubiera, sin duda, experimentado singulares sobrexcitaciones en las primeras horas pasadas en aquella zona nueva. Visiones, pesadillas, alucinaciones de somnámbulo.

Se hubiera sentido transpodado a las regiones de lo sobrenatural.



Al acercarse a las comarcas antárticas, se hubiera preguntado lo que ocultaba el nebuloso velo que las envolvía. Descubriría allí elementos nuevos en el campo de los tres reinos, mineral, vegetal y animal; seres de una humanidad especial, tales como Arthur Pym afirma haberlos visto. ¿Qué le ofrecería este teatro de los meteoros, sobre el que se

extiende aun el telón de brumas? Bajo la opresión de sus sueños, cuando pensara en el regreso, ¿no perdería toda esperanza? ¿No vería, al través de las estancias del más extraño de los poemas, al cuervo del poeta gritarle con su aguda voz:

-*Never more!*... ¡Jamás!... ¡Jamás!

Verdad que este estado mental no era el mío; y aunque yo estuviera bastante excitado desde hacía algún tiempo, conseguía mantenerme dentro de los límites de la realidad. Sólo una cosa deseaba: que la mar y el viento permaneciesen tan propicios más allá del círculo antártico como hasta él se habían mostrado.

En lo que concierne al capitán Len Guy, al lugarteniente y a los antiguos marineros de la *Halbrane*, evidente satisfacción se retrató en sus rudos y curtidos rostros cuando vieron que la goleta acababa de pasar el paralelo 66.

Al siguiente día, Hurliguerly se me acercó con el semblante alegre.

-¡Eh, señor Jeorling!- exclamó.- ¡Ya dejamos atrás el famoso círculo!

-¡No bastante atrás, contramaestre, no bastante atrás!

-Todo llegará... Pero una cosa hay que me disgusta...

-¿Cuál?

-Que no hacemos lo que se hace a bordo de los navíos al pasar la línea.

-¿Eso lo disgusta a usted?

-Sin duda; y se hubiera debido efectuar la ceremonia de un bautizo austral.

-¿De un bautizo? Y ¿a quién hubiera usted bautizado, contramaestre, puesto que todos nuestros hombres han navegado más allá de este paralelo?

-¡Todos nosotros sí... pero usted no, señor Jeorling!... Y esta ceremonia ha podido efectuarse en honor de usted...

-Es verdad, contramaestre. En el curso de mis viajes, esta es la primera vez que he llegado a latitud tan alta.

-¡Lo qua merecía un bautismo, señor Jeorling! ¡Oh! Sin gran estrépito, sin tambores ni trompetas, y sin hacer intervenir al padre Antártico con su habitual mascarada... Si usted me permite que le bendiga...

-Sea..., Hurliguerly- respondí, llevándome la mano al bolsillo...- Bendígame usted y bautíceme a su gusto... Ahí va una piastra para beber a mi salud en la próxima taberna.

-Entonces no será hasta que lleguemos al islote Bennet o a la isla Tsalal, si allí hay posadas, y si se han encontrado Atkins para establecerse en estas islas salvajes.

-Dígame usted, contramaestre... Volviendo a Hunt. ¿Parece tan satisfecho como los antiguos marineros de la Halbrane de haber pasado el círculo polar?

-¡Quién lo sabe!- respondió Hurliguerly- Nada se puede sacar de él... Pero le repito a usted que creo que ya ha tocado los hielos y el banco.

-¿Qué se lo hace a usted pensar?

-Todo y nada, señor Jeorling. Estas cosas se comprenden por instinto. ¡Hunt es un viejo lobo del mar que ha arrastrado su saco por todos los rincones del mundo!

La opinión del contramaestre era la mía, y por no sé qué presentimiento, yo no dejaba de observar a Hunt, que ocupaba muy particularmente mi atención.

Durante los primeros días de Diciembre, del 1º al 4 después de alguna calma, el viento mostró tendencia a soplar al Noroeste. Nada bueno hay que esperar del Norte de estas altas regiones, como del Sur del hemisferio boreal. Lo más frecuente son tempestades y rafales.

No había, sin embargo, motivo para quejarse si el viento no caía hasta el Suroeste, caso en el que la goleta hubiese sido arrojada fuera de su camino, o por lo menos veríase precisada a gran lucha para mantenerse en él, y más valía no separarse del meridiano seguido desde nuestra partida de las New-South-Orkneys.

Esta modificación presumible del estado atmosférico no dejaba de producir inquietud al capitán Len Guy. Además, la velocidad de la *Halbrane* sufrió sensible disminución, pues la brisa comenzó a debilitarse durante el día 4, y en la noche del 4 al 5 se hizo nula.

Por la mañana las velas caían inermes y deshinchadas a lo largo de los mástiles, donde se movían de un bordo a otro.

Aunque no soplaba el viento y la superficie del Océano estuviese sin oleaje, las oscilaciones que venían del Oeste imprimían balanceo rudo a la goleta.

-La mar siente algo- me dijo el capitán Len Guy;- debe haber mal tiempo por allí- y extendió la mano al Poniente.

-En efecto: el horizonte está brumoso- respondí-Tal vez con el sol al mediodía...

-En esta latitud ni aun en el verano tiene gran fuerza, señor Jeorling.

-¡Jem! El lugarteniente se acercó.

-¿Qué piensas del aspecto del cielo?

-No me inspira gran confianza. Así es que es preciso estar dispuesto a todo, capitán. Voy a arriar las velas altas, a recoger el gran foque y a aparejar el contrafoque. Es posible que el horizonte se despeje por la tarde. Si el rabotazo cae a bordo, estaremos en disposición de recibirle.

-Lo esencial, Jem, es conservar nuestra dirección en longitud.

-Tanto como sea posible, capitán, pues vamos por buen camino.

-¿No ha señalado el vigía los primeros hielos en derivación?- preguntó.

-Sí- respondió el capitán Len Guy, en caso de un abordaje, ellos sólo lo sentirían. Si la prudencia exige que nos separemos al Este o al Oeste, nos resignaremos; pero solamente en caso de fuerza mayor.

El vigía no se había engañado. Por la tarde vimos grandes masas moviéndose lentamente al Sur. ¡Eran islas de hielo aun no considerables, ni por su extensión, ni por su altura! Sobrenadaban los restos de *ice-fields*. Eran éstos lo que los ingleses llaman *packs*, anchas piezas de 300 o 400 pies, cuyos bordes se tocan; *palchs,* cuando tienen forma circular; *streams*, cuando son alargados. Estos restos, fáciles de ser evitados, no podían significar obstáculo para la navegación de la *Halbrane*. Verdad que si el viento la había permitido conservar su

dirección hasta entonces, no iba avante ya y, falta de velocidad, no gobernaba sin trabajo. Y lo más desagradable era que una mar dura nos mortificaba con contragolpes insoportables.

Hacia las dos grandes corrientes atmosféricas se precipitaron en torbellinos, tanto de un lado como de otro. La goleta fue horriblemente sacudida, y el contramaestre hizo sujetar al punto los objetos susceptibles de desligarse por efecto del balanceo.

A las tres, huracanes de fuerza extraordinaria se desencadenaron decididamente al Oestenoroeste. El lugarteniente puso a rizos bajos la cangreja, la mesana-goleta y el trinquete, esperando así mantenerse contra la borrasca y no ser arrojado al Este fuera del itinerario de Weddell, verdad que los témpanos flotantes se amontonaban a esta parte, y nada más peligroso para un navío que aventurarse en ese laberíntico moviente.

Bajo los golpes del huracán y la mar la goleta escoraba a veces de un modo excesivo. Por fortuna su cargamento no podía cambiar de sitio, pues el arrumaje había efectuado con perfecta prevención de las eventualidades náuticas.

No teníamos por qué temer la suerte del *Grampus*, aquel naufragio debido a la negligencia. No se habrá olvidado que el brick había zozobrado, y que Arthur Pym y Peters fueron los únicos sobrevivientes.

Por lo demás, las bombas no daban una gota de agua, pues gracias a las reparaciones cuidadosamente hechas

durante nuestra escala en las Falklands, ninguna de las junturas de a bordo ni del puente se había abierto.

El mejor *weather-wise*, el más hábil pronosticador, no hubiera podido decir lo que la tormenta duraría. Veinticuatro horas, dos días, tres días de mal tiempo... nunca se sabe lo que os reservan estos mares australes.

Una hora después que la tempestad cayó a bordo, los huracanes se sucedieron casi sin interrupción con lluvia de nieve, o más bien avalancha nevosa. La temperatura descendió notablemente. El termómetro no marcaba más que 36º Fahrenheit (2º 32 c. sobre cero), y la columna barométrica 26 pulgadas, ocho líneas (721 milímetros).

Eran las diez de la noche-forzoso me es emplear esta palabra aunque el sol se mantenía siempre sobre el horizonte. Faltaba una quincena de días para que tocase el punto culminante de su órbita, y a 23º del polo, no cesaba de lanzar a la superficie antártica sus pálidos y oblicuos rayos.

A las seis y treinta y cinco arreció la tormenta.

No me decidí a encerrarme en mi camarote y permanecí sobre el puente, resguardándome de la mejor manera posible.

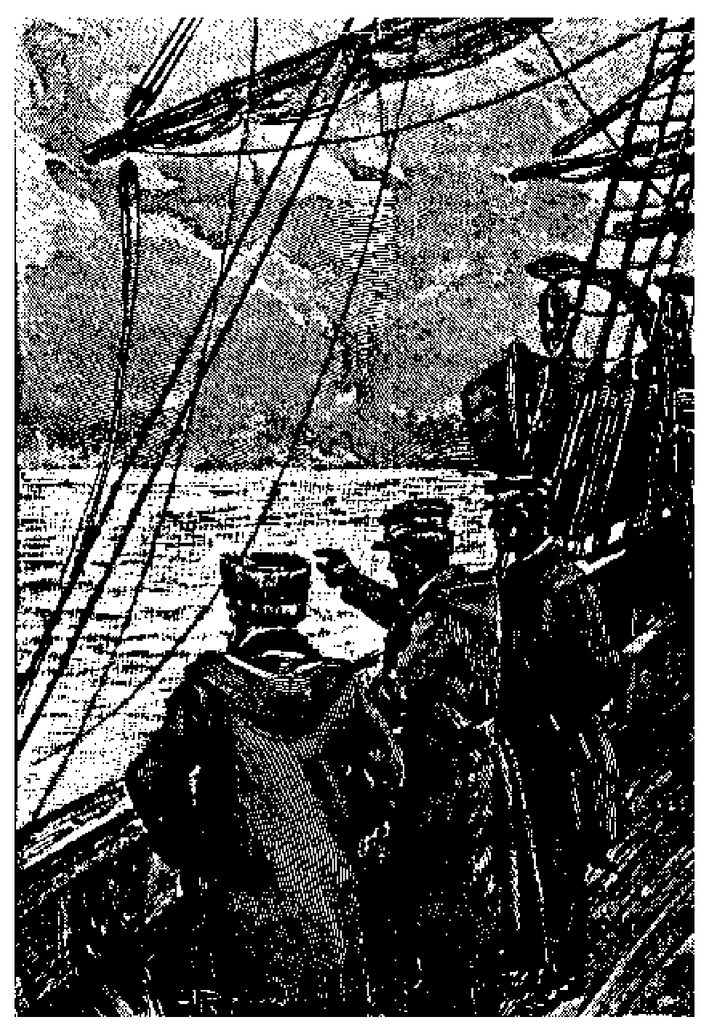
El capitán Len Guy y el lugarteniente discutían a algunos pasos de mí En medio del estrépito de la borrasca apenas si debían entenderse; pero los marinos se entienden con sólo el gesto. Era entonces visible que la goleta derivaba del lado de los hielos, hacia el Sudeste, y que no tardaría en encontrarlos, puesto que marchaban a menos velocidad que ella. Doble desgracia que nos arrojaría fuera de nuestro camino y nos amenazaba con algún terrible choque. El balanceo era ahora

tan rudo, que había motivo para temer por los mástiles, cuyas puntas describían arcos de espantosa amplitud. A veces parecía que la *Halbrane* estaba dividida en dos partes. De la proa a la popa era imposible verse.

En el largo, algunas vagas claridades dejaban aparecer una mar agitada que se estrellaba furiosamente contra los témpanos, como sobre las rocas de un litoral, y los cubría de espumas pulverizadas por el viento.

El número de bloques errantes había aumentado, lo que hacía esperar que la tempestad apresurase el deshielo y haría, más accesible el banco.

Lo importante era hacer frente al viento; de aquí la necesidad de ponerse a la capa. La goleta trabajaba horriblemente, cogida al través por las olas, hundiéndose, y no levantándose sin experimentar violentas sacudidas. En huir no había que pensar, pues en tales circunstancias un barco se expone al gravísimo peligro de embarcar las olas del mar por su coronamiento.



Lo principal era aproximarse lo más cerca posible. Después, tomada la capa bajo la gavia, con rizos bajos, el pequeño foque a proa, el contrafoque apopa, la *Halbrane* se encontraría en condiciones favorables para resistir a la borrasca y a la derivación, dispuesta a disminuir aun en velamen si el mal tiempo empeoraba.

El marinero Drap fue al timón. El capitán, cerca de él, vigilaba la maniobra.

En la proa, la tripulación se dispuso a ejecutar las órdenes de Jem West, mientras que seis hombres dirigidos por el contramaestre se ocupaban en instalar un contrafoque en el lugar de la cangreja.

Este contrafoque consiste en un pedazo triangular de fuerte tela, cortado como un foque.

Para coger los rizos de la gavia es preciso subir a las barras del palo de mesana, y con cuatro hombres bastaría para la maniobra.

El primero que se lanzó a los flechastes fue Hunt. El segundo Martín Holt, nuestro maestro velero. Siguiéronles el marinero Burry y uno de los reclutados últimamente.

Jamás hubiera yo creído que un hombre pudiese desplegar tanta agilidad y destreza como Hunt demostró. Apenas si sus manos y pies se apoyaban en los flechastes. Llegado a la altura de las barras se extendió sobre los escalones hasta uno de los cabos de la verga, a fin de arriar los envergues de la gavia.

Martín Holt se dirigió al otro cabo, mientras los otros dos hombres permanecían en medio.

Arriada la vela, no habría más que reducirla a bajos rizos. Después que Hunt, Martín Holt y los marineros hubieran descendido se la izaría desde abajo.

El capitán Len Guy y el lugarteniente sabían que bajo este velamen la *Halbrane* se mantendría convenientemente a la capa.

Mientras que Hunt y los otros trabajaban, el lugarteniente había aparejado el contrafoque y esperaba que el capitán le diera la orden de izarle.

La borrasca se desencadenaba entonces con incomparable furia. Obenques y brandales, fuertemente extendidos, vibraban como cuerdas metálicas... Podía dudarse que las velas, aun disminuidas, fueran desgarradas en mil pedazos.

De repente, un espantoso golpe hizo caer todo sobre el puente.

Algunos barriles rodaron. La goleta se inclinó tan bruscamente sobre babor que el agua entró por los imbornales.

Arrojado contra el *rouf*, permanecí algunos momentos sin poder levantarme.

La inclinación de la goleta había sido tal, que la punta de la verga de la gavia se sumergió de tres a cuatro pies en la cresta de una ola.

Cuando la verga salió del agua, Martín Holt, que se había montado en el extremo de ella para terminar su trabajo, había desaparecido. Se oyó un grito. El grito del maestro velero, arrastrado por las olas. Los brazos del infeliz se agitaban desesperadamente entre la blanca espuma.

Los marineros se precipitaron a estribor y lanzaron, quien una cuerda, quién un barril..., cualquier objeto susceptible de flotar y al que Martín Holt pudiera agarrarse.

En el momento en que yo me agarraba a un palo con el objeto de sostenerme, vi que una, masa hendía el aire y desaparecía entre las olas.

¿Era un segundo accidente? No; era un acto voluntario... de abnegación sublime.

Habiendo terminado de amarrar el último rizo, Hunt acababa de arrojarse al mar para socorrer al maestro velero.

-¡Dos hombres al mar!- gritaron a bordo.

Sí, dos... El uno para salvar al otro.... ¿No iban a perecer juntos?

Jem West corrió al timón, y dando una vuelta hizo virar un cuarto a la goleta, todo cuanto ella podía sin pasar la dirección del viento.

Después, con el foque atravesado y el contrafoque entablado, quedó casi inmóvil.

En seguida, en la espumosa superficie de las aguas, vióse a Martín Holt y a Hunt, cuyas cabezas sobrenadaban.

Hunt nadaba rápidamente y se acercaba al maestro velero. Éste, separado ya una encabladura, aparecía y desaparecía. Un punto negro, difícil de distinguir entre los remolinos de la borrasca.

Después de haber arrojado cuerdas y barriles, la tripulación esperaba.

Había hecho cuanto estaba de su parte. ¿Quién podía pensar en echar al agua un bote con aquella tempestad? O se hubiera ido a pique, o se hubiera estrellado contra los flancos de la goleta..

-¡Están perdidos! ¡Los dos están perdidos!-murmuró el capitán Len Guy. Y añadió, dirigiéndose al lugarteniente:

-Jem..., la canoa..., la canoa.

-Si usted me da la orden de echarla al mar- respondió el lugarteniente,- yo seré el primero que embarque en ella... aunque sea arriesgar la vida. ¡Pero me es preciso la orden!

Hubo algunos momentos de inexplicable angustia para los testigos de aquella escena... No se pensaba ya en la situación de la *Halbrane*, por comprometida que fuera.

Bien pronto estalló inmenso clamoreo al ver a Hunt por última vez entre dos olas. Hundióse de nuevo, y después, como, si su pie hubiera encontrado un punto de sólido apoyo, se le vio lanzarse con sobrehumano vigor hacia Martín Holt, o más bien hacia el sitio en que el desdichado acababa de desaparecer.

Entretanto, ganando terreno, desde que Jem West hubo hecho suavizar las escotas del pequeño foque y del contrafoque, la goleta se había acercado una media encabladura.

Entonces nuevos gritos dominaron el ruido de los elementos desencadenados.

-¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! gritó toda la tripulación.

Con su brazo izquierdo Hunt sostenía a Martín Holt, imposibilitado de hacer movimiento alguno, sacudido como un náufrago...; con el otro nadaba vigorosamente en dirección a la goleta.

- ¡Orza!- ¡Orza!- ordenó Jem West al timonel.

Pronto bajo el timón las velas relingaron con detonaciones de armas de fuego...

La *Halbrane* botó sobre las olas, semejante a un caballo que se encabrita cuando el freno le contiene hasta desgarrarle

la boca. Entregada a las terribles sacudidas del oleaje, parecía, siguiendo la comparación, que piafaba.

Transcurrió un momento... Apenas si en medio del torbellino de las furiosas olas podía distinguirse a aquellos dos hombres, uno de los cuales arrastraba al otro.

Al fin Hunt se reunió a la goleta y cogió una de las amarras que pendían de a bordo...

-¡Arriba!¡Arriba!-gritó el lugarteniente, dirigiendo un gesto al timonel.

La goleta evolucionó lo preciso para que la gavia, el pequeño foque y el contrafoque pudiesen ayudar, y tomó la marcha de la capa corriente.

En un momento Hunt y Martín Holt habían sido izados sobre el puente, y depositado el uno al pie del palo de mesana, mientras el otro se mostraba dispuesto a seguir en la maniobra.

El maestro velero recibió los cuidados que su estado requería. Tras un principio de asfixia volvióle el respiro. Algunas frotaciones enérgicas acabaron de lograr que se recobrara del síncope, y, sus ojos se abrieron.

-Martín Holt-le dijo el capitán Len Guy, inclinándose sobre él-Hete aquí... que has venido de muy lejos...

-Sí... Sí...capitán- respondió Martín Holt, buscando algo con los ojos...

-Pero, ¿quién fue a mi socorro?

-¡Hunt!- exclamó el contramaestre.- Hunt, que ha arriesgado su vida por ti...

Martín Holt se levantó a medias, y apoyándose en el codo volvióse al sitio donde estaba Hunt. Como éste se encontrara atrás, Hurliguerly le llevó hacia Martín Holt, cuyos ojos expresaban el más vivo reconocimiento.

-¡Hunt!- le dijo- Me has salvado... Sin ti estaba perdido... Te lo agradezco...

Hunt no respondió.

-Y bien, Hunt,- dijo el capitán Len Guy...- ¿no le oyes?

Hunt no parecía entender...

-Hunt- añadió Martín Holt- acércate... Te estoy muy agradecido... Desearía estrechar tu mano.

Y le tendió la suya.

Hunt retrocedió algunos pasos, moviendo la cabeza, y con la actitud de un hombre que no necesita tantos cumplimientos por cosa tan sencilla. Después, dirigiéndose a proa, ocupóse en reemplazar una de las escotas del pequeño foque, que acababa de romperse por efecto de tan terrible golpe del mar, que la goleta había sido sacudida desde la quilla a la punta de los mástiles.

Decididamente: ¡Hunt es un héroe de abnegación y valor! Y decididamente también es un ser cerrado a todas las impresiones, y ni aun aquel día conoció el contramaestre «el color de sus palabras».

No hubo ninguna pausa en la violencia de aquella tempestad, y con frecuencia nos proporcionó serias inquietudes. Entregada a los furores de la borrasca, se pudo cien veces temer que, a pesar de su reducido velamen, la arboladura de la goleta se viniera abajo. ¡Sí! Cien veces,

aunque Hunt gobernó el timón con mano hábil y vigorosa, la goleta, combatida por inevitables golpes, estuvo a punto de zozobrar. Precisó, pues, quitar la cangreja y contentarse con el foque y pequeño foque para mantenerse a la capa.

-Jem- dijo el capitán Len Guy a las cinco de la mañana.- Es preciso huir...

-Huiremos, capitán... pero corriendo el riesgo de ser tragados por el mar.

En efecto: nada más peligroso que aquella marcha cuando no puede adelantarse a las olas, y únicamente se apela a ella cuando es imposible guardar la capa. Además, corriendo al Este la Halbrane, se alejaría de su camino, en medio del laberinto de témpanos acumulados en esta dirección.

Durante tres días, 6, 7 y 8 de Diciembre, la tempestad se desencadenó sobre aquellos parajes, con acompañamiento de remolinos de nieve, que provocaron sensible baja en la temperatura. Sin embargo, la capa pudo ser mantenida después que el pequeño foque, desgarrado por el viento, fue reemplazado con otra tela más resistente.

Inútil es decir que el capitán Len Guy se mostró verdadero marino, que Jem West estuvo en todo, que la tripulación les secundó resueltamente, y que Hunt fue siempre el primero en la faena cuando hubo maniobra que efectuar o peligro que correr.

¡En verdad que era un hombre del que no se puede dar idea! ¡Qué diferencia entre él y la mayor parte de los marineros reclutados en las Falklands, y sobre todo Hearne! De éstos era difícil obtener lo que se tenía el derecho de

esperar y exigir. Sin duda obedecían, porque de bueno o mal grado era preciso obedecer a un oficial como Jem West... Pero, cuando este no les oía, ¡qué de quejas y recriminaciones!

Cosa que, yo lo temía, nada bueno presagiaba para el porvenir.

Hay que advertir que Martín Holt había vuelto a sus ocupaciones. Muy entendido en su oficio, era el único que, por su habilidad y celo, podía rivalizar con Hunt.

-Y bien, Holt- le preguntó un día en que se encontraba en conversación con el contramaestre,- ¿en qué relaciones está usted ahora con ese diablo de Hunt? Después del salvamento, ¿se ha mostrado algo más comunicativo?...

-No, señor Jeorling- respondió el maestro velero...- Al contrario... Parece evitar mi presencia.

-¿Evitarla?... - dije yo.

-Como lo hacía antes... Ni más ni menos.

-¡Es singular!

-Y que es una verdad...- añadió Hurliguerly- En más de una ocasión lo he notado.

-Entonces... ¿le huye a usted como a los demás?...

-No... Más que a los otros...

-Más... ¿por qué?

-Lo ignoro, señor Jeorling.

-¡Lo que no impide que le debas una buena candela!- declaró el contramaestre...- Pero no intentes encenderla en honor suyo... Le conozco..., y soplaría.

Gran sorpresa me produjo lo que acababa de oír. Sin embargo, observando con atención, pude asegurarme de que, en efecto, Hunt evitaba toda ocasión de estar en contacto con nuestro maestro velero. ¿No creía tener derecho a la gratitud de Martín Holt, aunque éste le debiese la vida? Seguramente, tal conducta era bien extraña.

En la tarde del 8, el viento indicó tendencia a remontar hacia el Este, lo que, debía traer un favorable cambio de tiempo. De ser así, la *Halbrane* podía ganar lo perdido y volver a tomar su itinerario sobre el meridiano 43.

Entretanto, aunque la mar continuó dura, el velamen pudo ser aumentado sin riesgo a las dos de la mañana. De este modo, bajo la mesana-goleta, y la cangreja a dos rizos, la trinqueta y el pequeño foque, la *Halbrane*, amuras a babor, se aproximó al camino, del que la tormenta la había alejado.

En esta parte de la mar antártica, los témpanos derivan en mayor número, y había motivo para pensar que la tempestad, apresurando el deshielo, había tal vez roto hacia el Este las barreras del banco de hielo.

XIII

A LO LARGO DEL BANCO DE HIELO.

Aunque aquellos parajes, situados mas allá del círculo polar, hubieran sido profundamente conmovidos por la borrasca, justo era reconocer que hasta entonces nuestra navegación se había efectuado en condiciones excepcionales. ¡Y feliz circunstancia si la *Halbrane*, en aquella primera quincena de Diciembre, iba a encontrar abierto el camino de Weddell!

Y, en verdad, que digo el camino de Weddell como si se tratase de un camino terrestre, bien conservado, con sus piedras milliarias y con está inscripción sobra un poste indicador: «Camino del polo Sur.»

Durante el día 10, la goleta pudo sin dificultad maniobrar entre los témpanos abandonados, llamados *floes* y *brashs*. La dirección del viento la permitió seguir la línea recta entre los pasos. Aunque faltaba todavía un mes para la época de la disgregación total, el capitán Len Guy, habituado a estos

fenómenos, afirmaba que lo que de ordinario se produce en Enero se iba a producir esta vez en Diciembre.

Evitar las numerosas masas errantes no dio gran trabajo a la tripulación. Las verdaderas dificultades no aparecerían hasta el día, ya próximo, en que la goleta procurase abrirse paso al través del banco.

Por lo demás, no había que temer sorpresa alguna. La presencia de los témpanos era señalada por un tinte amarillento de la atmósfera, al que los balleneros designaban con el nombre de *blink*. Es un fenómeno de reverberación propio de las zonas glaciales que jamás engaña al observador.

Cinco días más la *Halbrane* navegó sin avería alguna, sin haber temido ni por un instante que se efectuara un choque. Verdad que, a medida que descendía hacia el Sur, el número de témpanos crecía y los pasos se hacían más estrechos. Una observación practicada el día 14 dio por resultado 72º 37' de latitud, siendo la longitud la misma de antes, entre el 42 y 43 meridiano. Era éste ya un punto que pocos navegantes habían podido tocar más allá del círculo antártico, ni los Balleny, ni los Bellingshausen. Sólo dos grados nos faltaban para tocar la altura a que llegó James Weddell.

La navegación se hizo, pues, más delicada en medio de aquellos témpanos fríos y pálidos llenos de excrementos de pájaros. Algunos tenían apariencia leprosa. Su volumen era ya tan considerable que nuestro navío parecía muy pequeño, pues algunos de estos *ice-bergs* dominaban su arboladura.

Las formas que afectaban estos témpanos variaban hasta lo infinito. El efecto era maravilloso cuando, disipadas las

brumas, reverberaban como enormes diamantes a los rayos solares. Algunas veces se dibujaban en colores rojizos, cuyo origen no está exactamente fijado, coloreándose luego con matices violeta y azul probablemente debidos a los efectos de la refracción.

No dejaba yo de admirar aquel espectáculo tan notablemente descrito en la relación de Arthur Pym: aquí pirámides de agudas puntas; allí moles redondeadas como las torres de una iglesia bizantina, o abultadas como las de una iglesia rusa; mamelas que se erguían; dólmenes en tablas horizontales; kromlechs, menhirs, en pie como en el campo de Karnac; vasos rotos, copas boca abajo; en fin, cuanto la imaginación ve algunas veces en la caprichosa disposición de las nubes... ¿Acaso las nubes no son los témpanos errantes del mar celeste?

Debo reconocer que el capitán Len Guy unía, a mucho atrevimiento, mucha prudencia. Jamás pasaba junto a un témpano si la distancia no le aseguraba el buen resultado de la maniobra. Familiarizado con la navegación, no temía aventurarse por entre aquellas flotillas de *drifts* y de *packs*.

Un día me dijo:

-Señor Jeorling. No es ésta la primera vez que he intentado penetrar en la mar polar sin conseguirlo. Y si yo lo intentaba cuando no tenía más que simples presunciones sobre la suerte de la *Jane*, ¿qué no haré hoy que esas presunciones se han convertido en certeza?

-Lo comprendo, capitán, y en mi opinión la experiencia que tiene usted de la navegación por estos parajes debe aumentar las probabilidades del buen éxito.

-¡Sin duda, señor Jeorling! No obstante... lo que hay más allá del banco aun es desconocido para mí, como para tantos otros navegantes.

-¿Desconocido? No en absoluto, capitán, puesto que poseemos los informes muy serios de Weddell..., y los de Arthur Pym.

-Sí... Lo sé... Hablan de la mar libre...

-¿Es que no cree usted en ella?

-¡Sí! ¡Creo! ¡Sí! Existe por razones que tienen su valor. Es evidente que esas masas designadas con los nombres de *ice-fields* o *ice-bergs* no podrían formarse en plena mar. Un violento o irresistible esfuerzo provocado por las olas las separa de los continentes o de las islas de las altas latitudes. Después, las corrientes las arrastran hacia las aguas más templadas, donde los choques desgastan sus aristas, mientras la temperatura disgrega sus bases y sus flancos sometidos a las influencias termométricas.

-Eso es evidente- respondí.

-Así, pues- añadió el capitán,- esas masas no vienen del banco. Lo tocan derivando, le rompen a veces y franquean sus pasos. Por lo demás, no es preciso juzgar zona austral según la boreal. Las condiciones de una y otra no son idénticas. Así, Cook, ha podido afirmar que jamás había encontrado en los mares de Groenlandia el equivalente de las

montañas de hielo de la mar antártica, ni a latitud más elevada.

-Y ¿á qué se debe eso?

-Indudablemente a que en las comarcas boreales predomina la influencia de los vientos del Sur. No llegan allí sino cargados de los abrasadores calores de América, Asia y Europa, y contribuyen a elevar la temperatura de la atmósfera. Aquí las tierras más próximas, terminadas por las puntas del cabo de Buena Esperanza, de la Patagonia, de la Tasmania, no modifican las corrientes atmosféricas, y por esto la temperatura permanece más uniforme en el dominio antártico.

-He ahí una observación importante, capitán, y que justifica la opinión de usted respecto a una mar libre.

-Sí... Libre al menos en diez grados tras el banco. Así, pues, comencemos por franquear éste, y la mayor dificultad estará vencida. Ha tenido usted razón al decir que la existencia de esta mar libre ha sido formalmente reconocida por Weddell.

-Y por Arthur Pym, capitán. Y por Arthur Pym.

A partir del 15 de Diciembre las dificultades de la navegación aumentaron con el número de los témpanos. No obstante, el viento continuó siendo favorable, variando del Nordeste al Noroeste, sin acusar nunca tendencia a caer al Sur. Ni una vez hubo necesidad de bordear entre los *ice-bergs* y los *ice-fields*, operación siempre difícil y peligrosa. La brisa refrescaba a veces, y era preciso disminuir el velamen... Veíase entonces la mar lanzando espuma a lo largo de los bloques y

cubriéndolos de rocío, como a las rocas de una isla flotante, sin llegar a suspender su marcha. Varias veces los ángulos fueron medidos por Jem West, resultando de tales cálculos que la altura de estos bloques estaba comprendida, generalmente, entre 10 y 100 toesas.

En lo que a mí se refiere, participaba de la opinión del capitán Len Guy, y, creía que tales masas sólo a lo largo de un litoral, tal vez de un continente polar, habían podido formarse. Pero con toda evidencia este continente debía estar escotado por bahías, dividido por brazos de mar, cortado por estrechos que habían permitido a la *Jane* llegar al yacimiento de la isla Tsalal.

Y la existencia de estas tierras polares, ¿no es, en suma, lo que impide las tentativas de los descubridores para elevarse a los polos ártico o antártico? ¿No dan a las montañas de hielo sólido punto de apoyo, del que aquellas se separan en la época del deshielo? Si los parajes boreales y australes sólo por las aguas estuvieran cubiertos, ¿hubieran tal vez sabido encontrar paso los navíos?

Puédese, pues, afirmar que cuando penetró hasta el paralelo 83 el capitán William Guy de la *Jane*, guiárale su instinto de navegante o la casualidad, había debido remontar al través de algún ancho brazo de mar.

No dejó nuestra tripulación de impresionarse al ver que la goleta se aventuraba por entre aquellas movibles masas, los tripulantes nuevos sobre todo. Verdad que la costumbre no tardó en acabar con la sorpresa.

Lo que convenía organizar con el mayor cuidado era una incesante vigilancia, para lo cual Jem West hizo izar un tonel- lo que se llama un *nido de pie*- a la punta del palo de mesana, y allí hubo un vigía en constante guardia.

Empujada por la brisa la *Halbrane*, caminaba rápidamente. La temperatura era soportable, unos 42º (de 4º a 5º centígrados sobre cero). El peligro venía de las brumas que flotaban sobre estos mares, y hacían difícil evitar los choques.

Durante el día 16, los hombres experimentaron grandes fatigas. Los témpanos no ofrecían más que estrechos pasos, con ángulos bruscos que obligaban a cambiar frecuentemente las amuras.

Cuatro o cinco veces por hora se oían estas órdenes.

-¡Orza!

-¡Arriba!

El timonel no holgaba en el timón, y los marineros no cesaban de tomar por avante la gavia, los juanetes, o de izar las velas bajas.

En estas circunstancias, y aunque nadie dejaba la tarea, Hunt se distinguía entre todos.

En lo que este hombre- de alma de marino- se mostraba más útil, era cuando se trataba de llevar un calabrote a algún témpano y fijarlo allí, por medio de un ancla, para unirle al cabestrante, a fin de que la goleta, empujada lentamente, consiguiese doblar el obstáculo.

Hunt se arrojaba en la canoa, la dirigía al través de los témpanos y desembarcaba en la superficie resbaladiza. Así es que el capitán Len Guy y su tripulación consideraban a Hunt

como a un marinero excepcional. Pero lo que había de misterioso en su persona no dejaba de excitar en alto grado la curiosidad.

Más de una vez sucedió que Hunt y Martín Holt embarcaron en el mismo bote para efectuar alguna peligrosa maniobra que desempeñaban juntos. Si el maestro velero le daba una orden, Hunt la ejecutaba con tanto celo como pericia. Solamente que jamás le respondía.

En aquella época la *Halbrane* no podía estar muy lejos del banco. Si continuaba su camino en tal dirección no tardaría en llegar a aquel, y no tendría más que buscar paso. Sin embargo, hasta entonces, por cima de los témpanos el vigía no había podido aun notar una cresta ininterrumpida de hielo.

La jornada del 16 exigió minuciosas e indispensables precauciones, pues el timón, quebrantado por incontables choques, corría el riesgo de ser desmontado.

Al mismo tiempo habíanse producido varios choques por los restos pequeños, más peligrosos que los grandes bloques. No obstante, la solidez de la *Halbrane* alejaba el peligro de que fuera desfondada.

Respecto al safre del timón, Jem West le hizo meter entre dos gimelgas, consolidándole con berlingas aplicadas a la espiga, lo que debía preservarle.

Los mamíferos marinos no habían abandonado aquellos parajes, cubiertos de masas flotantes de todas formas y dimensiones. Las ballenas mostrábanse en gran número: y

¡qué mágico espectáculo cuando las columnas de agua se escapaban por los agujeros de sus fauces!

Con los *fin-backs* y los *hum-backs* aparecían marsuinos de talla colosal, de varios centenares de libras de peso, a los que Hearne hería diestramente con su arpón cuando se ponían a tiro. Estos marsuinos eran siempre bien recibidos y apreciados después de haber pasado por las manos de Endicott, hábil confeccionador de salsas.

Los habituales pájaros de los parajes antárticos pasaban en bandadas, y legiones de pengüinos, colocados en hilera sobre los témpanos, miraban evolucionar la goleta. Tales pájaros son los verdaderos habitantes de estas tristes soledades, y la Naturaleza no hubiera podido criar un tipo más en relación con el desolador aspecto de la zona glacial.

En la mañana del 17 el vigía señaló, al fin, el banco polar.

-¡Por estribor delante!- gritó.

A cinco o seis millas al Sur se alzaba una interminable cresta cortada en dientes de sierra, dibujándose sobre el fondo bastante claro del cielo, y a lo largo de la cual derivaban millares de témpanos. Aquella inmóvil barrera se orientaba del Noroeste al Sudeste; sólo prolongándola, la goleta ganaría aun algunos grados hacia el Sur.

He aquí lo que conviene saber si se quiere tener idea exacta de las diferencias que existen entre el banco y la muralla, de hielo.

Está última, como he advertido, no se forma en plena mar. Es indudable que descansa sobre base sólida, ya por alzar sus planos verticales a lo largo de un litoral, ya por

desarrollar sus montañosas cimas en plano posterior. Pero si dicha barrera no puede abandonar el punto céntrico que la soporta, es, en opinión de los navegantes más competentes, la que produce ese contingente de *ice-bergs* y de *ice-fields*, de *drifts* y de *packs*, de *floes* y de *brashs* que vimos en el curso de nuestro interminable camino. Las costas que la sostienen están sometidas a la influencia de las corrientes que bajan de los mares más templados. En la época de las mareas de sizigias, cuya altura es a veces considerable, la base de la barrera de nieve se agrieta, y enormes bloques- centenares de ellos en algunas horas- se separan con sordo estrépito, caen en la mar y suben a la superficie, convertidos en montañas de hielo, de las que sólo una tercera parte emerge, y flotan hasta el momento en que la influencia climatológica de las bajas latitudes acaba de disolverlas.

Un día en que yo hablaba sobre este asunto con el capitán Len Guy,- me dijo éste:

-Esa explicación es lógica, y por eso la muralla de hielo opone su infranqueable obstáculo al navegante, puesto que tiene como base un litoral. Pero no pasa así en el banco. Este se forma sobre el mismo Océano por la amalgama continua de restos en derivación. Sometido igualmente a los asaltos de las olas, que a la influencia de aguas más templadas durante el verano, se disloca, se abren pasos, y numerosos barcos han podido pasar por él...

-Es verdad- añadí.- No ofrece una masa infinita, que sería imposible de rodear.

-También Weddell ha podido doblar la extremidad, señor Jeorling, gracias a circunstancias excepcionales de temperatura y de precocidad que son raras...Pero, puesto que esas circunstancias se presentan este año, no es temerario afirmar que sabremos aprovecharlas.

-Seguramente, capitán... Y ahora que el banco ha sido señalado...

-Voy a hacer que la *Halbrane* se aproxime cuanto sea posible, señor Jeorling, para después lanzarla al través del primer paso que encontremos. Si éste no se presenta, procuraremos llegar hasta el extremo oriental del banco con la ayuda de la corriente que lleve tal dirección, y lo más cerca, amurar a estribor, por poco que la brisa se mantenga al Nordeste.

Navegando al Oeste, la goleta encontró *ice-fields* de dimensiones considerables... Varios ángulos, con la base medida por la guindola, permitieron calcular que tenían unas 500 a 600 toesas superficiales. Preciso fue maniobrar con tanta precisión como prudencia a fin de evitar el ser arrastrado al fondo de los pasos, de los que no siempre se veía la salida.

Cuando la *Halbrane* se encontró a tres millas del banco, se puso al pairo en el centro de una ensenada que la permitía toda la libertad de sus movimientos. Echóse al agua un bote. El capitán Len Guy bajó a él con el contramaestre, cuatro remeros y un hombre al timón. Dirigióse a la enorme muralla, y buscó en vano un paso por el que la goleta pudiera

deslizarse, y después de tres horas de trabajoso reconocimiento volvió a bordo.

Empezó a caer una lluvia de nieve que hizo descender la temperatura a 36º (2º c.sobre cero) y nos robó la vista del banco.

Era, pues, indispensable, poner el cabo al Sudeste y navegar por entre aquellos témpanos, cuidando de ser arrastrado hacia la muralla de hielo, pues elevarse en seguida hubiera presentado serias dificultades.

Jem West ordenó halar las vergas, de forma de tomar el viento lo más cerca posible. La tripulación, maniobró rápidamente, y la goleta con una velocidad de siete a ocho millas, inclinada sobre estribor, lanzóse entre los bloques esparcidos por su camino. Sabía evitar el contacto de ellos cuando el encuentro hubiera sido lastimoso, y cuando no se trataba más que de delgadas sábanas de hielo les desgarraba con su tajamar, haciendo el oficio de ariete. Después de una serie de rozamientos, que hacían a veces estremecer todo su casco, la *Halbrane* encontraba las aguas libres.

Lo esencial era evitar los choques contra los *ice-bergs*. Ninguna, dificultad había para evolucionar, bajo un cielo claro que permitía maniobrar a tiempo, ya para aumentar la velocidad de la goleta, ya para disminuirla. Sin embargo, con las frecuentes brumas que limitaban a una o dos encabladuras el campo de vista, la navegación no dejaba de ser peligrosa.

Pero, aparte de aquellos *ice-bergs*, ¿no corría la *Halbrane* el riesgo de ser abordada por los *ice-fields*? Indudablemente, y el

que no lo ha observado, no puede imaginarse que grado de poder alcanzan estás masas en movimiento.

Aquel día habíamos visto uno de estos *ice-fields*, animado de mediana velocidad, chocar contra otro que estaba inmóvil. Pues bien: fue herido por sus aristas, agitado terriblemente, casi hundido. No se vio más que enormes restos subiendo unos sobre otros, *hummocks* que se elevaban a 100 pies de altura; *calfs* emergiendo bajo las aguas. ¿A quién podría sorprender el caso, si el peso del *ice-fields* que abordó al otro ascendía a varios millones de toneladas?

Veinticuatro horas transcurrieron en estas condiciones. La goleta se mantenía a tres o cuatro millas del banco. Acercarse mas hubiera sido aventurarse al través de sinuosidades de las que no se hubiera podido salir. No porque le faltase deseo al capitán Len Guy.

-Si tuviera la ayuda de otro barco - me dijo,- yo me acercaría más al banco... ¡Gran ventaja es disponer de dos navíos cuando se emprenden tales campañas!... Pero la *Halbrane* está sola, y, si nos faltase...

Sin embargo, aun maniobrando con prudencia, nuestra goleta se exponía a verdaderos peligros. Después de algún recorrido de 100 toesas era preciso pararla bruscamente, modificar su dirección, y a veces en el momento preciso en que la punta del bauprés iba a chocar contra un bloque. Durante largas horas, pues, Jem West veíase obligado a cambiar su marcha, a fin de evitar el choque de algún *ice-fields*.

Por fortuna el viento soplaba de Este a Nordeste, sin otra variación, y no refrescaba. Pero de volver la tormenta yo no

sé lo que hubiera sido de la goleta..., o lo sé demasiado: se hubieran perdido cuerpos y bienes. En tal caso, en efecto, no nos hubiera sido posible huir, y la Halbrane hubiera naufragado al pie del banco.

Después de detenido reconocimiento, el capitán Len Guy tuvo que renunciar a encontrar un paso al través de aquella muralla.

No había más que intentar sino llegar a la extremidad Sudeste. Siguiendo está orientación, nada perdíamos en latitud.

Y, en efecto: el día 18 la observación indicó para la situación de la *Halbrane* el paralelo 73.

Lo repito, sin embargo. Jamás navegación alguna en los mares antárticos halló circunstancias más prósperas- precocidad. de la estación estival, permanencia de los vientos del Norte,- temperatura media de 49 grados (9º 44 c. sobre cero). Además gozábamos de claridad perpetua, y durante veinticuatro horas los rayos del sol llegaban a nosotros de todos los puntos del horizonte.

Los *ice-bergs* se liquidaban, formando múltiples arroyos que se reunían en resonantes cascadas. Había que guardarse de ellos cuando el cambio de su centro de gravedad, a consecuencia del desgaste de la base sumergida, les derribaba.

Dos o tres veces más nos acercamos a menos de dos millas del banco. Era imposible que no hubiera sufrido las influencias atmosféricas y que no se hubieran producido roturas en algunos puntos. Los reconocimientos no dieron

resultado, y fue preciso volver a arrojarse a la corriente de Oeste a Este.

Esta corriente nos ayudaba, y no había más temor que el de que nos arrastrase más allá del meridiano 43, caso en que hubiera sido preciso cambiar la dirección, a fin de poner el cabo sobre la isla Tsalal. Verdad que, aun entonces, el viento del Este la empujaría hacia su ruta.

Por lo demás, debo hacer notar que durante el dicho reconocimiento no habíamos visto apariencia de tierra, conforme a los mapas de los precedentes navegantes, mapas incompletos, sin duda, pero bastante exactos. No ignoro que algunos navíos han pasado a menudo más allá donde los yacimientos de tierras habían sido indicados. Sin embargo, esto no era admisible en lo que concernía a la isla Tsalal... Si la Jane había podido tocarla, era que aquella parte de la mar antártica estaba libre, y en un año no teníamos ningún obstáculo que temer en aquella dirección.

Al fin el 19, entre las dos y las tres de la tarde, un grito del vigía se dejó oír.

-¿Qué hay?- preguntó Jem West.

-El banco está cortado al Sudeste.

-¿Y más allá?

-Nada a la vista.

El lugarteniente subió por los obenques, y en algunos instantes llegó a la punta de la gavia.

Abajo, todos esperaban... ¡Y con que impaciencia! ¡Si se hubiera engañado el vigía!... ¡Si alguna ilusión de óptica!...

En todo caso, Jem West no se engañaría.

Después de diez minutos de observación- diez interminables minutos-su voz clara llegó hasta el puente.

-¡Mar libre!- gritó.

Unánimes hurras le respondieron.

La goleta puso el cabo al Sudeste. Dos horas después la extremidad del banco era doblada, y ante nuestros ojos- aparecía una mar resplandeciente, libre de témpanos.



XIV

UNA VO EN UN SUEÑO.

¿Enteramente libre de hielos? No. Esto sería afirmar demasiado. A lo lejos aparecían algunos *ice-bergs; drifts* y *packs* derivaban todavía hacia el Este. Sin embargo, el deshielo se había efectuado por completo en esta parte, y la mar estaba lo bastante libre para que un barco pudiera navegar por ella.

No había duda que en estos parajes, remontando el ancho brazo de mar, especie de canal abierto al través del continente antártico, fue donde hicieron escala los barcos de Weddell a los 74º de latitud, que la *Jane* debía pasar en unas 600 millas.

-Dios nos proteja- me dijo el capitán Len Guy- y se dignó conducirnos a nuestro objeto.

-Dentro de ocho horas-respondí,-nuestra goleta tal vez estará a la vista de la isla Tsalal.

-Sí..., a condición de que persistan los vientos del Este, señor Jeorling. Pues no olvide usted que, costeando el banco

de hielo hasta la extremidad oriental, la *Halbrane* se ha separado de su itinerario, y es preciso llevarla hacia el Oeste.

-La brisa nos favorece, capitán.

Y nosotros la aprovecharemos, pues mi intención es dirigirme al islote Bennet. Allí es donde mi hermano William ha desembarcado primeramente. Desde que veamos ese islote estaremos seguros de ir por buen camino.

-¡Quién sabe si en él recogeremos nuevos indicios, capitán!

-Es posible, señor Jeorling. Hoy, pues, cuando yo tome la altura y reconozca exactamente nuestra posición, pondremos el cabo hacia el islote Bennet.

Claro es que había ocasión para consultar al guía más seguro que se encontraba a nuestra disposición. Me refiero al libro de Edgard Poe, en realidad a la verídica relación de Arthur Gordón Pym.

Hube de leerle de nuevo con todo el cuidado que merecía; he aquí lo que yo deduje.

No había duda de que la *Jane* hubiera descubierto y acostado la isla Tsalal, ni tampoco sobre la existencia de los seis sobrevivientes al naufragio, en la época en que Patterson había sido arrastrado a la superficie del témpano en derivación. Esta era la parte real, cierta, indudable.

Pero la otra parte, ¿no debía de considerarse como pura imaginación del novelista, imaginación excesiva, poco ordenada, como lo prueba el retrato que hace de sí mismo? Y ante todo, ¿conviene dar por ciertos los extraños hechos que él pretende haber observado en el seno de la lejana Antártida?

¿Debía admitirse la existencia de aquellos hombres y de aquellos animales extraordinarios? ¿Era cierto que el suelo de la isla fuera de naturaleza especial y sus aguas corrientes de composición particular? ¿Existían aquellos abismos jeroglíficos cuyo dibujo hacía Arthur Pym? ¿Era creíble que la vista del color blanco producía espanto a los insulares? Después de todo, ¿por qué no, puesto que lo blanco, el traje del invierno, el color de las nieves, les anunciaba la proximidad de la mala estación, que debía encerrarles en una prisión de hielo? ¿Qué pensar de aquellos fenómenos insólitos señalados más allá, de los vapores grises del horizonte, de las tinieblas del espacio, de la luminosa transparencia de las profundidades pelágicas, en fin, de la aérea catarata y de aquel gigante blanco que se erguía en los umbrales del polo?

Sobre esto me reservaba mi opinión, y esperaba. Respecto al capitán Len Guy, se mostraba indiferente a todo lo de la relación de Arthur Pym que no se refería directamente a los abandonados en la isla Tsalal, pues la salvación de éstos era su única y constante preocupación.

Puesto que tenía ante mis ojos la relación de Arthur Pym me prometía hacer su crítica poco a poco, separar lo verdadero de lo falso, lo real de lo ficticio; y tenía la convicción de que no encontraría señal de aquellas cosas extrañas que, en mi opinión, habían debido ser inspiradas por la imaginación sugestiva del poeta americano.

El 19 de Diciembre, nuestra goleta se encontraba, pues, a grado y medio más al Sur que la *Jane* diez y ocho días más

tarde. De aquí la conclusión que las circunstancias- estado de la mar, dirección del viento, precocidad de la buena estación- nos habían sido en extremo favorables.

Una mar libre- o por lo menos navegable- se extendió ante el capitán Len Guy, como se había extendido ante el capitán William Guy, y tras ellos el banco de hielo desarrollaba de Noroeste a Nordeste sus enormes masas solidificadas.

En primer lugar, Jem West quiso reconocer si la corriente tenía la dirección Sur en aquel brazo de mar, como indicaba Arthur Pym. Obedeciendo sus órdenes, el contramaestre envió al fondo una cuerda de 200 brazas con suficiente peso, y se pudo advertir que la dirección era la misma, y por tanto, favorecía la marcha de nuestra goleta.

A las diez, y al mediodía, se practicaron las observaciones con gran exactitud, mostrándose el cielo de una pureza extraordinaria. Los cálculos dieron: 74º 45' por latitud y- lo que no podía sorprendernos-39º 15' de longitud.

La vuelta que nos había impuesto el costear el banco de hielo, la necesidad de doblarle por su extremidad oriental, habían obligado a la *Halbrane* a apartarse de su camino unos cuatro grados al Este. Establecida su situación, el capitán Len Guy hizo poner el cabo al Suroeste a fin de volver al meridiano 43, mientras adelantaba hacia el Sur.

No he de recordar que las palabras mañana y noche, de las que me serviré a falta de otras, no indican ni el nacimiento ni la postura del sol. El disco radiante, describiendo espiral no interrumpida por encima del horizonte, no cesaba de

alumbrar el espacio. Algunos meses después desaparecía. Sin embargo, durante el frío y sombrío período del invierno antártico, el cielo estaría casi diariamente iluminado por las auroras polares. Tal vez seríamos más tarde testigos de aquellos fenómenos de inexplicable esplendor, donde la influencia eléctrica se manifiesta con tanto poder.

Según la relación de Arthur Pym del 1º al 4 de Enero del año 1828, la travesía de la *Jane* no se efectuó sin graves complicaciones debidas al mal tiempo. Una fuerte tempestad del Nordeste lanzó contra ella témpanos que la rompieron el timón.

Encontró el camino cerrado por un espeso banco de hielo que felizmente se abrió para dejarla paso. En la mañana del 5 de Enero, por 73º 15' de latitud franqueó los últimos obstáculos. La temperatura del aire era para ella de 33º (0º 56 c. sobre cero), y para nosotros se elevaba a 49º (9º 44' c. sobre cero). En cuanto a la desviación de la brújula, era idéntica: 14º 28' al Este.

Un último dato para indicar matemáticamente la diferencia en la situación respectiva de las dos goletas en aquella fecha. Del 5 al 19 de Enero tardó la *Jane* en recorrer los 10º, o sea las 600 millas que la separaban de la isla Tsalal, mientras que la *Halbrane* el 19 de Diciembre no se encontraba más que a unos siete grados, o sea a 400 millas. Si el viento se mantenía de aquel lado, no pasaría la semana sin que hubiera llegado a dicha isla por lo menos al islote Bennet, 30 millas más cerca, en el que el capitán Len Guy pensaba hacer escala durante veinticuatro horas.

La navegación seguía en excelentes condiciones. Apenas si había que evitar algunos témpanos que las corrientes arrastraban al Suroeste con velocidad de un cuarto de milla por hora. Nuestra goleta les pasaba sin gran trabajo. Aunque la brisa fuera viva, Jem West había colocado las velas altas, y la *Halbrane* se deslizaba suavemente por una mar poco agitada. No veíamos ninguno de esos *ice-bergs* que Arthur Pym veía en aquella latitud, y alguno de los cuales medían una altura de 100 brazas, al principio de fundirse, es cierto.

La tripulación no se veía obligada a maniobrar en medio de las nieblas que molestaban la marcha de la *Jane*. No sufrimos los rafales de nieve que algunas veces asaltaron a aquella, ni las bajas de la temperatura que aquellos marineros sufrieron. Únicamente raros témpanos derivaban a nuestro paso, algunos cargados de pingüinos, como turistas que navegaban a bordo de un yate de recreo, y también de negras focas.

Sobre esta flotilla volaban sucesivamente petrales, cormoranes, somormujos, colimbos y albatros de fuliginoso tinte. Sobre la mar flotaban, aquí y allá, anchos pólipos, de suaves colores, semejantes a sombrillas desplegadas. Respecto a los peces, de los que los pescadores de la goleta pudieron hacer amplia provisión, ya con sedales, ya con harpón, citaré a los corifenos, especie de dorados gigantes, de tres pies de largo, y de carne firme y sabrosa.

Al día siguiente por la mañana, después de una noche tranquila, durante la cual la brisa se había dulcificado, el contramaestre se acercó a mí con el rostro alegre, la voz

fresca, como hombre que no se inquieta de las contingencias de la vida.

-Buenos días, señor Jeorling, buenos días-me dijo.

En las regiones australes y en la época del año a que me refiero, no sería propio dar las buenas noches, porque no existen ni buenas ni malas.

-Buenos días, Hurliguerly- respondí dispuesto a entablar conversación con aquel alegre hablador.

-¿Cómo encuentra usted los mares que se extienden pasado el banco de hielo?

-Los compararía- respondí- a los grandes lagos de Suecia o de América.

-Sí..., indudablemente... Lagos rodeados de *ice-bergs*, a modo de montañas.

-Y añado que nada mejor podremos desear, contramaestre; y si el viaje continúa así hasta la isla Tsalal...

-¿Y por qué no hasta el polo, señor Jeorling?

-El polo... Está muy lejos... Y no se sabe lo que allí habrá.

-Se sabrá, cuando se llegue a él- respondió el contramaestre.- Es el único modo de saberlo.

- Conformes, Hurliguerly. Pero la *Halbrane* no ha partido para descubrir el polo Sur. Mi opinión es que, si el capitán Len Guy consigue repatriar a vuestros compatriotas, habrá cumplido su misión, y no creo que pretenda más.

-Conformes, señor Jeorling, conformes. Sin embargo, cuando se encuentre a 390 o 400 millas del polo, ¿no le acometerá la tentación de ver el extremo del eje sobre el que

la Tierra gira como un pollo en el asador?- respondió riendo el contramaestre.

-¿Vale eso la pena de correr a nuevos peligros, e interesa tanto llevar hasta ese punto la pasión de las conquistas geográficas?

-Sí y no, señor Jeorling. Por mi parte, confieso que haber ido más lejos que los navegantes que nos han precedido, más lejos tal vez que los que nos sigan, sería cosa que halagaría mi amor propio de marino.

-Sí. Usted piensa que mientras quede algo que hacer no se ha hecho nada.

-Exactamente, señor Jeorling; y si se nos propusiera ir a algunos grados más allá de la isla Tsalal, no sería yo el que me negase.

-No creo que el capitán piense nunca...

-Ni yo- respondió el contramaestre-, e imagino que, en cuanto recoja a su hermano y a los marineros de la *Jane*, se apresurará a conducirlos a Inglaterra.

-Es lo más probable y lo más lógico, Hurliguerly. Además, que si los tripulantes antiguos son gente dispuesta a ir donde se les lleve, creo que los nuevos rehusarían. No han sido reclutados para una campaña tan larga y tan peligrosa como la que les arrastraría hasta el polo.

-Tiene usted razón, señor Jeorling, y para decidirlos sería preciso el cebo de una buena prima por cada paralelo franqueado más allá de la isla Tsalal.

-Y aun así no es seguro que fueran- respondí.

-No, pues Hearne y los reclutados en las Falklands, que forman la mayoría a bordo, esperaban que no se llegaría a franquear el banco de hielo y que la navegación no pasaría del círculo antártico. ¡Ya se quejan al verse tan lejos! En fin, no sé el giro que tomarán las cosas, pero ese Hearne es hombre sospechoso y yo le vigilo.

Tal vez habría en esto, efectivamente, si no un peligro, por lo menos una complicación para el porvenir.

Durante la noche- lo que debió ser la noche del 19 al 20-, mi sueño fue turbado un instante por extraña pesadilla.

Creo deber apuntarla en esta relación, porque prueba una vez más los recelos de que mi cerebro empezaba a estar turbado.

El tiempo era aun frío, y yo, después de acostarme, me envolvía en mis mantas. Generalmente, el sueño, que se apoderaba de mí hacia las nueve de la noche, duraba sin interrupción hasta las cinco de la mañana.

Dormía, pues-serían las dos de la madrugada-, cuando fui despertado por una especie de queja continuada. Abrí, o creí abrir los ojos. Las maderas de las ventanas estaban cerradas, y mi camarote sumido en honda obscuridad.

Presté oído, y me pareció que una voz desconocida murmuraba estas palabras:

-¡Pym!... ¡Pym!... ¡El pobre Pym!

Evidentemente aquello no podía ser más que una alucinación, a menos que alguien se hubiera introducido en mi camarote, cuya puerta no estaba cerrada con llave.

-¡Pym!- continuó la voz.- Es preciso... ¡es preciso no olvidar jamás al pobre Pym!

Aquella vez yo percibí distintamente estas palabras murmuradas a mi oído. ¿Qué significaba tal recomendación, y por qué se me dirigía? ¡No olvidar a ArthurPym! Pero después de regresar a América, ¿no había fallecido de muerte repentina y deplorable, de la que nadie conocía las circunstancias ni los detalles?

Comprendí entonces que mi razón no estaba serena, y me desperté con la idea de que acababa de ser víctima de intensa pesadilla, debida a alguna alteración cerebral.

Salté del lecho y abrí las maderas de una de las ventanas de mi camarote.

Miré afuera.

Nadie estaba en la popa, excepción de Hunt, de pie junto al timón, con los ojos fijos en la bitácora.

No tenía más que hacer sino volver a acostarme, y esto hice; y aunque me pareció oír resonar el nombre de Arthur Pym varias veces a mi oído, dormí hasta la mañana.

Cuando me levanté, no me quedaba de aquel incidente de la noche más que una vaga y fugitiva impresión, que no tardó en borrarse.

Leyendo de nuevo- frecuentemente el capitán lo hacía conmigo- la relación de Arthur Pym, como si está relación fuera el diario de la *Halbrane,* noté el hecho siguiente, mencionado con fecha 10 de Enero:

Por la tarde se efectuó un incidente muy lamentable, y precisamente en la parte de mar que entonces atravesábamos.

Un americano, natural de Nueva York, llamado Peter Vredenburgh, uno de los mejores marineros de la *Jane*, se deslizó entre dos témpanos desapareció y no pudo ser salvado.

Era la primera víctima de aquella funesta campaña... y ¡cuántos más debían ser inscritos en la necrología de la desdichada goleta!

A este propósito el capitán Len Guy y yo notamos que, según Arthur Pym, el frío había sido excesivo durante el día del 10 de Enero, y el estado de la atmósfera muy turbulento, pues los rafales del Noroeste se sucedían bajo forma de ventisqueros.

Verdad que en tal época el banco de hielo se erguía a lo lejos hacia el Sur, lo que explicaba que la *Jane* no le hubiera doblado por el Oeste. Según la referida narración, esto no sucedió hasta el 14 de Enero. Una mar "donde no había un solo pedazo de hielo" se desarrollaba hasta el horizonte con una corriente de media milla por hora. La temperatura era de 34º (1º 11 c. sobre cero), y no tardó en elevarse a 51º (10º 56 c. sobre cero).

Esta era la misma de que disfrutaba la *Halbrane* y como Arthur Pym se hubiera podido decir: que nadie hubiera dudado de la posibilidad de tocar al polo.

Aquel día la observación del capitán de la *Jane* había dado 81º 21' de latitud, y 42º 5' de longitud. Esta situación era también la nuestra en la mañana del 20 de Diciembre. Marchábamos, pues, directamente al islote Bennet, y no transcurrirían veinticuatro horas sin que fuera visible.

No tengo ningún incidente que anotar durante nuestra navegación por estos parajes. Nada de particular ocurrió a bordo de la *Halbrane* en una época en que el diario de la *Jane* registraba varios hechos curiosos. He aquí el principal, que dio a Arthur Pym y a su compañero Dirk Peters ocasión para mostrar su abnegación y su valor.

A las tres de la tarde, el vigía había reconocido la presencia de un banco de hielo en derivación, lo que prueba que en la superficie del mar habían aparecido algunos témpanos. Sobre este banco reposaba un animal de gigantesca talla. El capitán William Guy hizo armar la mayor de sus canoas, en la que se colocaron Arthur Pym, Dirk Peters y el segundo de la *Jane*- precisamente el infortunado Patterson, cuyo cuerpo habíamos recogido entre las islas del Príncipe Eduardo y de Tristán de Acunha.

El animal era un oso de la especie ártica: medía quince pies de largo, la piel era dura y de perfecta blancura, y el hocico redondo como el de un *boudelogue*. Varios balazos que le tiraron no lograron derribarle. Después de arrojarse a la mar, la monstruosa bestia salió hacia la embarcación y, apoyándose en ella, la hubiera hecho naufragar si Dirk Peters, lanzándose contra él, no le hubiera hundido el cuchillo en la médula espinal. El oso arrastró al mestizo, y fue necesario arrojar a éste una cuerda para subirle a bordo.

Conducido al puente de la *Jane*, el oso, excepción de su talla, no presentaba nada anormal que pudiera permitir que se lo colocara entre los extraños cuadrúpedos señalados por Arthur Pym en las regiones australes.

Dicho esto, volvamos a la *Halbrane*.

La brisa del Norte, que nos había abandonado, no volvió a soplar, y únicamente la corriente arrastraba la goleta hacia el Sur. De aquí un retraso que nuestra impaciencia encontraba insoportable.

En fin, el 21 la observación dio 82º 50' de latitud, y 42º 20' de longitud Oeste.

El islote Bennet-si existía-no podía estar ya muy lejos.

Sí. Este islote existía, y en el sitio indicado por Arthur Pym.

Efectivamente: a las seis de la tarde el grito de uno de los vigías anunció tierra a babor.

XV

EL ISLOTE BENNET

La *Halbrane*, después de haber franqueado unas 800 millas pasado el círculo polar, estaba, pues, a la vista del islote Bennet. La tripulación tenía gran necesidad de descanso, pues durante las últimas horas se había extenuado remolcando la goleta con los botes por una mar en calma. Así es que se dejó el desembarco para el siguiente día, y yo me retiré a mi camarote.

Esta vez ningún murmullo turbó mi sueño, y a las cinco estaba en el puente.

No hay que decir que Jem West había tomado todas las precauciones que exigía una navegación por estos parajes sospechosos. La más severa vigilancia reinaba a bordo. Los pedreros estaban cargados; las balas y cartuchos, dispuestos; los fusiles y pistolas, preparados; las redes de abordaje, en disposición de ser izadas. Se recordaba que la *Jane* había sido atacada por los insulares de la isla Tsalal. Nuestra goleta se encontraba entonces a menos de 60 millas del teatro de

aquella catástrofe. La noche se había pasado sin alarma. Al alba no se veía una embarcación en las aguas de la *Halbrane,* ni un indígena en la playa. El sitio parecía desierto, y, por lo demás, el capitán William Guy no había visto allí huella de seres humanos. En el litoral no se distinguían ni viviendas ni humareda que indicase que el islote Bennet estuviera habitado.

Lo que vi de este islote fue - tal como lo indicaba Arthur Pym- una base rocosa, de una legua de circunferencia, y de tal aridez que no se percibía el menor indicio de vegetación.

Nuestra goleta estaba anclada, con una sola ancla, a una milla al Norte.

El capitán Len Guy me hizo observar que no había error posible sobre este sitio.

-Señor Jeorling- me dijo-, ¿ve usted aquel promontorio en dirección Nordeste?

-Sí, capitán.

-¿No está formado por un amontonamiento de rocas que semejan, balas de algodón?...



-En efecto...; y tal como se dice en la narración de Arthur Pym.

-No nos resta, pues, más que desembarcar en ese promontorio, señor Jeorling. ¡Quién sabe si en él encontraremos algún vestigio de los tripulantes de la *Jane*, en el caso en que hayan conseguido huir de la isla Tsalal!

Una palabra solamente sobre la disposición de espíritu en que todos estábamos a bordo de la *Halbrane*.

A algunas encabladuras estaba el islote sobre el que Arthur Pym y William Guy habían puesto la planta once años antes. Cuando la *Jane* llegó a él, no se encontraba ella en condiciones muy favorables, porque el combustible empezaba a faltarla y los síntomas del escorbuto se manifestaban en la tripulación.

Por el contrario, a bordo de nuestra goleta, la salud de los marineros era excelente; y si los reclutados últimamente se quejaban entre ellos, los antiguos se mostraban llenos de celo y de esperanza, en plena satisfacción de estar tan cerca del fin que se proponían.

Se adivina cuáles debían ser los pensamientos, deseos e impaciencia del capitán Len Guy. Devoraba con los ojos el islote Bennet.

Pero había un hombre cuyas miradas se fijaban allí con más obstinación: éste era Hunt.

Desde el anclaje, Hunt no se había echado sobre el puente como acostumbraba, ni para dormir un par de horas. De codos sobre la baranda de estribor, cerrada su boca, arrugada la frente, no había abandonado aquel sitio, y sus ojos no se habían apartado ni un instante de la ribera.

Recuerdo que el nombre de Bennet es el del socio del capitán de la *Jane*, y que en honor suyo fue dado a la primera tierra descubierta en esta parte de la Antártida.

Antes de abandonar la *Halbrane*, Len Guy recomendó al lugarteniente que ejerciese una minuciosa vigilancia-

recomendación de la que Jem West no tenía necesidad.- Nuestra exploración no debía exigir más que medio día. Si por la tarde la canoa no había vuelto se enviaría otra embarcación en su busca.

-Ten también cuidado con nuestros reclutados- añadió el capitán Len Guy.

-No tenga usted inquietud ninguna, capitán- respondió el lugarteniente.- Y puesto que necesita usted cuatro remeros, escójalos entre los nuevos. Serán cuatro malas cabezas menos a bordo.

El aviso era sabio, pues bajo la deplorable influencia de Hearne, el descontento de sus compañeros de las Falklands tendía a ir en aumento.

Dispuesta la embarcación, cuatro de los nuevos se colocaron en ella en la proa, y Hunt en el timón. El capitán Len Guy, el contramaestre y yo nos sentamos en la popa, todos bien armados, y nos dirigimos al islote.

Media hora después habíamos dado vuelta al promontorio, que, visto de cerca, no presentaba más que un amontonamiento de rocas redondas. Allí se abría la pequeña bahía, en cuyo fondo habían acostado los botes de la *Jane*.

Hacia está bahía nos dirigió Hunt. Se podía fiar en su instinto, Maniobraba con notable precisión entre las puntas rocosas que emergían aquí y allá. Parecía conocer el terreno.

La exploración del islote no podía ser de larga duración. El capitán William Guy le había consagrado solamente algunas horas, y si existía algún indicio de su presencia, no escaparía a nuestras pesquisas.

Desembarcamos en el fondo de la bahía, sobre piedras tapizadas de un fino liquen. La marea decrecía ya, dejando al descubierto el fondo de la playa, de una arena sembrada de puntos negruzcos, semejantes a gruesas cabezas de clavos.

El capitán Len Guy me hizo notar sobre el arenoso tapiz gran cantidad de moluscos de forma oblonga, de una largura que variaba entre 3 y 18 pulgadas, y el grueso de los cuales era de 3. Los unos descansaban sobre su costado, los otros se arrastraban para buscar el sol y alimentarse con esos animalejos que producen el coral. En efecto: en dos o tres sitios observé varias puntas de un banco en formación.

-Ese molusco- me dijo el capitán Len Guy- el conocido con el nombre de escombro de mar, muy apreciado por los chinos. Si llamo la atención de usted sobre él, es porque la *Jane* visitó estos parajes con la intención de hacer provisiones de estos animales. No habrá usted olvidado que mi hermano convino con Too-Witt, el jefe de la isla Tsalal mediante la entrega de algunos centenares de piculs de estos moluscos, que fueran construidos cobertizos cerca de la costa, donde tres hombres debían ocuparse en la preparación de este producto, mientras la goleta continuaba su campaña... En fin, recordará usted en qué condiciones fue atacada y destruida...

¡Sí! Recordaba estos detalles, como cuantos Arthur Pym da respecto a este molusco, el *Gasteropeda pulmonifera* de Cuvier. Semeja una especie de gusano, de oruga, sin caparazón ni patas, únicamente provisto de anillos elásticos. Una vez recogidos de la arena, se les abre, se les despoja de sus entrañas, se les lava, se les cuece, se los entierra durante

algunas horas, y en seguida se les expone al calor del sol. Luego, una vez secos y acondicionados, se les expide a China. Muy estimados en los mercados del Celeste Imperio, tanto como los nidos de golondrina, considerados como un fortificante, son vendidos hasta a 90 dollars el picul-133 libras y media-no solamente en Cantón, sino en Singapore, Batavia y Manila.

Una vez que llegamos a las rocas, dejamos dos hombres al cuidado del bote, y acompañados de los otros dos, el capitán Len Guy, el contramaestre, Hunt y yo nos dirigimos al centro del islote Bennet.

Hunt marchaba a la cabeza, siempre silencioso, mientras que yo cambiaba algunas palabras con el capitán y el contramaestre. Hubiérase dicho que Hunt nos servía de guía, y no pude impedir ciertas observaciones respecto a ello.

Poco importaba después de todo. Lo esencial era no volver a bordo sin haber hecho un reconocimiento completo.

El suelo que pisábamos era extremadamente árido. Impropio para todo cultivo, no podía suministrar recurso alguno, ni aun a salvajes.

¿Cómo vivir allí donde no se produce más planta que una especie de higuera de Indias espinosa, con la que no se hubieran satisfecho ni los más rústicos rumiantes? Si después de la catástrofe de la *Jane,* William Guy y sus compañeros no habían tenido más refugio que este islote, el hambre les habría matado desde largo tiempo antes.

Desde el montículo colocado en el centro del islote, nuestras miradas pudieron abarcar a éste en toda su extensión. Nada... Nada por ninguna parte. Pero tal vez se conservaban huellas del pie humano, restos de hogares o cenizas, ruinas de casas..., en fin, pruebas materiales de que algunos de los tripulantes de la *Jane* habían estado allí... Y deseosos de comprobarlo, resolvimos seguir el perímetro del litoral desde el fondo de la bahía en que la nave había acostado.

Al bajar del montículo, Hunt se puso al frente, como si estuviera convenido que él nos guiara. Lo seguimos. Se dirigió a la extremidad meridional del islote.

Llegado a la punta, Hunt paseó su mirada en torno, se bajó, y con la mano mostró, en medio de las piedras esparcidas, una pieza de madera medio podrida.

-¡Lo recuerdo!- exclamé.- Arthur Pym habla de este madero, que parecía haber pertenecido a la roda de una embarcación, con huellas de esculturas...

-Entre las que mi hermano creyó descubrir el dibujo de una tortuga- añadió el capitán Len Guy.

-En efecto- dije yo.- Pero este parecido fue puesto en duda por Arthur Pym. No importa... puesto que esta pieza de madera está aun en el mismo sitio indicado en la relación, débese deducir que desde la escala de la *Jane* nadie ha venido al islote Bennet. Creo que perderemos nuestro tiempo buscando vestigios... Únicamente en la isla Tsalal es donde podemos hacer algo...

-¡Si! En la isla Tsalal- respondió el capitán Len Guy.

Volvimos en dirección a la bahía, costeando, junto al terreno que dejaba libre la marea, la rocosa orilla. En diversos sitios se dibujaban bancos de coral. Respecto al escombro de mar, era tan abundante, que nuestra goleta hubiera podido embarcar un cargamento completo.

Hunt, al frente, silencioso, no cesaba de andar, con los ojos fijos en el suelo.

Cuando nuestras miradas se extendían, no distinguíamos más que la inmensidad desierta. Al Norte, la *Halbrane* mostraba su arboladura balanceada por una ligera brisa. Al Sur ninguna señal de tierra, y en todo caso no la de la isla Tsalal, que hubiéramos podido advertir en aquella dirección, puesto que su yacimiento la colocaba a los 1º 30' de arco en el Sur, o sea 30 millas marinas.

Lo que restaba por hacer después de haber recorrido el islote, sería volver a bordo y aparejar sin dilaciones con rumbo a la isla Tsalal.

Remontábamos entonces las playas del Este. Hunt, que iba unos diez pasos adelante, detúvose bruscamente y nos llamó con ademán precipitado.

En un instante estuvimos a su lado.

Si Hunt no demostró sorpresa alguna con motivo de la pieza de madera de que he hablado, su actitud cambió al arrodillarse ante un pedazo de tabla carcomida, abandonada sobra la arena.

La tocaba con sus enormes manos, la palpaba como deseoso de sentir su aspereza buscando en la superficie algunas rayas que podían ser muy significativas...

Aquella tabla de encina, de cinco a seis pies de largo y seis pulgadas de anchura, debía de haber pertenecido a una embarcación de grandes dimensiones. Tal vez a un navío de varios centenares de toneladas.

La pintura negra que en otra época la cubría había desaparecido bajo la especie de costra formada por la intemperie. Parecía provenir de la popa de un barco.

El contramaestre lo hizo notar así.

-¡Sí, sí!- repitió el capitán Len Guy.

-¡Formaba parte de una tabla de popa!

Hunt, siempre arrodillado, movía su gruesa cabeza en señal de asentimiento.

-Pero...- dije yo- esta tabla no ha podido ser arrojada al islote Bennet sino después de un naufragio. Es preciso que las contracorrientes la hayan encontrado en alta mar, y...

-¡Si fuera!...-exclamó el capitán.

Ambos habíamos tenido la misma idea.

¡Cuál fue nuestra sorpresa, nuestro estupor, nuestra indecible emoción, cuando Hunt nos mostró siete u ocho letras escritas sobre la tabla-no pintadas, sino grabadas-, y que se sentían bajo los dedos!

Fácil nos fue reconocer las letras de dos nombres, dispuestas en dos líneas, de este modo:

AN

LI E PO L

¡La *Jane* de Liverpool! ¡La goleta mandada por el capitán William Guy! ¿Qué importaba que el tiempo hubiese borrado las otras letras? Lo que quedaba, ¿no era suficiente para indicar el nombre del navío y el de su puerto de atraque? ¡La *Jane* de Liverpool!

El capitán Len Guy había cogido la tabla entre sus manos, y apoyó en ella los labios, mientras que una gruesa lágrima caía de sus ojos.

Era uno de los restos de la *Jane*, uno de aquellos que la explosión había dispersado, y llevado allí ya por las contra-corrientes, ya por un témpano.

Yo, sin pronunciar palabra, dejaba que se calmase la emoción del capitán Len Guy.

Respecto a Hunt, nunca había visto que de sus ojos se escapase mirada tan resplandeciente mientras observaba el horizonte del Sur.

El capitán se levantó.

Hunt, siempre en silencio, colocó la tabla sobre su espalda y continuamos nuestro camino.

Terminada la exploración del islote, nos dirigimos apresuradamente al sitio en que la canoa había quedado, y a las dos y media de la tarde estábamos a bordo.

El capitán Len Guy quiso prolongar la estancia en aquel punto hasta el siguiente día, con la esperanza de que se establecieran los vientos del Norte, lo que era de desear, pues no se podía pensar en remolcar la *Halbrane* con sus embarcaciones hasta la isla Tsalal. Aunque la corriente

ayudase, no hubieran bastado dos días para aquella travesía de 30 millas.

Aparejóse, pues, al despuntar el día. A las tres de la madrugada empezó a soplar ligera brisa, con lo que se pudo esperar que la goleta tocaría sin gran retraso al supremo objeto de su viaje.

A la seis y media de la mañana del 23 de Diciembre, la *Halbrane* abandonó el anclaje del islote Bennet, poniendo el cabo al Sur.

No era dudoso que habíamos recogido un nuevo y afirmativo testimonio de la catástrofe que tuvo por teatro a la isla Tsalal.

La brisa que nos empujaba era muy débil, y a menudo las velas deshinchadas golpeaban en los mástiles. Por fortuna, un sondaje indicó que la corriente se propagaba invariablemente hacia el Sur. Verdad que, dada la lentitud de la marcha, el capitán Len Guy no debía ver el yacimiento de la isla Tsalal antes de treinta y seis horas.

Durante aquel día observo muy atentamente las aguas del mar, que me parecieron de un azul menos obscuro que a Arthur Pym.

Tampoco habíamos encontrado ninguno de aquellos erizos de líneas rojas que fueron recogidos a bordo de la Jane, y el semejante de ese monstruo de la fauna austral, un animal de tres pies de largo y seis pulgadas de alto, con cuatro patas cortas y pies terminados en garras de color de coral, cuerpo sedoso y blanco, cola de ratón, cabeza de gato, orejas de perro y dientes rojos. Por lo demás, yo siempre

consideré gran parte de estos detalles como sospechosos y únicamente debidos a un exceso de imaginación.

Sentado en la popa, con el libro de Edgard Poe en la mano, yo leía, no sin advertir que Hunt, cuando su servicio le llamaba cerca de donde yo estaba, me miraba con singular obstinación.

Precisamente estaba yo en el final del capítulo XVII, en el que Arthur Pym se reconocía responsable de los tristes y sangrientos sucesos, que fueron el resultado de sus consejos. Él fue, en efecto, quien venció las dudas del capitán Len Guy, arrastrándole a aprovechar una ocasión tan tentadora para resolver el gran problema, relativo a un continente antártico. Por lo demás, aceptando está responsabilidad, ¿no se felicitaba de haber sido la causa de un descubrimiento y haber servido en alguna forma para poner ante los ojos de la ciencia uno de los más entusiasmadores secretos que jamás hayan atraído su atención?

Durante aquel día vimos gran número de ballenas. Igualmente innumerables albatros, con el vuelo siempre hacia el Sur. Témpanos, ninguno. Por cima de los extremos límites del horizonte, no se distinguía ni aun la reverberación del *blink* de los *ice-fields*.

El viento no marcaba tendencia a refrescar, y algunas brumas velaban el sol.

Eran las cinco de la tarde, cuando los últimos perfiles del islote Bennet se borraron. ¡Qué poco camino habíamos hecho desde la mañana!

La brújula, observada de continuo, no daba más que una insignificante variación, lo que confirmaba la relación de Edgard Poe.

Diversos sondajes no nos dieron fondo, por más que el contramaestre emplease sondas de 200 brazas. Era una suerte que la dirección de la corriente permitiese a la goleta adelantar poco a poco hacia el Sur, con velocidad de media milla solamente.

Desde seis el sol desapareció tras la opaca cortina de las brumas, más allá de la que continuó describiendo su larga espiral descendente.

La brisa no se dejaba sentir; contrariedad que no soportábamos sin vivísima impaciencia. ¿Qué hacer si estos retrasos se prolongaban, si el viento cambiaba? Aquella mar no debía de estar al abrigo de las tempestades, y una borrasca que arrojase la goleta hacia el Norte hubiera ayudado el juego de Hearne y de sus compañeros, justificando, hasta cierto punto, sus quejas.

No obstante, pasada la media noche el viento refrescó y la *Halbrane* pudo avanzar una docena de millas.

Al siguiente día, 24, el punto dio 83º 2' de latitud y 43º 5' de longitud. La *Halbrane* se encontraba, pues, a diez y ocho minutos de arco del yacimiento de la isla Tsalal, o sea menos de un tercio de grado o 20 millas.

Por desgracia, desde el mediodía el viento no nos ayudó. No obstante, gracias a la corriente, la isla Tsalal fue señalada a las seis y cuarenta y cinco de la tarde.

Desde que el ancla fue enviada a fondo, se extremó la vigilancia.

Los cañones estaban cargados, los fusiles al alcance de la mano, las redes de abordaje dispuestas.

La *Halbrane* no corría el riesgo de ser sorprendida. Todos los ojos vigilaban a bordo, particularmente los de Hunt, que ni por un instante se apartaron del horizonte de la zona austral.

XVI

LA ISLA TSALAL.

La noche transcurrió sin alarma. Ningún bote había abandonado la isla. Ningún indígena se mostraba en el litoral. De aquí podía, deducirse que la población debía ocupar el interior, y, efectivamente, sabíamos que era menester caminar tres o cuatro horas antes de tocar el principal pueblo de Tsalal.

En suma: la presencia de la *Halbrane* no había sido notada, y esto era lo mejor que podía suceder.

Anclamos, a tres millas de la costa, en diez brazas de fondo.

A las seis se levó el ancla, y la goleta, empujada por la brisa de la mañana, fue a anclar nuevamente a media milla de un banco de coral, semejante a los anillos coralígenos del Océano Pacífico. Desde aquella distancia dominaba la isla en toda su extensión.

Nueve o diez millas de circunferencia - detalle no mencionado por Arthur Pym-, costa abrupta y de difícil

acceso, extensas planicies áridas y negruzcas, entre colinas de regular altura; tal es el aspecto que presentaba Tsalal. Lo repito, la ribera estaba desierta. No se veía ni una canoa al largo ni en las ensenadas. Por encima de las rocas no se distinguía humareda alguna, y parecía que en la costa no había habitantes.

¿Qué había, pues, pasado desde once años antes? ¿Tal vez Too- Witt, el jefe de los indígenas no existe?... Pero aun suponiéndolo así, ¿y la población relativamente numerosa?... ¿Y William Guy y los sobrevivientes de la goleta inglesa...

Cuando la *Jane* había aparecido en aquellos parajes, era la primera vez que los de Tsalal veían un navío, así es que la tomaron por un enorme animal; la arboladura, por sus miembros; sus velas, por trajes. Ahora ya debían saber a qué atenerse en lo que a este punto se refería; y si no parecían mostrar gran interés en visitaros ¿a qué atribuir esta reserva?

-¡A la mar el bote mayor!,- ordenó el capitán Len Guy con impaciencia.

Ejecutada la orden, el capitán se dirigió al lugarteniente.

-Jem-le dijo-, haz que bajen ocho hombres con Martín Holt, y que Hunt se ponga al timón, tú quedarás aquí, y vigilarás la tierra el mar.

-Esté usted tranquilo, capitán.

-Vamos a embarcarnos, y procuraremos tocar en el pueblo Klock-Klock. Si ocurriera algún incidente, avísanos con tres cañonazos.

-Conforme. Tres cañonazos con intervalo de un minuto-respondió el lugarteniente.

-Si antes de la tarde no hemos vuelto, envía la segunda canoa, bien armada, con diez hombres, a las órdenes del contramaestre, los cuales se situarán a una encabladura de la ribera para recogernos.

-Así lo haré.

-En ningún caso abandonarás la goleta, Jem...

-En ningún caso.

-Si no volvemos, después de que tú hayas hecho cuanto esté en tu mano, tomarás el mando de la goleta y volverás a las Falklands.

-Convenido.

El bote mayor fue preparado al instante. Ocho hombres embarcaron en él, sin contar a Martín Holt y a Hunt, todos ellos armados de fusiles y pistolas, la cartuchera llena y el cuchillo al cinto.

En este momento me adelanté y dije:

-¿Me permitiría usted que la acompañase a tierra, capitán?...

-Si lo desea usted, señor Jeorling...

Volví a mi camarote y tomé mi fusil- un fusil de caza de dos tiros-la pólvora, el saco de plomo, algunas balas, y me reuní con el capitán Len Guy, que me había reservado un puesto en la popa.

La embarcación, vigorosamente empujada, se dirigió hacia el arrecife, a fin de descubrir el paso por el que Arthur Pym y Dirk Peters le habían franqueado el 19 de Enero de 1828 en el bote de la *Jane*.

En este momento fue cuando los salvajes habían aparecido en sus largas piraguas, y cuando William Guy les había mostrado un pañuelo blanco en señal de amistad; respondiendo ellos con los gritos de *anamoo-moo* y *lama-lama*, permitiéndoles el capitán ir a bordo con su jefe Too-Witt.

Arthur Pym declara que entonces se establecieron relaciones de amistad entre aquellos salvajes y los tripulantes de la *Jane*. Se convino que a la vuelta de la goleta, que iba hacia el Sur, se embarcaría en ella un cargamento de escombros de mar. Algunos días después, el lº de Febrero, como se sabe, el capitán William Guy y treinta y uno de los suyos fueron víctimas de una asechanza en la quebrada de Klock-Klock, y de los seis hombres que quedaran guardando la *Jane*, destruida por la explosión, no se salvó uno.

Durante veinte minutos, nuestra canoa costeó los arrecifes. Descubierto el paso por Hunt, penetramos por él a fin de tocar una estrecha abertura de las rocas.

En el bote quedaron dos marineros. Aquel atravesó el brazo de una extensión de 200 toesas, y arrojó el bichero sobre las rocas a la entrada del paso.

Después de haber subido por la sinuosa garganta que daba acceso a la cresta de la ribera, nuestra gente, con Hunt a la cabeza, se dirigió al centro de la isla.

Mientras caminábamos, el capitán Len Guy y yo cambiamos nuestras impresiones con motivo del país, que, según Arthur Pym, “difería esencialmente de todas las tierras hasta entonces visitadas por hombres civilizados”.

Ya lo veríamos. En todo caso, lo que puedo decir es que el color general de las llanuras era el negro, como si estuvieran cubiertas por una capa formada por el polvo de lavas, y que en ninguna parte se veía nada que fuera blanco.

A los cien pasos Hunt corrió hacia una enorme masa rocosa. Cuando estuvo junto a ella trepó con la agilidad de una cabra, y llegando a la cúspide, paseó sus miradas por una extensión de varias millas...

Hunt parecía estar en la actitud de un hombre que «no se reconocía allí».

-¿Qué hay?... - me preguntó el capitán Len Guy, después de haberle observado con atención.

-No lo sé, capitán- respondí.- Pero no ignora usted que en este hombre todo es extraño, todo inexplicable en sus actos, y, en cierto modo, merece figurar entre los nuevos seres que Arthur Pym pretende haber encontrado en esta isla... Se diría que...

-¿Qué?- repitió el capitán Len Guy.

Entonces, sin terminar mi frase, dije:

-Capitán, ¿está usted seguro de haber practicado una exacta observación al tomar ayer la altura?

-Seguro.

-¿De modo que el punto?...

-Me ha dado 83º 20' de latitud y 44º 5' de longitud.

-¿Exactamente?

-Exactamente.

-¿No hay, pues, que poner en duda, que ésta sea la isla Tsalal?

-No, señor Jeorling, si la isla Tsalal está en el sitio indicado por Arthur Pym.

Efectivamente, no podía haber duda respecto a este punto.

Verdad que si Arthur Pym no se había engañado sobre este yacimiento expresado en grados y en minutos, ¿qué se debía pensar de lo fiel de su relación, en lo que concierne a la región que nuestra gente atravesaba bajo la dirección de Hunt?

El habla de cosas extrañas que no le eran familiares; de árboles cuyo producto no se parecía a los de la zona tórrida, ni a los de la zona templada, ni a los de la zona glacial del Norte, ni a los de las latitudes inferiores meridionales: éstas son sus palabras. Habla de rocas de estructura nueva, ya por su masa, ya por su estratificación. Habla de prodigiosos arroyos, cuyos lechos contenían un líquido indescriptible, sin limpidez alguna, especie de disolución de goma arábiga, dividida en venas que ofrecían los cambiantes de la seda, y que la fuerza de la cohesión no aproximaba, como si la hoja de un cuchillo las hubiera dividido.

Pues bien... Nada de esto habla, nada. Ni un árbol, ni un arbusto se mostraba en el campo. Las colinas cubiertas de bosques, donde debía estar el pueblo de Klock-Klock, no aparecía. De aquellos arroyos en los que los tripulantes de la *Jane* no se habían atrevido a apagar su sed, yo no veía uno, ni una gota de agua común. Por todas partes la desoladora, la horrible, la absoluta aridez.

Hunt marchaba rápidamente sin mostrar vacilación. Parecía que su instinto natural le empujaba, al modo que las golondrinas, esos pájaros viajeros, vuelven a sus nidos por el camino más corto, con vuelo de abeja, como decimos en América. ¡No sé qué presentimiento nos arrastraba a seguirlo como al mejor de los guías, un Bas de Cuir, un Renard-Subtil! Y después de todo, ¿era tal vez compatriota de estos héroes de Fenimore Cooper?

Pero no me cansaré de repetirlo: no teníamos ante los ojos la fabulosa, comarca descrita, por Arthur Pym. Nuestros pies pisaban un suelo convulsionado, quebrado. Era negro, sí, negro y calcinado como si hubiera sido vomitado de las entrañas de la tierra bajo la acción de fuerzas plutónicas.

Hubiérase dicho que algún espantoso e irresistible cataclismo lo había conmovido en toda su superficie.

Respecto a los animales de que en la mencionada relación se habla, ni uno solo veíamos; ni las ánades de la especie anas valisneria, ni las tortugas-galápagos, ni las bubias negras, ni esos pájaros negros también, semejantes a los busardos, ni los puercos negros de cola en forma de mazorca y patos de antílope, ni esa especie de carneros de lana negra, ni los gigantescos albatros de negro plumaje. Los mismos pingüinos, tan numerosos en los parajes antárticos, parecían haber huido de aquella tierra inhabitable... ¡Aquello era la soledad silenciosa y pasada del más horrible desierto!

Y en el interior de la isla, como en la ribera, ningún ser humano.

En medio de aquella desolación, ¿quedaban aun probabilidades de encontrar a William Guy y a los sobrevivientes de la *Jane*?

Miré al capitán Len Guy. Su rostro pálido, su frente cruzada por hondos pliegues, decían claramente que la esperanza comenzaba a abandonarle.

Llegamos, al fin, al valle, en el que en otra época estaba situado el pueblo de Klock-Klock. Allí, como en el resto de la comarca, completo abandono. Ni un habitante, ni aquellos yampoos, formados con una piel negra sobre el tronco de un árbol cortado a cuatro pies de tierra, ni aquellas barracas construidas de ramas cortadas, ni aquellos agujeros de trogloditas formados en la colina. ¿Y dónde estaba aquel arroyo que descendía por las pendientes con su agua mágica, rodando por un cauce de arena negra?

Respecto a la población de Tsalal, ¿qué se había hecho de aquellos hombres casi desnudos, y algunos cubiertos de pieles negras, armados de lanzas y mazas, y de aquellas mujeres altas, bien formadas, dotadas de una gracia y un donaire que no se encuentran en la sociedad civilizada, para emplear las mismas frases de Arthur Pym, y de aquella multitud de niños que las acompañaban? ¿Qué había sido de aquel mundo de indígenas de piel negra, cabellera negra y dientes negros, y a los cuales el color blanco llenaba de terror?

En vano busqué la morada de Too-Witt, formada por cuatro grandes pieles sujetas con pernos de madera y fijas en tierra con pequeñas estacas. Ni aun el sitio en que debía estar

reconocí. Y allí, sin embargo, era donde William Guy, Arthur Pym, Dirk Peters y sus compañeros habían sido recibidos, no sin muestras de respeto, mientras gran número de insulares se agolpaba fuera. Allí fue donde se les sirvió la comida en que figuraban entrañas palpitantes de un animal desconocido, que Too-Witt y los suyos devoraban con avidez repugnante.

En aquel momento la luz se hizo en mi cerebro. Aquello fue como una revelación. Adiviné lo que había pasado en la isla; cuál era la razón de aquella soledad, la causa de la conmoción de que aun conservaba huellas el suelo.

- ¡Un temblor de tierra!- exclamé. ¡Sí ! Dos o tres de estas terribles sacudidas han bastado... ¡De esas sacudidas tan frecuentes en esta región, y bajo las cuales el mar penetra por infiltración! ¡Un día el vapor acumulado ha destruido la superficie!

-¿Un temblor de tierra hubiera cambiado hasta este punto la isla Tsalal?- murmuró el capitán Len Guy.

-Sí capitán-, él ha destruido aquella vegetación extraordinaria, aquellos arroyos aguas extrañas, todas las sorprendentes rarezas naturales hundidas ahora en las profundidades de la tierra, y de las que no hallamos huellas. ¡Nada se ve de lo que vio Arthur Pym!

Hunt, que se había aproximado, escuchaba moviendo la cabeza en señal de aprobación.

-¿Acaso- añadí- estas comarcas de la mar austral no son volcánicas? ¿Es que, si la *Halbrane* nos transportase a Tierra Victoria, no encontraríamos el Erebus y el Terror en plena erupción?

-Sin embargo- observó Martín Holt,- de haber habido erupción Se verían las lavas.

-Yo no afirmo que haya habido erupción- añadí al maestro velero.- Lo que digo es que el suelo ha sido conmovido hondamente por un temblor de tierra.

Y, reflexionando en ello, la explicación que yo daba era admisible. Recordé entonces que, según la relación de Arthur Pym, Tsalal pertenecía a un grupo de islas que se extendía hacia el Oeste. Si no había sido destruida, era posible que la población de Tsalal hubiera huido a alguna de las islas vecinas. Convendría, pues, ir a reconocer aquel archipiélago donde los sobrevivientes de la *Jane* habían podido refugiarse después de abandonar a Tsalal, que desde el cataclismo no debía de ofrecer recurso alguno.

Hablé de ello al capitán Len Guy.

-Sí- exclamó, y las lágrimas se agolpaban a sus ojos.- Sí. ¡es posible!... Y, sin embargo, ¿cómo mi hermano, cómo sus desgraciados compañeros han podido, encontrar medio de huir? ¿No es probable que todos hayan perecido en el terremoto?

Un gesto de Hunt que significaba «¡venid!» nos llevó tras él.

Después de internarse en el valle unos dos tiros de fusil, se detuvo.

¡Qué espectáculo se ofreció ante nuestros ojos!

Allí se amontonaban pedazos de huesos, esternones, tibias, fémures, vértebras, restos de esqueletos sin hilacha de

carne, montones de cráneos con algunos cabellos. En fin, amasijo espantoso que blanqueaba aquel sitio.

Ante el formidable osario, espantoso horror se apoderó de nosotros.

¿Era aquello lo que restaba de la población de la isla, evaluada en varios millares de individuos? Pero si habían sucumbido todos en el terremoto, ¿cómo explicar que aquellos restos estuvieran esparcidos por la superficie del suelo y no enterrados en las entrañas del mismo? Además, ¿se podía admitir que los indígenas, hombres, mujeres, niños y viejos, hubiesen sido sorprendidos hasta el punto de no tener tiempo de ganar con sus embarcaciones las otras islas del grupo?

¡Quedamos inmóviles, desesperados, incapaces para pronunciar una palabra!

-¡Mi hermano!... ¡Mi pobre hermano!- repetía el capitán Len Guy, que acababa de arrodillarse.

Sin embargo, reflexionando en el caso, había cosas que yo no comprendía. Por ejemplo, ¿cómo concordar la catástrofe con las notas del cuaderno de Patterson? Estas notas declaraban formalmente que, seis meses antes, el segundo de la *Jane* había dejado a sus compañeros en la isla Tsalal. No podían, pues, haber perecido en el temblor de tierra que, dado el estado de los restos, remontaba a varios años, y que debía haberse producido después de la marcha de Arthur Pym y de Dirk Peters, puesto que el libro no hablaba de él.

Realmente, estos hechos eran inconciliables. Si el temblor de tierra era de fecha reciente, no había que atribuir a él la

presencia de aquellos esqueletos ya blanqueados por el tiempo, y en todo caso los sobrevivientes de la *Jane* no estaban entre ellos... Pero, entonces, ¿dónde estaban?

Como el valle de Klock-Klock no se prolongaba más allá, hubo necesidad de desandar lo andado a fin de volver a tomar el camino del litoral. Apenas habíamos franqueado media milla a lo largo del talud, cuando Hunt se detuvo de nuevo ante algunos fragmentos de huesos casi reducidos a polvo, y que no parecía pertenecieran a ningún ser humano.

¿Acaso eran restos de alguno de aquellos extraños animales descritos por Arthur Pym, y de los que ni un ejemplar habíamos visto hasta entonces?

Un grito, o más bien una especie de rugido salvaje, se escapó de la boca de Hunt.

En su enorme mano, que extendía hacia nosotros, se veía un collar de metal.

¡Sí! Un collar de cobre, medio comido por el óxido, sobre el cual podían aun leerse algunas letras grabadas.

Estas letras decían:

Tigre.-Arthur Pym.

¡Tigre! Era el terranova que había salvado la vida a su amo cuando éste se había ocultado en la cala del *Grampus*. *Tigre*, que había dado señales de hidrofobia. *Tigre*, que durante la revuelta de la tripulación se había arrojado al cuello del marinero Jones, casi en seguida muerto por Dirk Peters. Así, aquel fiel animal no había perecido en el naufragio del *Grampus*. Había sido recogido a bordo de la *Jane* al mismo tiempo que Arthur Pym y el mestizo. Y, sin embargo, el libro

no le mencionaba, y ni aun cuando el encuentro de la goleta se hablaba de él.

Mil ideas diversas se agolpaban en mi cerebro. No sabía cómo conciliar los hechos. Sin embargo, no había duda de que el *Tigre* se hubiera salvado del naufragio como Arthur Pym, ni de que le hubiera seguido hasta la isla Tsalal, ni de que hubiera sobrevivido a la catástrofe de la colina de Klock-Klock, ni, en fin, de que hubiera encontrado la muerte en aquella otra catástrofe que había destruido una parte de la población de Tsalal.

Pero, lo repito, William Guy y sus cinco marineros no podían encontrarse entre aquellos esqueletos, puesto que vivían cuando partió Patterson, hacía siete meses, y la catástrofe databa de algunos años.

Tres horas más tarde, y sin haber hecho ningún otro descubrimiento, estábamos a bordo de la *Halbrane*.

El capitán se encerró en su camarote y no salió de él ni a la hora de comer.

Pensando que lo mejor era respetar su dolor, no intenté verle.

Al segundo día, deseoso de volver a la isla y continuar la exploración de un litoral a otro, supliqué al lugarteniente que me hiciera conducir allí. Autorizado por el capitán Len Guy, que se abstuvo de venir con nosotros, Jem West consintió en otorgarme lo que le pedía.

Hunt, el contramaestre, Martín Holt, cuatro marineros y yo, entramos en el bote, sin armas, pues nada había que temer.

Desembarcamos en el mismo sitio que la víspera, y Hunt se dirigió de nuevo hacia la colina de Klock-Klock.

Una vez allí subimos por la estrecha quebrada, por la que Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Allen, separados de William Guy y de sus veintinueve compañeros, se lanzaron al través de la hendedura agujereada en una sustancia jabonosa, especie de esteatita bastante frágil. En aquel sitio no había vestigios de las paredes que habían debido desaparecer en el terremoto, ni de la hendedura cuyo orificio sombreaban entonces algunos avellanos, ni del sombrío corredor que conducía al laberinto en el que Allen murió asfixiado, ni de la terraza desde la que Arthur Pym y el mestizo habían visto el ataque de las canoas indígenas contra la goleta y oído la explosión que causó millares de víctimas.

Nada quedaba de la colina hundida en la catástrofe de la que el capitán de la *Jane*, su segundo, Patterson y cinco de sus hombres habían podido librarse.

Lo mismo pasaba con el laberinto cuyos anillos entrecruzados formaban letras, y estas palabras, que, unidas componían una frase reproducida en el libro de Arthur Pym; frase cuya primera línea significaba: «ser blanco», y «región del Sur», la segunda.

De modo que habían desaparecido la colina, el pueblo de Klock-Klock, y todo lo que daba a la isla Tsalal aspecto sobrenatural. Al presente sin duda el misterio de aquellos inverosímiles descubrimientos a nadie sería nunca revelado.

No nos quedaba más que regresar a bordo de la goleta, volviendo por la parte Este del litoral.

Hunt nos hizo entonces atravesar por la parte donde los cobertizos para la preparación del escombro del mar habían sido levantados, y cuyos restos vimos.

Inútil añadir que el grito *tékéli-li* no resonó en nuestro oído, aquel grito que lanzaban los insulares y los gigantescos pájaros negros del espacio. Por todas partes silencio, abandono...

Hicimos alto en el sitio donde Arthur Pym y Dirk Peters se habían apoderado de la canoa que les condujo a más altas latitudes, hasta aquel horizonte de vapores sombríos, cuyas desgarraduras dejaban ver la gran figura humana..., el tinte blanco.

Hunt con los brazos cruzados, devoraba con los ojos la infinita extensión del mar.

-¡Y bien, Hunt!- le dije.

-No pareció oírme y no volvió la cabeza.

-¿Qué hacemos aquí?- añadí tocándole en el hombro.

El contacto de mi mano le hizo estremecerse y me lanzó una mirada que penetró hasta el fondo de mi corazón.

-Vamos Hunt- exclamó Hurliguerly- ¿Es que vas a echar raíces sobre la roca? ¿ No ves que la *Halbrane* nos espera? Andando... ¡Nada hay que hacer aquí!

Me pareció que los temblorosos labios de Hunt repetían "nada" mientras que su actitud protestaba de las palabras del contramaestre.

La canoa nos llevó a bordo.

El capitán Len Guy no había abandonado su camarote.

No habiendo recibido orden de aparejar, Jem West esperaba paseándose por la popa.

Yo fui a sentarme al pie del palo mayor, observando el mar que se extendía ante nosotros.

En este momento, el capitán Len Guy apareció. Su rostro estaba pálido y contrariado.

-Señor Jeorling- me dijo,- tengo la conciencia de haber hecho todo lo que era posible hacer ¿Puedo tener esperanza respecto a mi hermano y a sus compañeros? ¡No! Es preciso partir antes que el invierno...

El capitán se irguió y lanzó una última mirada hacia la isla Tsalal.

-Jem- dijo.- Mañana, al alba, aparejaremos.

Una voz ruda pronunció estas palabras:

-¿Y Pym, el pobre Pym?

Reconocí aquella voz. ¡Era la que había oído en mi sueño!

XVII

Y PYM

La decisión del capitán Len Guy de abandonar al día siguiente el anclaje de la isla Tsalal y de volver a tomar el camino del Norte, aquella campaña terminada sin resultado, la renuncia a buscar en otra parte de la mar antártica a los náufragos de la goleta inglesa; todo esto se había tumultuosamente presentado a mi espíritu.

¿Como? ¡La *Halbrane* iba a abandonar a los seis hombres que, según el cuaderno de Patterson, se encontraban algunos meses antes en aquellos parajes! ¿La tripulación de la mencionada goleta no cumpliría hasta el fin el deber que la humanidad le imponía? ¿No intentaría lo imposible para descubrir el continente o la isla sobre la que los sobrevivientes de la *Jane* habían podido refugiarse al abandonar la isla Tsalal, inhabitable desde el temblor de tierra?

Sin embargo, no estábamos mas que a fines de Diciembre, al siguiente día de Navidad, casi al principio de la

buena estación. Dos meses de verano nos permitirían navegar al través de aquella parte de la Antártida. Tendríamos tiempo para volver al círculo polar antes de la terrible estación austral. Y he aquí que la *Halbrane* se preparaba a poner el cabo al Norte.

Sí; tal era el pro de la cuestión. Verdad, tengo que confesarlo, que el contra se apoyaba en argumentos de valor real.

En primer lugar, hasta aquel día la *Halbrane* no había marchado a la ventura. Siguiendo el itinerario indicado por Arthur Pym, dirigíase a un punto claramente determinado: la isla Tsalal. El infortunado Patterson afirmaba que en esta isla, de yacimiento conocido, era donde nuestro capitán debía recoger a William Guy, y a los cinco marineros que habían escapado de la traición de Klock-Klock. Pero no les habíamos encontrado, ni a ningún indígena de aquel pueblo arrasado, no se sabe por que catástrofe, cuya fecha ignoramos. ¿Habían logrado huir antes de dicha catástrofe, que se efectuó después de la partida de Patterson, es decir, desde hacía menos de siete u ocho meses?

En todo caso, la cuestión quedaba reducida a este sencillo dilema- o la tripulación de la *Jane* había sucumbido y la *Halbrane* debía, partir sin dilación, o aquella había sobrevivido y no se debían abandonar las pesquisas.

Y bien: aceptando el segundo término, ¿qué se debía hacer más que escudriñar isla por isla el grupo del Oeste señalado en la relación de Arthur Pym, grupo donde acaso no se habían sentido los efectos del terremoto? Además, en

defecto de este grupo, ¿no habían, podido los fugitivos de la isla Tsalal refugiarse en alguna otra parte de la Antártida? ¿No existían numerosos archipiélagos en medio de aquella mar libre que la embarcación de Arthur Pym y del mestizo habían recorrido hasta se ignoraba dónde?

Verdad es que, si su canoa había sido arrastrada más allá del 84º, ¿dónde hubiera podido tocar en tierra, si ninguna había, ni insular ni continental, en aquella inmensidad de agua? Aparte esto, en caso de repetirlo, el final de la relación está lleno de cosas extrañas, inverosímiles, confusas, nacidas de las alucinaciones de un cerebro casi enfermo.

Ahora sí que Dirk Peters nos hubiera sido útil, de tener el capitán Len Guy la suerte de haberle encontrado en su retiro de Illinois y de embarcarle en la *Halbrane*.

Volviendo a la cuestión: en caso de que se decidiera continuar la campaña, ¿hacia qué punto de aquellas misteriosas regiones debía dirigirse nuestra goleta? ¿No se vería reducida a ir al azar?

Además, otra dificultad: la tripulación de la *Halbrane*, ¿consentiría en correr los azares de una navegación tan llena de lo desconocido, en hundirse más en las regiones del polo, con el temor de chocar contra un infranqueable banco de hielo cuando se tratara de volver a ganar los marca de América o de África?

En efecto, algunas semanas más, y el invierno antártico traería su cortejo de intemperies y fríos. Aquella mar, actualmente libre, se congelaría y no sería navegable. Quedar prisionero en medio de los hielos durante siete u ocho meses,

sin tener seguridad de acostar en ninguna parte, ¿no haría retroceder a los más valientes? ¿Tenían los jefes de la tripulación el derecho de arriesgar la vida de ésta por la débil esperanza de recoger a los sobrevivientes de la *Jane*?

En esto había pensado el capitán Len Guy desde la víspera. Después, con el corazón herido, y sin esperanza de encontrar a su hermano y a sus compatriotas, acababa de ordenar, con voz temblorosa por la emoción:

-¡Mañana, al alba, partiremos!

En mi opinión, le era preciso tanta energía moral para volver atrás como la que había mostrado para ir hacia adelante. Pero su resolución estaba tomada, y él sabría esconder en sí el inexpresable dolor que le causaba el mal resultado de aquella campaña.

En lo que a mí se refería, confieso que experimenté un vivo descorazonamiento y un intenso disgusto ante la idea de que nuestra expedición terminara de tan desconsoladora manera. Después de haberme unido tan apasionadamente a las aventuras de la *Jane*, hubiera querido no suspender las pesquisas de los continentes al través de los parajes de la Antártida.

Y en nuestro caso, ¡cuántos navegantes hubieran tenido corazón para resolver el problema geográfico del polo austral! En efecto: la *Halbrane* había avanzado más allá de las regiones visitadas por los navíos de Weddell, puesto que la isla Tsalal estaba situada a menos de 7º del punto en que se cruzan los meridianos. Ningún obstáculo parecía oponerse a que ella pudiera elevarse a las últimas latitudes. Gracias a la

estación excepcional, ¿vientos y corrientes la conducirían tal vez a la extremidad del eje terrestre, del que no estaba alejada más que 400 millas? Si la mar libre se extendía hasta allí, la cosa sería cuestión de unos días. Si existía un continente, de algunas semanas. Mas en realidad nadie de nosotros pensaba en el polo Sur, y no era para llegar a él por lo que la *Halbrane* había afrontado los peligros del Océano antártico.

Además, admitiendo que el capitán Len Guy, deseoso de llevar más lejos sus investigaciones, hubiera obtenido la aquiescencia de Jem West, del contramaestre y de los antiguos tripulantes de la *Halbrane*, ¿hubiera podido decidir a los veinte reclutados en las Falklands, cuyas malas disposiciones fomentaba sin cesar Hearne? No. Era imposible. Ellos se hubieran seguramente negado a aventurarse más en los mares antárticos, y ésta debía de ser una de las razones por la que nuestro capitán, había tomado la resolución de volver hacia el Norte a pesar del profundo dolor que por ello experimentaba.

Considerábamos, pues, como terminada la campaña, y júzguese de nuestra sorpresa cuando oímos estas palabras:

-¿Y Pym? ¿El pobre Pym?

Me volví. El que acababa de hablar era Hunt. Inmóvil, aquel extraño personaje devoraba el horizonte con la mirada.

Había a bordo de la goleta tan poca costumbre de oír la voz de Hunt-acaso aquellas eran las primeras palabras que desde su embarco había pronunciado ante nosotros,-que la curiosidad llevó a su lado a todos los tripulantes. ¿Su inopi-

nada intervención no anunciaba- yo tuve el presentimiento de ello- alguna prodigiosa revelación?

Un ademán de Jem West envió a la tripulación a proa. No quedaron más que el lugarteniente, el contramaestre, el maestro velero Martín Holt y el maestro calafateador Hardie, que se consideraron autorizados para permanecer con nosotros.

- ¿Qué has dicho?- preguntó el capitán Len Guy, acercándose a Hunt.

-He dicho: ¿Y Pym? ¿El pobre Pym?

-Y bien: ¿qué pretendes al recordarnos el nombre del hombre cuyos detestables consejos han arrastrado a mi hermano hasta esta isla donde la *Jane* ha sido destruida, donde la mayor parte de su tripulación fue muerta, donde no hemos encontrado uno solo de los que aquí estaban hace siete meses?

Y como Hunt permaneciera en silencio:

-Responde- exclamó el capitán Len Gay, sin poderse contener.

La vacilación de Hunt no venía de no saber que responder, sino, corno se verá, de cierta dificultad para expresar sus ideas. Eran éstas muy claras, sin embargo, aunque sus frases fuesen entrecortadas. Tenía, en fin, una especie de lenguaje suyo, propio, y su pronunciación recordaba la de los indios de Far-West.

-He aquí... dijo: Yo no sé contar las cosas... Mi lengua se traba. Compréndame usted. He hablado de Pym... del pobre Pym... ¿no es eso?

-Sí- respondió el lugarteniente.- ¿Y qué tienes que decirnos de Arthur Pym?

-Tengo que decir..., que no se le debe abandonar.

-¿No abandonarle?- exclamé.

-¡No!¡Jamás! Piensen ustedes... ¡ Será cruel!... ¡muy cruel! Iremos a buscarle.

-¡A buscarle!- repitió el capitán Len Guy.

-Compréndame usted. Por eso me he embarcado a bordo de la *Halbrane*. Sí. ¡Para encontrar al pobre Pym!

-¿Y dónde está- pregunté,- si no es en el fondo de una tumba, en el cementerio de su país natal?

-¡No..., él está allí..., allí... solo..., solo!- respondió Hunt extendiendo su mano hacia el Sur... Desde entonces el sol se ha levantado once veces en este horizonte.

Hunt quería indicar las regiones antárticas: era evidente. Pero ¿qué pretendía?

-¿Es que tú no sabes que Arthur Pym ha muerto?- dijo el capitán Len Guy.

-¡Muerto!- repitió Hunt con un gesto expresivo.- No. Escuchen: Yo conozco las cosas... Comprendan... No ha muerto.

-Vamos, Hunt- dije yo.- ¿Recuerdas el último capítulo de las aventuras de Arthur Pym? ¿No refiere Edgard Poe que su fin ha sido repentino y deplorable?

Verdad es que el poeta americano no indicaba de qué manera había terminado aquella vida tan extraordinaria, e insisto en ello, esto me pareció siempre bastante sospechoso. ¿Iba, pues, a serme revelado el secreto de aquella muerte,

puesto que, a creer a Hunt, Arthur Pym no había vuelto de las regiones polares?

-Explícate, Hunt- ordenó el capitán Len Guy, que participaba de mi sorpresa.- Reflexiona... Tómate el tiempo que quieras, y di con claridad lo que tengas que decir.

Y mientras Hunt pasaba su mano por la frente, como para recoger lejanos recuerdos, yo hice la siguiente observación al capitán Len Guy:

-Hay algo singular en la intervención de este hombre, si no está loco.

Al oír estas palabras el contramaestre, movió la cabeza, pues, en su opinión, Hunt no gozaba de cabal sentido.

Este lo comprendió, y con voz dura dijo:

-No... No estoy loco... Los locos... allá abajo, en la Prairie... se les sujeta si no se les cree... Y a mí... es menester creerme... No... ¡Pym no está muerto!

-Edgard Poe lo afirma- respondí.

-Sí... lo sé... Edgard Poe de Baltimore. Pero él no ha visto nunca al pobre Pym. ¡Nunca!

-¿Cómo?- exclamó el capitán Len Guy.- ¿Esos dos hombres no se conocían?

-¡No!

-¿No ha sido el mismo Arthur Pym el que ha contado sus aventuras a Edgard Poe?

-¡No, capitán, no!- respondió Hunt.- Aquel que está allí, en Baltimore, no ha tenido más que las notas escritas por Pym desde el día en que se oculto a bordo del *Grampus*,

escritas hasta la última hora..., la última... ¡Comprenda usted..., Comprenda usted!

Indudablemente, el temor de Hunt era el no ser comprendido, y él lo repetía sin cesar. Por lo demás, lo que declaraba parecía inadmisible. ¡Según él, Arthur Pym no había jamás entrado en relaciones con Edgard Poe! ¡El poeta americano solamente había tenido conocimiento de las notas redactadas día por día durante el tiempo que duró aquel inverosímil viaje!

-¿Quién le ha entregado, pues, ese diario?- preguntó el capitán Len Guy, apoderándose de una mano de Hunt.

-El compañero de Pym... El que le amaba como a un hijo... El mestizo Dirk Peters, que volvió solo de allá abajo.

- ¡El mestizo Dirk Peters!... - exclamé.

-¡Sí!

-¿Solo?...

-Solo...

-Y Arthur Pym, ¿estará?...

-¡Allí!... - respondió Hunt con poderosa voz, inclinándose hacia las regiones del Sur, donde su mirada permanecía obstinadamente fija.

¿Podía tal afirmación vencer la general incredulidad? Ciertamente que no... Así es que Martín Holt dio a Hurliguerly con el codo, y ambos pareció que compadecían a Hunt, mientras que Jem West le observaba sin expresar sus sentimientos. Respecto al capitán Len Guy, me hizo seña de que no había que tomar en serio lo que decía aquel pobre

diablo, cuyas facultades mentales debían de estar perturbadas desde algún tiempo atrás.

Sin embargo, cuando yo examinaba a Hunt, creía sorprender una especie de luz de la verdad que se escapaba de sus ojos.

Entonces me ingenié para interrogarle, dirigiéndole preguntas precisas, a las que él intentó responder con afirmaciones sucesivas, en la forma que se va a ver, y sin contradecirse jamás.

-Veamos- le pregunté.- Después de haber sido recogido sobre el casco del *Grampus*, con Dirk Peters, ¿Arthur Pym vino a bordo de la *Jane* hasta la isla Tsalal?

-Sí.

-Durante una visita del capitán William Guy al pueblo Klock-Klock, ¿Arthur Pym se separó de sus compañeros al mismo tiempo que el mestizo y uno de los marineros?

-Sí-respondió Hunt.- El marinero Allen... que casi en seguida se ahogó bajo las piedras.

-Después, ¿ambos asistieron, desde lo alto de la colina, al ataque y a la destrucción de la goleta?

-Sí...

-Pasado algún tiempo, ¿abandonaron la isla, después de apoderarse de una de las embarcaciones que los indígenas no pudieron recuperar?

-Sí- Y veinte días más tarde, llegados ante la cortina de vapores, ¿ambos fueron arrastrados por la catarata?

Está vez Hunt no respondió afirmativamente... Dudó..., balbuceó palabras vagas... Parecía que pretendía reavivar el fuego de su memoria, medio extinguida.

Al fin, mirándome y sacudiendo la cabeza, respondió:

-No... Ambos no...Compréndame usted... Dirk Peters no me ha dicho nunca...

-Dirk Peters- preguntó vivamente el capitán Len Guy... -¿Tú has conocido a Dirk Peters?

- Sí.

-¿Dónde?

-En Vandalia... Estado de Illinois.

-Y ¿es él quien te ha suministrado tales noticias del viaje?

-Sí... Él.

-Y ¿ha vuelto solo..., solo de allí abajo..., dejando a Arthur Pym?

-Solo...

-¡Habla... habla, pues!- exclamé.

La impaciencia me consumía... ¿Cómo? ¿Hunt había conocido a Dirk Peters, y, gracias a éste, sabía cosas que yo creía imposibles de saber nunca? ¿Conocía el desenlace de aquellas aventuras extraordinarias?

Entonces, con frases entrecortadas pero inteligibles, respondió Hunt:

-Sí... allí... Una cortina de vapores... El mestizo me lo ha dicho a menudo... Compréndanme... Los dos, Arthur Pym y él, estaban en la canoa de Tsalal... Después..., un témpano... un enorme témpano, fue sobre ellos... Al choque, Dirk Peters cayó al mar... Pero pudo agarrarse al témpano..., subir sobre

él..., y, compréndanme..., vio danzar la canoa arrastrada por la corriente..., lejos... ¡muy lejos!... En vano Pym pretendió reunirse a su compañero... No pudo... La canoa se alejaba..., se alejaba..., llevándose a Pym... al pobre Pym... Por eso no ha vuelto...; está allí... ¡siempre allí!...

Realmente, si aquel hombre hubiera sido Dirk Peters en persona, no hubiera hablado con más emoción, con más fuego, del pobre y querido Pym...

Pero... si Arthur Pym había continuado elevándose hacia las más altas latitudes,¿cómo su compañero Dirk Peters había podido volver al Norte, pasar el banco de hielo, el círculo polar y regresar a América, trayendo aquellas notas que fueron comunicadas a Edgard Poe?

A todas estas preguntas respondió Hunt conforme, según decía, a lo que varias veces le había contado el mestizo...

Según él, Dirk Peters llevaba en su bolsillo el cuaderno de Arthur Pym cuando se asió al témpano, y de este modo se salvó el diario que el mestizo puso a disposición del novelista americano.

-Compréndanme- repetía Hunt...,- pues yo les digo las cosas tal como las he sabido por Dirk Peters... Mientras la deriva le arrastraba, él gritó con todas sus fuerzas... Pym, el pobre Pym, había ya desaparecido en medio de la cortina de vapores. En cuanto al mestizo, alimentándose con los peces crudos que podía coger, fue arrastrado por una contracorriente a la isla Tsalal, donde desembarcó medio muerto de hambre.

-¡A la isla Tsalal!- exclamó el capitán Len Guy... - Y ¿cuánto tiempo hacía que la abandonó?

-Tres semanas... Sí..., tres semanas- según me ha dicho Dirk Peters.

-Entonces ha debido encontrar lo que restaba de la tripulación de la *Jane*- dijo el capitán.- A mi hermano William y a los que sobrevivan.

-No- respondió Hunt...;- y Dirk Peters ha creído siempre que todos habían perecido... ¡Sí!; ¡todos! No había nadie en la isla...



-¡Nadie!- repetí muy sorprendido de esta afirmación.

-¡Nadie!- declaró Hunt.

-¿Pero la población de la isla Tsalal?...

-Nadie..., repito..., nadie... Isla desierta... ¡Sí!...¡Desierta!

Esto contradecía absolutamente algunos hechos de los que estábamos seguros. Después de todo, podía ser que,

cuando Dirk Peters volvió a la isla Tsalal, la población, llena de espanto por causa ignorada, hubiera ya buscado refugio en el grupo del Sudeste, y que William Guy y sus compañeros estuvieran aun ocultos en las gargantas de Klock-Klock.

Esto explicaba la razón de no haberlos encontrado el mestizo, y también de que los sobrevivientes de la *Jane* no hubieran tenido nada que temer de los insulares durante los once años de su estancia en la isla. Por otra parte, puesto que Patterson les había dejado siete meses antes, si nosotros no los encontrábamos es que habían abandonado la isla Tsalal, convertida en inhabitable a consecuencia del temblor de tierra.

-¿De modo-insistió el capitán Len Guy- que al regreso de Dirk Peters, ni un habitante en la isla?

-¡Nadie!- repitió Hunt- ¡Nadie! El mestizo no encontró un solo indígena.

-¿Y qué hizo entonces Dirk Peters? preguntó el contramaestre.

-¡Compréndanme!- respondió Hunt.

-Allí había una canoa abandonada, en el fondo de la bahía..., conteniendo carne seca y varios barriles de agua dulce. El mestizo se arrojó en ella. Un viento del Sur... sí, del Sur, muy vivo- el que con la contracorriente lo llevó sobre el témpano a la isla Tsalal- le arrastró durante semanas y semanas por el lado del banco de hielo, que pudo atravesar por un paso. Créanme, porque no hago más que repetir lo

que Dirk Peters me ha dicho cien veces. ¡Sí! Un paso... y franqueó el círculo polar.

-¿Y después?- pregunté.

-Después fue recogido por un ballenero americano, el *Sandy Hook*, y conducido a América.

He aquí, pues, suponiendo verídica la relación de Hunt- y era posible que lo fuera,- de qué manera se había desenlazado, al menos en lo que a Dirk Peters concernía, aquel terrible drama de las regiones antárticas. De vuelta en los Estados Unidos, el mestizo se había puesto en relaciones con Edgard Poe, entonces editor del *Southern Literary Messenger*, y de las notas de Arthur Pym había salido aquella prodigiosa relación, no imaginaria, como hasta entonces se había creído, y a la que faltaba el supremo desenlace.

La parte imaginativa de esta obra estaba sin duda en las extrañas singularidades señaladas en los últimos capítulos, a menos que, presa del delirio de las últimas horas, Arthur Pym hubiera creído ver aquellos prodigiosos sobrenaturales fenómenos a través de la cortina de vapores.

Fuera lo que fuera, lo cierto era que Edgard Poe no había visto nunca a Arthur Pym; y queriendo dejar a los lectores en una incertidumbre sobrexcitante, le había hecho morir de aquella muerte tan repentina como deplorable, cuya naturaleza y causa no indicaba.

Ahora bien: si Arthur Pym no había vuelto, ¿podía razonablemente admitirse que no hubiera sucumbido en breve espacio, después de ser separado de su compañero?

¿Que viviría aun aunque hubiesen transcurrido once años desde su desaparición?

-¡Sí!... ¡sí!...- respondió Hunt.

Y afirmaba con tal convicción que Dirk Peters había debido pasar a su alma cuando ambos habitaban en el pueblo de Vandalia, en el fondo de Illinois.

Ahora era ocasión de preguntarse si Hunt poseía cabal su juicio.

¿No había sido él quien, durante una crisis mental- yo no lo dudaba- después de introducirse en mi cámara, había murmurado estas palabras a mi oído:

-¿Y Pym... el pobre Pym?

¡Sí!...;. ¡Yo no había soñado!

En resumen: si todo lo que acababa de decir Hunt era verdadero: si no hacía más que relatar los secretos que Dirk Peters le había confiado, ¿debía ser creído cuando repetía con voz a la vez imperiosa y suplicante:-¡Pym no ha muerto! ¡Pym está allí! ¡Es preciso no abandonar al pobre Pym!

Cuando terminé mi interrogatorio, el capitán Len Guy, saliendo al fin de su meditación, ordenó con voz brusca:

-¡Toda la tripulación a popa!

Cuando los marineros estuvieron reunidos en torno de él, dijo:

- Escucha, Hunt, y piensa en la gravedad de las preguntas que voy a hacerte.

Hunt levantó la cabeza y paseó su mirada por los tripulantes de la *Halbrane*.

-¿Afirmas que todo lo que acabas de decir acerca de Arthur Pym es verdadero?

-¡Sí!- respondió Hunt, acentuando con ademán rudo su afirmación.

-¿Tú has conocido a Dirk Peters?

-Sí.

-¿Has vivido con él algunos años en Illinois?

-Durante nueve años.

-¿Él te ha contado esas cosas con frecuencia?

- Sí.

-Y por tu parte, ¿no pones en duda que te haya dicho la verdad?

- No.

-Y bien, ¿no ha tenido nunca el pensamiento que alguno de los hombres de la *Jane* hubiera podido quedar en la isla Tsalal?

-No.

-¿Creía él que William Guy y sus compañeros habían perecido todos en la catástrofe de las colinas de Klock-Klock?

-¡Sí, y según lo que él me ha repetido con frecuencia, también Pym lo creía!

-Y ¿donde has visto a Dirk Peters por última vez?

-En Vandalia.

-¿Hace mucho?

-Dos años.

-Y de vosotros dos, ¿tú has, abandonado el primero a Vandalia?

Parecióme advertir una ligera vacilación en Hunt al responder:

-La hemos abandonado juntos.

-¿Para ir tú?

-A las Falklands.

-¿Y él?

-¡Él!- repitió Hunt.

Y su mirada fue finalmente a detenerse sobre nuestro maestro velero Martín Hult, al que había salvado la vida con peligro de la suya durante la tempestad.

-Vamos- dijo el capitán Len Guy,- ¿comprendes lo que te pregunto?

-¡Sí!

-¡Responde entonces! Cuando Dirk Peters partió de Illinois, ¿ha abandonado América?

-Sí.

-¿Para ir?... ¡Habla!

-¡A las Falklands!

-¿Y dónde está ahora?

-¡Delante de usted!

XVIII

DECISIÓN TOMADA.

¡Dirk Peters! Hunt era el mestizo Dirk Peters, el devoto compañero de Arthur Pym, el que el capitán Len Guy había durante tanto tiempo y tan inútilmente buscado en los Estados Unidos, y la presencia del cual iba tal vez a darnos una nueva razón para proseguir aquella campaña!

No me asombraría que con un poco de olfato el lector haya desde páginas anteriores reconocido a Dirk Peters en Hunt y que esperase este golpe teatral. Hasta afirmo que lo contrario me hubiera sorprendido.

En efecto; nada más natural ni más indicado que este razonamiento: ¿Cómo el capitán Len Guy y yo, que tan a menudo leíamos la obra de Edgard Poe, en la que se traza con preciso dibujo el retrato de Dirk Peters, no habíamos sospechado que el hombre embarcado en las Falklands y el mestizo era una misma persona? ¿No era una falta de perspicacia por nuestra parte?

Lo concedo, y, sin embargo, la cosa se explica hasta cierto punto.

Sí, todo en Hunt revelaba origen indiano, que era el de Dirk Peters, puesto que pertenecía a la tribu de los Upsarokas del Far-West, y esto tal vez hubiera debido lanzarnos al camino de la verdad.

Pero considérense las circunstancias en las que Hunt se había presentado al capitán Len Guy, circunstancias que no permitían poner en duda su identidad. Hunt habitaba en las Falklands, muy lejos de Illinois, en medio de marineros de distintas nacionalidades que aguardaban la estación de la pesca para pasar a bordo de los balleneros. Desde su embarco se había mantenido con nosotros en la mayor reserva. Aquella era la primera vez que le oíamos hablar, y nada hasta entonces- en lo que a su actitud se refiere al menos- había inducido a creer que ocultase su verdadero nombre. Y se acababa de ver que sólo a las últimas instancias del capitán se había declarado.

Verdad que Hunt era un tipo bastante extraordinario para provocar nuestra atención. Sí, ahora recordaba yo sus extrañas maneras desde que la goleta había franqueado el circulo polar, desde que navegaba por la mar libre; sus miradas, dirigidas incesantemente hacia el horizonte del Sur; su mano, que por movimiento instintivo se tendía en dicha dirección. Después, en el islote Bennet parecía haberle visitado ya, y en él había descubierto un resto de la *Jane*, y, en fin, en la isla Tsalal él había tomado la delantera, y nosotros le habíamos seguido como a un guía al través de la planicie

agitada hasta el lugar que ocupaba el pueblo de Klock-Klock, a la entrada de la quebrada, cerca de la colina donde se cruzaban los laberintos, de los que ninguna señal quedaba. Sí. Todo esto hubiera debido ponernos alerta, hacer nacer-en mí por lo menos-el pensamiento de que Hunt pudiera estar mezclado a las aventuras de Arthur Pym.

Pues bien; no solamente el capitán Len Guy, sino también su pasajero Jeorling, tenían una venda sobre los ojos. Lo confieso; éramos dos ciegos, y ciertas páginas del libro de Edgard Poe debían habernos dado gran clarividencia.

En suma: no había que poner en duda que Hunt fuese realmente Dirk Peters. Aunque once años más viejo, era aun tal como Arthur Pym le había pintado. Verdad que el aspecto feroz de que habla la relación no existía, y, por otra parte, según el mismo Arthur Pym declaraba, no era más que ferocidad aparente. En lo físico nada había cambiado: la estatura pequeña, la musculatura recia, los miembros colocados en una mole de hércules, y las manos tan grandes y gruesas que apenas habían conservado la forma humana; las piernas y brazos arqueados, la cabeza de prodigioso tamaño y la boca enorme, con anchos dientes que los labios no cubrían jamás, ni aun en parte. Lo repito: tales señas concordaban perfectamente con las de nuestro reclutado de las Falklands.

Pero no se encontraba ya en su rostro aquella expresión que, si era el síntoma de la alegría, no podía ser más que «la alegría del demonio».

En efecto: el mestizo había cambiado con la edad, la experiencia, los golpes de la vida, las terribles escenas en que había tomado parte-incidentes como decía Arthur Pym- «completamente fuera del registro de la experiencia, y que traspasaban los límites de la credulidad de los hombres».

Sí. La ruda lucha de las pruebas sufridas había desgastado el espíritu de Dirk Peters. ¡No importa! Era siempre el fiel compañero al que Arthur Pym había debido a menudo su salvación; aquel Dirk Peters que le amaba como a un hijo, y que nunca había perdido la esperanza de volverle a encontrar algún día en las espantosas soledades de la Antártida.

Ahora bien: ¿por qué Dirk Peters se ocultaba en las Falklands bajo el nombre de Hunt? ¿Por qué desde su embarco en la *Halbrane* había procurado conservar su incógnito? ¿Por qué no había dicho quién era, puesto que conocía las intenciones del capitán Len Guy, cuyos esfuerzos todos tendían a salvar a sus compatriotas, siguiendo el itinerario de la *Jane*?

¿Por qué? Sin duda porque temía que su nombre inspirase horror. ¿No era él el hombre que se había mezclado a las espantosas escenas del *Grampus*, el que había muerto al marinero Parker, quien se había alimentado de la carne de éste y bebido de su sangre? Para que revelase su nombre preciso era que esperase que, gracias a su revelación, la *Halbrane* intentaría encontrar a Arthur Pym.

Después de haber vivido durante algunos años en Illinois, el mestizo se había instalado en las Falklands con el único objeto de aprovechar la primera ocasión que se

ofreciera para volver a los mares antárticos. Al embarcarse en la *Halbrane*, ¿contaba con decidir al capitán Len Guy, cuando éste hubiera recogido a sus compatriotas en la isla Tsalal, a elevarse a más altas latitudes, prolongando la expedición en beneficio de Arthur Pym? Y, sin embargo, ¿qué hombre de buen sentido hubiera admitido que aquel infortunado viviese después de once años? Al menos, la existencia del capitán William Guy y de sus compatriotas estaba asegurada con los recursos de la isla Tsalal, y además las notas de Patterson afirmaban que ellos se encontraban allí cuando él les había abandonado. En cuanto a la existencia de Arthur Pym...

Sin embargo, ante la afirmación de Dirk Peters-la que, lo reconozco, no descansaba en base sólida-mi espíritu no protestó, como parecía ser lo indicado. No. Y cuando el mestizo gritó.-¡Pym no ha muerto! ¡Pym está allí! ¡Es preciso no abandonar al pobre Pym!, aquel grito me conmovió profundamente.

Y entonces pensé en Edgard Poe, y me preguntaba cuál sería su actitud, tal vez su confusión, si la *Halbrane* llevaba a aquel cuya muerte, tan repentina como deplorable, había anunciado el célebre novelista.

Decididamente, desde que había resuelto tomar parte en la campaña de la *Halbrane* yo no era el mismo, el hombre práctico y razonable de otra época.¿Cómo? ¿A propósito de Arthur Pym sentía yo latir mi corazón como latía el de Dirk Peters? ¿Al abandonar la isla Tsalal, para ir al Norte, hacia el Atlántico, se apoderaba de mí la idea de que esto era olvidarse de un deber de humanidad, el deber de ir en

socorro de un infeliz abandonado en los helados desiertos de la Antártida?

Verdad que pedir al capitán Len Guy que aventurase la goleta más allá de aquellos mares; obtener este nuevo esfuerzo de la tripulación después de tantos peligros perdidos para todo, fuera exponerse a una negativa, y al cabo mi intervención sobraba entonces. Y, sin embargo, yo comprendía que Dirk Peters contaba conmigo para defender la causa del pobre Pym.

Un largo silencio siguió a la declaración del mestizo. Nadie pensaba en sospechar de la veracidad de éste. Había dicho: Yo soy Dirk Peters. Era Dirk Peters.

En lo que se refería a Arthur Pym, que no hubiese vuelto a América, que hubiera sido separado de su compañero y arrastrado después con la canoa hacia las regiones del polo, eran hechos admisibles, y nada autorizaba a creer que Dirk Peters no dijera la verdad. Pero que Arthur Pym viviese aun, como el mestizo declaraba; que el deber mandase lanzarse en su busca, como él pedía, exponiéndose a tantos peligros nuevos, era cuestión distinta.

Sin embargo, resuelto a apoyar a Dirk Peters, pero temiendo avanzar por terreno donde corría el riesgo de ser vencido desde el principio, empleé el argumento, muy aceptable, que ponía en el tapete la cuestión del capitán William Guy y los cinco marineros, de los que no habíamos encontrado huella en la isla Tsalal.

-Amigos míos- dije,- antes de tomar resolución definitiva, lo prudente es mirar la cuestión con sangre fría. ¿No sería un

eterno disgusto, un remordimiento grande abandonar nuestra expedición tal vez en el momento en que tenía probabilidades de buen éxito? Reflexione usted, capitán, y ustedes también, compañeros. Hace menos de siete meses que nuestros compatriotas fueron dejados con vida por el infortunado Patterson en la isla Tsalal. Si estaban aquí en tal época y es indudable que desde hace once años gracias a los recursos de la isla, habían podido asegurar su existencia, no teniendo nada que temer de los insulares, de los que una parte había sucumbido en circunstancias que ignoramos, y la otra se había probablemente transportado a alguna isla vecina. Esto es la misma evidencia, y no creo que se pueda objetar nada a este razonamiento.

Nadie respondió... No había nada que responder.

-Si no hemos encontrado al capitán de la *Jane* y a los suyos- continué animándome,- es que después de la partida de Patterson, se han visto obligados a abandonar la isla Tsalal... ¿Por qué? En mi opinión, porque el terremoto la conmovió de tal forma que quedó inhabitable. ¿Pero les habrá bastado con una embarcación indígena para ganar, con la corriente del Norte, o una isla o algún otro punto del continente antártico? No creo ir muy lejos afirmando que las cosas hayan pasado de este modo; y, en todo caso, lo que sé, lo que repito, es que nada habremos hecho si no continuamos las investigaciones, de las que depende la salvación de vuestros compatriotas.

Interrogué con la mirada a mi auditorio. No obtuve respuesta.

El capitán Len Guy, presa de la más viva emoción, inclinaba la cabeza, pues comprendía que yo tenía razón; que yo indicaba, al invocar los deberes de humanidad, la única conducta propia de gentes de corazón.

-Y ¿de qué se trata?- añadí tras breve pausa.- De franquear algunos grados en latitud cuando la mar es navegable, cuando la estación nos asegura dos meses de buen tiempo, y cuando nada tenemos que temer del invierno austral, cuyos rigores yo no os pido que desafiéis. ¿Dudaremos, cuando la *Halbrane* está bien aprovisionada, su tripulación completa y sin ningún enfermo a bordo? ¿Nos atemorizarán imaginarios peligros? ¿No tendremos valor para ir más allá?...

Y mostré el horizonte del Sur, mientras que Dirk Peters le mostraba también, sin pronunciar una palabra, con ademán imperativo que hablaba por él.

¡Siempre los ojos fijos en nosotros, y tampoco respuesta esta vez!

Seguramente, la goleta podría, sin gran imprudencia, aventurarse por aquellos parajes, durante ocho o nueve semanas. Estábamos a 26 de Diciembre, y en Enero, Febrero, y aun Marzo, se habían efectuado las expediciones anteriores- las de Bellingshausen, Biscoe, Kendal, Weddell, los que habían podido volver hacia el Norte antes que el frío les cerrase toda salida.

Además, si sus navíos no se habían aventurado tanto en las regiones australes como yo había pretendido de la *Hal-*

brane, no habían sido favorecidos, como nosotros podíamos esperar serlo, en tales circunstancias.

Hice valer estos diversos argumentos, espiando una señal de aprobación..., que nadie hacía.

Silencio absoluto... Bajos todos los ojos.

Y, sin embargo, yo no había pronunciado una sola vez el nombre de Arthur Pym, ni apoyado la proposición de Dirk Peters. De hacerlo, ¡qué encogimientos de hombros no hubieran respondido, y, tal vez, qué amenazas contra mi persona!

Preguntábame yo si había o no conseguido llevar mis sentimientos al alma de mis compañeros, cuando el capitán Len Guy tomó la palabra.

-Dirk Peters- dijo,- ¿afirmas que Arthur Pym y tú, después de vuestra partida de la isla Tsalal, habéis entrevisto tierras en dirección Sur?

-Sí... Tierras...- respondió el mestizo-, islas o continente... Compréndame...; y allí... yo creo, estoy seguro que Pym, el pobre Pym, espera que se vaya en su socorro...

-Allí esperan también, quizás, William Guy y sus compañeros-exclamé, a fin de llevar la discusión a mejor terreno.

Y realmente, ¡aquellas tierras eran un punto tan fácil de tocar!...

La *Halbrane* no navegaría a la ventura... Iría adonde era posible que se hubiesen refugiado los sobrevivientes de la *Jane*...

El capitán Len Guy no volvió a hacer uso de la palabra sino después de haber reflexionado algunos, instantes.

-Y más allá del 84 grado, Dirk Peters- dijo,- ¿es cierto que el horizonte está cerrado por esa cortina de vapores, de la que en el libro de Edgard Poe se habla? ¿La has visto tú con tus propios ojos, y también esas cataratas aéreas y ese abismo en el que se perdió la canoa de Arthur Pym?

Después de mirarnos a unos y a otros, el mestizo meneó su enorme cabeza.

-No sé... - dijo.- ¿Qué me pregunta usted, capitán? ¿Una cortina de vapores? Sí... Tal vez... y también apariencias de tierra hacia el Sur...

Evidentemente, Dirk Peters no había leído el libro de Edgard Poe, y hasta era probable que no supiera leer. Después de haber entregado el diario de Arthur Pym, él no se había preocupado de su publicación. Retirado a Illinois primero, y a las Falklands después, nada sospechaba del ruido que la obra había hecho, ni del fantástico e inverosímil desenlace dado por nuestro gran poeta a aquellas aventuras.

Y, además, ¿no era posible que Arthur Pym, con su propensión a lo sobrenatural, hubiera creído ver cosas prodigiosas, únicamente debidas al exceso de su imaginación?

Entonces, y por primera vez, desde el principio de esta discusión, se oyó la voz de Jem West. Yo no hubiera podido decir si el lugarteniente era de mi opinión y si mis argumentos le habían convencido. El se limitó a preguntar.

-Capitán... Espero sus órdenes.

El capitán Len Guy se volvió a la tripulación. Antiguos y nuevos le rodeaban, mientras Hearne permanecía un poco apartado, dispuesto a intervenir si consideraba oportuna su intervención.

El capitán Len Guy interrogó con la mirada al contramaestre y a sus compañeros, con los que podía contar. Ignoro si en su actitud notó aquiescencia a la continuación del viaje; pero lo oí murmurar:

-¡Si no dependiese más que de mí!... ¡Si todos me asegurasen su concurso!

En efecto: sin una conformidad común no era posible lanzarse a nuevas aventuras.

Hearne tomó entonces la palabra, y, con rudeza, dijo:

-Capitán. Hace dos meses que abandonamos las Falklands... ¡Mis compañeros fueron reclutados para una navegación, que no debía conducirles más allá del banco de hielo, más lejos de la isla Tsalal!

-¡No es así!- exclamó el capitán Len Guy, excitado por la declaración de Hearne... - ¡No es así! ¡Yo os he reclutado para una campaña que tengo derecho a seguir hasta donde me plazca!

-Perdón, capitán- respondió Hearne secamente...;- pero hemos llegado donde ningún navegante ha llegado nunca; donde jamás se ha arriesgado ningún navío, salvo la *Jane*. Así, mis compañeros y yo pensamos que conviene volver a las Falklands antes de la mala estación. De allí, usted puede volver a la isla Tsalal y hasta llegar al polo, si eso le agrada.

Un murmullo de aprobación se dejó oír. No había duda que Hearne traducía los sentimientos de la mayoría, que precisamente estaba formada por los nuevos reclutados. Ir contra su opinión, exigir obediencia de aquellos hombres mal dispuestos a obedecer, y en estas condiciones venturarse al través de los lejanos parajes de la Antártida, hubiera sido acto de temeridad, y hasta acto de locura, que hubiera traído alguna catástrofe.



Jem West intervino, y adelantando hacia Hearne le dijo con voz amenazadora:

-¿Quién te ha dado permiso para hablar?

-El capitán nos preguntaba- replicó Hearne.-Yo tenía el derecho de responder.

Y estas palabras fueron pronunciadas con tal insolencia, que el lugarteniente, tan dueño de sí por costumbre, se disponía a dar libre curso a su cólera, cuando el capitán le detuvo con un gesto y dijo:

-¡Cálmate, Jem! Nada haremos a no estar todos de acuerdo.

Después, dirigiéndose al contramaestre, añadió:

-¿Qué opinas tú, Hurliguerly?

-Es muy sencillo- respondió el contramaestre.- Yo obedeceré las órdenes de usted, sean las que sean. Nuestro deber es no abandonar a William Guy y a sus compañeros mientras probabilidad de salvarles.

El contramaestre se detuvo un instante, mientras varios marineros, Drap, Rogers, Gratián, Stern y Burry, daban inequívocas muestras de aprobación.

-En lo que concierne a Arthur Pym-añadió.

-No se trata de Arthur Pym- interrumpió vivamente el capitán-, sino de mi hermano William Guy, y de sus compañeros.

Y como yo viera que Dirk Peters iba a protestar, le cogí por un brazo, y aunque temblase de cólera, se calló.

¡No!... No era oportuno momento para volver al caso de Arthur Pym. Creí que no había más recurso que fiar en el porvenir, aprovecharse de las circunstancias de aquella navegación y arrastrar a los marineros inconscientemente. Sin embargo, creí deber ayudar a Dirk Peters de una manera directa.

El capitán Len Guy continuó su interrogatorio. Quería conocer los nombres de aquellos con quienes podía contar. Todos los antiguos aceptaron sus proposiciones, y se comprometieron a no discutir jamás sus órdenes y a seguirle tan lejos como a él le conviniera. Estos valientes fueron imitados por algunos de los reclutados, tres solamente, de nacionalidad inglesa. No obstante, parecióme que la mayoría, participaba de la opinión de Hearne. Para ellos la campaña de la *Halbrane* había terminado en la isla Tsalal. De aquí el que se negasen a ir más lejos o hiciesen demanda formal de poner el cabo al Norte, a fin de franquear el banco de hielo en la época más favorable de la estación.

Eran unos veinte los que tal pretendían, y Hearne había interpretado sus sentimientos. Obligarlos hasta a que ayudasen a las maniobras de la goleta cuando ésta se dirigiera al Sur, hubiera sido provocarles a la rebelión.

No quedaba más recurso que despertar su codicia. Entonces yo tome la palabra, y con voz firme, que a nadie hubiera autorizado para dudar de lo serio de mi proposición, les dije:

-¡Marineros de la *Halbrane*, escuchadme! Como diversos Estados han hecho en sus viajes de descubrimientos a las regiones polares, yo ofrezco una prima a la tripulación de la goleta. Os daré 2.000 dollars por cada grado que alcancemos más allá del paralelo 84.

El ofrecimiento de 70 dollars por persona no dejaba de ser tentador, y comprendí que había tocado en lo vivo.

-Voy-añadí-a firmar ahora mismo este compromiso. El capitán Len Guy será vuestro mandatario, y las cantidades ganadas os serán entregadas a vuestro regreso, cualesquiera que sean las condiciones en que se efectúa.

Esperé el efecto de esta promesa, que no se hizo esperar.

-¡Hurra!- gritó el contramaestre a fin de despertar el entusiasmo de sus camaradas, que casi unánimemente unieron sus hurras a los de aquel.

Hearne no hizo oposición alguna. Siempre le quedaba el recurso de aconsejar a los demás en mejores circunstancias.

El pacto estaba hecho, y para conseguir mis fines hubiera sacrificado mayor suma.

Verdad que no estábamos más que siete grados del polo, austral, y si la *Halbrane* llegaba a él, no me costaría más que 14.000 dollars.

XIX

EL GRUPO DESAPARECE.

A primera hora del viernes 27 de Diciembre, la *Halbrane* puso el cabo al Suroeste.

El servicio de a bordo, marchó como de costumbre, con la misma obediencia y la misma regularidad. Entonces no era ni peligroso ni cansado. El tiempo era siempre bueno y la mar también. Si estas condiciones no transformaban los gérmenes de la insurrección, y yo lo esperaba, no encontrarían motivo para desarrollarse, y no habría dificultades. Además, el cerebro trabaja poco en las naturalezas groseras.

Los ignorantes no se abandonan nunca al fuego de la imaginación; encerrados en el presente, el porvenir no les preocupa.

Sólo el hecho brutal que les pone frente a la realidad les saca de su indiferencia.

¿Se produciría este hecho?

En lo que concierne a Dirk Peters, reconocida su identidad, ¿no debía de cambiar nada en su manera de ser, y continuaría tan poco comunicativo como de costumbre? Debo hacer presente que, después de la revelación, los marineros no parecía que sentían repugnancia por motivo de las escenas del *Grampus*, excusables, después de todo, dadas las circunstancias. Además, ¿podía olvidarse que el mestizo había arriesgado su vida por salvar la de Martín Holt? No obstante, él continuó separado del resto, comiendo en un rincón, durmiendo en otro... navegando «al largo de la tripulación». ¿Tenía, pues, para conducirse de tal modo, algún otro motivo que ignorábamos, y que tal vez el porvenir nos haría conocer?

Los persistentes vientos de la parte Norte, que habían arrastrado a la *Jane* hasta la isla Tsalal, y a la canoa de Arthur Pym a algunos grados más allá, favorecían la marcha de nuestra goleta. Amuras a babor, Jem West podía cubrirla de tela, utilizando la brisa fresca y regular. Nuestra roda hundía rápidamente aquellas aguas transparentes, y no lechosas, que dejaban blanca estela en la popa.

Después de la escena de la víspera, el capitán Len Guy había descansado algunas horas. ¡Por qué obsesionantes pensamientos había sido turbado este descanso! De una parte, la esperanza del resultado de las nuevas pesquisas; de otra, la responsabilidad de tal expedición al través de la Antártida. Cuando le vi, al siguiente día, sobre el puente, en el momento en que el lugarteniente se paseaba por la popa, nos llamó a los dos.

-Señor Jeorling- me dijo-, con la muerte en el alma me había decidido a elevar la goleta hacia el Norte. ¡Sentía que no había hecho cuanto tenía que hacer en favor de nuestros desgraciados compatriotas! ¡Pero comprendía que la mayor parte de los tripulantes se pondría en contra mía si yo intentaba arrastrarla más allá de la isla Tsalal!

-En efecto, capitán- respondí.- Tal vez hubiera estallado una rebelión a bordo.

-Rebelión que hubiéramos dominado- respondió fríamente Jem West- aunque fuese rompiendo la cabeza a ese Hearne, que no cesa de excitar a sus compañeros.

-Hubieras hecho bien- respondió el capitán Len Guy.- Pero, hecha tal justicia, ¿qué hubiera sido del acuerdo, del que tanta necesidad tenemos?

-Bien- dijo Jem- Vale más que no haya habido necesidad de emplear la violencia... Pero, en lo sucesivo, que Hearne tenga cuidado conmigo.

-Sus compañeros- dijo el capitán- se han apaciguado con las primas que se les ha ofrecido. La generosidad del señor Jeorling ha producido buen efecto... Yo se lo agradezco.

-Capitán- dije-, en las Falklands le manifesté a usted mi deseo de asociarme pecuniariamente a su empresa. Se ha presentado la ocasión, que yo he aprovechado y nada tiene usted que agradecerme.

Consigamos nuestro objeto; salvemos a William Guy y a los cinco marineros de la *Jane*... Es todo lo que pido.

El capitán me tendió la diestra, que yo estreché cordialmente.

-Señor Jeorling -añadió-, habrá usted notado que la *Halbrane* no lleva el cabo al Sur, aunque las tierras entrevistas por Dirk Peters- o las apariencias de tierra por lo menos- estén en esa dirección.

-Lo he notado, capitán.

-Y a propósito de ello- dijo Jem West-, no olvidemos que la relación de Arthur Pym no contiene nada que se refiera a esas tierras del Sur, y que, en suma, no tenemos más datos que las declaraciones del mestizo.

-Es verdad, lugarteniente- respondí.

-Pero ¿hay motivo para dudar de lo que dice Dirk Peters? Su conducta desde que se embarcó, ¿no es para inspirar toda confianza?

-Nada tengo que reprocharle desde el punto de vista del servicio- replicó Jem West.

-Y no ponemos en duda ni su valor, ni su honradez- declaró el capitán Len Guy- y esta buena opinión la justifica, no ya su comportamiento a bordo de la *Halbrane* sino cuanto ha hecho cuando navegaba en el *Grampus* primero, y en *Jane* después.

-¡Buena opinión que merece!- añadí. No sé por qué, me sentía inclinado a tomar la defensa del mestizo.

¿Era acaso que yo presentía que aun le quedaba un papel importante en el curso de la expedición, porque el se creía seguro de encontrar a Arthur Pym... por el que decididamente yo me interesaba?

Convengo, sin embargo, que, en lo que se refería a su antiguo compañero, las ideas de Dirk Peters podían parecer absurdas. El capitán, Len Guy no dejó de hacerlo notar.

-No debemos olvidar, señor Jeorling- dijo,- que el mestizo ha conservado la esperanza de que Arthur Pym, después de ser arrastrado al través del mar antártico, ha podido llegar a alguna tierra más meridional..., donde aun estará vivo.

-¡Vivo, después de once años en los parajes polares! -exclamó Jem West.

-Es bastante difícil, capitán, lo confieso- respondí-, y no obstante, pensándolo bien, ¿sería imposible que Arthur Pym hubiera encontrado más al Sur una isla semejante a la de Tsalal, donde William Guy y sus compañeros han podido vivir durante el mismo tiempo?

-Imposible, no, señor Jeorling. Probable, no lo creo.

-Y hasta- añadí, y siempre en el terreno de las hipótesis,- ¿por qué vuestros compatriotas, después de abandonar a Tsalal, y arrastrados por la misma corriente, no habían de poder reunirse con Arthur Pym allí donde tal vez ...?

No acabé, pues, tal suposición; no hubiera sido aceptada, y no había para qué insistir, en aquel momento, en el proyecto de ir en busca de Arthur Pym, una vez encontrados los hombres de la *Jane*..., si es que los encontrábamos...

El capitán Len Guy volvió al objeto de la conversación.

-Decía- continuó,- que, si no he tomado el camino del Sur, es porque tengo la intención de reconocer primeramente

el yacimiento de las islas próximas a Tsalal; el grupo situado al Oeste.

-Buena idea- dije;- y visitando esas islas tal vez adquiramos la certeza de que el temblor de tierra se ha producido en reciente fecha.

-Reciente... Eso no es dudoso- afirmó el capitán Len Guy,- y posterior a la partida de Patterson, puesto que el segundo de la *Jane* había dejado a sus compatriotas en la isla.

Se sabe por qué serias razones nuestra opinión no había cambiado en este punto.

-¿Acaso en el relato de Arthur Pym- preguntó Jem West- no se habla de un grupo de ocho islas?

-De ocho- respondí,- o por lo menos esto es lo que Dirk Peters ha oído decir al salvaje que iba en la canoa con su compañero y él. Este Nu-Nu hasta afirmaba que el archipiélago estaba gobernado por una especie de soberano, un rey único, llamado Tsalemon, que residía en la menor de las islas, y, en caso necesario, el mestizo confirmará estos detalles.

-También- dijo el capitán Len Guy-, como podría suceder que el terremoto no haya conmovido ese grupo, y que éste está aun habitado, tomaremos nuestras precauciones al acercarnos al yacimiento.

-Que no debe de estar lejos- dije yo.- Además, ¿quién sabe, capitán, si su hermano de usted y sus marinos no se habrán refugiado en alguno de esos islotes?

Eventualidad admisible, pero poco tranquilizadora, pues era suponer que habían caído de nuevo en manos de los sal-

vajes que habían quedado libres durante su estancia en Tsalal. Además, para recogerlos, caso de que su vida hubiera sido respetada, ¿no le sería preciso a la *Halbrane* emplear la fuerza? ¿Y lograría buen éxito en tal tentativa?.

-Jem- dijo el capitán Len Guy-, andamos de ocho a nueve millas, y dentro de poco, sin duda, veremos tierra... Da orden de vigilar con cuidado.

-Está hecho, capitán.

-¿Hay un hombre en la garita?

-El propio Dirk Peters, que se ha ofrecido.

-Bien, Jem. Puede uno confiar en su vigilancia.

-Y también en sus ojos- añadí-, pues está dotado de prodigiosa vista.

La goleta continuó corriendo hacia el Oeste hasta las diez, sin que la voz del mestizo se dejara oír. Así es que yo me preguntaba si pasaría con estas islas lo que con las Auroras o las Glasas que habíamos buscado vanamente entre las Falklands y la Nueva Georgia. Ninguna tumescencia emergía de la superficie del mar, ningún perfil se dibujaba en el horizonte. ¿Tal vez eran estas islas de poca altura, y no se las vería hasta estar a una o dos millas de ellas?

Por lo demás, la brisa cedió de manera sensible durante la mañana. Nuestra goleta fue arrastrada con más ímpetu del que queríamos por la corriente del Sur. Por fortuna, el viento volvió a las dos de la tarde, y Jem West se orientó de forma de ganar lo que la deriva le había hecho perder.

Durante dos horas la *Halbrane* mantuvo el cabo en tal dirección con velocidad de siete a ocho millas, y ni la menor altura apareció al largo.

-No es creíble que no encontremos el yacimiento-me dijo el capitán Len Guy-, pues, según el relato de Arthur Pym, Tsalal pertenece a un grupo muy vasto.

-Él, no dice haberlas visto mientras que la *Jane* estaba anclada- hice observar.

-Tiene usted razón, señor Jeorling; pero como no estimo en menos de 50 millas el camino recorrido por la *Halbrane* desde esta mañana, y como se trata de islas muy próximas, unas a otras...

-Entonces, capitán, será preciso deducir- lo que no es inverosímil- que el grupo del que dependía Tsalal ha desaparecido por completo en el terremoto.

-¡Tierra por estribor!- gritó Dirk Peters.

Todas las miradas se dirigieron a aquella parte, sin distinguir nada en la superficie del mar. Verdad que desde la yunta del palo de mesana el mestizo había podido ver lo que aun no era visible para ninguno de nosotros. Además, dado el poder de su vista y la costumbre de interrogar a los horizontes, yo no admitía que se hubiera engañado.

Efectivamente, un cuarto de hora después nuestros anteojos marinos nos permitieron reconocer algunos islotes esparcidos en la superficie de las aguas, sembrada toda de rayos de sol y a distancia de dos o tres millas hacia el Oeste.

El lugarteniente hizo bajar las velas altas, y la *Halbrane* quedó bajo la cangreja, la mesana y el gran foque.

¿Era conveniente apercibirse a la defensa, subir las armas al puente, cargar los pedreros o izar las redes de abordaje? Antes de tomar estas prudentes precauciones, el capitán Len Guy creyó poder, sin gran peligro, acercarse más.

¿Qué cambio se había producido? Allí donde Arthur Pym indicaba que existían islas espaciosas, no se veía más que un pequeño número de islotes- media docena a lo más- emergiendo ocho o nueve toesas.

En este momento el mestizo, que se había deslizado por el brandal de estribor, saltó al puente.

-Y bien, Dirk Peters, ¿has reconocido ese grupo?- preguntó el capitán Len Guy.

-¿El grupo?- respondió el mestizo sacudiendo la cabeza.- No. Yo no he visto más que cinco o seis islotes... No hay más que piedras... ¡Ni una isla!

En efecto: algunas puntas, o mejor dicho cúspides redondeadas, era todo lo que quedaba de aquel archipiélago, de su parte occidental al menos. Sin embargo, era posible, si el yacimiento comprendía varios grados, que el terremoto no hubiera hundido más que las islas del Oeste.

Esto era lo que nos proponíamos comprobar cuando hubiéramos visitado todos los islotes y determinado la fecha a que remontaba la sacudida de que Tsalal conservaba indiscutibles huellas.

A medida que se aproximaba la goleta, se podía fácilmente reconocer aquellos restos del grupo, casi totalmente destrozado en su parte occidental.

La superficie de los más grandes islotes no pasaba de 50 a 60 toesas cuadradas, y la de los más pequeños no comprendía más que tres o cuatro. Estos últimos formaban un semillero de escollos azotados por la ligera resaca del mar.

Claro es que la *Halbrane* no debía aventurarse al través de aquellos arrecifes, que hubiesen amenazado sus flancos o su quilla.

Se limitaría a dar la vuelta al yacimiento a fin de ver si el hundimiento del archipiélago había sido total. Sin embargo, sería preciso desembarcar en algunos punto, donde tal vez habría indicios que recoger.

Llegados a unas diez encabladuras del islote principal, el capitán Len Guy ordenó que se practicara un sondaje. Se halló fondo a las 25 brazas, fondo que debía de ser el suelo de una isla sumergida, cuya parte central pasaba el nivel de la mar en una altura de cinco a seis toesas.

La goleta se aproximó entonces y echó el ancla a cinco brazas.

Jem West, había pensado en ponerse al pairo durante el tiempo que durase la exploración del islote; pero con la viva corriente que arrastraba al Sur, la goleta hubiera derivado. Era, pues, mejor anclar cerca del grupo. La mar estaba allí en calma, y el aspecto del cielo no hacía temer un cambio atmosférico.

Una vez que el ancla se hincó, entramos en uno de los botes el capitán Len Guy, el contramaestre, Dirk Peters, Martín Holt, dos hombres y yo.

Un cuarto de milla nos separaba del primer islote, fue franqueado, rápidamente al través de estrechos pasos. Las puntas rocosas se cubrían y descubrían con las oscilaciones de las olas. Barridas, lavadas y relavadas, no podían haber conservado ningún indicio que permitiese asignar al terremoto una época determinada. Repito que en este asunto no cabía duda alguna en nuestro espíritu.

La canoa se lanzó entre las rocas. Dirk Peters al timón, procuraba evitar los choques entre los arrecifes.

El agua transparente y en calma dejaba ver, no un fondo de arena sembrado de conchas, sino negruzcos bloques tapizados de hierbas terrestres, de esas plantas que no pertenecen a la flora marítima, algunas de las cuales flotaban en la superficie del mar.

Esto constituía una prueba de que el suelo donde habían brotado se había hundido recientemente.

-Cuando la embarcación tocó en el islote, uno de los hombres echó el arpón, cuyas puntas encontraron terreno a que agarrarse, y el desembarco pudo efectuarse sin dificultad.

Así, pues, aquel sitio había sido el yacimiento de una de las grandes islas del grupo, actualmente reducida a un óvalo irregular, que medía 150 toesas de circunferencia y emergía unos 20 a 30 pies sobre el nivel del mar.

-¿Acaso las marcas se elevan alguna vez a esa altura?- pregunté al capitán Len Guy.

-Nunca- me respondió;- y tal vez descubriremos en el centro de este islote algunos restos del reino vegetal, ruinas de casas o campamentos.

-Lo mejor que podemos hacer- dijo el contramaestre- es seguir a Dirk Peters, que ya va algo lejos. Ese diablo de mestizo es capaz de ver con sus ojos de lince lo que nosotros no veríamos.

En pocos momentos todos estuvimos en el punto culminante del islote.

Los restos no faltaban, probablemente de los animales domésticos de que se habla en el diario de Arthur Pym; aves de distintas especies, zorros, puercos, cuya piel presentaba lanas negras...

Sin embargo- detalle importante-, entre estos restos y los de la isla Tsalal había la diferencia de que aquí el amontonamiento no databa más que de algunos meses, lo que concordaba con nuestra idea de que el terremoto se había producido en fecha reciente.

Aquí y allí verdeaban plantas de apio y de coclearias, y de florecillas aun frescas.

-¡Y que son de este año!- exclamé.¡El invierno austral no ha pasado, por ellas!

-Soy de la misma opinión, señor Jeorling- respondió Hurliguerly.- Pero ¿no es posible que hayan brotado después de la conmoción del grupo?

-No me parece admisible- respondí, como hombre que no ceja en su idea.

En el lado derecho vegetaban también algunos débiles árboles, especie de avellanos salvajes, y Dirk Peters arrancó una rama impregnada de savia, de la que pendían nueces- semejantes a las que su compañero y él habían comido

durante su prisión entre las rocas de la colina de Klock-Klock y en el fondo de aquellos laberintos, de los que no habíamos encontrado señales en la Isla Tsalal.

Dirk Peters sacó algunas de estas nueces de su vaina verde y las cascó con sus poderosos dientes.

Con tales detalles no podía quedar duda sobra la fecha de la catástrofe, posterior a la partida de Patterson. No era, pues, este cataclismo el que había producido la muerte de aquella parte de la población de Tsalal, cuyos restos yacían en los alrededores de la ciudad. Respecto, al capitán de la *Jane* y a los cinco marineros, parecía demostrado que habían tenido tiempo de huir, toda vez que sobre la isla no se encontró el cuerpo de ninguno de ellos.

¿Dónde habían tenido la posibilidad de refugiarse después de haber abandonado la isla Tsalal?

Tal era la pregunta que nos hacíamos... ¿Qué respuesta obtendría? En mi opinión, no sería más extraordinaria que las demás que surgirían a cada línea de esta historia.

No insisto más en lo que se refiere a la exploración del grupo.

Empleáronse en ella treinta y seis horas, pues la goleta le dio la vuelta.

En la superficie de los islotes se encontraron los mismos indicios, plantas y restos, que provocaron las mismas conclusiones.

A propósito de las conmociones de que aquellos parajes habían sido teatro, el capitán Len Guy, el lugarteniente, el

contramaestre y yo estábamos de perfecto acuerdo, en lo que concernía a la completa destrucción de los indígenas.

La *Halbrane* no tenía, pues, que temer ningún ataque, lo que merecía ser tenido en cuenta.

Ahora, ¿debíamos deducir que William Guy y sus cinco marineros, después de haber ganado una de las islas, hubiesen también perecido?

He aquí el razonamiento- que, relacionado con este punto, acabó por aceptar Len Guy.

-En mi opinión- dije-, a la catástrofe artificial de Klock-Klock sobrevivieron algunos hombres de la *Jane*, siete por lo menos, comprendiendo a Patterson, y además el perro *Tigre*, cuyos restos hemos encontrado cerca del pueblo. Algún tiempo después, cuando la destrucción de una parte de la población de Tsalal, debida a causas que yo ignoro, los indígenas que no habían sucumbido han abandonado Tsalal para refugiarse en otras islas del grupo. Solos, y en perfecta seguridad, el capitán William Guy y sus compañeros han podido fácilmente vivir donde, antes que ellos, vivían varios millares de salvajes. Transcurrieron diez o doce años sin que les fuese posible salir de su prisión, aunque han debido procurarlo, sea con una de las canoas indígenas, o con otra que ellos mismos construyeran. En fin, hace siete meses, después de la desaparición de Patterson, un terremoto agitó a la isla Tsalal y hundió a sus vecinas. Entonces pienso que William Guy y sus compañeros, juzgándola inhabitable, han debido embarcarse con el intento de volver al círculo antártico. Lo verosímil es que tal tentativa no haya tenido

buen éxito, y bajo la acción de una corriente que arrastraba al Sur, ¿por qué no han podido llegar a esas tierras entrevistas por Arthur Pym y por Dirk Peters más allá del 84 grado de latitud?... En esta dirección, pues, debemos ir, capitán. Franqueando dos o tres paralelos es como tendremos alguna probabilidad de encontrarlos... Para alcanzar este fin, ¿quién de nosotros no sacrificaría su vida?

-¡Condúzcanos Dios, señor Jeorling!- respondió el capitán.

Más tarde, cuando estuve a solas con el contramaestre, éste me dijo:

-Le he escuchado a usted con atención y le confieso a usted que casi me ha convencido.

-Ya se convencerá usted del todo, Hurliguerly.

-¿Cuándo?

¡Quizás más pronto de lo que usted piensa!

Al siguiente día, 29 de Diciembre, desde las seis de la mañana, la goleta aparejó, con ligera brisa de Noroeste, y esta vez puso el cabo directamente hacia el Sur.

XX

DEL DE DICIEMBRE AL DE ENERO.

Por la mañana he cogido el libro de Edgard Poe y he leído atentamente el capítulo XXV. Refiérese en él que, cuando los indígenas quisieron perseguirles, los dos fugitivos, acompañados del salvaje Nu-Nu, estaban ya a cinco o seis millas de la bahía. De las seis o siete islas agrupadas al Oeste, acabábamos de reconocer que no quedaban mas que vestigios bajo forma de islotes.

Lo más interesante para nosotros en el referido capítulo son estas líneas que transcribo:

«Llegando por el Norte, en la *Jane*, para tocar en la isla Tsalal, habíamos gradualmente dejado atrás las regiones más frías; y aunque esto puede parecer una afirmación desmentida por las nociones generalmente aceptadas sobre el Océano antártico, era un hecho que la experiencia no nos permitía negar. Así, intentar ahora volver al Norte hubiera sido locura, especialmente en período tan avanzado de la estación. Sólo un camino parecía abierto a la esperanza. Nos decidimos a

seguir atrevidamente hacia el Sur, donde había probabilidades de descubrir otras islas, y donde era fácil que encontrásemos clima más suave...»

Así había razonado Arthur Pym: así debíamos hacerlo nosotros a *fortiori*.

Ahora bien; el 29 de Febrero- el año fue bisiesto- fue el día en que los fugitivos se encontraron sobre el Océano inmenso y desolador, más allá del paralelo 84. Nosotros estábamos a 29 de Diciembre. La *Halbrane* se había adelantado dos meses a la canoa que huía de la isla Tsalal, ya amenazada por la aproximación del largo invierno polar. Por otra parte, nuestra goleta, bien aprovisionada, bien mandada, bien tripulada, inspiraba más confianza que la embarcación de Arthur Pym, aquella canoa de arboladura de mimbres, de 50 pies de larga por 4 o 6 de ancha, y que no llevaba más que tres tortugas para alimentar a tres hombres.

Yo confiaba, pues, en el buen éxito de esta segunda parte de nuestra campaña.



Durante la mañana, los últimos islotes del archipiélago desaparecieron en el horizonte. La mar se ofrecía tal como la habíamos visto desde el islote Bennet, sin un solo pedazo de hielo, lo que se explica, porque la temperatura del agua marcaba 44º (6º 11c. Sobre cero). La corriente, muy

acentuada, cuatro o cinco millas por hora, se propagaba de Norte a Sur con regularidad constante.

Bandadas de pájaros animaban el espacio; invariablemente las mismas especies; martines-pescadores, pelícanos, petreles, albatros. Debo, no obstante, confesar que estos últimos no presentaban las dimensiones gigantescas indicadas en el diario de Arthur Pym, y ninguno lanzaba ese sempiterno *tékéli-li*, que, por lo demás, parecía ser la palabra más usada en la lengua de Tsalal.

Durante los dos días siguientes no ocurrió nada de particular. No se señaló tierra ni apariencia de ella. Los hombres de a bordo hicieron fructuosa pesca en aquellas aguas donde pululaban escaros, merluzas, rayas, congrios, delfines de azulado color y otros varios pescados. Los talentos combinados de Hnrliguerly y Endicott variaron agradablemente la lista de la comida, y yo opino que convenía dar iguales gracias a los dos amigos en aquella colaboración culinaria.

Al siguiente día, 1º de Enero de 1840, año bisiesto, una ligera niebla veló el sol durante las primeras horas, y de ello deducimos el anuncio de un cambio en el estado atmosférico.

Hacía entonces cuatro meses y diez y siete días que yo había abandonado las Kerguelen; dos meses y cinco días que la *Halbrane* había abandonado las Falklands.

¿Cuánto duraría aquella navegación? No era esto lo que más preocupaba, sino más bien el saber hasta dónde nos conduciría al través de los parajes antárticos

Debo reconocer que la conducta del mestizo respecto a mí se había modificado, aunque no respecto al capitán Len Guy y a los tripulantes. Habiendo, sin duda, comprendido que yo me interesaba por la suerte de Arthur Pym, el mestizo me buscaba, y, para emplear una frase vulgar, *nos entendíamos* sin necesidad de cambiar una sola palabra. Alguna vez, sin embargo, al encontrarse a mi lado él salía de su mutismo habitual. Cuando el servicio no le reclamaba, se arrastraba hacia el banco donde yo tenía costumbre de sentarme. Después de tres o cuatro encuentros intentamos cambiar algunas palabras.

Por lo demás, tan pronto como el capitán Len Guy o el contramaestre se acercaban, el mestizo se alejaba.

Un día, a eso de las diez, estando Jem West de guardia y el capitán Len Guy en su camarote, el mestizo se me acercó con la intención evidente de hablar... Se adivina sobre qué...

Cuando estuvo junto al banco y con el, objeto de entrar directamente en materia, le dije:

-Dirk Peters... ¿quiere usted que hablemos de él?

Los ojos del mestizo brillaron como brasa sobre la que se acaba de soplar.

-¡Él!- murmuró.

-¡Es usted fiel a su recuerdo!

-¿Olvidarle, señor? ¡Nunca!

-El está siempre delante de usted...

-¡Siempre! Compréndame usted. ¡Hemos corrido juntos tantos peligros!... Esto hace a dos hombres hermanos...

¡No!... Padre e hijo... ¡Sí!¡Lo quiero como a un hijo! ¡Haber estado los dos tan lejos..., demasiado lejos..., puesto que él no ha vuelto!... Se me ha traído a América..., a mí...; pero Pym..., ¡el pobre Pym está aun allá abajo!

Los ojos del mestizo se anegaron en lágrimas. ¿Cómo no se evaporaban al fuego de sus ojos?

-Dirk Peters- le pregunté,- ¿no tiene usted idea alguna del camino que Arthur Pym y usted siguieron a bordo de la canoa desde que partieron ustedes de la isla Tsalal?

-Ninguna, señor... El pobre Pym no poseía instrumentos... Ya sabe usted aparatos marítimos para mirar al sol... Durante ocho días la corriente nos ha arrastrado al Sur..., y el viento también... Buena brisa... y mar bella. Dos remos a guisa de mástiles, y nuestras camisas a modo de velas...

-Sí- respondí,- camisas de tela blanca, cuyo color atemorizaba tanto a vuestro prisionero Nu-Nu.

-Tal vez... Yo no me daba cuenta... Pero si Pym lo ha dicho, es preciso crear a Pym.

Sabía yo que algunos de los fenómenos descritos en el diario llevado a los Estados Unidos por el mestizo no parecían haber atraído la atención del ultimo; así es que tenía la idea de que tales fenómenos no habían debido de existir mas que en una imaginación sobrexcitada. sin embargo, quise obligar más a Dirk Peters en este asunto.

-Y durante esos ocho días- le dije,- ¿pudisteis proveer a vuestro sustento?

-Sí, señor... y después... nosotros y el salvaje. Usted... sabe que llevábamos a bordo tres tortugas... Estas bestias contienen provisión de agua dulce... y su carne es buena... hasta cruda... ¡Oh!... ¡La carne cruda, señor!...

Al pronunciar estas palabras, Dirk Peters, bajando la voz, como si temiera que le escucharan, arrojó una rápida mirada en torno.

Aquel alma se estremecía siempre al recuerdo de las escenas del *Grampus*. No es fácil pintar la horrible expresión que se dibujó en la cara del mestizo en el momento en que habló de la carne cruda. No la de un caníbal de Australia o las Nuevas Hébridas, sino la de un hombre que experimenta indecible horror hacia sí mismo.

Después de un largo silencio, traje la conversación al punto debido.

-¿No fue el 1º de Marzo, ateniéndome a la relación de Arthur Pym, cuando por vez primera vio usted el ancho velo de un vapor gris cortado por rayas luminosas y vacilantes?

-¡No lo sé, señor! ¡Pero si Pym lo ha dicho, es preciso creer a Pym!

-¿Él no le ha hablado a usted nunca de los rayos que caían del cielo?- añadí, no queriendo servirme de las palabras *aurora polar*, que el mestizo no hubiera tal vez entendido.

Volvía yo así a la hipótesis de que aquellos fenómenos podían ser debidos a la intensidad de las influencias eléctricas, tan poderosas en las altas latitudes, admitiendo que realmente se hubieran producido.

-Nunca, señor- dijo Dirk Peters, no sin haber reflexionado antes de responder a mi pregunta.

-¿No ha notado usted tampoco que el color de la mar se alteraba..., que perdía su transparencia..., que se volvía blanca..., semejante a la leche...., que su superficie se conmovía en torno de la canoa?...

-Si eso sucedía, señor, yo no losé... Compréndame usted... Yo no tenía conocimiento de las cosas... La canoa se iba..., se iba..., y mi cabeza con ella.

-Y además, Dirk Peters..., ¿aquel polvo fino que caía semejante a blanca ceniza?

-No lo recuerdo.

-¿Es que no era nieve?...

-¿Nieve?... Sí... No... Hacía calor... ¿Qué ha dicho Pym? ¡Es preciso creer lo que Pym haya dicho!

Comprendí que respecto a aquellos hechos inverosímiles no obtendría explicación alguna aunque siguiera interrogando al mestizo. Suponiendo que él hubiera observado las cosas sobrenaturales relatadas en los últimos capítulos del libro, no había conservado recuerdos de ellas.

Entonces a media voz me dijo:

-Pero Pym le dirá a usted todo eso... Él lo sabe... Yo no sé nada... El lo ha visto y usted lo creerá.

-Yo lo creeré..., Dirk Peters... Sí... Yo lo creeré- respondí, no queriendo molestar al mestizo.

-Y además... ¿iremos en su busca, no es verdad?

-Lo espero.

-¿Después que hayamos encontrado a William Guy y a los tripulantes de la *Jane*?...

-Sí... Después...

-¿Y hasta si no les encontramos?

-Hasta en ese caso..., Dirk Peters... Creo que decidiré a nuestro capitán.

-Quien no rehusará prestar auxilio a un hombre..., a un hombre como él...

-No..., no lo rehusará... Y realmente si William Guy y sus compañeros están vivos se puede admitir que Arthur Pym...

-¿Vive? ¡Sí, vive!- exclamó el mestizo.- Por el alma de mis padres... él está allí..., me espera... ¡mi pobre Pym! ¡Y cuál será su alegría cuando se arroje en los brazos de su viejo Dirk!... ¡Y la mía, la mía, cuando le sienta aquí..., aquí!

Y el robusto pecho de Dirk Peters se levantaba como la mar agitada. Después se alejó, dejándome presa de inexplicable emoción; tanta ternura comprendía yo que encerraba aquel corazón medio salvaje por su infortunado compañero, por aquel al que llamaba su hijo.

La goleta no cesó de adelantar hacia el Sur durante los días 2, 3 y 4 de Enero, sin que notáramos apariencia de tierra. Siempre, en el horizonte, la línea perimétrica que se dibujaba sobre el fondo del mar y del cielo. El vigía no señaló ni continente ni islas en aquella parte de la Antártida. ¿Debía ponerse en duda la aseveración de Dirk Peters respecto a las tierras entrevistas?... ¡Las ilusiones de óptica son tan frecuentes en las regiones hiperaustralianas!

-Verdad- hice notar al capitán Len Guy- que desde que abandonó la isla Tsalal, Arthur Pym no poseía instrumentos para tomar altura.

-Lo sé, señor Jeorling, y es muy posible que las tierras se encuentren en el Este o en el Oeste de nuestro itinerario. Lo más de lamentar es que Arthur Pym y Dirk Peters no hayan desembarcado en ellas. No tendríamos ninguna duda sobre su existencia, bastante problemática, y acabaríamos por descubrirlas.

-Las descubriremos, capitán, remontando algunos grados hacia el Sur.

-Sea; pero yo me pregunto, señor Jeorling, si no sería preferible explorar los parajes comprendidos entre el meridiano cuarenta y cuarenta y cinco.

-El tiempo nos está tasado- respondí vivamente-, y serían días perdidos, puesto que tenemos que tocar la latitud donde los dos fugitivos han sido separados.

-Y ¿cuál es esa latitud, señor Jeorling? En el libro no encuentro indicación de ella, y por esta razón es imposible calcularlo.

En efecto, este capítulo contenía estas líneas:

«Continuamos nuestro camino sin ningún incidente importante, por siete u ocho días, y durante este período debimos avanzar una distancia enorme; pues el viento nos empujó casi de continuo, y una fuerte corriente nos arrastró en la dirección que queríamos seguir»

El capitán Len Guy conocía este pasaje leído repetidas veces. Yo añadí:

-Dice, una *distancia enorme*, y esto hasta el 1º de Marzo solamente. El viaje se prolongó hasta el 22 del mismo mes, y así Arthur Pym indica en seguida: «La canoa se precipitaba siempre hacia el Sur, bajo la influencia de una poderosa corriente de horrible velocidad.» Estas son sus propias expresiones. De todo lo cual, capitán, se puede deducir...

-¿Que ha ido hasta el polo, señor Jeorling?

-¿Por qué no, puesto que desde la isla Tsalal no hay que recorrer más que cuatrocientas millas para llegar a él?

-¡Después de todo, poco importa!- respondió el capitán Len Guy.- La *Halbrane* no va en busca de Arthur Pym, sino en busca de mi hermano y de sus compañeros. Si han podido llegar a las tierras entrevistas, esto es lo único de que se trata.

En este punto el capitán Len Guy tenía razón. Así es que yo temía sin cesar que diera orden de ir hacia el Este o hacia el Oeste. Sin embargo, como el mestizo, afirmaba que su canoa había ido hacia el Sur, y que las tierras de que hablaba se encontraban en esta dirección, el rumbo de la goleta no fue modificado, lo que me hubiera desesperado por significar que no se mantenía en el itinerario de Arthur Pym.

Además, yo tenía la convicción de que, si dichas tierras existían, debían encontrarse en las más altas latitudes.

No es indiferente advertir que ningún fenómeno extraordinario se manifestó en el curso de la navegación del 5 al 6 de Enero.

No vimos nada de la barrera de vapores vacilantes, ni de la alteración de las sábanas superiores de la mar. Respecto al calor excesivo del agua, tal «que la mano no podía

soportarlo», es menester rebajar algo. La temperatura no pasaba de cincuenta grados (10º c. sobre cero), elevación ya anormal en aquella parte de la zona antártica. Y aunque Dirk Peters no cesaba de repetir: «¡Es preciso creer lo que ha dicho Pym», mi razón se imponía extrema reserva sobre la realidad de estos hechos sobrenaturales. No había ni velo, ni bruma, ni apariencia lechosa de las aguas, ni lluvia de polvo blanco.

En estos parajes fue igualmente donde los dos fugitivos habían visto uno de esos animales blancos que tanto terror producían a los insulares de Tsalal. ¿En qué condiciones pasaron tales monstruos ante la canoa? El libro no lo indica.

Además, no encontramos ni un solo mamífero marino, ni los pájaros gigantescos, ni los terribles carniceros de las regiones polares.

Añadiré que nadie a bordo sentía aquella influencia singular de que habla Arthur Pym, esa laxitud de cuerpo y de alma, esa repentina indolencia que deja incapaz para el menor esfuerzo físico.

Y tal vez por este estado patológico y fisiológico se puede explicar que Arthur Pym creyese ver los referidos fenómenos, debidos únicamente a la turbación de sus facultades mentales.

En fin, el 7 de Enero, según Dirk Peters- y él no había podido estimarlo más que por el tiempo transcurrido-, llegamos al sitio donde el salvaje Nu-Nu, extendido en el fondo de la canoa, había exhalado el último suspiro.

Dos meses y medio más tarde, el 22 de Marzo, termina el diario del extraordinario viaje. Entonces era cuando flotaban

espesas tinieblas, atemperadas por la claridad de las aguas que reflejaban el velo de vapores blancos extendidos sobra el cielo.

Pues bien: la *Halbrane* no fue testigo de ninguno de estos asombrosos prodigios, y el sol, inclinando su alargada espiral, iluminaba siempre el horizonte.

Era una suerte que el espacio no estuviera sumido en la obscuridad, puesto que, en tal caso, nos hubiera sido imposible tomar altura.

El 9 de Enero, una buena observación dio 86º 33' de latitud, quedando la longitud la misma, entre el meridiano 42 y 43.

En este sitio, a creer los recuerdos del mestizo, se efectuó la separación de los dos fugitivos, después del choque de la canoa y el témpano.

Pero se presentaba una duda. Puesto que el témpano, arrastrando a Dirk Peters, había derivado hacia el Norte, ¿es que estaba sometido a la acción de una contracorriente?

Esto debía de ser, pues desde hacía dos días nuestra goleta no sentía la influencia de aquella, a que había obedecido al dejar la isla Tsalal. Y ¿por qué asombrarse cuando todo es tan variable en estos mares australes? Felizmente la fresca brisa del Noroeste persistía, y la *Halbrane*, con todas sus velas desplegadas, continuaba elevándose hacia los más altos parajes, avanzando 13 grados sobre los navíos de Weddell y dos grados sobre la *Jane*. En cuanto a las tierras-islas o continentes-que el capitán Len Guy buscaba en la superficie de aquel inmenso mar, no aparecían, y yo

comprendía que perdía poco a poco la confianza, bien quebrantada ya después de tan vanas pesquisas.

En cuanto a mí, estaba obsesionado por el deseo de recoger a Arthur Pym tanto como a los sobrevivientes de la *Jane*. Pero ¿se podía creer que hubiera sobrevivido? Sí. Yo lo sabía. Esta era la idea fija del mestizo. Y si nuestro capitán hubiera dado la orden de volver atrás, no sé a qué extremo hubiera llegado Dirk Peters. ¡Tal vez se hubiera arrojado al mar! Por esto, cuando él oía que la mayoría de los marineros protestaba contra aquella navegación insensata, y hablaban de virar cabo por cabo, yo temía siempre que el mestizo se abandonase a alguna violencia contra Hearne, sobre todo, que excitaba sordamente a la rebelión a sus camaradas de las Falklands.

Sin embargo, convenía no permitir que la indisciplina y la desanimación entrasen a bordo, y así, aquel día, deseoso de levantar los espíritus, el capitán Len Guy, a petición mía, reunió a la tripulación bajo el palo mayor y habló en estos términos:

-Marineros de la *Halbrane*: desde nuestra partida de la isla Tsalal, la goleta ha ganado dos grados hacia el Sur, y conforme al contrato firmado por el señor Jeorling, os anuncio que habéis adquirido 2.000 dollars por grado, los que os serán pagados a la terminación del viaje.

Hubo algunos murmullos de satisfacción, pero no hurras, a no ser los que lanzaron, sin encontrar eco, el contramaestre Hurliguerly y el cocinero Endicott.

XXI

UNA SACUDIDA.

Aun en el caso de que los antiguos tripulantes de la *Halbrane* se uniesen al contramaestre, al cocinero, al capitán Len Guy, a Jem West y a mí para continuar la campaña, si los nuevos decidían volver, no podríamos forzarles a seguir aquella. Catorce hombres, comprendiendo a Dirk Peters, contra 19 eran insuficiente. Y además... ¿hubiera sido prudente contar con todos los antiguos? ¿No les espantaría la idea de navegar por aquellas regiones que parecen fuera del dominio terrestre? ¿Resistirían a las incesantes excitaciones de Hearne y de sus camaradas? ¿No se unirían a ellos para exigir la vuelta al banco de hielo?

Y para declarar por completo mi pensamiento, ¿el mismo capitán Len Guy no abandonaría una campaña que no daba resultado alguno? ¿No renunciaría en breve plazo a la última esperanza de salvar en aquellos lejanos parajes a los marineros de la *Jane*? Amenazado por la proximidad del invierno austral, por los fríos irresistibles, por las tempestades

polares, a las que no podía resistir la goleta, ¿no daría al fin orden de virar? ¿Y de qué servirían mis argumentos y mis súplicas, cuando fuera yo el único que los hiciera?

¿El único? No. Dirk Peters estaría a mi lado. ¿Pero quién nos escucharía?

Yo comprendía que aunque la idea de abandonar a su hermano y a los compañeros de éste desgarraba el corazón del capitán Len Guy, debía de estar al fin de sus ánimos. Por lo demás, la goleta no se apartaba de la línea recta marcada desde la isla Tsalal. ¡Parecía que estaba unida como por un imán submarino al camino de la *Jane*, y Dios quisiera que, ni el viento ni las corrientes le separaran de allí! Contra las fuerzas de la Naturaleza preciso hubiera sido ceder, mientras que contra otra clase de obstáculos se puede luchar.

Debo mencionar una circunstancia que favorecía la marcha hacia el Sur. Después de haberse dulcificado durante unos días la corriente, se dejaba sentir de nuevo con velocidad de tres a cuatro millas por hora. Evidentemente, como me lo hizo observar el capitán Len Guy, tal corriente dominaba en aquel mar, por más que fuese rechazada de vez en cuando por contracorrientes muy difíciles de indicar con exactitud en los mapas. Desgraciadamente, no podíamos determinar si la embarcación de William Guy y los suyos al largo de Tsalal había sufrido la influencia de ésta o aquellas. No hay que olvidar que su acción debió de ser superior a la del viento sobre la canoa, que, desprovista de velamen, como todas las de los insulares, maniobraba con el pagay.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que las dos fuerzas naturales mencionadas se unían para arrastrar a la *Halbrane* hacia los confines de la zona polar.

Trascurrieron el 10, 11 y 12 de Enero sin que sucediera nada digno de ser referido, a no ser que se produjo alguna baja en el termómetro. La temperatura del aire volvió a 48º (8º 89' c. sobre cero), y la del agua a 33º (0º 56' c. sobre cero).

¡Que diferencia entre las costas vistas por Arthur- Pym, el calor de cuyas aguas era tal- a creerle- que la mano no le podía soportar!

No estábamos, en suma, más que en la segunda semana de Enero. Dos meses debían aun transcurrir antes que el invierno pusiera en movimiento los *ice-bergs*, formase los *ice-fields* y los *drifts*, consolidase las enormes masas del banco de hielo y solidificase las planicies líquidas de la Antártida. En todo caso, debía tenerse por cierta la existencia de una mar libre, durante el período estival, en un espacio comprendido entre el paralelo 72 y 87.

Esta mar fue recorrida en diferentes latitudes por los navíos de Weddell, por la *Jane*, por la *Halbrane*...Y ¿por qué el dominio austral había de ser menos privilegiado que el boreal?

El 13 de Enero el contramaestre y yo tuvimos una conversación que justificó mis inquietudes respecto a las malas disposiciones de nuestra tripulación.

Los hombres almorzaban en el puesto, a excepción de Drap y de Stern, en aquel momento de cuarto en la proa. La goleta hendía las aguas, impulsada por fresca brisa con todo

su velamen desplegado. Francis en el timón, gobernaba al Sursudeste. Yo me paseaba entre el palo mesana y el palo mayor, mirando las bandadas de pájaros que lanzaban gritos ensordecedores; algunas de petrales iban a veces a colocarse en la punta de las vergas. No se pretendía apoderarse de ellos; hubiera sido inútil crueldad, pues su carne no es comestible.

En aquel momento Hurliguerly se acercó a mí, después de haber mirado a los pájaros, y me dijo:

-Noto una cosa, señor Jeorling.

-¿Cuál?

-Que esos pájaros no vuelan hacía el Sur tan directamente como lo han hecho hasta ahora. Algunos se disponen a volver al Norte.

-Lo he advertido como usted, Hurliguerly.

-Y añado que los que están abajo no tardarán en volver.

-¿Y qué deduce usted de eso?

-Deduzco que conocen la aproximación del invierno.

-¿Del invierno?

-Sin duda.

-No, contramaestre; y la elevación de la temperatura es tal, que esos pájaros no pueden intentar volver tan prematuramente a regiones menos frías.

-¡Oh!.. ¡Prematuramente, señor Jeorling!...

-¿Pues no sabemos que los navegantes han podido frecuentar siempre los parajes antárticos hasta el mes de Marzo?

-¡No a esta latitud!- respondió Hurliguerly.- ¡No a está latitud! Además, hay inviernos precoces, como hay estíos

precoces. Este año la buena estación se ha adelantado más de dos meses, y es de temer que la mala se haga sentir más pronto que de ordinario.

-Es muy admisible- respondí- pero, después de todo, poco importa, puesto que antes de tres semanas nuestra campaña habrá terminado.

-Si antes no se presenta algún obstáculo, señor Jeorling.

-¿Cuál?

-Por ejemplo: un continente que se extienda al Sur y nos cierre el camino.

-¿Un continente, Hurliguerly?

-¡No me asombraría mucho, señor Jeorling!

-Y realmente no tendría nada de asombroso.

-En cuanto a las tierras entrevistas por Dirk Peters- añadió Hurliguerly- y sobre las que hubieran podido refugiarse los hombres de la *Jane...,* no creo en ellas.

-Por qué?

-Porque William Guy, que no debía de disponer más que de una embarcación de pequeñas dimensiones, no habrá podido aventurarse tan lejos en estos mares.

-No lo aseguro yo de tan rotunda manera.

-Sin embargo, señor Jeorling...

-¿Qué hubiera habido de sorprendente- exclamé- en que William Guy hubiera tocado tierra en cualquier parte al impulso de las corrientes? Supongo que no habrá permanecido durante ocho meses a bordo de su canoa. Sus compañeros y él habrán podido desembarcar ya en una isla o

en un continente, y éste es motivo bastante para no abandonar nuestras pesquisas.

-Sin duda, pero no todos son de esa opinión- respondió el contramaestre moviendo la cabeza.

-Lo sé, contramaestre, y es lo que más me preocupa. ¿Acaso aumentan las malas disposiciones?

-Lo temo, señor Jeorling. La satisfacción de haber ganado algunos centenares de dollars se ha debilitado mucho, y la perspectiva de ganar algunos más no impide las quejas. No obstante, la prima es apetitosa. Desde la isla Tsalal al polo, admitiendo que se pueda llegar hasta allí, hay seis grados, y seis grados a 2.000 dollars cada uno, hace 12.000 dollars para treinta hombres: ¡400 dollars por cabeza! ¡Linda suma!... Pero, a pesar de esto, ese maldito Hearne trabaja de tal manera a sus camaradas, que yo les veo prontos a largar la barra y la amarra, como suele decirse...

-Por parte de los reclutados lo admito, contramaestre... Pero los antiguos...

-¡Hum!... Hay tres o cuatro que empiezan a reflexionar, y ven con inquietud que la navegación se prolonga.

-Pienso que el capitán Len Guy y su lugarteniente sabrán hacerse obedecer.

-¡Veremos, señor Jeorling! Además, ¿no puede suceder que el mismo capitán se desanime..., que le arrastre el sentimiento de su responsabilidad y que renuncie a proseguir esta campaña?

Sí... También yo lo temía, y para esto no había remedio alguno.

-Respecto a mi amigo Endicott, respondo de él como de mí mismo. Iríamos al fin del mundo-admitiendo que el mundo tenga fin-si el capitán lo quisiere. Pero nosotros dos, Dirk Peters y usted, somos pocos para obligar a los demás.

-¿Y qué se piensa del mestizo?- pregunté.

-A fe mía, que sobre todo a él le acusan nuestros hombres de la prolongación del viaje... Usted, señor Jeorling, ha influido en esto bastante..., pero usted paga, y paga, bien, mientras ese testarudo de Dirk Peters se empeña en que su pobre Pym vive todavía, cuando debe estar ahogado, aplastado..., en fin, muerto, después de once años.

Esta era mi opinión, hasta el punto de que yo no discutía con el mestizo respecto al asunto.

-Vea usted, señor Jeorling- añadió el contramaestre-, al principio de la travesía Dirk Peters inspiraba alguna curiosidad, que se convirtió en interés cuando salvó a Martín Holt. Ciertamente que no se volvió más comunicativo, ni más hablador que antes. No... El oso no salió de su agujero... Pero ahora ya se sabe quién es, y a fe mía que esto no le ha hecho más simpático. En todo caso él ha sido el que, hablando del yacimiento de tierras al Sur de la isla Tsalal, ha decidido a nuestro capitán a lanzar la goleta en esta dirección; y si actualmente ella ha pasado el grado 86 de latitud, a él se le debe.

-Convengo, en ello, contramaestre.

-Así es que yo temo que se procure jugarle una mala pasada.

-Dirk Peters se defenderá, y compadezco al que se atreva a tocarle con la punta del dedo.

-Conformes, señor Jeorling. Pero, si se lanzan todos contra él, conseguirán su objeto y le arrojarán al fondo de la cala.

-En fin, aquí estamos nosotros, y espero contar con usted para prevenir toda tentativa contra Dirk Peters. Haga usted que sus hombres entren en razón; hágales comprender que tenemos tiempo de volver a las Falklands antes de que termine la buena estación. Es preciso que sus quejas no den pretexto al capitán para virar sin que hayamos conseguido nuestro objeto.

-Cuente usted conmigo, señor Jeorling... Yo le serviré a usted hasta donde pueda.

-Y no se arrepentirá usted de ello, Hurliguerly. Nada más fácil que añadir un cero a los cuatrocientos dollars, que serán entregados a cada hombre, si éste es más que un simple marinero, si desempeña las funciones de contramaestre a bordo de la *Halbrane*...

Esto era atacar a aquel ente original por su lado flaco, y yo estaba seguro de su apoyo. ¡Sí ! El lo intentaría todo para deshacer las maquinaciones de unos, despertar el valor de otros, vigilar sobre Dirk Peters. ¿Conseguiría que la rebelión no estallase a bordo?

Durante los días 13 y 14 no aconteció nada notable. La temperatura descendió de nuevo, lo que me hizo observar el capitán Len Guy mostrándome las numerosas bandadas de pájaros que no cesaban de remontar en la dirección Norte.

Mientras me hablaba comprendía yo que sus últimas esperanzas no tardarían en desaparecer. Y ¿por qué asombrarme de ello?

Del yacimiento indicado por el mestizo no se veía nada, y estábamos ya a más de ciento ochenta millas de la isla Tsalal. A todos los vientos del compás, el mar... nada más que el mar, inmenso, con su horizonte desierto, al que el disco solar se aproximaba desde el 21 de Diciembre, y que desfloraba el 21 de Marzo para desaparecer durante los seis meses de la noche austral. De buena fe, ¿podía admitirse que William Guy y sus cinco compañeros hubiesen podido franquear tal distancia sobre una frágil barca, y tuviéramos aun la probabilidad de recogerlos?

El 15 de Enero, una observación exactamente practicada dio 43º 13' de longitud y 88º 17' de latitud. La *Halbrane* estaba a dos grados del polo, menos de ciento veinte millas marinas.

El capitán no procuró ocultar el resultado de esta observación, y los marineros estaban bastante familiarizados con los cálculos de la navegación para comprenderla. Además, si se trataba de explicarles las consecuencias de ella, ¿no estaban allí Martín Holt y Hardie?

Además, ¿no estaba allí Hearne para exagerarlas hasta el absurdo?

Así, durante la tarde, no pude poner en duda que el *sealing-master* hubiera maniobrado de forma de sobrexcitar los espíritus. Los hombres, agrupados al pie del mástil de mesana, hablaban en voz baja, lanzándonos aviesas miradas.

Se celebraban conciliábulos. Dos o tres marineros vueltos a avante hacían gestos de amenaza. En fin, la escena acabó con murmullos tan violentos, que Jem West exclamó:

-¡Silencio!

Y avanzando, dijo con voz breve:

-¡El primero que abra la boca, se las entenderá conmigo!

El capitán Len Guy se había encerrado en su camarote. Pero a cada instante yo esperaba verlo salir, y después de lanzar una última mirada al largo, no dudaba yo que daría orden de virar.

Sin embargo, al siguiente día la goleta siguió la misma dirección. El timonel tenía siempre el cabo al Sur. Por desgracia (circunstancia muy grave), algunas brumas comenzaban a aparecer.

Confieso que yo estaba muy inquieto. Mis dudas aumentaban. ¡Era evidente que el lugarteniente no esperaba más que la orden de cambiar la barra! Por grande que fuera el disgusto del capitán Len Guy, éste no tardaría en dar la orden.

Hacía varios días que yo no había visto al mestizo, o por lo menos, que no había cambiado palabra con él. Evidentemente le habían puesto en cuarentena, y así que aparecía en el puente, todos se apartaban de él. Iba a ponerse de codos en la baranda, y los demás se dirigían a estribor. Sólo el contramaestre, afectando no alejarse, le dirigía la palabra. Verdad que sus preguntas quedaban sin respuesta.

Debo advertir, además, que a Dirk Peters no parecía preocuparle tal situación. Absorto en sus obsesionantes

pensamientos, tal vez no advertía nada. Lo repito: si hubiera oído a Jem West gritar: «¡Cabo al Norte!», no sé a qué actos de violencia se hubiera entregado.

Como parecía evitar mi presencia, yo me preguntaba si no provenía esto de cierto sentimiento de reserva y «para no comprometerme más».

Sin embargo, en la tarde del 17 el mestizo manifestó intención de hablarme, y... ¡jamás! ¡No! ¡Jamás hubiera yo podido imaginar lo que iba a saber por aquella conversación!

Un poco fatigado, y no sintiéndome bien, acababa yo de entrar en mi camarote, cuyo tragaluz lateral estaba abierto, mientras el de atrás estaba cerrado.

Dieron un ligero golpe a la puerta.

-¿Quién es?- pregunté.

-Dirk Peters.

-¿Quiere usted hablarme?

- Sí.

-Voy a salir.

-Si usted quiere... Yo preferiría.... ¿Puedo entrar en su camarote?...

-Entre usted.

El mestizo empujó la puerta y entró.

Sin levantarme del catre, sobre el que estaba extendido, le hice señal de que se sentara en el sillón.

Dirk Peters permaneció en pie.

-¿Qué me quiere usted, Dirk Peters?- pregunté.

-Decirle a usted..., una cosa... Compréndame usted, señor, porque me parece bien que usted sepa..., que usted solamente sepa... En la tripulación no se puede nunca sospechar...

-Si es grave y si teme usted alguna indiscreción... ¿por qué decírmelo?

-¡Sí!... ¡Es preciso!... ¡Sí!... ¡Es preciso! ¡Imposible guardar esto!... ¡Pesa mucho!... ¡Cómo una roca!

Y Dirk Peters se golpeaba violentamente el pecho.

Después, reprimiéndose, añadió:

-Si... Siempre tengo miedo de que se me escape durante el sueño..., que alguno lo oiga..., pues yo sueño con ello...

-¿Usted sueña?-respondí.- ¿Y con qué?

-¡Con él!... ¡Con él! Por esto duermo en los rincones... Solo..., por miedo de que se sepa su verdadero nombre.

Tuve entonces el presentimiento, que el mestizo iba tal vez a responder a una pregunta que yo no le había hecho aun; pregunta relativa a este punto obscuro: ¿por qué, después de haber abandonado Illinois, había ido a vivir en las Falklands bajo el nombre de Hunt?

Cuando le hice la pregunta, él respondió:

-No es eso... no...; no es eso lo que yo quiero...

-Insisto, Dirk Peters, y deseo saber, primeramente, por qué razón no ha permanecido usted en América, y por qué razón ha elegido usted las Falklands...

-¿Por qué razón, señor? Porque quería aproximarme a Pym, a mi pobre Pym; porque, esperaba encontrar en las Falklands una ocasión para embarcarme en un ballenero con destino a la mar austral.

-Pero ese nombre de Hunt...

-¡Yo no quería el mío!... ¡No!... ¡No quería el mío a causa del asunto del *Grampus*!

El mestizo acababa de hacer alusión a la escena efectuada a bordo del brick americano, cuando se decidió entre Augusto Barnard, Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Parker que uno de los cuatro sería sacrificado, a la suerte, para servir de alimento a los otros tres. Yo recordaba la resistencia de Arthur Pym, y cómo se vio obligado a no rehusar su papel en la tragedia que iba a representarse-tal es su propia frase,-y el horrible acto, cuyo cruel recuerdo debía de envenenar la existencia de todos los que habían sobrevivido.

Sí... Arthur Pym tenía en sus manos las pajas para la suerte... La más corta designaría a la víctima...; y habla de aquella especie de involuntaria ferocidad que él sintió de engañar a sus compañeros, de... hacer trampa... - ésta es la palabra que emplea... - Pero no la hizo, y pide perdón por haber tenido tal idea... Póngase uno en su caso...

Después se decide y presenta su mano, que guarda las cuatro astillitas.

Dirk Peters saca el primero. La suerte le ha favorecido... Nada tiene que temer.

Arthur Pym piensa que existe una probabilidad más en contra suya.

Augusto Barnard saca a su vez... Salvo también.

Ahora Arthur Pym piensa que las probabilidades son las mismas para Parker y él.

En este momento toda la ferocidad del tigre se apodera de su alma... Siente contra su pobre compañero, su semejante, el odio más intenso y más diabólico...

Cinco minutos transcurren antes que Parker ose sacar.

Al fin Arthur Pym, con los ojos cerrados, ignorando si la suerte le ha favorecido o le ha sido contraria, siente que una mano coge la suya...

Era la mano de Dirk Peters... Arthur Pym acababa de escapar a la muerte.

Y entonces el mestizo se precipita sobre Parker, que es derribado de un golpe en la espalda... Sigue la espantosa contienda..., ¡y las palabras no tienen virtud bastante para conmover al espíritu con el completo horror de la realidad!...

¡Sí! Yo conocía esta horrible historia, no imaginaria, como largo tiempo había creído. He aquí lo que había pasado a bordo del *Grampus* el 16 de Julio de 1827, y era inútil que yo buscase la razón por la que Dirk Peters acababa de recordármela.

No iba a tardar en saberlo.

-Y bien, Dirk Peters- le dije.- Le pregunto a usted, puesto que había ocultado usted su nombre, ¿por qué le ha revelado cuando la *Halbrane* estaba anclada en la isla Tsalal?... ¿Por qué no ha conservado usted el de Hunt?

-Señor...Compréndame...Se dudaba de ir más lejos... Se quería retroceder...Estaba decidido..., y entonces pensé...¡sí!...que diciendo que yo era Dirk Peter..., el compañero del pobre Pym..., se me escucharía..., se creería que aun estaba vivo..., se iría en su busca...Y, sin embargo...,

era muy grave, pues era confesar que yo había matado a Parker... Pero el hambre... el hambre devoradora...

Vamos, Dirk Peters- respondí.- Usted exagera... ¡Si la suerte le hubiera sido adversa, usted hubiera sufrido la de Parker!...Realmente no se le puede acusar de un crimen...

-Señor... Compréndame usted. ¿Acaso la familia de Parker hablaría como usted lo hace?

-¿Su familia?... ¿Tenía parientes?

-Sí...; y por eso, en la relación, Pym le cambió el nombre...Parker no se llamaba Parker... Se llamaba...

-Arthur Pym ha obrado muy cuerdamente- respondí,- y en cuanto a mí, no quiero saber el verdadero nombre de Parker... Guarde usted ese secreto.

-¡No!... ¡Yo se lo diré a usted! ¡Esto me pesa demasiado! Y tal vez me aliviaré cuando le diga a usted..., señor Jeorling...

-¡No, Dirk Peters, no!...

-Se llamaba Holt... Ned Holt.

-¡Holt!... exclamé.- Lo mismo que nuestro maestro velero...

-Que es su propio hermano, señor...

-¡Martín Holt... hermano de Ned!

-¡Sí!... ¡Compréndame usted!... ¡Su hermano!

-Pero él cree que Ned Holt ha perecido, como los demás, en el naufragio del *Grampus*...

-No fue así..; y si él supiera que yo...

En aquel momento, una violenta conmoción me arrojó del catre.

La goleta acababa de dar tal sacudida sobre estribor, que faltó poco para que naufragase.

Y oí una voz irritada que decía:

-¿Quién es el perro que está al timón?

Era la voz de Jem West, y aquel a quien interpelaba de tal modo, Hearne.

Me lancé fuera de mi camarote.

-¿Has abandonado la rueda?- repetía Jem West, que había cogido a Hearne por el cuello de la blusa.

-Lugarteniente... Yo ignoraba...

-¡Sí!... ¡Es preciso que la hayas dejado..., y por poco zozobra la goleta!...

Era evidente que Hearne, por uno u otro motivo, había abandonado un momento el timón.

-Gratián-gritó Jem West, llamando a uno de los marineros,- coge la barra... y tú, Hearne, al fondo de la cala...

De repente se oyó el grito de «¡Tierra!», y todas las miradas se dirigieron al Sur.

XXII

TIERRA ...

Con esta palabra encabeza Edgard Poe el capítulo XVII de su libro, y me ha parecido oportuno colocarla al frente del capítulo XXII de mi relato entre una interrogación.

Esta palabra, caída de lo alto del palo de mesana, ¿designaba una isla o un continente? Y continente o isla, ¿no nos esperaba allí un desengaño? ¿Estarían allí los que íbamos a buscar? Y Arthur Pym... muerto indudablemente, a pesar de la afirmación de Dirk Peters, ¿había puesto la planta en aquella tierra?

Cuando este grito resonó a bordo de la *Jane* el 17 de Enero de 1828, día lleno de incidentes, el diario de Arthur Pym dice que fue en la forma siguiente:

-¡Tierra por la serviola de estribor!

Tal hubiera podido ser a bordo de la *Halbrane*.

En efecto: por el mismo lado se dibujaban ligeramente algunos contornos, por encima de la línea del cielo y del mar.

Verdad que la tierra que había sido anunciada en esta forma a los marineros de la *Jane* era el islote Bennet, árido, desierto, al que siguió, a menos de un grado al Sur, la isla Tsalal, fértil entonces, habitable, habitada, y en la que el capitán Len Guy esperaba encontrar a sus compatriotas. Pero, ¿qué sería para nuestra goleta, aquella tierra desconocida, cinco grados más al Sur en las profundidades de la mar austral? ¿Estaría allí el objeto tan ardientemente deseado, con tanta obstinación buscado? Allí los dos hermanos, William y Len Guy, ¿caerían uno en brazos del otro?

¿Se encontraba la *Halbrane* al término de un viaje, cuyo feliz éxito estaba asegurado por el repatriamiento de los sobrevivientes de la *Jane*? Repito que me sucedía lo que al mestizo. Nuestro objeto no era éste únicamente... Sin embargo, puesto que ante nosotros se presentaba tierra, preciso era inspeccionarla... Después veríamos.

El grito de tierra nos distrajo de nuestras cavilaciones. No pensé en la confidencia que Dirk Peters acababa de hacerme, y tal vez el mestizo la olvidó, pues se lanzó a proa, y sus miradas no se apartaban ya del horizonte.

En cuanto a Jem West, al que nada distraía de su servicio, reiteró sus órdenes. Gratián se puso al timón y Hearne fue encerrado en la cala.

Justo castigo, contra el que nadie debía protestar, pues la distracción o descuido de Hearne había comprometido por un instante a la goleta. Sin embargo, cinco o seis marinos de

las Falklands dejaron escapar algunos murmullos. Un gesto del lugarteniente los hizo callar, y ellos volvieron a su puesto.

No hay que decir, que, al grito del vigía, el capitán Len Guy se había lanzado fuera de su camarote, y con mirada febril observaba aquella tierra, distante entonces unas diez o doce millas.

Repito que yo no pensaba ya en el secreto que Dirk Peters acababa de confiarme. Mientras tal secreto permanecía entre los dos- y ni él ni yo lo revelaríamos- nada había que temer. Pero si una desdichada casualidad hacía que Martín Holt supiese que el nombre de su hermano había sido sustituido por el de Parker...; que el infortunado no había perecido en el naufragio del *Grampus*; que, designado por la suerte, había sido sacrificado para impedir que sus compañeros murieran de hambre...; que Dirk Peters, a quien él, Martín Holt, debía la vida, le había muerto...

He aquí pues, la razón por la que el mestizo rehusaba obstinadamente la gratitud de Martín Holt; por qué huía de él...

La goleta marchaba con la prudencia que exigía una navegación sobre aquellos parajes desconocidos. Tal, vez allí había altos fondos, arrecifes a flor de agua, y se corría el riesgo de chocar con ellos. Un choque en las condiciones en que la *Halbrane* se encontraba, aun en el supuesto de que pudiera ser puesta a flote de nuevo, hubiera hecho imposible su regreso antes del invierno.

Jem. West había dado orden de disminuir el velamen. Después que el contramaestre hizo acortar juanetes, gavia y

ballestilla, la *Halbrane* quedó bajo su cangreja, su mesana y sus foques, velamen suficiente para franquear en algunas horas la distancia que la separaba de tierra.

En seguida el capitán Len Guy hizo practicar un sondaje, que acusó ciento veinte brazas de profundidad. Otros sondajes indicaron que la costa, muy acantilada, debía prolongarse bajo las aguas por una muralla a pico. Sin embargo, como era posible que el fondo remontase bruscamente en vez de unirse al litoral por alargada pendiente, se avanzó sin dejar la sonda.

El tiempo era bueno, por más que al Sudeste y Suroeste el cielo aparecía brumoso, de donde nacía alguna dificultad para reconocer los bajos lineamentos que se dibujaban como vapor flotante, apareciendo y desapareciendo entre las brumas.

Estábamos de acuerdo, no obstante, para atribuir a aquella tierra una altura de 25 a 30 toesas, en su parte más elevada al menos.

¡No!... No era admisible que fuéramos juguetes de una ilusión, y, sin embargo, extraño temor atormentaba a nuestro espíritu; pero, después de todo, ¿no es natural que el corazón sea asaltado de mil dudas cuando se llega al objeto tan ansiosamente perseguido? ¡Había puestas tantas esperanzas en aquel litoral solamente entrevisto, y nacería tanta desanimación si no había allí más que un fantasma... una sombra impalpable! ¡A esta idea mi cerebro se turbaba, se alucinaba! ¡Parecía que la *Halbrane* se reducía a un bote perdido en aquella inmensidad... lo contrario de aquella mar

infinita, de la que habla Edgard Poe, donde el navío crece... crece como cuerpo vivo!...

Cuando los mapas dan detalles sobre la hidrografía de las costas, sobre la naturaleza de los sitios propios para desembarcar, sobre las bahías o ensenadas, se puede navegar con cierta audacia. En otra región cualquiera, sin ser motejado de temerario, un capitán no hubiera dejado para el siguiente día la orden de anclar cerca de la ribera. ¡Pero aquí era preciso tanta prudencia! ¡Y, sin embargo, ante nosotros no había obstáculo alguno!... Además, la atmósfera no debía perder su claridad durante la noche. En la época en que nos encontrábamos, el astro radioso no se ponía aun en el horizonte del Oeste, y sus rayos bañaban con incesante luz el vasto dominio de la Antártida.

El libro de a bordo consignó, a partir de esta fecha, que la temperatura no cesó de experimentar continua baja. El termómetro expuesto al aire y a la sombra no marcaba más que treinta y dos grados (0º c). Sumergido en el agua, no indicaba más que veintiséis (3º 33 c. bajo cero). ¿De dónde provenía este descenso encontrándonos en pleno verano antártico? Fuera la que fuera la causa, los marineros habíanse visto en la necesidad de volver a ponerse sus vestidos de lana, que habían dejado un mes antes, después de franquear el banco de hielo.

Verdad que la goleta marchaba en la dirección del viento, y los primeros síntomas del frío fueron menos sensibles. Por lo demás, como fácilmente se comprende, iba a ser preciso

apresurarse, pues el retraso en aquella región, exponiéndose a los peligros de invernar, hubiera sido desafiar a Dios.

El capitán Len Guy hizo señalar el curso de la corriente, enviando pesadas sondas, y reconoció que empezaba a separarse de su dirección.

-¿Es un continente lo que se extiende ante nosotros? ¿Es una isla?- dijo.- Nada nos permite asegurarlo. Si es un continente, debemos deducir que la corriente debe atravesar una abertura hacia el Sudeste...

-Efectivamente; es posible- respondí,- que la parte sólida de la Antártida quede reducida a un sencillo cascote polar, cuyos bordes podremos rodear. En todo caso, es conveniente tomar nota de las observaciones que presenten cierta exactitud.

-Así lo hago, señor Jeorling, y llevaremos gran cantidad de datos acerca de esta porción de la mar austral, datos que prestarán grandes servicios a los futuros navegantes...

-¡Si es que alguno se aventura hasta aquí, capitán! Para que lo consiguiéramos nosotros, preciso ha sido que las circunstancias nos favorecieran; la precocidad de la buena estación, una temperatura superior a la normal... el rápido arrastre de los témpanos... En veinte, en cuarenta años, ¿se ofrecerán estás circunstancias una vez más?...

-Así, yo doy gracias por ello a la Providencia, y me vuelve la esperanza. Puesto que el tiempo nos ha favorecido de continuo, ¿por qué mi hermano, por qué mis compatriotas no han podido encontrar tierra en esta costa, a la que los vientos y la corriente les arrastraban? Lo que nuestra goleta

ha hecho, su canoa ha podido hacerlo. Ellos no habrán partido sin llevar provisiones para un viaje que podía prolongarse indefinidamente. ¿Por qué no han de haber encontrado allí los recursos que la isla Tsalal les había ofrecido durante largos años? Ellos poseían municiones y armas. El pescado abunda en estos parajes; la caza acuática también. Sí... ¡Mi corazón está lleno de esperanza, y deseo que pase el tiempo!

Sin participar por completo de la confianza del capitán Len Guy, yo me felicitaba de que hubiera vuelto a recobrar sus esperanzas.

Tal vez, si sus pesquisas tenían buen resultado, yo conseguiría que fuesen continuadas, en interés de Arthur Pym, hasta el interior de aquella tierra de la que no estábamos muy lejos.

La *Halbrane* avanzaba lentamente por la superficie de aquellas aguas claras, donde pululaban pescados pertenecientes a las más distintas especies. Los pájaros marinos se mostraban en gran número, sin manifestar gran susto, volando en torno de la arboladura o inclinándose sobre las vergas. Varios cordones blancuzcos de una extensión de cinco a seis pies fueron subidos a bordo.

Eran verdaderos rosarios de millones de cuentas, formados por la aglomeración de pequeños moluscos de resplandecientes colores.

Algunas ballenas arrojando agua por sus orificios aparecieron a lo lejos, y yo advertí que todas tomaban la

dirección Sur. Había, pues, por qué admitir que la mar se extendiese a lo lejos en tal dirección.

La goleta avanzó dos o tres millas, sin procurar aumentar su velocidad. ¿La costa vista por vez primera se desarrollaba del Noroeste al Sudeste? Ninguna duda sobre este punto. Sin embargo, los anteojos no podían recoger ningún detalle, ni aun después de tres horas de navegación. La tripulación, colocada en la proa, miraba sin dejar traslucir sus impresiones. Jem West, después de haberse izado a las barras del mástil de mesana, donde había permanecido diez minutos en observación, no había aportado detalle alguno preciso.

Colocado a babor, y de codos sobre la baranda, yo seguía con la mirada la línea del cielo y de la mar, cuyo círculo solamente al Este se interrumpía.

En aquel momento el contramaestre se reunió a mí, y sin mas preámbulo me dijo:

-¿Me permite usted que le diga lo que pienso, señor Jeorling?

-Dígalo usted, salvo que yo no participe de su idea si no la creo justa-respondí.

-Lo es, y a medida que nos acerquemos, preciso será estar ciego para no verlo.

-¿Y qué es lo que usted piensa?

-Que no es una tierra lo que se presenta ante nosotros, señor Jeorling.

-¿Dice usted?

-Mire usted con atención colocando la mano ante los ojos. Espere usted. Por la serviola de estribor.

Yo hice lo que Hurliguerly me pedía.

-¿Ve usted?- continuó él.- Que se me quite el deseo de beber mi vaso de whisky si esas masas no se mueven, no con relación a la goleta, sino con movimiento propio.

-¿Y qué deduce usted?

-Que son *ice-bergs* en movimiento.

-¿*Ice-bergs*?

-Seguramente, señor Jeorling.

¿El contramaestre estaba en lo cierto? ¿Nos esperaba, pues, un nuevo desengaño? ¿Lo que tomábamos por tierra eran montañas de hielo en derivación?

Bien pronto no quedó duda respecto a este punto, y, algunos instantes después la tripulación no creía en la existencia de tierra en aquella dirección.



Diez minutos después el vigía anunciaba que varios *ice-bergs* descendían del Noroeste en dirección oblicua hacia la *Halbrane*.

¡Qué efecto más deplorable produjo la noticia a bordo! ¡Nuestra última esperanza acababa de desaparecer! Y ¡qué golpe para el capitán Len Guy! ¡Sería preciso buscar la tierra

de la zona austral en las más bajas latitudes, sin tener nunca la seguridad de encontrarla!

-¡Apareja para virar!- fue el grito casi unánime que sonó sobre la *Halbrane*.

Sí. Los reclutados en las Falklands manifestaban su voluntad; exigían que se diera la vuelta, aunque Hearne no estuviera allí para excitar a la indisciplina; y- debo confesarlo- la mayoría de los antiguos tripulantes parecía estar de acuerdo con ellos.

Jem West, sin atreverse a imponer silencio, esperaba las órdenes de su jefe.

Gratián, al timón, parecía dispuesto a dar vuelta a la rueda, mientras que sus camaradas, las manos sobre los tacos, se disponían a largar las escotas.

Dirk Peters, apoyado contra el mástil de mesana, la cabeza baja, el cuerpo encorvado y la boca contraída, permanecía inmóvil, y ni una palabra se escapaba de sus labios.

De pronto se vuelve hacia mí, y me dirige una mirada llena de súplica y de cólera.

No sé qué irresistible impulso me llevó a intervenir personalmente en el caso, a protestar una vez más. Un último argumento acababa de presentarse a mi espíritu, argumento cuyo valor no podía ser negado.

Tomé, pues, la palabra resuelto a sostener mi idea contra todos, y lo hice con tal acento de convicción que nadie intentó interrumpirme.

He aquí, en sustancia, lo que dije:

-¡No!... ¡No debemos abandonar toda esperanza! ¡La tierra no debe de estar lejos! ¡No tenemos delante uno de esos bancos de hielo que no se forman más que en pleno Océano por la acumulación de témpanos! Son *ice-bergs*, y éstos han debido necesariamente separarse de una base sólida, de un continente o de una isla. En esta época en que el deshielo comienza, la deriva les ha arrastrado hace poco tiempo. Tras ellos debemos encontrar la costa en que se han formado. Veinticuatro horas, cuarenta y ocho a lo más, y si la tierra no aparece, el capitán Len Guy dará orden de que se ponga el cabo al Norte.

¿Había yo convencido a la tripulación, o debía intentarlo con el ofrecimiento de una doble prima, aprovechando la circunstancia de no estar Hearne entre sus camaradas, y de no poder excitarles repitiéndoles que se pretendía arrastrar a la goleta a su perdición? El contramaestre vino en mi ayuda, y con alegre tono dijo:

-Muy bien razonado; y por lo que a mí se refiere, me rindo a la opinión del señor Jeorling. Seguramente la tierra está cerca. Buscándola más allá de estos *ice-bergs*, la descubriremos sin fatigas ni grandes peligros, ¿Qué es un grado al Sur, cuando se trata de meter algunos centenares más de dollars en el bolsillo? ¡Y no olvidemos que si son agradables cuando entran, no lo son menos cuando salen!

El cocinero Endicott asintió a las palabras del contramaestre.

-¡Sí... muy buenos, los dollars!- exclamó mostrando dos hileras de dientes de alumbradora blancura.

¿Iba la tripulación a rendirse a los argumentos de Hurliguerly, o procuraría resistir si la *Halbrane* se lanzaba en dirección hacia los *ice-bergs*?

El capitán Len Guy tomó de nuevo su anteojo y le dirigió sobre las masas movientes, observándolas con extrema atención, y después gritó con voz fuerte:

-¡Cabo al Sursuroeste!

Jem West dio la orden de ejecutar la maniobra. Los marineros dudaron un instante. Después obedecieron y se pusieron a bracear ligeramente las vergas, a atiesar las escotas, y la goleta recobró su velocidad. Terminada la operación, me acerque a Hurliguerly, y llevándole aparte, le dije:

-Gracias, contramaestre.

-¡Eh! Señor Jeorling, bueno es por esta vez-respondió meneando la cabeza. -Pero no recomencemos... Todo el mundo estaría en contra mía... Quizás hasta Endicott...

-Nada he presagiado que no sea posible- repliqué vivamente.

-Estoy conforme..., y la cosa se puede sostener con algún viso de verosimilitud.

-Sí... Hurliguerly..., sí... Pienso lo que he dicho, y no dudo que acabaremos por ver tierra más allá de los *ice-bergs*.

-¡Posible, señor Jeorling, posible! Lo que hace falta es que aparezca antes de dos días, pues, si no, a fe de contramaestre que sería preciso virar. Durante las veinticuatro horas siguientes se caminó hacia el Sursuroeste. Verdad es que la dirección de la *Halbrane* tuvo que ser modificada varias veces y reducida su velocidad en medio de los témpanos. La

navegación se hizo muy difícil desde que la goleta se lanzó al través de los *ice-bergs,* que tenía que cortar oblicuamente. Por lo demás, no había ninguno de esos *packs*, de esos *drifts* que bordeaban el banco de hielo en el paralelo setenta; nada del desorden que presentan los parajes del círculo polar, combatidos por las tempestades antárticas. Las enormes masas derivaban con majestuosa lentitud. Los bloques parecían *nuevos*, para emplear la frase propia, y tal vez su formación databa de pocos días. Sin embargo, con una altura de ciento a ciento cincuenta pies, su volumen debía cifrarse en millones de toneladas.

Jem West vigilaba para evitar los choques, y no abandonaba ni un instante el puente:

Inútilmente, por entre los pasos que los *ice-bergs* dejaban entre ellos, procuró distinguir indicios de una tierra cuya orientación hubiese obligado a nuestra goleta a ir más directamente hacia el Sur.

Nada distinguía.

Por lo demás, y hasta entonces, el capitán Len Guy había podido tener siempre por ciertas las indicaciones del compás. El polo magnético, alejado ahora varios centenares de millas, puesto que su longitud es oriental, no tenía influencia sobra la brújula. La aguja, en vez de esas variaciones de seis a siete *rhumbs* que la agitan en la vecindad del polo, conservaba su estabilidad y podía uno fiarse de ella.

Así, pues, a despecho de mi convicción- que, no obstante, se fundaba en argumentos serios,- no había allí señales de tierra, y yo me preguntaba si no sería mejor poner el cabo

más al Oeste y alejar a la *Halbrane* del punto extremo donde se cruzan los meridianos del globo.

De forma que, a medida que transcurrían aquellas cuarenta y ocho horas que me habían sido concedidas, los ánimos desfallecían poco a poco y retoñaba la rebeldía. Día y medio más, y no me sería posible combatir el general desfallecimiento. La goleta volvería definitivamente hacia el Norte.

La tripulación maniobraba en silencio cuando Jem West, con voz breve, daba la orden de evolucionar al través de los pasos. No obstante a pesar de la continua vigilancia, a pesar de la habilidad de los marineros y de la pronta ejecución de las maniobras, de vez en cuando se producían peligrosos frotamientos contra el casco, que dejaba a su paso grandes manchas de alquitrán sobre aquellos *ice-bergs*. Y en verdad, el más valiente no podía evitar un sentimiento de terror al pensamiento de que el agua hubiera podido invadirnos...

Conviene notar que la base de aquellas montañas flotantes era muy acantilada. Un desembarco hubiera sido impracticable. Así no veíamos ninguna de esas focas, de ordinario tan numerosas en los parajes donde abundan los *ice-fields*, ni bandadas de esos pingüinos que en otra época la *Halbrane* hacía caer por millares a su paso. Los mismos pájaros parecían más raros y asustadizos.

De aquellas regiones desoladas y desiertas emanaba una impresión de angustia y de horror, a la que ninguno de nosotros podía sustraerse. ¿Cómo conservar la esperanza de que los sobrevivientes de la *Jane*, si habían sido arrastrados a

aquellas espantosas soledades, hubieran podido encontrar refugio en ellas y asegurar su existencia? Y si la *Halbrane* a su vez naufragaba, ¿quedaría un solo testigo de la catástrofe?

Pude observar que desde la víspera, a partir del momento en que la dirección del Sur había sido abandonada para cortar la línea de los *ice-bergs*, en la actitud habitual del mestizo habíase operado brusco cambio. La mayor parte del tiempo permanecía al pie del palo de mesana, y no se levantaba más que para echar mano a alguna maniobra, sin demostrar en su trabajo ni el celo ni la vigilancia de otra época. Parecía desanimado. No porque hubiera renunciado a creer que su compañero de la *Jane* vivía, pues pensamiento tal no podía nacer en su cerebro... Pero, por instinto, comprendía que, siguiendo la dirección que seguíamos, no se encontrarían las huellas del pobre Pym.

« Señor- me hubiera dicho.- Compréndame... No es allí... No es allí... »

¿Y qué hubiera yo podido responderle?

A las siete de la tarde se levantó una bruma bastante espesa, que iba a hacer mala y peligrosa la navegación de la goleta.

Aquel día de emociones, de ansiedad, de alternativas crueles, me había puesto algo enfermo. Así, pues, entré en mi camarote, y vestido me tendí en mi catre.

No pude conciliar el sueño. Obsesionábanme crueles pensamientos. Mi imaginación, tan reposada en otra época, estaba sobrexcitada. Creo que la constante lectura de las obras de Edgard Poe y el medio extraordinario en que sus

héroes realizaron sus aventuras habían ejercido sobre mí una influencia, de la que no me daba cabal cuenta.

Al siguiente día iban a terminar las cuarenta y ocho horas, última limosna que la tripulación concedía a mis instancias.

-¿No marcha la cosa como usted desea?- me había dicho el contramaestre en el momento en que yo penetraba en el *rouf*.

No, puesto que la tierra no se presentaba tras la flotilla de los *ice-bergs*, y el capitán Len Guy pondría al siguiente día el cabo al Norte.

¡Ah!... ¡Que no fuera yo el amo de la goleta! ¡Si la hubiera podido comprar, aun a precio de toda mi fortuna; si aquellos hombres hubieran sido esclavos míos que yo hiciera obedecer a latigazos, la *Halbrane* no hubiera abandonado jamás aquella campaña, así hubiera tenido que llegar hasta el punto de la Antártida sobre el que la cruz del Sur arroja sus resplandecientes luces!

¡En mi agitado cerebro bullían mil pensamientos, mil ansias!

¡Quería levantarme, y antojábaseme que poderosa o irresistible mano me clavaba en el lecho! Se apoderaba de mí el deseo de abandonar en el instante aquel camarote donde luchaba con las pesadillas de incompleto sueño, de lanzar a la mar una de las canoas de la *Halbrane*, y arrojarme en ella con Dirk Peters, que no vacilaría en seguirme..., y después abandonarnos a la corriente que se propagaba hacia el Sur.

Y lo hacía... Sí... Lo hacía en sueños... Estábamos en el día siguiente. El capitán Len Guy, después de lanzar una última

mirada al horizonte, ha dado la orden de virar. Una de las canoas está allí. Yo prevengo al mestizo. Nos deslizamos hasta ella, sin ser vistos. Cortamos la cuerda. Mientras la goleta sigue adelante, nosotros quedamos atrás, y la corriente nos lleva...

Vamos así hasta la mar libre... Al fin nuestra canoa se detiene. Allí hay tierra... Creo ver una especie de esfinge que domina el casquete austral...La esfinge de los hielos... Me dirijo a él... Le pregunto... El me entrega los secretos de aquellas misteriosas regiones... Y entonces, en torno del mitológico monstruo, aparecen los fenómenos, cuya realidad afirmaba Arthur Pym. La cortina de vagos vapores, hendidos de rayas luminosas, se desgarra... ¡Y ante mis ojos no se presenta el cuerpo de sobrehumana grandeza..., sino el de Arthur Pym, feroz guardián del polo Sur, desplegando al viento de las altas latitudes el pabellón de los Estados Unidos de América!...

Este sueño fue bruscamente interrumpido, o se modificó al capricho de una imaginación alocada... No lo sé; pero tuve el sentimiento de que acababa de ser repentinamente despertado. Parecióme que se efectuaba un cambio en el balanceo de la goleta, que, suavemente inclinada sobre estribor, se deslizaba por la superficie de aquella mar tan tranquila... Y, sin embargo, aquello no era el vaivén propio del barco.

Sí... Positivamente, yo me sentí levantado como si mi lecho fuera la barquilla de un aerostato..., como si los efectos del peso se hubieran extinguido en mí.

No me engañaba. Había pasado del sueño a la realidad.

Varios golpes, cuya naturaleza no comprendía aun, resonaron sobre mi cabeza. En el interior del camarote las paredes desviaban de la vertical, hasta el punto de hacer sospechar que la *Halbrane* se volvía sobre su costado. Casi en seguida fui arrojado de mi lecho, y poco faltó para que el ángulo de la mesa me golpease en el cráneo. Me levanté al fin y conseguí asomarme al montante de la puerta, que cedió bajo mis pies.

En este instante oí un ruido de desgarramiento en el flanco de babor.

¿Era que se había producido un choque entra la goleta y alguna de aquellas colosales masas flotantes que Jem West no había podido evitar en medio de las brumas?

De repente, violentas vociferaciones estallaron en la popa, después gritos de espanto, a los que se mezclaban las voces alocadas de la tripulación.

En fin, se produjo un último choque, y la goleta quedó inmóvil.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO.

CUADERNO TERCERO

XXIII

EL «ICE BERG» VOLTEADO.

Me dirigí a cubierta para ganar el puente. El Capitán Len Guy, que había abandonado su camarote, arrastrábase sobre sus rodillas, tan inclinada estaba la banda, y como pudo fue a agarrarse al listón de barraganete de las empavesadas.

Hacia la proa, entre el castillo y el mástil de mesana, algunas cabezas asomaban entre los pliegues de la trinquete abatida como un toldo caído.

Eran las de Dirk Peters, Hardie, Martín Holt y Endicott, suspendidos a los obenques de estribor.

Es de suponer que en aquel momento el contramaestre y el cocinero hubieran cedido a un 50 por 100 las primas ofrecidas desde el paralelo 84.

Un hombre se arrastró hasta mí, pues la pendiente le impedía mantenerse en pie. Era Hurliguerly. Extendido a lo largo, con los pies apoyados contra el dintel de la puerta, yo

no temía deslizarme hasta la extremidad del pasadizo. Ayudé al contramaestre a que se levantara, no sin trabajo.

-¿Qué hay?- le pregunté.

-Un encallamiento, señor Jeorling.

-¿Estamos en la costa?- exclamé.

-Una costa supone una tierra-respondió irónicamente el contramaestre,- y no la hay más que en la imaginación de ese diablo de Dirk Peters.

-En fin..., ¿qué ha sucedido?

-Pues un *ice-berg* en plena bruma... un *ice-berg* que no hemos podido evitar.



-¿Un *ice-berg,* contramaestre?

Un *ice-berg* que ha elegido este instante para dar una voltereta; al volverse ha encontrado a la *Halbrane* y la ha levantado como una raqueta a un volante, y henos aquí encallados a una regular centena de pies sobre el nivel de la mar antártica.

¿Hubiera podido imaginarse desenlace más terrible a la aventurada campaña de la *Halbrane?* En medio de aquellos extremos parajes, nuestro único medio de transporte acababa de ser arrancado de su elemento natural, levantado, por la palanca de un *ice-berg,* a una altura que pasaba de 100 pies. ¡Sí! Lo repito; ¡qué desenlace! Hundirse en lo más fuerte de una tempestad, ser destruidos en un ataque de salvajes, ser aplastado entre dos témpanos, estos son peligros a los que se expone todo navío que se aventura en los mares polares. Pero que la *Halbrane* hubiera sido levantada por una montaña flotante en el momento en que esta montaña se volvía, y que hubiese encallado casi en su cima ¡no!, esto pasaba los límites de lo verosímil.

¿Con los medios de que disponíamos conseguiríamos bajar la goleta de aquella altura? Yo lo ignoraba. Lo que sabía era que el capitán Len Guy, el lugarteniente y los antiguos de la tripulación, recobrados del primer espanto, no eran gentes que se desanimaran por terrible que fuera la situación. De esto no tenía yo la menor duda... Sí... Ellos emplearían todos sus esfuerzos para la salvación común. Respecto a las medidas que sería preciso tomar, nadie lo hubiera podido decir aun.

En efecto: un velo de bruma gris envolvía al *ice-berg*. No se distinguía nada de su masa enorme, a no ser la anfractuosidad en la que la goleta estaba hundida, ni el lugar que ocupaba en medio de aquella flotilla en derivación hacia el Sudeste.

La más elementaria prudencia exigía evacuar la *Halbrane*, cuyo deslizamiento podía ser determinado por alguna brusca sacudida del *ice-berg*. ¿Estábamos siquiera seguros de la estabilidad de éste? ¿No se podía temer que diese otra vuelta? Y si la goleta caía en el vacío, ¿quién de nosotros hubiera podido salir sano y salvo de tal caída, y después del hundimiento final, en las profundidades del abismo?

En algunos minutos la tripulación abandonó a la *Halbrane*. Todos buscamos refugio sobre el talud, esperando que los vapores que cubrían al *ice-berg* se disipasen. Los oblicuos rayos solares no lograban atravesarles, y apenas si el disco rojizo se distinguía al través de aquel montón de opacas vesículas que extinguían la luz.

No obstante, a distancia de once pasos podíamos distinguirnos los unos a los otros. En cuanto a la *Halbrane,* no presentaba más que una masa confusa, cuyo negruzco color se destacaba vivamente sobre la blancura de los témpanos.

Entonces nos preguntamos si alguno de los que estaban en el puente de la goleta en el momento de la catástrofe no había sido arrojado al mar. A la orden del capitán, los marineros presentes se unieron al grupo formado por el lugarteniente, el contramaestre, Hardie, Martín Holt y yo. Jem

West pasó lista. Cinco de nuestros hombres no respondieron; el marinero Drap, uno de los antiguos tripulantes, y cuatro de los nuevos, a saber: dos ingleses, un americano y uno de los fueguinos embarcados en las Falklands.

Así, aquella catástrofe costaba la vida a cinco de los nuestros, las primeras víctimas de la campaña desde la partida de las Kerguelen... ¿Serían las últimas?

No era dudoso que aquellos desdichados hubieran perecido, pues en vano se les llamó, y en vano se les buscó sobre los flancos del *ice-berg* y por todas partes donde pudieran estar.

Las tentativas hechas, una vez disipadas las brumas, fueron inútiles. En el momento en que la *Halbrane* fue cogida por debajo, la sacudida fue tan violenta, tan repentina, que aquellos hombres no tuvieron fuerza para sostenerse, y, verosímilmente, jamás se encontrarían sus cuerpos, que la corriente había debido de arrastrar.

Cuando la desaparición de los cinco hombres fue un hecho, la desesperación invadió todos los espíritus. ¡Entonces apareció más vivamente la horrible perspectiva de los peligros que amenazan a una expedición al través de la zona antártica!

-¿Y Hearne?- preguntó uno.

Martín Holt acababa de arrojar este nombre en medio del silencio general. El *sealing- master,* del que nos habíamos olvidado, ¿había sido aplastado en el recinto estrecho, de la cala donde estaba encerrado?

Jem West se lanzó hacia la goleta, se tiró por medio de una amarra que pendía de proa, y llegó al puesto, por el que se penetraba en aquel lado de la cala...

Nosotros esperábamos, inmóviles y silenciosos, saber la suerte de Hearne, por más que el genio malo de la tripulación fuese poco digno de lástima.

No obstante, ¡cuántos de nosotros pensábamos entonces que si sus consejos hubieran sido oídos, si la goleta hubiera tomado la dirección Norte, no nos veríamos en el duro trance de tener por único refugio una montaña de hielo en derivación! Y en esto, ¡cuál no era mi responsabilidad, pues yo había arrastrado a la prolongación de aquella campaña!

Al fin el lugarteniente apareció en el puente, y tras él Hearne.

Por milagro, ni los tabiques, ni las tablas que revestían el interior de la cala habían cedido.

Hearne se deslizó a lo largo de la goleta y se reunió a sus camaradas sin pronunciar palabra, y no hubo para qué ocuparse más de él.

A las seis de la mañana la niebla se disipó por efecto del descenso acentuado de la temperatura. No se trataba de esos vapores cuya congelación es completa, sino mas bien del fenómeno llamado *frost-rime*, o humo helado, que se produce algunas veces en estas altas latitudes. El capitán Len Guy lo reconoció en las fibras prismáticas, con la punta dirigida en sentido del viento, que lanzaba la ligera costra depositada sobre los flancos del *ice-berg*. Los navegantes no confunden este *frost-rime* con el hielo blanco de las zonas templadas, cuya

congelación no se efectúa sino después de estar depositado en la superficie del suelo.

Entonces se pudo apreciar el grueso del macizo, sobre el que estábamos como moscas sobre un terrón de azúcar, y, seguramente, vista desde abajo la goleta, no debía de parecer mayor que la yola de un barco de comercio.

El *ice-berg* cuya circunferencia parecía ser de 300 a 400 toesas, medía de 130 a 140 pies de altura. Debía, pues, según los cálculos, hundirse en una profundidad cuatro o cinco veces más grande, y, por consecuencia, pesar millones de toneladas.

He aquí lo que había sucedido:

Después de haber sido minado en su base por el contacto de aguas más cálidas, el *ice-berg* se había levantado poco a poco. Cambiando su centro de gravedad, el equilibrio no había podido restablecerse más que por un vuelco brusco, que puso sobre el nivel del mar lo que estaba bajo él. Cogida en estas condiciones la *Halbrane,* fue alzada como con el enorme brazo de una palanca. Gran número de *ice-bergs* se vuelven así en la superficie de los mares polares, y éste es uno de los mayores peligros a que están expuestos los navíos. En una hendidura de la parte Oeste del *ice-berg* estaba sujeta la *Halbrane;* inclinada sobre estribor, la popa en alto, baja la proa.

Pensamos que a la menor sacudida se deslizaría por lo largo de la pendiente del *ice-berg* hasta el mar. En la parte en que estaban las habitaciones de dormir, el choque había sido lo bastante violento para desfondar algunas tablas del casco y

del suelo en una extensión de dos toesas. Al primer choque, la cocina, colocada ante el palo de mesana, había roto sus cabos y se había hundido hasta la entrada del *rouf,* cuya puerta, entre los dos camarotes del capitán y del lugarteniente, había sido arrancada de sus goznes.

La gavia y la flecha habían venido abajo tras la rotura de los brandales, en los que se veía la huella, aun fresca, a la altura del tamborete. Por todas partes restos diversos de vergas, berlingas, una parte del velamen, barriles, cajas, que debían flotar en la base del témpano y derivar con él.

Lo que más debía inquietarnos en nuestra situación era que, de las dos canoas de la *Halbrane,* la de estribor había sido aplastada en el momento del abordaje y no quedaba más que la segunda, la mayor, es cierto, suspendida de sus cuerdas a babor. Lo que más apremiaba era ponerla en seguridad, pues tal vez era nuestro único medio de salvación.

De este primer examen resultaba que los mástiles bajos de la goleta estaban intactos y podían ser utilizados; pero ¿cómo sacar la goleta de aquel lecho de hielo, volverle a su elemento natural, y, en una palabra, «lanzarla» como se lanza un barco a la mar?

Cuando el capitán Len Guy, el lugarteniente, el contramaestre y yo nos encontramos solos, yo les pregunté sobre este asunto.

-Esa operación es muy arriesgada, convengo en ello-respondió Jem West; -pero, puesto que es indispensable que se haga, lo haremos. Creo que será necesario abrir una especie de lecho en la base de ese *ice-berg.*

-Y sin aguardar un solo día- añadió el capitán Len Guy.

-¿Oye usted, contramaestre?- dijo Jem West.- Desde hoy a la faena.

-Oigo, y así se hará- respondió Hurliguerly.- Una observación, sin embargo, si usted me lo permite, capitán...

-¿Cuál?

-Antes de comenzar el trabajo visitemos el casco, y veamos que averías tiene y cuáles son reparables... ¿De qué serviría lanzar un navío en malas condiciones, que se iría inmediatamente a fondo?

Se accedió a la justa pretensión del contramaestre.

La niebla se había disipado; un sol claro iluminaba entonces la parte oriental del *ice-berg,* desde donde la mirada abarcaba una larga extensión de mar. Por aquella parte, en lugar de las superficies lisas, sobre las que el pie no hubiera podido encontrar punto de apoyo, los flancos presentaban anfractuosidades, rebordes y hasta planicies donde sería fácil establecer un campamento provisional. No obstante, preciso hubiera sido guardarse de la caída de enormes bloques en desequilibrio, que una sacudida podía lanzar lejos. Y, en verdad, durante la mañana varios de estos bloques rodaron con espantoso ruido de avalancha hasta el mar.

En resumen: parecía que fuera sólida la base del *ice-berg.* Por lo demás, si su centro de gravedad se encontraba sobre el nivel de la línea de flotación, no era de temer que diera otra vuelta.

Desde la catástrofe yo no había tenido ocasión de hablar con Dirk Peters. Como cuando le llamaron él había respondido, yo sabía que no se contaba entre las víctimas.

En aquel momento lo vi inmóvil..., y se supone adonde se dirigían sus miradas.

El capitán Len Guy, el lugarteniente, el contramaestre, los maestros Hardie y Martín Holt, a los que yo acompañaba, subieron hacia la goleta a fin de proceder a un minucioso examen de su casco. Por la parte de babor la operación sería fácil, puesto que la *Halbrane* se inclinaba sobre el flanco opuesto. Por la otra parte preciso sería, con más o menos dificultad, deslizarse hasta la quilla, abriendo camino en el témpano, si se quería que ninguna parte de la goleta se escapara a esta visita.

Después de un examen que duró dos horas, resultó que las averías no tenían gran importancia y eran fáciles de reparar.

Dos o tres bordajes rotos a la violencia del choque, dejaban ver sus maderas abiertas. En el interior las cuadernas estaban intactas, pues las varengas no habían cedido. Nuestro barco, hecho para navegar en los mares del polo, había resistido, cuando otros construidos con menos solidez hubiesen sido hechos pedazos. Verdad que el timón había sido desmontado, mas esto era de fácil reparación.

Terminada la inspección, reconocióse que las averías eran menores de lo que se hubiera podido temer, lo que nos dio cierta seguridad..., si conseguíamos poner a flote la goleta.

Después del almuerzo se decidió que nuestros hombres comenzasen a abrir un surco oblicuo que permitiría a la *Halbrane* deslizarse hasta la base del *ice-berg*. Pluguiese al cielo que la operación resultase; pues ¿quién hubiera podido pensar, sin espanto, en desafiar en aquellas condiciones los rigores del invierno, pasar seis meses sobre aquella masa flotante, arrastrada no se sabía dónde? Llegado el invierno, ninguno de nosotros hubiera podido escapar a la más terrible de las muertes..., a la muerte por frío...

En aquel momento, Dirk Peters, que a unos cien pasos observaba el horizonte del Sur al Este, gritó con voz ruda:

-¡Al pairo!

¿Al pairo? ¿Qué entendía por esto el mestizo, si no era que la derivación del *ice-berg*, acababa de cesar súbitamente? No era instante de buscar la causa de esta parada, ni de preguntarse qué consecuencias traería...

-¡Es verdad!- exclamó el contramaestre.- El *ice-berg* no anda, y tal vez no ha andad o desde que dio la voltereta.

-¡Cómo!... - exclamó.- ¿No se mueve?

-No- me respondió el lugarteniente; - y la prueba es que los otros témpanos que andan le dejan atrás.

Efectivamente; mientras que cinco o seis montañas de hielo descendían hacia el Sur, la nuestra se había inmovilizado como si hubiera varado en un alto fondo.

La explicación más sencilla era que su nueva base había encontrado un escalón submarino al que se adhería ahora, y que esta adherencia no cesaría más que en el caso de que la

parte sumergida su levantase, a riesgo de provocar otra nueva vuelta.

En suma: esto era grave complicación, pues los peligros de una inmovilización definitiva en aquellos parajes hubieran sido tales, que preferible eran los azares de la derivación.

Al menos había la esperanza de encontrar un continente, una isla, y hasta si las corrientes no se modificaban, si la mar quedaba libre, de franquear los límites de la región austral.

Tal era, pues, nuestra situación a los tres meses de aquella terrible campaña. ¿Podía hablarse aun de William Guy y de sus compañeros, ni de Arthur Pym? ¿No debíamos emplear todos nuestros esfuerzos en nuestra salvación? ¿Era de extrañar que los marineros de la *Halbrane* se rebelasen al cabo si obedecían a las sugestiones de Hearne, si hacían a sus jefes (a mí sobre todo) responsables de los desastres de semejante expedición? Y ¿qué sucedería entonces, toda vez que, a pesar de la partida de cuatro de ellos, los camaradas del *sealing-master* habían conservado su superioridad numérica?

Esto era, yo lo vi claramente, lo que también pensaban el capitán Len Guy y Jem West.

Efectivamente, aunque los reclutados en las Falklands no formaban más que un total de quince hombres, y nosotros éramos trece comprendido el mestizo, era de temer que algunos de los últimos se uniesen a los de Hearne. Arrastrados por la desesperación, ¿quién sabe si sus camaradas no pensaban en apoderarse de la única embarcación que poseíamos y en volver a tomar el camino del Norte, abandonándonos sobra el *ice-berg?* Importaba, pues, que

dicha canoa fuese puesta en seguridad y vigilada continuamente.

Además, en el capitán Len Guy, desde los últimos acontecimientos, se había efectuado notable cambio. En presencia de los peligros del porvenir, parecía haberse transformado.

Hasta entonces, obsesionado por la idea de encontrar a sus compatriotas, había dejado al lugarteniente al mando de la goleta, y no podía entregarse a hombre más capaz y, más devoto suyo. Pero a partir de este día iba a tomar de nuevo sus funciones de jefe, y a ejercerlas con la energía que las circunstancias exigían.

Por orden suya los hombres fueron a colocarse en fila ante él. Allí estaban con los antiguos, Martín Holt y Hardie, los marineros Rogers, Francis, Gratián, Burry, Stern, el cocinero Endicott y Dirk Peters; con los nuevos Hearne y los otros marineros de las Falklands. Estos últimos componían un grupo aparte, del que llevaba la voz cantante el que tenía sobre ellos decisiva influencia.

El capitán Len Guy lanzó una mirada firme sobre sus tripulantes, y con voz recia dijo:

-Marineros de la *Halbrane*. Primero he de hablar de los que han desaparecido. Cinco de nuestros compañeros acaban de perecer en esta catástrofe...

-En espera que los demás perezcamos en estos mares adonde se nos ha arrastrado a pesar nuestro... - dijo Hearne.

-Calla, Hearne- exclamó Jem West, pálido de cólera.- Calla o si no...

-Hearne ha dicho lo que tenía que decir-respondió fríamente el capitán Len Guy-, y puesto que lo ha hecho, le pido que no me interrumpa de nuevo.

Quizás el *sealing-master* hubiera replicado, pues se sentía sostenido por la mayoría de la tripulación, pero Martín Holt se acercó vivamente a él y le hizo callar.

El capitán se descubrió entonces, y con emoción que nos llegó al alma pronunció estas palabras:

-Debemos rogar por los que han sucumbido en esta peligrosa campaña, emprendida a nombre de la humanidad. ¡Que Dios tenga en cuenta a los que se han sacrificado por sus semejantes y no permanezca insensible a nuestra súplica! ¡De rodillas, marineros de la *Halbrane.*

Todos se arrodillaron sobre la superficie helada, y un murmullo de rezo subió al cielo.

Esperamos a que el capitán se levantase para hacerlo también.

-Ahora- continuó-, hablemos de los vivos. Y a éstos digo que, en las circunstancias en que estamos, es preciso que obedezcan todas mis órdenes. No toleraré resistencia ni duda de ninguna clase. Mía es la responsabilidad de la salvación común, y a nadie la cederé... Yo mando aquí como a bordo.

-¡A bordo... cuando no hay barco!- se atrevió a responder Hearne.

-Te engañas, Hearne; el barco está allí, y le volveremos a poner a flote. Además, aunque no tuviéramos más que nuestra canoa, soy su capitán... ¡Pobre del que lo olvide!

Aquel día, después de haber tomado la altura con el sextante y marcado la hora con el cronómetro, instrumentos que habían quedado sanos después del choque, el capitán Len Guy obtuvo el punto, resultando de sus cálculos:

Latitud Sur: 88º 55'.

Longitud Oeste: 39º 12'.

La *Halbrane* no estaba, pues, más que a un grado y cinco minutos, o lo que es igual, sesenta y cinco millas del polo austral.

XXIV

EL GOLPE DE GRACIA.

-¡A la faena!- había dicho el capitán Len Guy, y desde la tarde de aquel día, todos se pusieron animosamente a ella.

No había tiempo que perder. Todos comprendían que la cuestión del tiempo era la más importante de todas. Respecto a los víveres, la goleta poseía los suficientes para diez y ocho meses sin tener que acortar la ración. De forma que el hambre no era de temer, ni la sed tampoco, por más que las cajas de agua, rotas en la sacudida, hubiesen dejado escapar el líquido que contenían.

Afortunadamente, los toneles de ginebra, de whisky, de cerveza y de vino colocados en la parte de la cala que había sufrido menos, estaban casi intactos. Por esta parte nada teníamos que lamentar, y *ice-berg* iba a suministrarnos agua dulce.

Se sabe que los témpanos, ya estén formados por agua dulce o por agua del mar, están desprovistos de sal. Al transformarse los líquidos en sólidos, se elimina el cloruro de

sodio. Es, pues, de poca importancia que el agua potable se obtenga de los témpanos, de una u otra procedencia, por más que se debe preferir la que proviene de ciertos bloques, fáciles de conocer por su coloración casi verdosa y su perfecta transparencia. La lluvia solidificada es la más conveniente para bebida.

Seguramente, por su costumbre de visitar los mares polares, nuestro capitán hubiese reconocido sin esfuerzo los bloques de esta especie. Pero tratándose del *iceberg* sobre el que estábamos era difícil, pues la parte sumergida antes de la vuelta era lo que actualmente emergía.

La primera decisión del capitán Len Guy y de Jem West fue desembarcar todo lo que estaba a bordo, a fin de aligerar a la goleta. Arboladura y aparejo fueron desmontados y transportados después al témpano. Importaba dejar el menos peso posible, y quitar hasta el lastre, en vista de la difícil y peligrosa operación del lanzamiento. Preferible era que la partida se retardase algunos días si tal operación debía practicarse en mejores condiciones.

La operación de volver a cargar se efectuaría en seguida sin grandes dificultades.

Además de esta razón, había otra no menos seria. Efectivamente, hubiera sido inexcusable imprudencia dejar las provisiones en la cala de la *Halbrane,* dada la situación poco segura de ésta sobre el flanco del *ice-berg.* Si los bloques se movían, ¿no le faltaría a la goleta un punto de apoyo? ¡Y entonces con ella desaparecerían las provisiones que debían asegurar nuestra existencia!

Aquel día se empleó en descargar las cajas de carne en conserva, las legumbres secas, harinas, galleta, té, café, barriles de ginebra, de whisky, de vino y de cerveza, que fueron colocadas en sitio seguro, en las anfractuosidades próximas a la *Halbrane*.

Hubo también que prevenir a la embarcación contra todo accidente, y añadiré que también contra el posible intento de Hearne y algunos otros de su bando, que tal vez pretendiesen apoderarse de ella con el objeto de volver a tomar el camino del banco de hielo.

La canoa mayor, con su juego de remos, su timón, sus mástiles y velas fue, pues, colocada a treinta pies de la parte izquierda de la goleta, en el fondo de una cavidad que se tendría cuidado de vigilar. Durante el día no había nada que temer. Durante la noche, o mejor dicho durante las horas destinadas al sueño, el contramaestre u otro de los maestros harían guardia cerca de la cavidad, y podíamos tener la seguridad de que la embarcación estaría al abrigo de un mal golpe.

Los días 19, 20 y 21 de Enero fueron empleados en el doble trabajo del transporte del cargamento y del desarbolo de la *Halbrane*. Se eslingaron los bajos mástiles por medio de vergas en escora.

Más tarde Jem West vería de reemplazar los mástiles de flecha y gavia, y en todo caso no serían indispensables para volver ya a las Falklands, y a cualquier otro punto propio para invernar.

No hay que decir que el campamento había sido establecido sobre el banco de que he hablado, no lejos de la *Halbrane*. Varias tiendas construidas con velas, sujetas con pernios, cubriendo los lechos de los camarotes y del puesto, ofrecían suficiente abrigo contra las inclemencias atmosféricas, ya frecuentes en aquella época del año. El tiempo, por lo demás, era bueno y favorecido por una brisa permanente del Nordeste y la temperatura de 46º (9º 75 c. sobre cero). La cocina de Endicott fue instalada en el fondo del banco junto a un machón, cuya pendiente muy alargada permitía tocar la extrema cima del *ice-berg*.

Preciso es reconocer que durante estos tres días de un trabajo de los más fatigosos, nada hubo que reprochar a Hearne. El *sealing-master* sabía que era objeto de especial vigilancia, como sabía que el capitán no toleraría que provocase la insubordinación entre sus camaradas. Era de lamentar que sus malos instintos le llevasen a desempeñar aquel papel, pues su vigor, su destreza y su inteligencia hacían de él un hombre precioso, y nunca se mostró más útil que en aquellas circunstancias. ¿Habíanse despertado en él los buenos sentimientos? ¿Había comprendido que del común esfuerzo dependía la salvación común? Lo ignoro, pero no tenía confianza en él, ni Hurliguerly tampoco.

No es preciso que insista en el ardor que el mestizo desplegaba en aquellos rudos trabajos, siendo siempre el primero en la faena, haciendo la obra de cuatro, durmiendo apenas algunas horas y no descansando más que en el momento de las comidas, que hacía solo. Apenas me había

dirigido la palabra desde que la goleta había sufrido el accidente. ¿Y qué hubiera podido decirme? ¿No pensaba yo como él, que era preciso renunciar a toda esperanza de continuar la desdichada empresa?

Algunas veces yo veía a Martín Holt y al mestizo, el uno junto al otro, ocupándose en alguna difícil maniobra. Nuestro maestro velero no desaprovechaba ninguna ocasión de aproximarse a Dirk Peters, que huía de él por las razones que se saben. Y cuando yo pensaba en la confidencia que el mestizo me había hecho con motivo del referido Parker, el propio hermano de Martín Holt, en la espantosa escena del *Grampus*, sentíame sobrecogido de profundo terror. No dudaba yo que, descubierto el secreto, el mestizo se convertiría en objeto de repulsión.

Se olvidaría que era el salvador del maestro velero, y éste, al saber que, su hermano... Felizmente, solamente, Dirk Peters y yo poseíamos el secreto.

Mientras el descargamento de la *Halbrane* se efectuaba, el capitán Len Guy y el lugarteniente estudiaban la cuestión del lanzamiento, cuestión que ofrecía grandes dificultades. Tratábase de poner a nivel aquella altura de un centenar de pies donde estaba la goleta y el mar, por medio de un lecho abierto siguiendo un trazado oblicuo sobre el flanco Oeste del *ice-berg*. Así, que mientras una cuadrilla designada por el contramaestre se ocupaba en descargar la goleta, otra, a las órdenes de Jem West, comenzó el trazado entre los bloques que erizaban aquella parte de la montaña flotante.

¿Flotante? No sé por qué me sirvo de esta palabra, pues la montaña no flotaba. Inmóvil como un islote, nada autorizaba a creer que derivase nunca. Otros *ice-bergs* pasaban en gran número al largo, dirigiéndose al Sudeste, mientras el nuestro permanecía al pairo, para emplear la expresión de Dirk Peters. ¿Se minaría lo bastante su base para separarse del fondo submarino? ¿Chocaría con él alguna pesada masa de hielo y lo separaría al choque?

Nadie lo podía prever, y no se debía contar mas que con la *Halbrane* para abandonar definitivamente aquellos parajes.

Los diversos trabajos mencionados duraron hasta el 24 de Enero. La atmósfera estaba en calma, la temperatura no bajaba; la columna termométrica había ganado dos o tres grados. El número de los *ice-bergs* que venían del Noroeste aumentaba; un centenar, el choque con los cuales podría traer las más graves consecuencias.

Hardie habíase puesto a trabajar en la recomposición del casco, cambiando cabillas, reemplazando cabos de bordaje y calafateando resquebraduras.

Nada faltaba de lo que este trabajo exigía, y teníamos la seguridad de que sería bien ejecutado. En el silencio de aquellas soledades resonaban ahora los martillazos dados sobre los clavos y los golpes para meter y rellenar las quiebras. A estos ruidos uníanse los ensordecedores gritos de las gaviotas, albatros y petreles que volaban sobre la cúspide del *ice-berg*.

Cuando yo me encontraba a solas con el capitán Len Guy y con Jem West, el principal asunto de nuestra conversación

era, como fácilmente se comprende, nuestra situación, los medios de salir de ella, las probabilidades de conseguirlo, etc.

El lugarteniente tenía grandes esperanzas, y de no ocurrir accidente imprevisto estaba seguro de que resultaría bien la operación del lanzamiento. El capitán Len Guy mostrábase más reservado. Por lo demás, ante la idea de que iba a renunciar definitivamente a toda esperanza de encontrar a los sobrevivientes de la *Jane,* sentía que su corazón se desgarraba.

Y en efecto: cuando la *Halbrane* estuviera en disposición de darse a la mar, cuando Jem West le preguntara qué camino había de seguir, ¿el capitán se atrevería a responderle: «cabo al Sur»?- No; y aquella vez no hubiera sido seguido ni por los nuevos ni por la mayoría de los antiguos tripulantes. Continuar las pesquisas en aquella dirección, elevarse más allá del polo, sin tener la seguridad de tocar el Océano Índico, a falta del Océano Atlántico, hubiera sido demostrar una audacia que ningún navegante se hubiera podido permitir. Si algún continente cerraba la mar por aquel lado, ¿no se hubiera expuesto la goleta a ser arrinconada por la masa de los *ice-bergs,* quedando en la imposibilidad de separarse de allí antes del invierno austral?

Intentar obtener en tales condiciones que el capitán Len Guy prosiguiese la campaña, hubiera, sido buscar una negativa.

La cosa no era para proponerse, pues se imponía la necesidad de volver al Norte, de no retrasarse un solo día en aquella porción de la mar antártica. Sin embargo, si yo había resuelto no hablar de ello al capitán Len Guy, no

desaprovechaba las ocasiones de hacerlo con el contramaestre.

Generalmente, terminada su faena, Hurliguerly se reunía conmigo, y hablábamos, remontándonos a nuestros recuerdos de viaje.

Un día en que estábamos sentados en la cúspide del *ice-berg,* con la mirada fija en el horizonte, él dijo:

-¡Quién hubiera pensado, señor Jeorling, estando la *Halbrane* abandonaba a las Kerguelen, que seis meses y medio después, en esta latitud, ella estaría acostada sobre el flanco de una montaña de hielo!...

-Lo que es más lamentable- respondí,- porque sin este accidente hubiéramos conseguido nuestro objeto y hubiéramos tomado el camino de vuelta.

-Dice usted que hubiéramos conseguido nuestro objeto- respondió el contramaestre.- ¿Entiende usted por eso que hubiéramos encontrado a nuestros compatriotas?

-Tal vez, contramaestre.

-Yo no lo creo, señor Jeorling; por más que éste fuese el principal y hasta el único objeto de nuestra navegación al través del Océano polar...

-El único... Sí... Al principio- insinué.- Pero después, las revelaciones del mestizo con motivo de Arthur Pym...

-¡Ah!... ¡Eso le preocupa a usted siempre..., como al bravo Dirk Peters!

-Siempre, Hurliguerly; y ese deplorable, ese imprevisto accidente, nos ha hecho nanfragar a la vista del puerto.

-Le dejo a usted sus ilusiones, señor Jeorling: y puesto que cree usted haber nanfragado a la vista del puerto...

-¿Por qué no?

-¡Sea, y en todo caso es un famoso naufragio!- declaró el contramaestre.- ¡En vez de dar en un honrado bajo fondo naufragar en el aire!...

-De forma que tengo derecho para decir que es una desdichada circunstancia, Hurliguerly...

-Desdichada, sin duda, y en mi opinión se debe sacar de ella un provechoso consejo...

-¿Cuál?

-Que no es permitido aventurarse tan lejos en estas regiones; y mi opinión es que el Creador prohíbe a sus criaturas encaramarse a los polos de la tierra.

-Sin embargo, ese punto no está ahora más que a unas 60 millas...

-Conformes, señor Jeorling. Sesenta millas..., que significan lo mismo que 1.000 cuando no hay medio de franquearlas. Y si el lanzamiento de la goleta no resulta, henos condenados a invernar en una forma que hasta los osos polares rechazarían.

No respondí más que con un movimiento de cabeza. Hurliguerly me preguntó:

-¿Sabe usted en lo que pienso con frecuencia, señor Jeorling?

-¿En qué, contramaestre?

-En las Kerguelen... Seguramente, durante la mala estación se disfruta allí de un hermoso frío. No es grande la

diferencia que hay entre aquel archipiélago y las islas situadas en los límites de la mar antártica... ¡Pero en fin..., se está en la proximidad del Cabo, y si le agrada a uno ir a él a calentarse las pantorrillas no hay banco de hielo que corte, el paso! Mientras que aquí, en medio de los hielos, nunca se sabe si se encontrará la puerta abierta.

-Repito, contramaestre, que sin este último suceso, al presente todo hubiera terminado de una o de otra forma. Nos quedarían aun más de seis semanas para salir de los mares australes. En suma: es muy raro que a un barco le suceda lo que a nuestra goleta..., ¡una verdadera desgracia después de haber aprovechado tan felices circunstancias!

-Circunstancias que han terminado, señor Jeorling..., y temo...

-¿Cómo?... ¿Usted también, contramaestre?... ¿Usted, que siempre se ha mostrado tan confiado?...

-La confianza se usa como unos pantalones, señor Jeorling. ¡Qué quiere usted! Cuando me comparo con mi compadre Atkins, instalado en su buena posada; cuando pienso en el *Cormorán Verde y* en el salón del piso bajo; en las mesitas donde se saborea el whisky y la ginebra con un amigo, mientras la sartén cruje más fuerte que la veleta sobre el tejado...

¡Ah!... No es ventajosa para nosotros la comparación, Y, a mi juicio, Atkins ha entendido mejor la vida...

-¡Eh!... Ya volverá usted a ver a ese digno Atkins, y al *Cormorán Verde,* y a las Kerguelen... ¡Por Dios, no se

desanime..., pues si usted..., un hombre de buen sentido y de resolución, desespera ya!...

-¡Oh! ¡Si sólo se tratase de mí, señor Jeorling, el mal no sería más que a medias!...

-¿Es que la tripulación?...

-Sí... y no- respondió Hurliguerly...; - pues conozco a algunos que no están satisfechos...

- ¿Ha vuelto Hearne a quejarse, y excita a sus compañeros?

- No, abiertamente al menos, señor Jeorling..., y desde que le vigilo nada ha visto ni oído. Él sabe además lo que le espera si saca la pata. De modo que ese bergante ha cambiado sus amuras... Esto, que no me extraña en él, me extraña en nuestro maestro velero...

-¿Qué quiere usted decir, contramaestre?

-Que ambos parecen haberse hecho buenos amigos. Obsérveles usted. Hearne busca a Martín Holt, habla frecuentemente con él, y Martín Holt no le pone mala cara.

-No es Martín Holt hombre que escuche los consejos de Hearne, ni que le siga, si el otro intentase sublevar a la tripulación.

-Sin duda, no, señor Jeorling. Sin embargo, me disgusta verlos juntos..., Hearne es hombre peligroso y sin conciencia, y Martín Holt no desconfía de él lo bastante.

-Hace mal...

-Y, espere usted...; Sabe usted de qué trataban el otro día en una conversación de la que sorprendí algo? ...

-Nunca se las cosas hasta que usted me las dice, Hurliguerly.

-Pues bien. Los oí hablar de Dirk Peters, y Hearne decía: No hay que querer mal al mestizo, Holt, porque no haya respondido jamás a tus preguntas ni haya querido recibir tus gracias. Aunque es una especie de bruto, pose mucho valor, y lo ha probado sacándote de aquel mal lance con peligro de su vida. Además, no olvides que formaba parte de la tripulación del *Grampus*, con tu hermano Ned, si no estoy equivocado.

- ¿Ha dicho eso?- exclamó- ¿Ha nombrado al *Grampus*?

-Sí... Al *Grampus*.

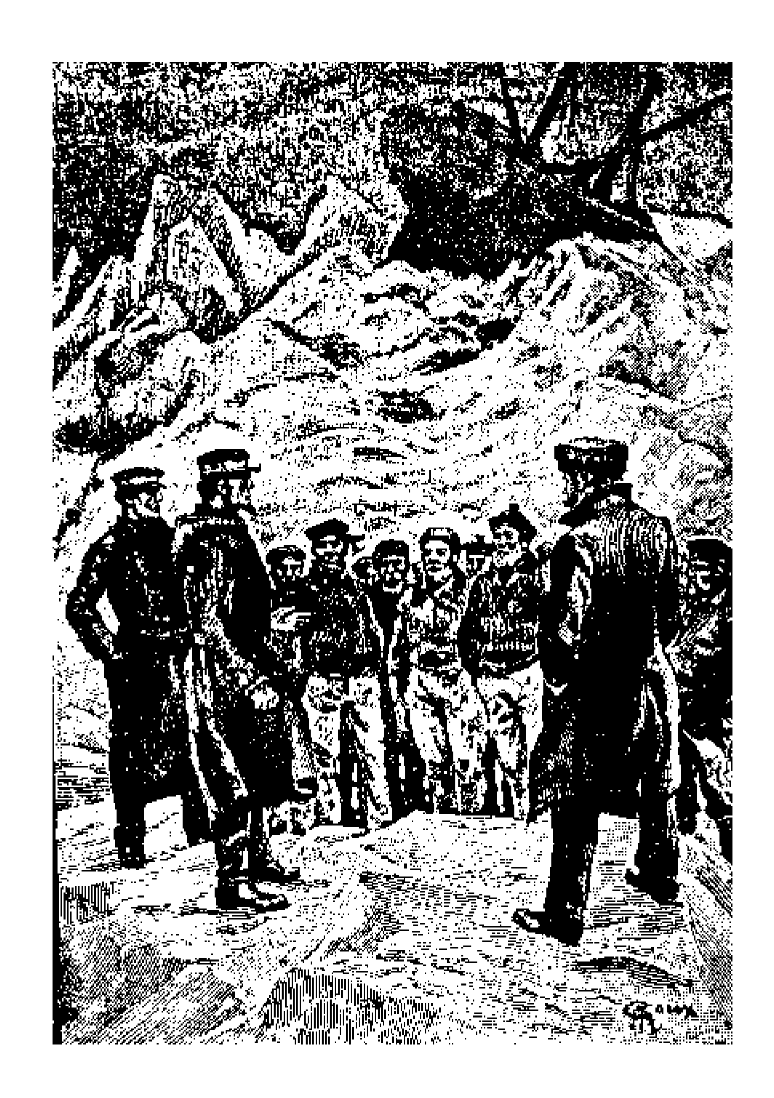
-¿Y a Ned Holt?

-Precisamente, señor Jeorling...

-Y ¿qué ha respondido Martín Holt?...- Ha respondido: Ignoro en qué circunstancias ha perecido mi desdichado hermano... ¿Ha sido durante una rebelión a bordo?... No creo que haya hecho traición a su capitán... ¿Tal vez ha sido asesinado?...

-Y ¿ha insistido Hearne, contramaestre?

-Sí, añadiendo: ¡Es cosa triste para ti, Holt! El capitán del *Grampus*, según me han dicho, fue abandonado en una canoa con dos o tres de sus hombres..., y ¡quién sabe si tu hermano no estaría con él!...



-¿Y después?

-Después, señor Jeorling, ha añadido: ¿No se te ha ocurrido nunca pedir noticias a Dirk Peters? Sí; una vez- respondió Martín Holt- he preguntado al mestizo sobre el asunto, y nunca he visto a un hombre en tal estado de

enervamiento al responderme: «No sé nada... no sé nada...», con voz tan sorda, que apenas podía entenderle..., y ha ocultado la cabeza entre las manos sin añadir palabra...

-¿Es eso todo lo que usted ha oído de la conversación, contramaestre?

-Todo, señor Jeorling, y me ha parecido tan extraña, que, he querido ponerlo, en conocimiento de usted.

-¿Y qué deduce usted de ella?

-Nada, sino es que considero a Hearne como un miserable de la peor especie, capaz de trabajar en secreto para conseguir un mal deseo, al que quería asociar a Martín Holt.

Efectivamente: ¿qué significaba la nueva actitud de Hearne? ¿Porqué pretendía unirse, con Martín Holt, uno de los mejores tripulantes de la *Halbrane*

¿Por qué le recordaba las escenas del *Grampus* ¿Es que Hearne sabía de este asunto más que los otros? ¿Acaso estaba al tanto del secreto, del que el mestizo y yo nos creíamos únicos depositarios?

La cosa no dejó de inquietarme seriamente. Sin embargo, me guardé de decir nada a Dirk Peters. Si éste hubiera podido sospechar que Hearne, hablaba de lo que había pasado a bordo del *Grampus*; si hubiera sabido que aquel miserable, como lo llamaba Hurliguerly, no sin razón, no cesaba de hablar de su hermano Ned a Martín Holt..., ¡sabe Dios lo que sucedería!

En suma, y cualesquiera que fuesen las intenciones de Hearne, era lamentable que nuestro maestro velero, con el que debía estar el capitán Len Guy, tuviese amistad con

aquel. El *sealing-master* tenía ciertamente sus razones para hacer lo que hacía. Cuáles eran, yo no podía adivinarlo. Así es que, aunque la tripulación parecía haber abandonado toda idea de rebelión, se imponía severa vigilancia, especialmente en lo que a Hearne se refería.

Por lo demás, la situación iba a tener fin, por lo menos en lo que concernía a la goleta.

Dos días después, los trabajos estaban terminados. Se había acabado de reparar el casco y de formar el lecho de lanzamiento hasta la base de nuestra montaña flotante.

En aquella época, el hielo estaba ligeramente reblandecido en la superficie superior, por lo que este último trabajo no había exigido grandes esfuerzos. El lecho rodeaba oblicuamente el flanco Oeste del *ice-berg,* de forma que no ofreciera pendiente demasiado acentuada. Con calabrotes de retención, convenientemente dispuestos, el deslizamiento, al parecer, debía de efectuarse sin desperfectos. Yo más bien temía que la elevación de la temperatura no hiciese menos fácil la operación en el fondo del lecho.

No hay que decir que el cargamento, los mástiles, anclas, cadenas y demás aparatos no habían sido puestos a bordo. El casco era por sí muy pesado, poco manejable, y convenía aligerarla cuanto fuera posible. Cuando la goleta hubiera encontrado su elemento, el armarla de nuevo sería negocio de algunos días.

En la tarde del 28 se tomaron las últimas disposiciones. Había sido preciso apuntalar el lecho en algunos sitios donde la fusión del hielo se acentuaba. Después, desde las cuatro de

la tarde, se permitió descansar a todo el mundo. El capitán Len Guy hizo entonces distribuir doble ración a sus hombres, que realmente merecían este suplemento de whisky y de ginebra, pues habían trabajado rudamente durante aquella semana.

Repito que toda tentativa de rebelión parecía haber desaparecido desde que Hearne no excitaba a sus compañeros. Puédese afirmar que toda la tripulación no se preocupaba más que de la capital cuestión del lanzamiento... ¡La *Halbrane* en la mar significaba la partida... la vuelta!... ¡Verdad que esto, tanto para Dirk Peters como para mí, significaba el definitivo abandono de Arthur Pym!

La temperatura de aquella noche fue de las más elevadas que habíamos experimentado hasta entonces. El termómetro marcó 53º (11º 67 c., sobre cero). También, a medida que el sol comenzaba a aproximarse al horizonte, el hielo se fundía, y mil arroyos serpenteaban por todas partes.

Los más madrugadores estaban de pie a las cuatro. Yo fui uno de ellos. ¡Apenas si había dormido, o imagino que, por su parte, Dirk Peters no había podido tampoco hacerlo, ante la idea desoladora de volver atrás!

La operación del lanzamiento debía comenzar a la diez. Contando con los retrasos posibles y teniendo en cuenta las minuciosas precauciones que convenía tomar, el capitán Len Guy esperaba que aquella quedara terminada antes del fin de aquel día.

Nadie dudaba que al llegar la noche la goleta no hubiera bajado por lo menos a la base del *ice-berg*.

No hay que decir que todos debíamos ayudar a la difícil maniobra.

A cada uno se le había designado su puesto. Unos para facilitar el deslizamiento con rodillos de madera; los otros, al contrario, para moderar la velocidad, en caso de que la bajada fuera demasiado rápida y que hubiera necesidad de retener el casco por medio de calabrotes y de guindalezas preparados al efecto.

A las nueve terminóse el almuerzo bajo las tiendas. Nuestros marineros, siempre confiados, no pudieron impedir el beber un último trago al buen resultado de la operación, y nosotros unimos nuestros vítores, algo prematuros, a los suyos. Por lo demás, las disposiciones habían sido concebidas con tanta sagacidad por el capitán Len Guy y por el lugarteniente, que el lanzamiento presentaba serias probabilidades de resultar.

Íbamos al fin a abandonar el campamento para colocarnos en nuestros puestos respectivos (algunos marineros se encontraban ya en ellos), cuando sonaron gritos de estupefacción y de espanto... ¡Qué horrible espectáculo! Y aunque duró bien poco... ¡qué impresión de terror dejó en nuestras almas!

Uno de los enormes bloques que formaban el asiento de la *Halbrane,* desequilibrado por la fusión de su base, acababa de separarse; y rodaba dando enormes saltos por encima de los otros...

Un instante después, falta de apoyo la goleta, oscilaba sobre la pendiente.

A bordo, sobre el puente, en la proa, había dos hombres: Rogers y Gratián... En vano estos desdichados quisieron saltar por la banda... No tuvieron tiempo de hacerlo, y fueron arrastrados en la espantosa caída...

-¡Sí!... ¡Yo lo vi! Vi a la goleta volverse..., deslizarse primero sobre su flanco izquierdo y rebotar de bloque en bloque y precipitarse, al fin, en el vacío.

Un instante después, desfondada, dislocada, el bordaje abierto, las cuadernas rotas, la *Halbrane* se hundía, haciendo saltar enorme manga de agua al pie del *ice-berg*...

XXV

QU HACER

¡Embrutecidos, sí! ¡Quedamos como embrutecidos, después que la goleta, arrastrada como la roca de una avalancha, desapareció en el abismo!

¡Nada restaba de nuestra *Halbrane!* Un momento antes, a cien pies en el aire, y ahora a quinientos en las profundidades de la mar. ¡Si!... ¡El embrutecimiento, que no nos permitía pensar en los peligros del porvenir! ¡El embrutecimiento de las mentes que no pueden dar crédito a lo que ven sus ojos!...

Después, vino la postración como consecuencia natural. No hubo ni un gesto, ni un grito... Permanecimos inmóviles sobre el suelo de hielo... No hay frase alguna que pueda pintar el horror de aquella situación.

Cuando la goleta se hundió en el abismo, vi que una gruesa lágrima caía de los ojos de Jem West. ¡Hundida aquella goleta, a la que tanto amaba! ¡Sí... aquel hombre tan enérgico... lloró!

Tres de los nuestros acababan de perecer...,-¡y de qué manera más horrible! Rogers y Gratián, dos de nuestros más fieles marineros... Yo les había visto tender los brazos al vacío..., y hundirse después con la goleta... ¡Y aquel otro de las Falklands, un americano, aplastado al paso, y del que no quedaba más que una masa informe, que yacía en un mar de sangre!... ¡Tres nuevas víctimas más, desde hacía diez días, que inscribir en la necrología de la funesta campaña! ¡Ah, la fortuna, que nos había favorecido hasta el momento en que la *Halbrane* fue arrancada a su elemento, nos asestaba ahora sus más furiosos golpes! Y de todos, ¿no sería el último el golpe mortal?

El silencio fue roto por gran tumulto de gritos de desesperación, que justificaba aquella irremediable desgracia. Más de uno pensaba, sin duda, que hubiese sido preferible hallarse a bordo de la *Halbrane*, cuando ella rebotaba sobre los flancos del *ice-berg*. ¡Todo hubiera concluido como para Rogers y Gratián! ¡Aquella expedición insensata hubiera tenido el único desenlace que merecían tantas temeridades y tantas imprudencias!

Al fin, el instinto de conservación les arrastró, y a excepción de Hearne, que, separado de los demás, afectaba silencio, sus camaradas gritaron:

-¡A la canoa! ¡A la canoa!... Aquellos desdichados estaban fuera de sí... El espanto les extraviaba. Acababan de lanzarse hacia la quebradura, donde nuestra única embarcación, insuficiente para todos, había sido puesta al abrigo desde que se efectuó la operación de descargar la goleta.

El capitán Len Guy y Jem West se lanzaron fuera del campamento. Me reuní a ellos al momento, seguido por el contramaestre. Estábamos armados y decididos a hacer uso de nuestras armas. Era preciso impedir que aquellos furiosos se apoderasen de la canoa... No ahora propiedad de algunos, sino de todos...

-¡Aquí, marineros!- dijo el capitán Len Guy.

-¡Aquí- repitió Jem West- o hago fuego sobre el primero que avance un paso más!

Ambos, con los brazos extendidos, les amenazaban con sus pistolas. El contramaestre les apuntaba con su fusil. Yo tenía mi carabina dispuesta a echármela a la cara. ¡Fue en vano! Aquellos locos no escuchaban nada, no querían escuchar, y uno de ellos, en el momento en que franqueaba el último bloque, cayó herido por la bala del lugarteniente. Sus manos no pudieron agarrarse al talud y, rodando por los témpanos, desapareció en el abismo.

¿Era aquel el principio de una carnicería? ¿Iban los otros a hacerse matar? Los tripulantes antiguos, ¿se unirían a los nuevos?

Pude notar en este momento que Hardie, Martín Holt, Francis, Burry y Stern dudaban en colocarse a nuestro lado, mientras Hearne, inmóvil a algunos pasos de allí, se guardaba de hacer señal que animase a los rebeldes.

No podíamos dejar a éstos dueños de la canoa, dueños de embarcarse en ella diez o doce; dueños, en fin, de abandonarnos sobre aquel *ice-berg*, y en imposibilidad de volver a darnos a la mar.

Y, como en el último grado del terror, inconscientes del peligro, sordos a las amenazas, iban a tocar a la embarcación, un segundo tiro, disparado por el contramaestre, alcanzó a uno de los marineros, que cayó muerto con el corazón atravesado.

¡Un americano y un fuegiano menos que contar entre los más decididos partidarios del *sealing-master!*

Entonces, ante la canoa, apareció un hombre.

Era Dirk Peters, que había subido por la pendiente opuesta.

El mestizo puso una de sus enormes manos sobre la roda, y con la otra hizo señales a los furiosos para que se alejaran.

Con Dirk Peters allí, no teníamos necesidad de volver a hacer uso de nuestras armas: él bastaba para defender la barca.

Efectivamente; como cinco o seis marineros avanzaran, él se dirigió a ellos, cogió al más próximo por la cintura, le subió y lo envió rodando a diez pasos; y no pudiendo agarrarse a nada aquel desdichado, hubiese caído al mar si Hearne no hubiere acudido en su auxilio, cogiéndola al paso.

¡Bastante era con los dos muertos por las balas!

Ante la intervención del mestizo, la rebelión cesó repentinamente. Además nosotros llegamos junto a la canoa, y con nosotros aquellos de nuestros hombres cuya vacilación no había sido duradera.

El capitán Len Guy con los ojos brillantes y seguido de Jem West, con voz terrible, exclamó:

-Debería trataros como a malhechores, y, no obstante, sólo quiero miraros como locos... Está canoa no es de nadie: ¡es de todos! Ahora es nuestro único medio de salvación... y habéis querido robarla... robarla miserablemente... Entended bien... lo que por última vez os repito... ¡La canoa de la *Halbrane* es la misma *Halbrane!* ¡Yo soy su capitán, y desdichado del que no me obedezca!

Y al pronunciar estas últimas frases, el capitán Len Guy miraba a Hearne... Por lo demás, éste no había figurado en la última escena (ostensiblemente al menos). Sin embargo, nadie dudaba que hubiese inspirado a sus compañeros el pensamiento de apoderarse de la canoa y que proyectase excitarles aun.

-¡Al campamento!- dijo el capitán. Tú, Dirk Peters, quédate aquí.

Por toda respuesta el mestizo movió su gruesa cabeza y se instaló en su puesto.

La tripulación volvió al campamento sin la menor resistencia. Unos se extendieron sobre sus petates; otros se dispersaron por los alrededores.

Hearne no intentó reunirse a ellos ni acercarse a Martín Holt.

Al presente los marineros estaban reducidos a la ociosidad, y no quedaba más que examinar aquella situación y ver los medios de salir de ella.

El capitán Len Guy, el lugarteniente y el contramaestre se reunieron en consejo, y yo me uní a ellos.

El capitán empezó diciendo:

-Hemos defendido nuestra canoa, y continuaremos defendiéndola...

-¡Hasta la muerte!- declaró Jem West.

-¿Quién sabe si pronto nos veremos obligados a embarcarnos en ella?- dije.

-En ese caso- añadió el capitán Len Guy,- como todos no cabríamos en ella, habría necesidad de elegir. La suerte destinaría a los que debían partir, y yo sería uno de tantos.

-¡Aun no ha llegado ese caso, qué diablo!- respondió el contramaestre.- El *ice-berg* es sólido, y no hay temor de que se funda antes del invierno.

-No- afirmó Jem West;- no es de temer... Lo que es preciso es vigilar la canoa, y también los víveres...

-¡Es una suerte que hayamos puesto el cargamento en seguridad!- dijo Hurliguerly.- ¡Pobre y querida *Halbrane!*... ¡Quedará en estos mares como la *Jane*... su hermana mayor!...

-Sí-pensaba yo,- y por diferentes causas; la una, destruida por los salvajes de Tsalal; la otra, por una de esas catástrofes que ningún poder humano consigue evitar.

-Tienes razón, Jem- dijo el capitán. Sabremos impedir que nuestros hombres se entreguen al pillaje. Tenemos víveres para más de un año, sin contar con la pesca...

-Y es preciso tanta más vigilancia respondió el contramaestre, cuanto que ya he visto rondar en torno de los barriles de whisky y de ginebra...

-¿Y de qué no serían capaces esos desdichados en los furores de la embriaguez?- exclamó.

-Yo tomaré medidas respecto a este punto- dijo el lugarteniente.

-Pero- pregunté yo entonces,- ¿nos veremos obligados a invernar en este *ice-berg?*

-¡El cielo nos guarde de tan terrible eventualidad!- respondió el capitán Len Guy.

-Después de todo, si fuera preciso, ya veríamos de arreglarnos, señor Jeorling- dijo el contramaestre.- Haríamos cuevas en el hielo, de forma que pudiéramos soportar los rigores del frío polar, y mientras tuviéramos con qué apaciguar el hambre...

En aquel momento, se presentaron a nuestra imaginación las abominables escenas de las que el *Grampus* fue teatro, y en la que Dirk Peters mató a Ned Holt, el hermano de nuestro maestro velero.

¿Llegaríamos alguna vez tales extremos?

Sin embargo, antes de proceder a las instalaciones de una invernada para siete u ocho meses, ¿no sería lo mejor abandonar el *ice-berg,* si era posible?

Sobre este punto llamé la atención del capitán Len Guy y de Jem West.

La respuesta a esta pregunta era difícil, y, fue precedida de largo silencio. Al fin, el capitán Len Guy dijo:

-¡Ese será el mejor partido; y si nuestra embarcación pudiera contenernos con todas las provisiones necesarias para un viaje que había de durar tres o cuatro semanas por lo menos! yo no dudaría en volver a darnos al mar para tomar la dirección Norte.

-Pero- hice observar- nos veríamos obligados a navegar contra el viento y contra, la corriente, y apenas si nuestra goleta podría conseguirlo... mientras que continuando hacia el Sur...

-¿Hacia el Sur?- repitió el capitán Len Guy, que me miró como si hubiera querido leer hasta el fondo de mi pensamiento.

-¿Por qué no?- respondí.- Si el *iceberg* no hubiera sido detenido en su marcha, tal vez hubiera derivado hasta alguna tierra en esta dirección...; - y lo que el *ice-berg* hubiera hecho,- ¿no podría hacerlo la canoa?

El capitán Len Guy sacudió la cabeza y no respondió. Jem West tampoco dijo nada.

-¡Eh!... Nuestro *ice-berg* acabará por levar el ancla- replicó Hurliguerly...- Así, lo más seguro es esperar, puesto que la canoa no puede llevar a los veintitrés que somos.

-No es preciso que los veintitrés se embarquen- insistí- Bastaría con que cinco o seis de los nuestros reconociesen el largo en una distancia de 12 a 15 millas, dirigiéndose al Sur.

-¿Hacia el Sur?- repitió el capitán Len Guy.

-Sin duda, capitán- añadí.- Usted no ignora que los geógrafos admiten que las regiones antárticas están constituidas por un casquete continental.

-Los geógrafos nada saben de esto, ni nada pueden saber- respondió fríamente Jem West.

-También- dije- es de lamentar que no intentemos resolver la cuestión del continente polar estando tan cerca.

No creí conveniente insistir más, en aquel momento al menos.

Aparte esto, el envío de nuestra única embarcación a descubrir tierra presentaba peligros, ya porque la corriente la arrastrara lejos, ya porque no volviese. Efectivamente, si el *ice-berg* se separaba del fondo y continuaba su interrumpida marcha, ¿qué sería de los hombres embarcados en la canoa?

Gran desgracia era que la barca fuera demasiado pequeña para albergarnos a todos con las provisiones suficientes. De los antiguos tripulantes quedaban diez hombres, contando a Dirk Peters; de los nuevos trece, o sea un total de veintitrés. Once o doce personas era el máximum de los que nuestra canoa podía contener; así, pues, once de nosotros hubieran tenido que ser abandonados sobre el islote de hielo..., los que la suerte designara. Y ¿qué sería de ellos?

Con este motivo, Hurliguerly hizo una reflexión que valía la pena de tenerse en cuenta.

-Después de todo- dijo-, no sé si los que se embarcaran serían más favorecidos por la suerte que los otros. Por lo que a mí se refiere, dejaría con mucho gusto mi plaza al que la quisiera.

¿Tendría tal vez razón el contramaestre? En mi pensamiento, cuando yo pedía que la canoa fuese utilizada, no era más que para efectuar un reconocimiento al largo del *ice-berg*. En fin, como conclusión, decidióse tomar las disposiciones necesarias en vista de una invernada, aun cuando nuestra montaña se pusiera en deriva.

-Eso será duro de aceptar por nuestros hombres- declaró Hurliguerly.

-No hay más remedio- respondió el lugarteniente-, y desde hoy a la faena.

¡Triste día aquel en que fueron comenzados los preparativos!

A decir verdad, no vi más que uno que se resignara sin queja: Endicott. El negro poco cuidadoso del porvenir, de carácter frívolo, como todos los de su raza, se resignaba fácilmente con su suerte, resignación que tal vez constituye la verdadera filosofía. Por lo demás, tratándose de cocinar, le importaba poco que fuese en uno u otro lado, desde el momento en que los hornillos estaban instalados en alguna parte.

Sonriendo dijo a su amigo el contramaestre:

-Por fortuna, mi cocina no se ha ido al fondo con la goleta, y tú verás, Hurliguerly, cómo confecciono platos tan excelentes como a bordo de la *Halbrane*..., claro es que mientras no falten provisiones.

-¡Bah!... No faltarán tan pronto, Endicott- respondió el contramaestre.- No es el hambre lo que hemos de temer, sino el frío, un frío que lo convierte a uno en hielo desde que se deja de bailar el zapateado... ¡Si tuviéramos aun algunas toneladas de carbón!... Pero, ¡ea!... Mal contado, no hay más que para hacer hervir el caldero.

-¡Y éste es, sagrado!- exclamó Endicott.- ¡Prohibido tocar a él! ¡La cocina ante todo!

-He aquí, Satanás negruzco, por qué tú no piensas en quejarte. ¡Estás seguro de calentarte las patas junto a tu horno!

-¡Qué quieres! Se es cocinero o no... Cuando se es se aprovecha, y yo te guardaré un sitio ante la hornilla.

-¡Bien, bien, Endicott!... Pero cada uno tendrá su turno. ¡Nada de privilegios, ni aun para un contramaestre! No le hay más que para ti, bajo pretexto de que estás entregado a las manipulaciones de la comida... En fin, preferible es no tener el temor del hambre. El frío se puede combatir y soportar. Haremos agujeros en el *ice-berg* ¿Por qué no hemos de habitar en una morada común, en una gruta, que abriremos a golpes de pico? He oído decir que el hielo conserva el calor. Pues bien; que conserve el nuestro, y nada más pido...

Llegó la hora de volver al campamento y dormir. Dirk Peters, a solicitud suya, quedó guardando la goleta, y nadie pensó en disputarle el puesto.

El capitán Len Guy y Jem West no volvieron a sus tiendas hasta asegurarse de que Hearne y sus compañeros estaban en sus sitios de costumbre.

Yo me acosté. No puedo decir cuánto tiempo dormí, ni qué hora era cuando rodaba por el suelo por efecto de violenta sacudida.

¿Qué sucedía? ¿Era una nueva voltereta del *ice-berg?*

En un segundo estuvimos todos en pie; después fuera de las tiendas, en plena claridad de aquella noche polar: otra masa flotante de enormes dimensiones acababa de chocar

contra nuestro *ice-berg,* que había «levado ancla», como dicen los marinos, y derivaba hacia el Sur.

XXVI

ALUCINACIONES.

Un cambio inesperado se había producido en la situación. ¿Cuáles serían sus consecuencias? Después de haber permanecido inmóviles cerca del punto de intersección del meridiano 39 y del paralelo 89, la corriente nos arrastraba hacia el polo... Al primer sentimiento de alegría acababa de suceder todo el espanto de lo desconocido...

Solamente, tal vez, Dirk Peters se regocijaba ante la idea de haber tomado de nuevo el camino en el que se empeñaba en que encontrarían las huellas de su pobre Pym. ¡Qué otras ideas pasaban por la imaginación de sus compañeros!

-En efecto: el capitán Len Guy no tenía esperanza ninguna de recoger a sus compatriotas. No cabía duda de que William Guy y sus cinco marineros hubiesen abandonado la isla Tsalal desde hacía menos de ocho meses...; pero ¿dónde se habían refugiado? En treinta y cinco días habíamos franqueado una distancia de unas 400 millas sin haber descubierto nada. Aunque hubieran llegado al continente

polar, al que mi compatriota Maury, en sus ingeniosas hipótesis, atribuye 1.000 leguas de extensión, ¿qué parte de este continente hubiéramos elegido para teatro de nuestras investigaciones? Además, si la mar baña este extremo del eje terrestre, ¿no habrían sido los sobrevivientes de la *Jane* devorados por los abismos que una helada costra iba a cubrir bien pronto?

Perdida, pues, toda esperanza, se impuso al capitán Len Guy el deber de llevar a su tripulación hacia el Norte, a fin de franquear el círculo antártico mientras la estación lo permitía y éramos arrastrados al Sur.

Después del primer movimiento de que he hablado, la idea de que la deriva arrastraba al *ice-berg* en aquella dirección hizo que el espanto recobrara su imperio.

Téngase presente esto: que si no habíamos naufragado no era menos preciso resignarse a una larga invernada, renunciar a la probabilidad de encontrar uno de los balleneros que se dedican a la pesca entre las Orkneys y la Nueva Georgia y las Sandwich.

Al choque que había puesto a nuestro *ice-berg* a flote, inmensos objetos fueron lanzados a la mar. Los pedreros de la *Halbrane,* sus anclas, sus cadenas, una parte de la arboladura. Pero en lo que se refiere, al cargamento, gracias a la precaución tomada el día anterior de almacenarle, las pérdidas podían ser consideradas como insignificantes. ¿Qué hubiera sido de nosotros de perderse todos nuestros víveres en el abordaje?

De los ensayos practicados por la mañana, el capitán Len Guy dedujo que nuestra montaña de hielo descendía hacia el Sudeste.

Así, pues, ningún cambio se había efectuado en lo que se refería a la dirección de la corriente. En efecto: las otras masas movientes no habían cesado de seguir esta dirección, y una de ellas era la que había chocado sobre el flanco del Este. Al presente, los dos *ice-bergs* no formaban más que uno solo, que andaba con velocidad de dos millas por hora.

Lo que merecía reflexión era la persistencia de la corriente, que, desde el banco de hielo, arrastraba las aguas de aquella mar libre hacia el polo austral. Si, conforme con la opinión de Maury, existía un vasto continente antártico, ¿la referida corriente le rodeaba, o este continente, separado en dos partes por un estrecho, ofrecía salida a tales masas líquidas, y también a las masas flotantes que arrastraban en su superficie?

En mi opinión, no tardaríamos en salir de dudas sobre este punto; caminando con velocidad de dos millas, bastarían treinta horas para tocar en el punto donde se reúnen los meridianos terrestres.

En cuanto a si la corriente pasaba el polo, o si se encontraba allí tierra en la que podríamos acostar, era otra cuestión.

Y como yo hablara de esto con el contramaestre, me respondió:

-¡Qué quiere usted, señor Jeorling; si la corriente pasa el polo, pasaremos con ella, y si no pasa no pasaremos! No so-

mos dueños de ir donde nos plazca. Un témpano no es un navío; y como carece de velamen y de timón, va donde la deriva le lleva.

-Convengo en ello, Hurliguerly. Por eso pensaba que embarcándose dos o tres en la canoa.

-¡Siempre esa idea!...

-Siempre, porque, si hay tierra en alguna parte, ¿no es posible que los hombres de la *Jane*?...

- ¿Hayan llegado a ella... a 400 millas de la isla Tsalal?

-¡Quién sabe, contramaestre!

-Sea; pero permítame usted que le diga que esos razonamientos estarán en su punto cuando la tierra aparezca, si es que aparece. Nuestro capitán verá lo que conviene hacer, recordando que el tiempo apremia. No podemos permanecer mucho en esos parajes, y bien mirado, nada importa que el *ice-berg* no nos lleve ni hacia las Falklands ni hacia las Kerguelen, si logramos salir por alguna otra parte. Lo esencial es haber franqueado el círculo polar antes que el invierno le haya hecho infranqueable.

Hay que convenir en que las palabras de Hurliguerly estaban inspiradas por el sentido común.

Mientras se ejecutaban los preparativos, conforme a las disposiciones dictadas por el capitán Len Guy y vigiladas por el lugarteniente, subí varias veces a la cima del *ice-berg.* Allí, sentado en la extremidad, no cesaba de recorrer el horizonte con ayuda del anteojo. De vez en cuando la línea circular de aquel se interrumpía al paso de una montaña flotante o se ocultaba tras las brumas.

Desde el sitio que yo ocupaba, a una altura de 140 pies sobre el nivel del mar, estimaba en más de 12 millas el campo de mi mirada. Hasta entonces ningún lejano contorno se dibujaba en el fondo del cielo.

En dos ocasiones el capitán Len Guy se izó hasta aquella cima con el objeto de tomar altura.

El resultado de la observación el 30 de Enero fue el siguiente:

Longitud, 67º 19'Oeste.

Latitud, 89º 21'Sur.

De esta observación se deducía una doble conclusión.

La primera era, que desde nuestra última posición en longitud, la corriente nos había arrastrado unos 20º al Sudeste.

La segunda, que el *ice-berg* no se encontraba más que a unas 40 millas del polo austral.

Durante aquel día la mayor parte del cargamento fue transportado al interior de una ancha quebradura que el contramaestre había descubierto en el flanco Este, donde en caso de nuevo choque, cajas y barriles estarían en seguridad. En lo que se refiere al hornillo de la cocina, nuestros hombres ayudaron a Endicott para que la instalara entre dos bloques, de forma que quedase bien sujeta, y amontonaron en la proximidad varias toneladas de carbón.

Estos trabajos fueron ejecutados sin queja ni murmullo. El silencio estaba restablecido en la tripulación; verdad que el capitán ni el lugarteniente mandaban nada que no se debiese hacer y sin retrasos. Pero andando el tiempo ¿no volvería el

abatimiento a hacer presa en nuestros hombres? El que la autoridad de los jefes no fuera aun menospreciada ¿significaba que no lo fueran pasados unos días? Claro es que podría contar con el contramaestre, con Hardie ya que no con Martín Holt, y tal vez con dos o tres de los antiguos. Pero respecto a los demás, sobre todo a los reclutados en las Falklands, que sólo ambicionaban que terminase campaña tan desastrosa, ¿resistirían el deseo de apoderarse de la canoa y huir?...

No obstante, en mi opinión, tal eventualidad no era de temer mientras el *ice-berg* fuera en derivación, pues la embarcación no hubiera podido ganarle en velocidad. Pero si encallaba de nuevo, si chocaba contra el litoral de un continente o de una isla ¿qué no harían aquellos desdichados para sustraerse a los rigores de la invernada?

Tal fue el asunto de nuestra conversación en la comida del mediodía. El capitán Len Guy y Jem West participaban de la opinión de que ninguna tentativa de rebelión sería efectuada por el *sealing-master* y los suyos en tanto que la masa flotante continuara andando... Sin embargo, convenía extremar la vigilancia. Hearne inspiraba demasiada y justa desconfianza para que no le observase de continuo.

Por la tarde, durante la hora de descanso concedida a la tripulación, tuve nueva conversación con Dirk Peters.

Estaba yo en la cúspide del *ice-berg*, en tanto que el capitán Len Guy y el lugarteniente habían descendido a la base del mismo a fin de comprobar los puntos de flotación. Dos veces al día se debía examinar esos puntos, con el objeto de

determinar si el calado de agua aumentaba o disminuía; es decir, si un cambio del centro de gravedad amenazaba provocar una nueva vuelta.

Hacía media hora que yo estaba sentado, cuando vi al mestizo que subía con paso rápido.

¿Iba él también a observar el horizonte con la esperanza de ver tierra? O, lo que parecía muy probable, ¿deseaba comunicarme algún proyecto relacionado con Arthur Pym?

Apenas habíamos cambiado tres o cuatro palabras desde que el *ice-berg* se había vuelto a poner en marcha.

Cuando el mestizo llegó junto a mí, se detuvo, paseó su mirada por la mar, y buscó lo que yo buscaba..., y lo que yo no encontraba aun; tampoco él lo encontró.

Dos o tres minutos transcurrieron antes de que me dirigiera la palabra, y era tal su preocupación que yo me pregunté si me había visto.

Al fin se apoyó sobre un bloque, y yo pensé que iba a hablarme de lo de siempre: no fue así.

-Señor Jeorling- me dijo... - Recordará usted... que en su camarote de la *Halbrane*... yo le hablé de un asunto..., del asunto del *Grampus*...

Si lo recordaba. Y nada de lo que me había contado de aquella espantosa escena, en que fue actor principal, había salido de mi memoria.

-Le dije a usted- añadió- que Parker no se llamaba Parker... Que se llamaba Holt... Que era el hermano de Martín Holt...

-Lo sé, Dirk Peters- respondí... - Mas ¿por qué volver sobre este triste asunto?...

-¿Por qué, señor Jeorling?... ¿No es verdad que usted no ha dicho nada a nadie?...

-¡A nadie!-afirmé.-¿Cómo había yo de ser tan imprudente que revelase ese secreto..., que jamás debe salir de nuestros labios?¿Un secreto que ha muerto entre nosotros?

-¡Muerto!... ¡Sí!... ¡Muerto! murmuró el mestizo...- Y sin embargo..., compréndame usted..., me parece... que en la tripulación se sabe..., se debe deber algo...

Al instante uní a esta afirmación lo que el contramaestre me había dicho sobre una conversación sorprendida por él, en la que Hearne excitaba a Martín Holt a que preguntase al mestizo en qué condiciones había sucumbido su hermano a bordo.

¿Es que una parte del secreto era conocida, o esta aprensión sólo existía en la imaginación de Dirk Peters?

-Explíquese usted... - le dije.

-Compréndame usted..., señor Jeorling..., yo no sé expresar... Sí... Ayer no he cesado de pensar en ello desde...

Ayer Martín Holt me ha llamado aparte..., lejos de los otros..., y me ha dicho que quería hablarme...

-¿Del *Grampus*?

- ¡Del *Grampus*, sí..., y de su hermano Ned Holt!... Por vez primera ha pronunciado este nombre delante de mí...; el nombre de aquel que..., y, sin embargo..., hace tres meses que navegamos juntos...

La voz del mestizo estaba tan alterada, que yo le oía apenas.

-Compréndame usted- añadió...;- me ha parecido que en el alma de Martín Holt... ¡No!... ¡No me he engañado!... Había como sospechas...

-¡Pero acabe usted, Dirk Peters!-exclamé... -¿Qué le ha preguntado a usted Martín Holt?...

Comprendía yo que la pregunta de Martín Holt había sido inspirada por Hearne.



Sin embargo, como había motivo para pensar que el mestizo no debía de saber nada de la inquietante o inexplicable intervención del *sealing-master,* decidí no revelárselo.

-¿Lo que me ha preguntado..., señor Jeorling?- respondió.- Me ha preguntado si no me acordaba de Ned

Holt, del *Grampus*...; si él había perecido en la lucha con los rebeldes... o en el naufragio...; si era uno de los que habían sido abandonados en la mar con el capitán Barnard...; en fin, si yo podía decirle cómo había muerto su hermano... ¡Ah!... ¡Cómo!... ¡Cómo!

¡Con que horror pronunció el mestizo estas palabras, que probaban tan profundo desprecio de sí mismo!...

-Y ¿qué ha respondido usted a Martín Holt, Dirk Peters?

-¡Nada!... ¡Nada!

-Era preciso afirmar que Ned Holt había perecido en el naufragio del brick...

-No he podido..., compréndame usted..., no he podido... ¡Se parecen tanto los dos hermanos!... ¡En Martín Holt he creído ver a Ned Holt!... ¡He tenido miedo... y me ha alejado!

Habíase el mestizo erguido con movimiento brusco, y yo, con la frente entre las manos, me puse a reflexionar. Las tardías preguntas de Martín Holt relativas a su hermano, fueron, sin duda, hechas por instigaciones de Hearne... ¿Era, pues, en las Falklands donde el *sealing-master* había sorprendido el secreto de Dirk Peters, del que yo a nadie había dicho palabra?

En resumen: ¿cuál era el intento de Hearne al impulsar a Martín Holt a que interrogase al mestizo? ¿Quería solamente satisfacer su odio contra Dirk Peters, único de los reclutados en las Falklands que se había alistado en el partido del capitán Len Guy y que había impedido que los otros se apoderasen de la canoa? ¿Esperaba que Martín Holt se uniera a ellos?

Realmente, cuando se tratara de dirigir la embarcación al través de aquellos parajes, ¿no tenía necesidad de Martín Holt, uno de los mejores marineros de la *Halbrane?* ¿Qué hubiera sido de Hearne y de los suyos, entregados a sí mismos, si naufragasen?

Se ve a qué encadenamiento de hipótesis se abandonaba mi espíritu, y qué complicaciones se añadían a una situación ya tan complicada.

Cuando alcé los ojos, Dirk Peters no estaba a mi lado. Había desaparecido, sin que yo me hubiera dado cuenta de la partida, después de haberme dicho lo que quería decirme y con la seguridad de que yo no había descubierto su secreto. El día avanzaba; arrojé una última mirada al horizonte, y bajé profundamente conmovido y, como siempre, devorado por la impaciencia de que llegase el día siguiente.

Por la noche se adoptaron las precauciones de costumbre, y a nadie se lo concedió permiso para permanecer fuera del campamento; a nadie, a excepción del mestizo, que quedó guardando la canoa.

Estaba yo tan fatigado moral y físicamente, que el sueño me invadía, y me dormí cerca del capitán Len Guy, mientras el lugarteniente vigilaba fuera, y después junto al lugarteniente, cuando éste fue reemplazado por el capitán.

Al siguiente, 31 de Enero..., salí de la tienda... ¡Qué desconsuelo! Por todas partes brumas, no de esas que disipan los primeros rayos solares y que desaparecen bajo la influencia de las corrientes atmosféricas. No. Era una niebla amarillenta que olía a humedad, como si aquel mes de Enero

antártico hubiera sido el brumario del hemisferio septentrional. Además advertimos descenso notable de la temperatura, síntoma tal vez del invierno austral. Del caliginoso cielo brotaban espesos vapores, entre los que se perdía la cúspide de nuestra montaña de hielo. Era una nube que no se resolvía en lluvia, especie de algodón en rama aplicado sobre el horizonte.

-¡Fastidioso contratiempo!- me dijo el contramaestre.- ¡Pues si pasamos al largo de una tierra no la veremos!

-¿Y la derivación?- pregunté.

-Es mayor que ayer, señor Jeorling. El capitán ha hecho practicar un sondaje, y calcula la velocidad en tres o cuatro millas por lo menos.

-Y ¿qué deduce usted de eso, Hurliguerly?

-Deduzco que debemos de estar en una mar estrecha, puesto que la corriente adquiere aquí tanta fuerza. No me asombraría que tuviéramos tierra a estribor y a babor, a diez o quince millas.

-¿Será, pues, éste un estrecho que corta el continente antártico?

-Sí... Por lo menos ésa es la opinión de nuestro capitán.

- Y pensando así, ¿no intentará acostar en una u otra orilla de este estrecho?

-Y ¿cómo?

-Con la canoa.

-¡Arriesgar la canoa en medio de esas brumas!-exclamó el contramaestre, cruzándose de brazos.-¿Lo piensa usted,

señor Jeorling? ¿Es que podemos arrojar el ancla para tocarla? No... ¡Si tuviéramos la *Halbrane!*

Esto era lo malo; que no la teníamos. A despecho de las dificultades que presentaba la ascensión al través de aquellos vapores medio condensados, yo subí a la cima del *ice-berg*. ¡Quién sabía si un momento de claridad no me permitiría ver tierra al Este o al Oeste!

Cuando estuve en la punta, en vano procuré agujerear con la mirada el impenetrable manto gris que cubría aquellos parajes.

Permanecí allí, sacudido por el viento del Nordeste, que tendía a refrescar, y que tal vez desgarraría las brumas.

Entretanto, nuevos vapores se acumulaban arrastrados por la enorme ventilación de la mar libre. Bajo la doble acción de las corrientes atmosféricas y marinas derivábamos, con velocidad cada vez mayor, y yo sentía como un estremecimiento del *ice-berg*.

¿Acaso me encontraba bajo el imperio de una especie de alucinación-una de aquellas extrañas alucinaciones que habían debido turbar el alma de Arthur Pym? ¡Antojóseme que yo me hundía en su extraña personalidad!... ¡Creía ver al fin lo que él había visto! ¡Aquella espesa bruma era la cortina de vapores tendida sobre el horizonte ante sus ojos de loco!...Busqué allí aquellas luminosas líneas que rayaban el cielo de Levante a Poniente! ¡Busqué allí aquellas palpitaciones fotogénicas del espacio, al mismo tiempo que aquellas aguas alumbradas por las luces del fondo del Océano!¡Busqué la catarata enorme, rodando en silencio

desde lo alto de algún inmenso murallón, perdido en las profundidades del cenit! ¡Busqué las vastas hendeduras, tras las que se agitaba un caos de imágenes flotantes e indistintas bajo los poderosos soplos del aire!...¡Busqué, en suma, el gigante blanco!... ¡El gigante del polo!

Al fin recobré la razón. La visión, llegaría hasta la extravagancia, se disipó poco a poco, y yo volví al campamento.

En estas condiciones transcurrió el día. ¡Ni una vez la cortina de bruma se abrió ante nuestros ojos, y jamás debíamos saber si el *ice-berg* que desde la víspera había recorrido unas 40 millas, había pasado por la extremidad del eje terrestre!...

XXVII

ENTRE LAS BRUMAS.

-Y bien, señor Jeorling-me dijo el contramaestre, cuando al siguiente día nos encontramos.- ¡Es preciso despedirnos!

-¿Despedirnos de qué?

-Del polo Sur, del que no hemos visto la punta.

-Sí..., y que debe estar ahora algunas 20 millas atrás.

-¡Qué quiere usted! El viento ha soplado sobre esta lámpara austral, y ésta se ha extinguido en el momento en que hemos pasado...

-He aquí una ocasión que, no volveremos a encontrar... a lo que pienso...

-Como usted lo dice, señor Jeorling, y podemos renunciar a sentir la espita terrestre dar vueltas en nuestros dedos.

-Hace usted felices comparaciones, contramaestre.

-Y añado que nuestro vehículo de hielo nos arrastra como un diablo, y no precisamente en dirección al *Cormorán Verde*... Vamos... Campaña inútil, campaña sin éxito, que no recomenzará tan pronto. En todo caso, campaña que

termina, y sin pasar el tiempo en el camino, pues el invierno no tardará en mostrar su nariz roja, sus labios hundidos y sus manos resquebradas por los sabañones. ¡Campaña durante la cual el capitán Len Guy no ha podido encontrar a su hermano, ni a nuestros compatriotas, ni Dirk Peters a ¡su pobre Pym!...

Realmente éste era el resumen de nuestras fatigas, de nuestras decepciones. Sin hablar de la pérdida de la *Halbrane,* aquella expedición costaba ya nueve víctimas. De treinta y dos que habían embarcado en la goleta, habíamos quedado reducidos a veintitrés..., y ¿cuántos no sucumbirían aun?

En efecto: del polo austral al círculo antártico hay veinte grados, o sean mil doscientas millas marinas, y sería menester franquearlas en un mes o seis semanas a lo mas, so pena de encontrar el banco de hielo cerrado de nuevo. Respecto a una invernada en aquella parte de la Antártida, nadie hubiera podido resistirla.

Por lo demás, habíamos perdido toda esperanza de recoger a los sobrevivientes de la *Jane*; la tripulación no tenía más que un deseo: atravesar lo más rápidamente posible aquellas espantosas soledades. Hasta el polo nuestra derivación había sido hacia el Sur; desde el polo hacia el Norte, y si persistía, tal vez seríamos más favorecidos de algunas buenas probabilidades que compensarían las malas. En todo caso, para emplear una locución familiar, «no había más que dejarse ir».

¿Qué importaba que aquellos mares, a los que nuestro *ice-berg* se dirigía, no fuesen los del Atlántico meridional, sino

los del Océano Pacífico, ni que las tierras más próximas, en vez de las South-Orkneys, las Sandwich, las Falklands, las del cabo Horn o las Kerguelen, fueran las de Australia o las de la Nueva Zelanda?... ¡Por esto Hurliguerly tenía razón al decir- con gran disgusto suyo- que no sería con el compañero Atkins, ni en la sala baja del *Cormorán Verde,* donde iría a echar el trago de ginebra!

-Después de todo, señor Jeorling- me repetía,- también hay excelentes posadas en Melbourne, en Hobart-Town y en Dunedin... Lo importante es llegar a buen puerto.

No habiéndose levantado la bruma durante los días 2, 3 y 4 de Febrero, hubiera sido difícil calcular el desplazamiento de nuestro *ice-berg* desde que éste había pasado el polo. Sin embargo, el capitán Len Guy y Jem West creían poder estimarle en doscientas cincuenta millas.

Efectivamente, la corriente no parecía haber disminuido en velocidad ni cambiado de dirección. No era dudoso que hubiéramos entrado en un brazo de mar entre las dos murallas de un continente, la una al Este y la otra al Oeste, que forman el vasto dominio de la Antártida. Así es que yo encontraba muy sensible no poder hallar tierra a uno u otro lado del estrecho, cuya superficie no tardaría en quedar solidificada por los rigores del invierno.

Cuando hablé de esto con el capitán Len Guy, éste me dio la única respuesta lógica:

-¡Qué quiere usted, señor Jeorling!... Nada podemos hacer. La persistencia de estas brumas es la mayor desgracia que desde hace algún tiempo tenemos... No sé dónde

estamos. Es imposible tomar altura..., y esto cuando el sol va a desaparecer por largos meses...

-Vuelvo a mi idea-dije otra vez.¿No se podría con la canoa?...

-¡Ir a explorar!... ¿Lo piensa usted?... ¡Eso sería una imprudencia a la que yo no me comprometería, y que la tripulación no me dejaría cometer!...

Estuve a punto de gritarle:

-¿Y si William Guy y sus compatriotas se han refugiado en algún punto de esta tierra?

Pero me contuve; ¿Para qué renovar los dolores de nuestro capitán? Indudablemente él había debido pensar en tal eventualidad, y si había renunciado a proseguir aquellas pesquisas, es que se había dado cuenta de la inutilidad de una última tentativa.

Tal vez, y esto le dejaba aun una vaga esperanza, hacía el siguiente razonamiento, que merecía alguna atención:

Cuando William Guy y sus compañeros habían abandonado la isla Tsalal, la estación de verano comenzaba.

Ante ellos se abría la mar libre, atravesada por aquellas mismas corrientes del Sudoeste cuya acción habíamos sentido, primero a bordo de la *Halbrane* y después en el *ice-berg*. Aparte de las corrientes, ellos habían sido favorecidos, como nosotros lo habíamos sido, por las brisas permanentes del Nordeste. De aquí la conclusión que su canoa, a menos que no huhiere perecido en un accidente de mar, podía haber seguido una dirección análoga a la nuestra, y al través de aquel estrecho haber llegado a aquellos parajes.

Y ¿era ilógico suponer, llevándonos delantera de varios meses, después de haber subido al Norte, franqueado la mar libre, pasado el banco de hielo, que la embarcación hubiera llegado a salir del círculo antártico, en fin, que William Guy y sus compañeros hubiesen encontrado algún navío que les repatriase?

Admitiendo que nuestro capitán se hubiere colocado en esta hipótesis, la que, lo comprendo, exigía tantas buenas probabilidades..., no me había hablado del asunto... ¿Tal vez-pues el hombre es aficionado a conservar sus ilusiones,-tal vez el capitán temía que se le demostrase el lado débil de este razonamiento?

Un día yo hablé en este sentido a Jem West.

El lugarteniente, poco asequible a las ilusiones, no prestó crédito a mi opinión. En un espíritu tan positivista como el suyo, no podía arraigar la idea de que el hecho de no haber encontrado a los náufragos de la *Jane* obedecía a la razón de que habían ya vuelto a los mares del Pacífico.

Al llamar la atención del contramaestre sobre este punto, me respondió:

-Usted sabe, señor Jeorling, que todo llega..., así se dice, por lo menos... Pero que el capitán William Guy y sus compañeros se encuentren ahora en disposición de beber un trago de brandevin, de ginebra o de whisky en una taberna del antiguo continente... ¡esto no! ¡Es tan imposible como que nosotros nos sentáramos mañana ante una mesa del *Cormorán Verde*.

Durante aquellos tres días de brumas, yo no había visto a Dirk Peters, o, más bien, él no había intentado aproximarse a mí, permaneciendo obstinadamente en su puesto, junto a la embarcación. Las preguntas de Martín Holt relativamente a su hermano Ned, parecían indicar que su secreto era conocido- en parte al menos.- Así es que él se mantenía siempre lejos de los demás, durmiendo durante las horas de vigilia, vigilando durante las horas de sueño. Yo hasta me llegué a preguntar si no lamentaba haberse confiado a mí y si imaginaba que había excitado mi repugnancia.

No era así, y yo sentía profunda lástima del pobre mestizo.

No puedo expresar cuán tristes, monótonas o interminables me parecieron las horas que transcurrieron en medio de aquella niebla, cuya espesa cortina no podía desgarrar el viento.

Aun empleando la atención más minuciosa, no se podía conocer en ningún momento que lugar ocupaba el sol en el horizonte, sobre el que inclinaba poco a poco su marcha espiraliforme. La posición del *ice-berg,* en longitud y en latitud, no podía ser conocida. Era probable, aunque no cierto, que derivase siempre hacia el Sudeste, o más bien hacia el Noroeste, desde que había pasado el polo. Animado de igual velocidad que la corriente, ¿cómo hubiera podido averiguar el capitán Len Guy su desplazamiento, ahora que los vapores impedían tomar altura? De estar inmóvil, no hubiera habido para nosotros diferencia apreciable; pues el viento había calmado, al menos así lo suponíamos, y no se dejaba sentir ni

un soplo. La llama de un farol expuesta al aire, no vacilaba. Gritos de pájaros, debilitados al pasar por aquella atmósfera, interrumpían únicamente el silencio del espacio. Los petrales y albatros rasaban la cúspide sobre la que yo estaba en observación. ¿En qué dirección huían aquellos rápidos voladores, a los que la proximidad del invierno arrojaba tal vez hacia los confines de la Antártida?

Un día en que el contramaestre, con el objeto de observar, había subido a la cúspide, no sin riesgo de romperse la cabeza, un quebranta-huesos, especie de petrel gigantesco de doce pies, le dio un fuerte golpe en el pecho que Hurliguerly cayó de espaldas.

-¡Maldita bestia!- me dijo cuando bajó al campamento.- ¡De buena he escapado! De un golpe... ¡pum!, los cuatro remos al aire, como un caballo que se encabrita... Me he agarrado donde he podido, pero creí llegado el momento en que mis manos iban a largarlo todo...- Por las aristas de hielo se va uno como el agua por entre los dedos. Le he gritado al pájaro: ¿No podías mirar lo que haces? Y ese animal ni siquiera se ha excusado...

El hecho es que el contramaestre había corrido el riesgo de ser precipitado de bloque en bloque hasta la mar.

En la tarde de aquel día, nuestros oídos fueron extraordinariamente molestados con los mugidos que subían de abajo. Como hizo observar Hurliguerly, no eran asnos los que tales rebuznos lanzaban, sino pingüinos. Hasta entonces aquellos innumerables huéspedes de las regiones polares no habían juzgado conveniente acompañarnos sobre nuestro

islote moviente, y en lo que la vista alcanzaba, ni uno sólo habíamos distinguido, ni al pie del *ice-berg,* ni sobre los témpanos en derivación. Al presente no cabía duda que estuviesen allí por centenares o millares, pues el concierto se acentuaba con una intensidad que atestiguaba el número de los ejecutantes.

Ahora bien: teniendo en cuenta que tales volátiles prefieren las márgenes litorales de los continentes y de las islas de estas altas latitudes, o los *ice-bergs* que se avecinan con ellas, ¿no indicaba su presencia la proximidad de tierra?

Conozco que estábamos en disposición de espíritu propia para asirnos a la mejor esperanza, como el náufrago se agarra a una tabla... ¡La tabla de salvación! ¡Y cuántas veces se hunde o se rompe en el momento en que el infortunado acaba de asirla!... ¿No era esto lo que nos esperaba en aquel terrible clima?

Pregunté al capitán Guy qué consecuencia sacaba de la presencia de aquellos pájaros.

-Las que usted, señor Jeorling- me respondió.- Desde que estamos en derivación ninguno de ellos ha buscado hasta ahora refugio en este *ice-berg,* y actualmente heles aquí en gran número, a juzgar por sus ensordecedores gritos. ¿De dónde vienen? A no dudarlo, de una tierra de la que tal vez estemos cerca.

-¿Es ésa también la opinión del lugarteniente?- pregunté.

-Sí, señor Jeorling., y usted sabe si es hombre que se forja quimeras.

-Ciertamente que no.

- Además, hay otra cosa que a él le ha llamado la atención como a mí, y en la que no parece no ha reparado usted.

-¿De qué se trata?

-De esos bramidos que se mezclan a los gritos de los pingüinos. Preste usted atención y no tardará en oírlos...

Escuché, y evidentemente la orquesta era más completa de lo que yo había supuesto.

-En efecto- dije.- Los percibo... Debe de haber focas.

-Es seguro, señor Jeorling; y deduzco de ello que esos animales, pájaros y mamíferos, muy raros desde nuestra salida de Tsalal, frecuentan estos parajes o adonde nos han arrastrado las corrientes. Me parece que esta afirmación no tiene nada de aventurada.

-Nada, capitán, como tampoco admitir la existencia de una tierra vecina... ¡Oh! ¡Qué fatalidad estar envueltos en esta impenetrable niebla que no permite ver a un cuarto de milla!

-¡Y que nos impide descender a la base del *ice-berg*!- añadió el capitán Len Guy.- Allí, sin duda, hubiéramos podido reconocer si las aguas arrastran truchuelas, lamios, ovas, lo que nos daría un nuevo indicio... Tiene usted razón; ¡es una fatalidad!

-¿Por qué no intentarlo, capitán?

-No, señor Jeorling, sería exponerse a peligrosas caídas, y no permitiré a nadie abandonar el campamento. Después de todo, si la tierra está allí, yo imagino que nuestro *ice-berg* no tardará en acostarla...

-¿Y si no lo hace?

-Pues si él no lo hace, ¿cómo podríamos hacerlo nosotros?

¿Y la canoa?- pensé.- Será preciso decidirse a utilizarla. Pero el capitán Len Guy prefería esperar; ¿y quién sabe si, en las circunstancias en que estábamos, no era el partido más sabio?

Respecto a la base del *ice-berg,* la verdad es que nada hubiera sido más peligroso que lanzarse a ciegas por aquellas resbaladizas pendientes. El más hábil de la tripulación, el más vigoroso, Dirk Peters, no hubiera podido hacerlo sin algún grave accidente. Aquella funesta campaña contaba ya demasiadas víctimas, cuyo número no queríamos aumentar.

No sabría dar una idea de la acumulación de vapores que se espesaron aun durante la tarde. A partir de las cinco, llegó a ser imposible distinguir nada a algún paso del lugar en que se alzaban las tiendas. Era preciso tocarse con la mano para asegurarse que uno estaba cerca de otro. Hablar no hubiera, bastado, pues con la voz pasaba lo que con la vista en aquel medio ensordecedor. Un farol encendido no dejaba traslucir más que una débil lucecilla amarillenta, sin poder para alumbrar. Un grito no llegaba al oído más que muy debilitado, y sólo los pingüinos vociferaban lo suficiente para hacerse oír.

Hago presente que no hay lugar para confundir esta niebla con *frost-rime*, el humo helado que habíamos observado anteriormente. Además, ese *frost-rime* que exige una elevada temperatura, se mantiene de ordinario al ras del mar, y no se eleva un centenar de pies más que bajo la acción de una fuerte brisa. La niebla pasaba en mucho esta altura, y

yo estimo que no se hubiera podido despegarse de ella más que a condición de dominar el *ice-berg* en unas 50 toesas.

A las ocho de la noche las brumas, medio condensadas, estaban tan compactas que se sentía resistencia en la marcha. Parecía que la composición del aire se había modificado, como si fuera a pasar al estado sólido. E involuntariamente yo pensaba en las extrañezas de la isla Tsalal, en aquel agua extraordinaria cuyas moléculas obedecían a una cohesión particular...

Era imposible reconocer si la niebla ejercía acción sobre la brújula. Yo sabía, además, que el hecho había sido estudiado por los meteorologistas, y que éstos se creen con derecho de afirmar que aquella lección no tenía influencia alguna sobre la aguja imanada.

Añado que, desde que habíamos dejado atrás el polo Sur, ninguna confianza podíamos tener en las indicaciones del compás que se agitaba a las proximidades del polo magnético, hacia el que sin duda caminábamos. Así, pues, nada permitía determinar la dirección del *ice-berg*.

A las nueve de la noche aquellos parajes quedaron hundidos en profunda obscuridad, bien que el sol en tal época no descendiera aun bajo el horizonte.

Quiso el capitán Len Guy asegurarse de que los hombres habían vuelto al campamento y prevenir así toda imprudencia de su parte, y llamó a lista.

Cada uno, después de responder, fue a su sitio bajo las tiendas, donde los faroles embrumados no despedían más que luz débil.

El mestizo fue el único que no contestó, aunque el contramaestre repitió varias veces su nombre con fuerte voz.

Hurliguerly esperó algunos minutos.

Dirk Peters no pareció.

¿Había, pues, quedado junto a la canoa; era probable, aunque inútil, pues nuestra embarcación no corría el riesgo de ser robada en aquel tiempo de nieblas.

-¿Es que nadie ha visto a Dirk Peters durante, el día?- preguntó el capitán Len Guy.

-Nadie- respondió el contramaestre.

-¿Ni al mediodía en la comida?

-No, capitán, y, sin embargo, él no debía de tener provisiones.

-¿Le habrá, pues, sucedido alguna desgracia?

-¡No es de temer!- exclamó el contramaestre.- Aquí Dirk Peters está en su elemento, y en medio de las brumas debe sentir la despreocupación de un oso polar... ¡Ya ha salido con bien una vez..., y saldrá otra!

Dejé hablar a Hurliguerly, sabiendo bien por qué el mestizo se mantenía aparte. En todo caso, desde el momento en que Dirk Peters se obstinaba en no responder, y los gritos del contramaestre habían debido llegar hasta él, era imposible ponerse en su busca.

Aquella noche estoy seguro que, salvo Endicott, tal vez, nadie pudo dormir. Se ahogaba uno bajo las tiendas, en las que faltaba oxígeno. Además, más o menos, todos sentíamos una impresión muy particular, especie de presentimiento

extraño, como si nuestra situación fuera a modificarse para mejor o peor, admitiendo que pudiera empeorar.

La noche transcurrió sin alarma, y a las seis de la mañana todos salieron fuera a respirar un aire más saludable.

El mismo estado meteorológico que la víspera, con brumas de extraordinaria densidad. Se advirtió que el barómetro había subido demasiado aprisa, es cierto, para que la altura, se tomara en serio. La columna marcaba 767 milímetros, el máximum a que había llegado desde que la *Halbrane* pasó el círculo antártico.

Otros indicios había también que debíamos tener en cuenta.

El viento, que refrescaba-viento del Sur desde que habíamos pasado el polo austral-, no tardó en soplar con violencia brisa de dos rizos, como dicen los marinos. Los ruidos de fuera se oían ya más distintamente al través del espacio barrido por las corrientes atmosféricas.

A eso de las nueve el *ice-berg* se descubrió repentinamente de su sombrero de vapores.

¡Indescriptible cambio de decoración, que una varita mágica no hubiera realizado en menos tiempo ni con mayor resultado!

En pocos instantes el cielo quedó descubierto hasta los últimos límites del horizonte, y la mar reapareció iluminada por los oblicuos rayos del sol que no la dominaba más que en algunos grados. Tumultuosa resaca bañaba de blanca espuma la base de nuestro *ice-berg*, que derivaba, juntamente

con multitud de montañas flotantes, bajo la doble acción del viento y de la corriente, dirigiéndose hacia el Estenordeste.

-¡Tierra!...

Este grito fue lanzado desde la cúspide del islote, y a nuestras miradas se mostró Dirk Peters en pie sobre el último bloque y con la mano extendida hacia el Norte.

El mestizo no se engañaba. La tierra está vez... ¡Sí! Era la tierra, mostrando a tres o cuatro millas sus alturas lejanas de un tinte negruzco.

El punto obtenido por doble observación a las diez y media dio este resultado:

Latitud, 86º 12'. Sur.

Longitud, 114º 17' Sur.

El *ice-berg* se encontraba cerca de cuatro grados más allá del polo antártico, y de las longitudes occidentales que nuestra goleta había seguido sobre el itinerario de la *Jane* habíamos pasado a las longitudes orientales.

XXVIII

CAMPAMENTO.

Un poco antes del mediodía, aquella tierra no se encontraba más que a una milla. La cuestión era saber si la corriente nos iba a arrastrar más allá.

Confieso que si nos hubieran dado a elegir entre acostar en aquel litoral o continuar nuestra marcha, no sé lo que hubiera sido preferible.

Hablaba de esto con el capitán Len Guy y el lugarteniente, cuando Jem West me interrumpió diciendo:

-¿Para qué discutir esta eventualidad, señor Jeorling?

-Es verdad- añadió el capitán.- Nada Podemos hacer. Posible es que el *ice-berg* venga a chocar contra la costa, como es posible que la dé vuelta si se mantiene en la corriente.

-Justamente- respondí-, pero mi pregunta subsiste. ¿Será ventajoso para nosotros desembarcar o no?

-Lo segundo- respondió Jem West. Efectivamente, si la canoa hubiese podido llevarnos con todas las provisiones para una navegación de cinco a seis semanas, no hubiéramos

dudado en tomar pasaje en ella, a fin de picar, gracias al viento del Sur, al través de la mar libre. Pero, puesto que la canoa no era capaz para contener más que once o doce hombres, hubiera sido preciso designarlos a la suerte.

Y los que no llevase, ¿no serían condenados a perecer de frío, ya que no de hambre, sobre aquella tierra que el invierno, no tardaría en cubrir con sus escarchas y sus hielos?

En fin, si el *ice-berg* continuaba siguiendo aquella dirección, caminaríamos en condiciones aceptables. Nuestro vehículo de hielo, es verdad, podía faltarnos, hasta dar la vuelta, o caer en una contracorriente que le arrojaría fuera de su itinerario, mientras que la canoa, caminando oblicua al viento cuando éste fuera contrario, hubiera podido conducirnos a nuestro objeto si las tempestades no la asaltaban y si el banco de hielo la ofrecía un paso.

Pero, como acababa de decir Jem West, ¿había por qué discutir esta eventualidad?

Después de comer, la tripulación subió al más alto bloque, sobre el que permanecía Dirk Peters. Al acercarnos, el mestizo descendió por el lado opuesto, y cuando llegué a la cima no pude verlo.

En aquel sitio, pues, nos encontrábamos todos, menos Endicott, poco amigo de abandonar sus hornillos.

La tierra vista al Norte dibujaba sobre una décima parte del horizonte su litoral cubierto de playas y dentellado de cúspides, sus lontananzas limitadas por el perfil bastante accidentado de altas y poco lejanas colinas. Había allí un

continente o por lo menos, una isla, cuya extensión debía de ser considerable.

Hacia el Este aquella tierra se prolongaba hasta perderse de vista, y no parecía que su último límite estuviera por aquel lado.

Al Oeste, un cabo, bastante agudo, que terminaba en un peñasco, cuya silueta figuraba una enorme cabeza de foca formaba la extremidad. Más allá se extendía el mar.

No había uno de nosotros que no se diese cuenta de la situación.

Conseguir acostar en aquella tierra sólo dependía de la corriente, que, o podía llevar al *ice-berg* hacia un remolino que le arrastrase a la costa, o que podía seguir impulsándolo hacia el Norte.

¿Cuál era la hipótesis más admisible? El capitán Len Guy, el lugarteniente, el contramaestre y yo hablábamos de nuevo del caso, mientras que los tripulantes, en grupos, cambiaban sus impresiones con este motivo. Al fin de cuenta, la corriente tendía más bien hacía la parte Norte de aquella tierra.

-Después de todo- nos dijo el capitán Len Guy-, si ella es habitable durante los meses de verano, no parece que posee habitantes, puesto que no vemos ningún ser humano sobre el litoral.

-Observemos, que el *ice-berg* no es propio para provocar la atención como nuestra goleta lo hubiera hecho.

-Evidentemente, señor Jeorling, y la *Halbrane* hubiera atraído los indígenas... si los hay...

-De que no los veamos, capitán, no debe deducirse...

-Seguramente, señor Jeorling- respondió el capitán Len Guy.- Pero convendrá usted en que el aspecto de esta tierra no es el de la isla Tsalal en la época en que la *Jane* llegó a ella. Entonces veíanse colinas verdes, espesos bosques, árboles en plena floración, pastos abundantes... y aquí, a primera vista, no hay más que desolación y esterilidad.

-Convengo en ello. Todo en esta tierra es desolación y esterilidad. Sin embargo, me atrevo a preguntar a usted, si no piensa desembarcar en ella.

-¿Con la canoa?

-Con la canoa- en el caso en que la corriente alejara de ella a nuestro *ice-berg*.

-No tenemos momento que perder, señor Jeorling, y algunos días de escala podrían condenarnos a una invernada cruel si llegábamos demasiado tarde para franquear los pasos del banco de hielo.

-Y hay que tener en cuenta lo lejos que está- dijo Jem West.

-Conforme- respondí, insistiendo.- Pero alejarnos de esta tierra sin haber puesto el pie en ella, sin habernos asegurado de que no conserva las huellas de un campamento..., de si su hermano de usted, capitán..., sus compañeros...

Mientras yo hablaba, el capitán Len Guy sacudía la cabeza. No era la aparición de aquella costa árida lo que podría devolverle la esperanza, ni aquellas extensas planicies estériles, ni aquellas descarnadas colinas, ni aquel litoral

bordeado por un cordón de rocas negruzcas ¿Cómo hubieran podido vivir allí náufragos durante algunos meses?

Además habíamos arbolado el pabellón británico, que la brisa desplegaba en la cima del *ice-berg*. William Guy la hubiera reconocido y ya se hubiera precipitado a la ribera.

¡Nadie!... ¡Nadie!

En aquel momento Jem West, que acababa de obtener ciertos puntos de situación, dijo:

-Tengamos paciencia antes de tomar ninguna resolución. No pasará una hora sin que sepamos a qué atenernos. Nuestra marcha no parece disminuirse, y es fácil que un remolino nos lleve oblicuamente hacia la costa.

-Esa es mi opinión- declaró el contramaestre-, y si nuestra máquina flotante no se estaciona, poco falta para ello... Se diría que vuelve sobre sí misma.

Jem West y Hurliguerly no se engañaban. Por uno u otro motivo, el *ice-berg* tendía a salir de la corriente que había seguido sin interrupción. Un movimiento giratorio había sucedido al de derivación, gracias a la acción de un remolino que llevaba hacia el litoral.

Aparte esto, algunas montañas de hielo que iban delante de nosotros acababan de chocar en los bajos fondos de la ribera.

Era, pues, inútil discutir si había o no lugar de lanzar la canoa al mar.

A medida que nos aproximábamos, la desolación de aquella tierra se acentuaba, y la perspectiva de sufrir allí seis

meses de invernada hubiera llenado de espanto a los corazones más resueltos.

Hacia las cinco de la tarde, el *ice-berg* penetró en una profunda escotadura de la costa, terminada en la derecha por larga punta, contra la que no tardó en inmovilizarse.

-¡A tierra!... ¡A tierra!...

Este grito se escapó de todos los labios. La tripulación bajaba ya, por el talud del *ice-berg,* cuando Jem West mandó:

-¡Esperad la orden!

Se manifestó alguna vacilación, sobre todo por parte de Hearne y de varios de sus camaradas. Después el instinto de la disciplina dominó, y, finalmente, todos fueron a colocarse en fila en torno del capitán Len Guy.

No fue preciso poner en la mar la canoa, pues el *ice-berg* se encontraba en contacto con la punta.

El capitán Len Guy, el contramaestre y yo, precediendo a los otros, fuimos los primeros que abandonamos el campamento, y nuestras plantas hollaron aquella tierra nueva, virgen, sin duda, de toda humana huella.

El suelo volcánico estaba sembrado de ruinas pedregosas, fragmentos de lavas, piedra pómez, escorias. Más allá del cordón arenoso de la playa subía hacia la base de altas colinas, que formaban el último término a una media milla del litoral.

Nos pareció indicado ganar una de estas colinas, de unos 1.200 pies de altura. Desde la cúspide, la mirada podía abarcar extenso espacio, ya de tierra, ya de mar, en todas direcciones.

Preciso fue caminar durante veinte minutos sobre un suelo duro y desprovisto de vegetación. Nada recordaba las fértiles praderas de la isla Tsalal antes que el terremoto la hubiese agitado, ni los espesos bosques de que habla Arthur Pym, ni los ríos de aguas extrañas, ni las escarpaduras de tierra arenosa, ni los macizos de esteática del laberinto. Por todas partes rocas de origen ígneo, lavas endurecidas, escorias polvorientas, cenizas grises, y nada del humus preciso para las plantas rústicas menos exigentes.

No sin dificultades y sin riesgo el capitán Len Guy, el contramaestre y yo llegamos a hacer la ascensión de la colina, en lo que empleamos una hora. Aunque la noche hubiera llegado, no traía obscuridad ninguna, pues el sol no desaparecía aun tras el horizonte de la Antártida.

Desde la cúspide de la colina, la vista se extendía a 30 o 35 millas, y he aquí lo que apareció a nuestros ojos.

Atrás se desarrollaba la mar arrastrando gran número de montañas flotantes, de las que unas acababan de unirse con el litoral, haciéndole casi inabordable. Al Oeste veíase una tierra muy accidentada, en cuya extremidad no se distinguía, bañada al Este por una mar sin límites.

Imposible era resolver con acierto si estábamos sobre una gran isla o sobre el continente antártico.

Verdad es que, fijando atentamente en la dirección Este el anteojo marino, el capitán Len Guy creyó advertir algunos vagos contornos entre las fieras brumas.



-Vean ustedes- nos dijo.

El contramaestre y yo tomamos el instrumento y miramos cuidadosamente.

-Me parece- dijo Hurliguerly- que allí hay como una apariencia de costa.

-Así lo creo- respondí.

-Se trata, pues, de un estrecho, al través del cual la deriva nos ha conducido- concluyó el capitán Len Guy.

-Un estrecho- añadió el contramaestre- que la corriente recorre de Norte a Sur, y después de Sur a Norte.

-Entonces ¿cortará en dos el continente polar?- pregunté.

-No hay duda- respondió el capitán Len Guy.

- ¡Ah!... ¡Si tuviéramos nuestra *Halbrane*...- exclamó Hurliguerly.

Sí... A bordo de la goleta - y hasta sobre el *ice-berg,* ahora, en la costa, como un navío desamparado- hubiéramos podido subir aun algunos centenares de millas, tal vez hasta el banco de hielo..., tal vez hasta el círculo antártico..., tal vez hasta las tierras vecinas... ¡Pero sólo poseíamos una frágil canoa, que apenas podía contener una docena de hombres, y éramos veintitrés!

No había más que volver a descender hacia la ribera, regresar a nuestro campamento, transportar las tiendas al litoral y tomar las medidas necesarias en vista de la invernada que las circunstancias iban a imponernos.

No hay que decir que el suelo no mostraba huella alguna de pasos humanos ni vestigio de habitantes. Podríamos afirmar que los sobrevivientes de la *Jane* no habían puesto el pie sobre aquella tierra, sobre aquel «dominio inexplorado», como le calificaban los mapas más modernos. Ni ellos... ni nadie, y no sería allí donde Dirk Peters encontraría las huellas de Arthur Pym.

Y esto resultaba igualmente de la quietud que mostraban los únicos seres vivientes de aquella comarca, que no se

asustaban al vernos. Ni las focas, ni las morsas se zabullían en aquellas aguas; los petreles y los cormoranes no huían; los pingüinos permanecían inmóviles en fila, viendo, sin duda, en nosotros volátiles de una especie particular. Sí. Era la vez primera que el hombre aparecía ante sus ojos, prueba de que jamás abandonaban la tierra aquella para aventurarse en más bajas latitudes.

De vuelta a la ribera, el contramaestre descubrió, no sin cierta satisfacción, varias espaciosas cavernas vaciadas en el granito, bastante grandes, unas para alojarnos, otras para guardar el cargamento de la *Halbrane*. Cualquiera que fuese la decisión que tomáramos ulteriormente, nada mejor podíamos hacer que almacenar allí nuestro material y proceder a una primera instalación.

Después de haber subido por las pendientes del *ice-berg* hasta el campamento, el capitán Len Guy ordenó a sus hombres que se reunieran. Ni uno faltó, a no ser Dirk Peters, que, había roto decididamente toda clase de relaciones con los demás tripulantes. Pero en lo que a él se refería, ni en el estado de su alma, ni en su actitud, en caso de rebelión, había temor que sentir. Él estaría al lado de los leales, en contra de los rebeldes, y en cualquier circunstancia podríamos contar con él.

Cuando el círculo estuvo formado, el capitán Len Guy se expresó sin dejar ver síntoma de abatimiento. Hablando a sus compañeros, él les presentó la situación reducida a decimales, por así decirlo. La necesidad que en primer lugar se imponía, de bajar el cargamento a tierra y arreglar una de las cavernas

del litoral. Respecto a la cuestión de alimentos, afirmación de que los víveres, harina, carne en conserva; legumbres secas, bastarían para todo el invierno, por largo y riguroso que éste fuera. Respecto a la cuestión de combustible, declaración de que el carbón no faltaría a condición de no derrocharle, y que sería posible economizarle, pues bajo la cubierta de nieve y hielo, los invernantes pueden desafiar los grandes fríos de la zona polar.

Sobre estos dos puntos el capitán dio su dictamen, bastante para alejar toda inquietud. Jem West aprobó su lenguaje.

Quedaba una tercera cuestión; de gran importancia y propia para excitar los celos y la cólera de la tripulación.

Se trataba de decidir de qué manera sería empleada la única embarcación de que podíamos disponer.

¿Convenía reservarla para las necesidades de la invernada, o servirse de ella para volver hacia el banco de hielo?

El capitán Len Guy no quería resolver. Pidió únicamente que la decisión se dejase para veinticuatro o cuarenta y ocho horas después.

No se debía olvidar que la canoa, cargada con las provisiones necesarias para una larga travesía, no podía contener más que once o doce hombres. Era, pues, preciso proceder a la instalación de los que quedarían en la costa si la partida de la canoa se efectuaba, y, en este caso, la suerte designaría a los que habían de embarcar.

El capitán Len Guy declaró entonces que ni Jem West, ni el contramaestre, ni yo, ni él, reclamaríamos privilegio alguno,

y que seguiríamos la suerte común. Los dos maestros de la *Halbrane,* Martín Holt o Hardie, eran perfectamente capaces para conducir la canoa hasta los lugares de pesca, que tal vez los balleneros no habrían aun abandonado.

Por lo demás, los que partieran no olvidarían a los que dejaban invernando en el paralelo 86, y al volver el verano fletarían un barco a fin de recoger a sus compañeros.

Todo esto fue dicho- lo repito- en tono tan tranquilo como firme.

Debo hacerlo esta justicia: la figura del capitán Len Guy engrandecía con la gravedad de las circunstancias.

Cuando terminó de hablar- sin haber sido interrumpido ni aun por Hearne-, nadie hizo la menor observación. Ni ¿cuál podía hacerse, puesto que, llegado el caso de embarcarse alguno en la canoa, la suerte había de decidir?

Llegada la hora del descanso, todos regresaron al campamento, y tomaron su ración, preparada por Endicott, durmiéndose por última vez bajo las tiendas.

Dirk Peters no había reaparecido, y en vano procuré reunirme a él.

Al día siguiente, 7 de Febrero, la gente se puso a trabajar animosamente.

El tiempo era bueno, la brisa débil, el cielo estaba ligeramente brumoso, la temperatura soportable-46º (7º 78 c. sobre cero).

En primer lugar, la canoa fue descendida a la base del *ice-berg* con todas las precauciones que la operación exigía. Desde dicho punto los hombres la sacaron a seco, sobre una

pequeña playa, al abrigo de la resaca. En perfecto estado, se podía esperar que prestaría buen servicio.

El contramaestre se ocupó en seguida del cargamento, así como del material que provenía de la *Halbrane,* mobiliario, velamen, trajes, utensilios, instrumentos.

En el fondo de una caverna, estos objetos no estarían expuestos al naufragio o demolición del *ice-berg*. Las cajas de conserva, los sacos de harina y de legumbres, los frascos de vino, whisky, ginebra y cerveza fueron transportados al litoral.

Yo había trabajado en todo como el capitán Len Guy y el lugarteniente, pues este trabajo del primer momento no sufría ningún retraso.

Debo hacer notar que Dirk Peters fue aquel día a echar una mano, pero a nadie dirigió la palabra.

Ignoro si había o no renunciado a la esperanza de encontrar a Arthur Pym.

El 8, el 9 y el 10 de Febrero nos ocupamos en la instalación, que quedó terminada en la tarde de este último día. El cargamento fue colocado en el interior de una amplia gruta, a la que se llegaba por estrecha abertura. Confinaba con la que debía servirnos de habitación, y en la que, por consejo del contramaestre, Endicott dispondría su cocina. De esta manera aprovecharíamos el calor del horno, que serviría para preparar los alimentos y para calentar la caverna durante aquellos largos días, o más bien larga noche del invierno austral.

Desde el 8 por la tarde habíamos tomado posesión de aquella caverna, de secas paredes, alfombra de fina arena, y suficientemente alumbrada por su orificio de entrada.

Situada junto a una fuente, su orientación debía ponerla al abrigo de los terribles rafales y las tormentas de nieve de la mala estación. De cabida superior a la que ofrecían los puestos de la goleta, pudo contener los catres, mesas, armarios, sillas, y el mobiliario suficiente para pasar algunos meses del invierno.

Mientras se trabajaba en la instalación, nada sospechoso sorprendí en la actitud de Hearne y de los reclutados en las Falklands.

Todos dieron prueba de sumisión a la disciplina y desplegaron actividad loable. Sin embargo, el mestizo siguió guardando la canoa, de la que hubiera sido fácil apoderarse en la playa.

Hurliguerly, que vigilaba particularmente al *sealing-master* y a sus camaradas, parecía tranquilizado con motivo de sus disposiciones actuales.

En todo caso, no se tardaría en resolver lo que conviniera respecto a la partida de los que fueran designados por la suerte.

En efecto: estábamos a 10 de Febrero. Pasados un mes o seis semanas, la campaña de pesca habría terminado en la vecindad del círculo antártico. Y de no encontrar a los balleneros, admitiendo que hubiesen podido franquear el banco de hielo y el círculo polar, nuestra canoa no hubiera

podido afrontar el Pacífico hasta las riberas de la Australia o de Nueva Zelanda.

Aquella noche, después de reunir a todos, el capitán Len Guy declaró que la cuestión sería discutida al día siguiente, añadiendo que, si se resolvía afirmativamente, se echaría a suerte en seguida.

Esta proposición no produjo respuesta alguna, y, en mi opinión, no habría discusión seria más que para decidir si se efectuaba o no la partida.

Era tarde. Una semiobscuridad reinaba fuera, pues a aquella fecha el sol estaba ya al ras del horizonte, bajo el que pronto iba a desaparecer.

Yo me había echado vestido sobre la colchoneta, y dormía hacía varias horas, cuando fui despertado por gritos que estallaron a poca distancia.

Me levanté de un salto y lancéme fuera de la caverna, al mismo tiempo que el capitán y el lugarteniente, a los que también había despertado el ruido.

-¡La canoa!… ¡La canoa!... -exclamó de repente Jem West.

La canoa no estaba en el sitio en que la guardaba Dirk Peters.

Después de haberla lanzado a la mar, tres hombres se habían embarcado en ella con barriles y cajas, mientras quo otros diez procuraban sujetar al mestizo.

Allí estaba Hearne, y también Martín Holt, que, por lo que me pareció, no tomaba intervención directa.

¡De modo que aquellos miserables querían apoderarse de la embarcación y partir antes de que la suerte hubiera designado!

¡Querían abandonarnos!

En efecto: habían logrado sorprender a Dirk Peters, y le hubieran matado a no defender él su vida en terrible lucha.

En presencia de aquella revuelta, conociendo nuestra inferioridad numérica e ignorando si podían contar con los antiguos tripulantes, el capitán Len Guy y el lugarteniente volvieron a entrar en la caverna, a fin de tomar sus armas para reducir a la impotencia a Hearne y a sus cómplices, que estaban armados.

Iba yo a hacer lo mismo, cuando unas palabras que oí me dejaron inmóvil.

Anonadado por el número, el mestizo acababa de ser derribado en tierra. Pero en este instante, como Martín Holt, por gratitud hacia el hombre que le había salvado la vida se lanzase a su socorro, Hearne le gritó:

-¡Déjale... y vente con nosotros!

El maestro velero pareció dudar.

-Sí..., déjale...- añadió Hearne. Deja a Dirk Peters, que es el asesino de tu hermano.

-¡El asesino de mi hermano!- exclamó Martín Holt.

-¡De tu hermano muerto a bordo del *Grampus*!

-¡Muerto por Dirk Peters!

-¡Sí... muerto y devorado..., devorado!...- repitió Hearne, que aullaba más que pronunciaba tales palabras.

Y a una señal suya, dos de sus compañeros cogieron a Martín Holt y le transportaron a la canoa dispuesta para marchar.

Hearne se precipitó en seguida en ella con todos aquellos a los que había asociado a aquel acto abominable.

En este momento Dirk Peters se levantó de un salto y cayó sobre uno de los rebeldes en el punto en que éste se disponía a entrar en la canoa, le alzó en sus membrudos brazos, y haciéndole girar sobre su cabeza, le rompió el cráneo contra una roca...

Sonó un tiro... El mestizo, herido en la espalda por la bala de Hearne, cayó sobre la arena, mientras que la embarcación era vigorosamente impulsada mar adentro.

El capitán Len Guy y Jem West salían entonces de la caverna (toda la anterior escena apenas había durado cuarenta segundos), y corrieron al extremo de la punta, al mismo tiempo que el contramaestre, Hardie y los marineros Francis y Stern.

La canoa, arrastrada por la corriente, se encontraba ya a una encabladura, y la marea descendía con rapidez.

Jem West se echó el fusil a la cara, hizo fuego, y uno de los marineros cayó al fondo de la embarcación.

Un segundo disparo, hecho por el capitán Len Guy, rozó el pecho del *sealing-master*, y la bala se perdió contra los bloques en el momento en que la canoa desaparecía tras el *ice-berg*.

No quedaba más que ir al otro lado de la punta, a la que la corriente aproximaría sin duda a aquellos miserables antes

de arrastrarlos en dirección del Norte. Si pasaban a tiro de fusil, si un nuevo disparo tocaba al *sealing-master...,* muerto él... o herido, ¿se decidirían tal vez sus compañeros a volver?

Transcurrió un cuarto de hora.

Cuando la embarcación se mostró al dar la vuelta a la punta, era a tal distancia, que nuestros disparos no podrían tocarla.

Ya Hearne había hecho izar la vela, y arrastrada a la vez por la corriente y la brisa, la canoa no fue bien pronto más que un punto blanco que no tardó en desaparecer.

XXIX

DIRK PETERS EN LA MAR.

La cuestión de la invernada estaba zanjada. De los treinta y tres hombres embarcados a bordo de la *Halbrane* a su partida de las Falklands, veintitrés habían llegado a aquella tierra, y de éstos trece acababan de huir, a fin de ganar los lugares de la pesca pasado el banco de hielo. ¡Y éstos no eran los que la suerte había designado! ¡No!... ¡Con el objeto de escapar a los rigores de una invernada, ellos habían desertado cobardemente!

Por desgracia Hearne no había arrastrado únicamente a sus camaradas. Dos de los nuestros, el marinero Burry y el maestro velero Martín Holt, se habían unido a él. Martín Holt, tal vez sin darse cuenta de lo que hacía, bajo el golpe de la espantosa revelación que el *sealing-master* acababa de hacerle.

En suma: la situación no había cambiado para aquellos a los que la suerte no hubiera destinado a partir. No éramos más que nueve: el capitán Len Guy, el lugarteniente Jem

West, el contramaestre Hurliguerly, el maestro calafate Hardie, el cocinero Endicott, los dos marineros Francis y Stern, Dirk Peters y yo. ¡Qué pruebas nos reservaba aquella invernada, ahora que se aproximaba el terrible invierno polar! ¡Que espantosos fríos íbamos a sufrir, más rigurosos que en otra cualquier parte del globo terrestre, envueltos en permanente noche de seis meses! ¡No se podía, sin espanto, pensar en la energía física y moral que sería precisa para resistir en aquellas condiciones tan fuera de la humana resistencia!

Y, sin embargo, al fin de cuenta, ¿era mejor la situación de los que nos habían abandonado? ¿Encontrarían la mar libre hasta el banco de hielo? ¿Conseguirían llegar al círculo antártico? Y más allá, ¿encontrarían los últimos barcos de pesca? ¿No les faltarían las provisiones en el curso de una travesía de un millar de millas? ¿Qué había podido llevar la canoa, ya muy cargada con el peso de trece hombres?

Sí... ¿Quiénes estaban más amenazados: ellos o nosotros?...

Sólo el porvenir podía responder a esta pregunta.

Cuando la embarcación hubo desaparecido, el capitán Len Guy y sus compañeros, remontando la punta, volvieron hacia la caverna. Allí, envueltos en noche interminable, íbamos a pasar todo aquel tiempo, durante el cual nos estaría prohibido poner el pie fuera.

Ante todo pensé en Dirk Peters, al que habíamos dejado atrás después del disparo hecho por Hearne, mientras que nosotros nos apresurábamos a ganar la otra Punta.

Al volver a la caverna no vi al mestizo. ¿Habría, pues, sido herido gravemente? ¿Tendríamos que lamentar la muerte de aquel hombre que nos era tan fiel como lo había sido al pobre Pym?

Yo esperaba, todos esperábamos que su herida no ofreciera gravedad. Pero era menester curarle, y Dirk Peters había desaparecido.

-Busquémoslo, señor Jeorling- exclamó el contramaestre.

-Vamos- respondí.

-Iremos juntos- dijo el capitán Len Guy.- Dirk Peters era de los nuestros... Nunca nos hubiera abandonado, y nosotros no le abandonaremos.

-¿Querrá volver el desdichado- hice observar- ahora que su secreto es conocido?

Manifesté a mis compañeros la razón de que en el relato de Arthur Pym, el nombre de Ned Holt se hubiera cambiado por el de Parker, y en qué circunstancias me había el mestizo informado de ello. Además, hice valer todo lo que había en descargo de su acción.

-Hearne- declaré- ha dicho que Dirk Peters había matado a Ned Holt... Sí... Es verdad... Ned Holt se había embarcado en el *Grampus*, y su hermano Martín Holt ha podido creer que había perecido, ya en la rebelión, ya en el naufragio... Pues, bien; no. Ned Holt había sobrevivido con Augusto Barnard, Arthur Pym y el mestizo, y bien pronto los cuatro sufrieron las torturas del hambre. Preciso era sacrificar a uno de ellos... El que la suerte designara. Se echó a pajas. A Ned le fue adversa la fortuna... Cayó bajo el cuchillo de Dirk Peters...

Pero si la suerte hubiera designado al mestizo, éste hubiera servido de presa a los otros.

El capitán Len Guy hizo entonces la observación siguiente:

-¿Dirk Peters no había confiado su secreto a nadie más que a usted, señor Jeorling?

-A mí únicamente, capitán...

-¿Y usted lo ha guardado?

-En absoluto.

-No me explico entonces cómo Hearne ha podido descubrirle.

-Primero he pensado- respondí- que tal vez Dirk Peters había hablado en sueños, y que, merced a la casualidad, Hearne conocía el secreto. Después mis reflexiones me han hecho recordar la circunstancia siguiente: Cuando el mestizo me refirió la escena del *Grampus;* cuando me manifestó que Parker era Ned Holt, se encontraba en mi camarote, cuya vidriera lateral estaba abierta. Hay, pues, motivo para sospechar que nuestra conversación fue sorprendida por el hombre que entonces estaba en el timón... Y precisamente este hombre era Hearne, que para oír mejor, sin duda, había abandonado el timón, tanto que la *Halbrane* sufrió un choque...

-Lo recuerdo- dijo Jem West-, y yo regañé al miserable y lo envié al fondo de la cala.

-Pues bien, capitán- añadí.- Desde aquel día Hearne procuró estrechar sus relaciones con Holt; Hurliguerly me lo ha hecho notar.

-Efectivamente- dijo el contramaestre-, y sin duda Hearne, que se consideraba incapaz para dirigir la canoa, de la que pensaba apoderarse, tenía necesidad de un maestro como Martín Holt.

-También- añadí- no cesaba de excitar a Holt para que éste preguntase al mestizo sobre la suerte de su hermano, y usted sabe en qué condiciones él le descubrió el espantoso secreto... ¡Martín Holt pareció enloquecer por la revelación!... Los otros le arrastraron... y ahora... está con ellos...

Todos convinieron en que así debían de haber pasado las cosas.

En fin, la verdad era conocida; ¿y no era de temer, dada la disposición de espíritu en que Dirk Peters debía de encontrarse, que quisiera sustraerse a nuestros ojos? ¿Consentiría en volver con nosotros?

Todos, inmediatamente, habíamos abandonado la caverna, y una hora después encontramos al mestizo.

Al vernos, su primer movimiento fue de huir. Al fin, Hurliguerly y Francis consiguieron aproximarse a él, que no hizo resistencia. Yo le hablé-, los demás me imitaron, el capitán Len Guy le tendió la mano. Primero dudó en tomarla. Después, sin pronunciar una palabra, volvió a la playa.

Desde aquel día entre él y nosotros no se habló nunca de lo que había pasado a bordo del *Grampus*.

La herida del mestizo no tenía importancia. La bala no había hecho más que penetrar en la parte superior de su brazo izquierdo, y se consiguió extraerla con la sola presión

de la mano. Se aplicó una venda formada de un trozo de vela sobre la herida, y él se puso su blusa, y desde el siguiente día, sin manifestar molestia alguna, volvió a sus habituales tareas.

En vista de una larga invernada, organizamos nuestra instalación.

El invierno amenazaba, y hacía algunos días que apenas si el sol se mostraba al través de las nubes. La temperatura bajó a 36º (2º 22 c. sobre cero), y no debía elevarse. Los rayos solares, alargando desmesuradamente las sombras sobre el suelo, no daban calor alguno. El capitán había hecho que nos pusiéramos nuestros vestidos de lana, sin esperar a que el frío fuera más riguroso.

Entretanto los *ice-bergs,* los *packs,* los *streams*, los *drifs*, venían del Sur en gran número; y aunque algunos se arrojaban aun sobre el litoral, ya cubierto de témpanos, la mayor parte desaparecían en la dirección del Nordeste.

-Todos esos pedazos- me dijo el contramaestre- son otros tantos materiales para consolidar el banco de hielo. A poco que la canoa en que van Hearne y sus miserables compañeros no les adelanten, imagino que encontrarán la puerta cerrada; y como no tendrán llave con que abrirla...

-¿De modo, Hurliguerly- pregunté-, que usted piensa que corremos menos peligros invernando en esta costa que si hubiéramos tomado sitio en la canoa?

-Lo pienso y lo he pensado siempre, señor Jeorling-respondió el contramaestre.-Además, ¿sabe usted una cosa?-añadió empleando su fórmula habitual.

-Diga usted, Hurliguerly...

-Pues que los que van en la canoa se verán en situación más difícil que los que no van en ella; y lo repito, si la suerte me hubiera designado, habría cedido mi vez a otro... Ya es algo estar en tierra firme... Después de todo, aunque nos hayan abandonado cobardemente, no deseo la muerte de ninguno. Pero si Hearne y sus compañeros no consiguen franquear el banco polar, están condenados a pasar el invierno en medio de los hielos, reducidos a los víveres que se han llevado, con los que no tienen mas que para algunas semanas, y usted comprenderá la suerte que les espera.

-Sí..., peor que la nuestra- respondí.

-Y añado-dijo el contramaestre-que no es bastante llegar al círculo antártico; y si los balleneros han abandonado ya los lugares de pesca, no es una embarcación cargada en demasía la que podrá mantenerse en el mar hasta estar a la vista de las tierras australianas.

Esta era mi opinión, como también la del capitán Len Guy.

Auxiliada por navegación favorable, no llevando más que lo que podía llevar, con provisiones para varios meses; en fin, en todas condiciones buenas, tal vez la canoa podría efectuar el viaje... Pero ¿era así?... Seguramente que no.

Durante los siguientes días, 14, 15, 16 y 17 de Febrero, la instalación del personal y del material quedó terminada.

Practicáronse algunas excursiones al interior del país. Por todas partes presentaba el suelo la misma aridez, no produciendo más que hierbecillas espinosas en abundancia.

La última esperanza que el capitán Len Guy hubiera podido conservar en lo que se refería a su hermano y tripulantes de la *Jane* desaparecía; si había pensado que, después de abandonar la isla Tsalal en una embarcación, las corrientes les habían conducido hasta aquella costa, debió reconocer que allí no existía huella alguna de desembarco.

En una de nuestras excursiones llegamos a distancia de cuatro millas al pie de una montaña de difícil acceso merced a la oblicuidad de sus pendientes; y de altura de 600 a 700 toesas.

De esta excursión que hicimos el capitán Len Guy, el lugarteniente, el marinero Francis y yo, no resultó descubrimiento alguno. Hacia el Norte y hacia el Oeste se desarrollaba la misma sucesión de colinas desnudas, caprichosamente cortadas en su cima; y cuando desaparecieran bajo el inmenso tapiz de nieve, sería difícil distinguirlas de los *ice-bergs,* inmóviles por el frío en la superficie del mar.

Sin embargo, respecto a lo que habíamos tomado por apariencias de tierra al Este, pudimos advertir que en esta dirección se extendía una costa, cuyas alturas, iluminadas por el sol de la tarde, aparecieron bastante distintamente en el objetivo del anteojo marítimo.

¿Era un continente que bordeaba la costa del estrecho? ¿No era más que una isla? En todo caso debía ser estéril como la tierra del Oeste, y como ella, inhabitada o inhabitable.

Y cuando mis recuerdos volvían a la isla Tsalal, cuyo suelo poseía tan extraordinario poder de vegetación; cuando recordaba las descripciones de Arthur Pym, no sabía que pensar. Evidentemente, aquella desolación que afligía a nuestros ojos reproducía mejor la idea de las regiones australes. Sin embargo, el archipiélago de la Tsalal, situado casi a la misma latitud, era fértil y poblado antes que el terremoto le hubiera destruido casi en su totalidad.

Aquel día, el capitán Len Guy propuso dar nombre geográfico a la comarca donde el *ice-berg* nos había arrojado. Bautizamos la con el de *Halbrane-Land* en recuerdo de nuestra goleta, y para asociarlos en el mismo recuerdo, el estrecho que separaba las dos partes del continente polar fue llamado *Jane-Sound.*

Ocupámonos de cazar los pingüinos que pululaban sobre las rocas, y de apresar regular número de aquellos anfibios que se revolcaban en las playas. La necesidad de carne fresca se dejaba sentir. Preparada por Endicott, la carne de foca y de morsa pareciónos muy aceptable; además, la grasa de estos animales podía, en rigor, servir para calentar la caverna y para guisar los alimentos. No había que olvidar que nuestro más terrible enemigo sería el frío, y todos los medios propios para combatirle debían ser utilizados. Restaba saber si en las proximidades del invierno, los mencionados anfibios no irían a buscar en latitudes más bajas un clima menos riguroso.

Por fortuna, aun había centenares de otros animales que nos hubieran garantido contra el hambre y contra la sed, en

caso de necesidad. Sobre la arena se arrastraban en gran número las tortugas-galápagos, a las que se ha dado el nombre de un archipiélago del Océano equinoccial; y de las que habla Arthur Pym, y que servían de alimento a los insulares, semejantes a las que Dirk Peters y él encontraron en el fondo de la canoa indígena, cuando su partida de la isla Tsalal.

Estos bichos, enormes, de marcha pesada y cola de dos pies de largo, cabeza triangular de serpiente, pueden permanecer años sin comer. Aquí, a falta de apio, perejil y verdolaga silvestre, se alimentaban de las hierbecillas que crecían entre las piedras del litoral.

Si Arthur Pym se ha permitido comparar a las tortugas antárticas con los dromedarios, es porque, como estos rumiantes, tienen en el nacimiento del cuello una bolsa llena de agua fresca y dulce, que contiene dos o tres galones. Según su relato antes de la escena de la suerte, los náufragos del *Grampus* debían a una de estas tortugas no haber sucumbido de hambre ni sed.

A creerle, hay algunas que pesan de 1.200 a 1.500 libras. Las de *Halbrane-Land* no pasaban de 700 a 800; pero su carne era sabrosa y nutritiva.

Así, pues, por más que estuviéramos en vísperas de invernar a menos de cinco grados del polo, la situación no era para desesperar del todo. La cuestión más grave era la del regreso, cuando la mala estación terminara. Para que tal cuestión fuera resuelta era preciso: 1º Que nuestros compañeros, que habían partido en la canoa, consiguieran

repatriarse. 2º Que su primer cuidado fuese enviar un barco en busca nuestra.

No era de suponer que Martín Holt nos olvidara; pero sus compañeros y él, ¿conseguirían tocar las tierras del Pacífico a bordo de un ballenero? Y además, ¿la próxima estación de verano sería propia para una navegación al través de los mares de la Antártida?

Frecuentemente hablábamos de estas casualidades buenas y malas.

El contramaestre se mostraba confiado, gracias a su feliz temperamento. El cocinero Endicott participaba de esta confianza, o por lo menos no se angustiaba de las eventualidades del porvenir, y cocinaba con la misma tranquilidad que lo hubiera hecho ante los hornillos del *Cormorán Verde*. Los marineros Stern y Francis escuchaban sin decir nada... ¡Y quién sabía si no se lamentaban de no haber acompañado a Hearne y a sus compañeros! Respecto a Hardie, esperaba los sucesos, sin pretender adivinar que aspecto tendrían en el transcurso de cinco o seis meses.

El capitán Len Guy y el lugarteniente, como de costumbre, estaban unidos por los mismos pensamientos y resoluciones.

Intentarían todo cuanto debiera ser intentado para la salvación común. Poco seguros de la suerte de la canoa, tal vez pensaban en intentar un viaje hacia el Norte, atravesando a pie los *ice-fields,* y ni uno de nosotros hubiera dudado seguirles. Por lo demás, aun no había llegado el momento de

semejante tentativa, y sería tiempo de decidirse cuando la mar estuviera solidificada hasta el círculo antártico.

Tal era, pues, la situación, y no parecía que nada habría de modificarla, cuando el día 19 de Febrero se produjo un incidente, providencial, diría yo, para los que admiten la intervención de la Providencia en el curso de las cosas humanas.

Eran las ocho de la mañana. El tiempo estaba en calma, el cielo bastante claro, el termómetro a 32º Fahrenheit (cero c.)

Reunidos en la caverna-menos el contramaestre-esperando el almuerzo que Endicott acababa de preparar, íbamos a sentarnos a la mesa, cuando una voz nos llamó desde fuera.

No podía ser otra que la de Hurliguerly; y como volviera a llamamos, salimos apresuradamente.

Así que nos vio, gritó:

-¡Venid, venid!

De pie sobra una roca, al pie de la cresta que terminaba *Halbrane-Land,* nos mostraba el mar.

-¿Qué hay?- preguntó el capitán Len Guy.

-Una canoa.

-¡Una canoa!- exclamé.

-¿Será la de la *Halbrane* que vuelva?- preguntó el capitán Len Guy.

-¡No...; no es ella!-respondió Jem West.

Efectivamente, una embarcación, que por su forma y dimensiones no podía ser confundida con la de nuestra

goleta, derivaba sin remos, como si se hubiera abandonado a la corriente.

Tuvimos la misma idea: apoderarnos a cualquier precio de aquella canoa, que tal vez aseguraría nuestra salvación.

¿Pero cómo llegar a ella, cómo traerla a aquel extremo de *Halbrane-Land?*

La canoa estaba aun a una milla, y en menos de veinte minutos llegaría al través del peñasco, y pasaría de él, pues ningún remolino había al largo, y en otros veinte minutos estaría lejos.

Nosotros permanecíamos allí, contemplando la canoa, que continuaba en derivación sin aproximarse al litoral. Al contrario la corriente tendía a alejarse de él.

Repentinamente, al pie del peñasco se abrió el agua como si hubiera caído un cuerpo al mar.

Era Dirk Peters, que, desembarazado de sus vestidos, acababa de precipitarse desde lo alto de una roca, y al que vimos a diez brazadas ya, nadando en dirección a la canoa.

Un hurra se escapó de nuestros pechos.

El mestizo volvió un instante la cabeza y de un poderoso golpe saltó- esta es la palabra-al través de las olas, como lo hubiera hecho un marsuino, del que poseía la fuerza y la velocidad. Nunca había yo visto nada semejante; ¡y qué no debía esperarse del vigor de tal hombre!

¿Conseguiría Dirk Peters llegar a la embarcación antes que la corriente la hubiera arrastrado hacia el Nordeste? Si llegaba a ella, ¿conseguiría sin remos conducirla hacia la

costa, de la que ella se apartaba, como la mayor parte de los *ice-bergs?*

Después de nuestros hurras, lanzados para animar al mestizo, permanecimos inmóviles. Nuestros corazones parecían próximos a romperse. Únicamente el contramaestre gritaba de vez en cuando:

-¡Anda, Dirk, anda!

En algunos minutos el mestizo ganó varias encabladuras en sentido oblicuo hacia la canoa. No se le veía más que la cabeza, como punto negro en la superficie de las olas. Sus dos piernas y sus dos brazos golpeaban metódicamente el agua, y mantenía su velocidad por la acción regular de estos cuatro poderosos propulsores.

Sí. No parecía dudoso que Dirk Peters llegase a la embarcación.

Pero, ¿no sería arrastrado con ella, a menos que- tan prodigiosa era su fuerza- no pudiese, nadando, remolcarla hasta la costa?

-Y después de todo, ¿por qué no ha de haber remos en esa canoa?- hizo observar el contramaestre.

Ya lo veríamos cuando Dirk Peters estuviera a bordo, cosa que era preciso que consiguiera en pocos minutos, pues la canoa no tardaría en pasarle.

-En todo caso- dijo Jem West-, vayamos abajo. Si la embarcación llega a tierra, será en la parte baja del peñón.

-¡Bien, bien! ¡Hurra, Dirk, hurra!- gritó el contramaestre, incapaz de contenerse, y al que Endicott hacía formidable eco.

El mestizo había llegado a la canoa; su enorme mano se agarró a ella, y, a riesgo de que se fuera a pique, se izó por la banda, se montó en ésta, y se sentó para tomar aliento.

Casi en seguida un sonoro grito lanzado por el mestizo llegó hasta nosotros.

¿Qué había encontrado en el fondo de la canoa? Eran remos, pues la vimos que se instalaba en la proa y remaba en dirección de la ribera con nuevo vigor, a fin de salir de la corriente.

-¡Venid!- dijo el capitán Len Guy.

Cuando hubimos rodeado la base del peñón, corrimos hacia la orilla de la playa por entre las negruzcas piedras de que estaba cubierta.

A 300 o 400 toesas, el lugarteniente hizo que nos detuviéramos. La canoa había encontrado abrigo en una pequeña punta que se proyectaba en aquel sitio, y era evidente que allí aterraría.

No estaba más que a cinco o seis encabladuras, y el remolino se aproximaba, cuando Dirk Peters, dejando los remos, se inclinó a popa y se irguió después sosteniendo un cuerpo inerte.

¡Qué desgarrador grito se dejó oír!

-¡Mi hermano! ¡Mi hermano!

Len Guy acababa de reconocer a William Guy en el cuerpo que el mestizo sostenía.

-¡Vive!- gritó Dirk Peters.

Un instante después, la canoa había acostado, y el capitán Len Guy oprimía entre sus brazos a su hermano.

Tres de los compañeros de éste yacían inanimados en el fondo de la embarcación.

¡Y aquellos cuatro hombres era lo que restaba de la tripulación de la *Jane*!

XXX

ONCE AÑOS EN ALGUNAS PÁGINAS.

El título dado a este capítulo indica que las aventuras de William Guy y de sus compañeros después de la destrucción de la goleta inglesa, los detalles de su existencia en la isla Tsalal desde la partida de Arthur Pym y de Dirk Peters, van a ser referidos sucintamente.

Transportados a la caverna William Guy y los tres marineros Trinkle, Roberts y Covin, habíase logrado que recobraran el sentido. En realidad, el hambre, sólo el hambre había puesto a aquellos infelices en un estado de debilidad próximo al de la muerte.

Algún alimento suministrado con moderación y algunas tazas de té caliente con whisky les volvieron casi en seguida las fuerzas.

No insisto en la conmovedora escena que nos enterneció hasta el fondo del alma, cuando William reconoció a su hermano. Las lágrimas inundaban nuestros ojos; las palabras de gratitud a la Providencia nos venían a los labios. Para

nada pensábamos en lo que el porvenir nos reservaba, entregados a la alegría del presente... Y ¿quién sabía si nuestra situación iba a cambiar, merced a la llegada de aquella embarcación a *Halbrane-Land?*

William Guy, antes de relatar su historia, fue puesto al corriente de nuestras aventuras. En pocas palabras supo lo que había que saber de ellas: el encuentro con el cadáver de Patterson; el viaje de nuestra goleta hasta la isla de Tsalal; su partida para más altas latitudes; su naufragio al pie del *ice-berg*, y, en fin, la traición de una parte de la tripulación, que nos había abandonado en aquellos lugares.

Conoció igualmente lo que Dirk Peters sabía respecto a Arthur Pym, y también sobre que hipótesis, poco fundada, descansaba la esperanza del mestizo de encontrar a su compañero, cuya muerte no era más dudosa para William Guy que la de los otros marinos de la *Jane,* aplastados bajo las colinas de Klock-Klock.

A esta relación respondió William con el resumen de lo ocurrido en los once años pasados en la isla Tsalal.

No se habrá olvidado que el 8 de Febrero de 1828 la tripulación de la *Jane,* no teniendo motivos para sospechar de la mala fe de la población de Tsalal y de su jefe Too-Witt, desembarcó, a fin de ir a la aldea de Klock-Klock, no sin haber puesto en estado de defensa la goleta; a bordo de la que quedaron seis hombres.

La tripulación, contando al capitán William Guy, al segundo Patterson, a Arthur Pym y a Dirk Peters, formaba

un grupo de 32 hombres, armados de fusiles, pistolas y cuchillos. El perro *Tigre* les acompañaba.

Al llegar a la estrecha garganta que conducía a la aldea, precedida y seguida por los numerosos guerreros de Too-Witt, la pequeña tropa se dividió. Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Allen penetraron por una hendedura de la colina.

Desde aquel momento, sus compañeros no habían de volverlos a ver.

Efectivamente, al poco tiempo se dejó sentir una sacudida. La colina opuesta se desmoronaba, enterrando a William Guy y a sus 28 compañeros.

De estos desdichados, 22 fueron aplastados, y sus cadáveres no se hallaron jamás bajo la masa de tierra. Siete, milagrosamente a cubierto en una ancha gruta de la colina, habían sobrevivido. Eran William Guy, Patterson, Roberts, Covin y Trinkle, mas Forbes y Lexton, que murieron después. Respecto a si *Tigre* había perecido en el derrumbamiento o había escapado, lo ignoraban.

William Guy y sus compañeros no podían permanecer en aquel sitio estrecho y obscuro, donde el aire respirable no tardaría en faltar. Así como Arthur Pym lo pensara al principio, se habían creído víctimas de un temblor de tierra; pero, como él, también iban a conocer que el terremoto había sido preparado artificialmente por Too-Witt y por los insulares de Tsalal. Como a Arthur Pym, les era preciso, y lo más pronto posible, escapar a aquellas tinieblas, a la falta de aire y a las exhalaciones sofocantes de la tierra húmeda, en-

tonces que, para emplear las palabras de Arthur Pym-, «se encontraban desterrados en los más lejanos confines de la esperanza, y en la condición especial de muertos».

Lo mismo que en la colina de la izquierda existían laberintos en la de la derecha, y arrastrándose por los sombríos corredores, William Guy, Patterson y los demás, llegaron a una cavidad donde la luz y el aire penetraban en abundancia. También ellos vieron desde allí el ataque *a la Jane* por unas 60 piraguas, la defensa de los seis hombres que quedaron a bordo, los pedreros vomitando balas y metralla, la invasión de la goleta por los salvajes, y, en fin, la explosión final, que produjo la muerte de un millar de indígenas, al mismo tiempo que la destrucción completa del navío.

Too-Witt y los insulares quedaron al principio espantados de los efectos de aquella explosión, y quizá aun más, descorazonados. Los instintos de pillaje no podrían ser satisfechos, puesto que del casco, de la arboladura y del cargamento de la goleta no quedaban más que restos sin valor. Como debían suponer que la tripulación había igualmente perecido en el hundimiento de la colina, no pensaban que algunos habían sobrevivido; de donde resultó que Arthur Pym y Dirk Peters, por una parte, y William Guy y los suyos por otra, pudieron, sin ser inquietados, permanecer en el fondo de los laberintos de Klock-Klock, donde se alimentaron de la carne de las garzas, de las que era fácil apoderarse con la mano, y de los frutos de los numerosos avellanos que llenaban los flancos de la colina. El fuego se lo procuraron frotando pedazos de madera tierna

contra pedazos de madera dura, de lo que tenían abundancia en derredor.

Al fin, después de siete días, si Arthur Pym y el mestizo lograron, como se sabe, abandonar su escondite, bajar a la ribera, apoderarse de una embarcación y abandonar a la isla Tsalal, William Guy y sus compañeros no habían encontrado hasta entonces ocasión de huir.

A los veintiún días, el capitán de la Jane y los suyos, encerrados en el laberinto, veían llegar el momento, en que les faltarían las aves, que constituían su alimento. Para escapar a los tormentos del hambre, ya que no a los de la sed, puesto que una fuente interior procuraba agua límpida, no había más que un medio: ganar el litoral y aventurarse mar adentro en una embarcación indígena. Verdad que ¿dónde irían los fugitivos, y qué sería de ellos careciendo de provisiones? Sin embargo, no hubieran dudado en intentar la aventura si hubieran podido aprovechar algunas horas de la noche. Pero en aquella época, el sol no se ponía aun tras el horizonte del paralelo 84.

Probable es que la muerte hubiera puesto término a tanta miseria, a no ser por las siguientes circunstancias.

Una mañana, el 22 de Febrero, William Guy y Patterson devorados por la inquietud, hablaban en el orificio de la cavidad que daba al campo. No sabían cómo subvenir a las necesidades de siete personas, reducidas ahora a alimentarse de avellanas únicamente, lo que les producía violentos dolores en la cabeza e intestinos. Veían gran número de tortugas arrastrándose por la ribera, pero no podían

apresarlas, pues centenares de indígenas ocupaban las playas yendo, viniendo y lanzando su eterno grito *tékéli-li*.

De pronto, aquella turba pareció presa de extraordinaria agitación. Hombres, mujeres y niños se dispersaron por todas partes. Algunos salvajes se arrojaron en sus canoas como si un terrible peligro les amenazase.

¿Qué sucedía?

William Guy y sus compañeros tuvieron bien pronto la explicación del tumulto que se producía en aquella parte del litoral de la isla.

Un animal, un cuadrúpedo, acababa de aparecer, y precipitándose en medio de los insulares, se encarnizaba mordiéndoles, saltándoles al cuello, mientras su espumosa boca arrojaba roncos rugidos.

Y, sin embargo, era uno solo..., al que se podía derribar a pedradas o flechazos. ¿Por qué centenares de salvajes manifestaban semejante espanto, por qué huían, por qué no osaban defenderse del animal que se lanzaba contra ellos?

Era la bestia de piel blanca, y a su presencia se producía el fenómeno ya observado, el inexplicable horror por el color blanco, común a todos los indígenas de Tsalal... ¡No!... ¡Difícil fuera figurarse el espanto con que ellos lanzaban, con su *tékéli-li*, los gritos de *ana moo-moo y lama lama!*

¡Y cuál no sería la sorpresa de William Guy y de sus compañeros cuando reconocieron al *Tigre* en el animal!

¡Sí! El *Tigre*, que se había salvado, y que, después de rodar por los alrededores de Klock-Klock durante algunos días, volvía, sembrando el terror entre los salvajes.

Se recordará que el pobre animal había ya manifestado síntomas de hidrofobia, en la cala del *Grampus*. Pues bien: aquella vez estaba rabioso...¡Sí!, rabioso, y amenazaba con sus mordiscos a toda la alocada población.

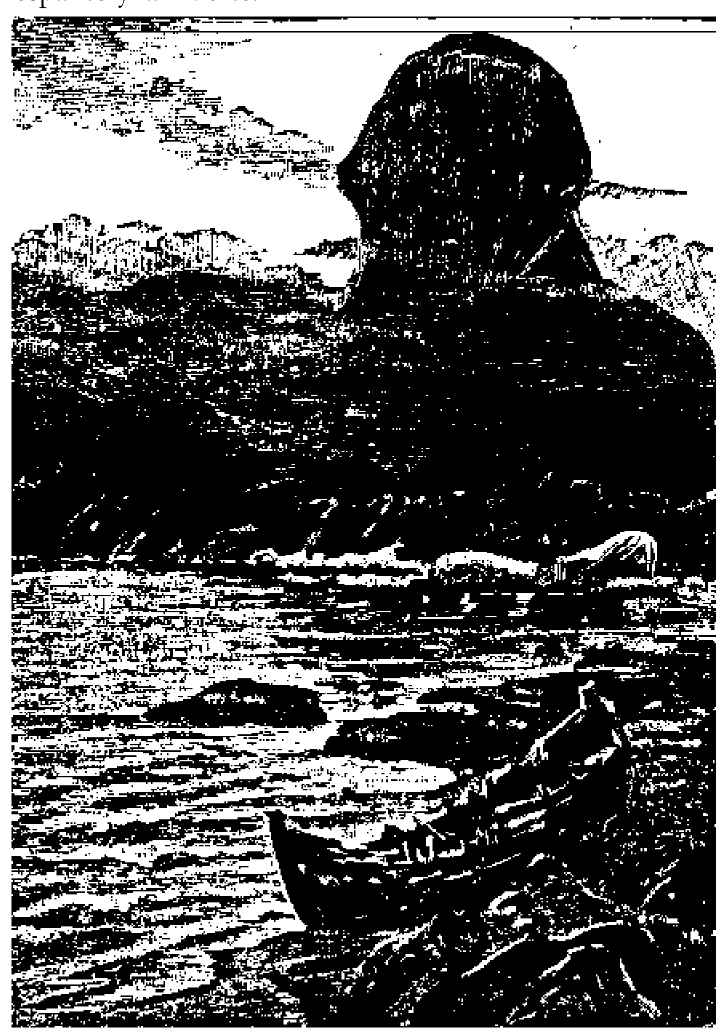
He aquí la razón por la que la mayor parte de los indígenas habían apelado a la fuga, lo mismo que su jefe Too-Witt y los Wampos, que eran los principales personajes de la isla. En estas extraordinarias circunstancias abandonaron, no solamente el pueblo, sino la isla, donde ningún poder hubiera podido retenerlos y donde no habían de volver.

Sin embargo, aunque las canoas bastaron para transportar a la mayor parte a las islas vecinas, varios centenares de indígenas se vieron obligados a permanecer en Tsalal, faltos de medios para huir. Habiendo sido algunos mordidos por *Tigre* se declararon casos de rabia, tras corto período de incubación, y entonces- espectáculo imposible de describir en todo su horror- se habían precipitado los unos contra los otros, desgarrándose las carnes a dentelladas. ¡Y los esqueletos que habíamos encontrado en los alrededores de Klock-Klock eran los de aquellos salvajes!

En cuanto al desgraciado perro, fue a morir a un rincón del litoral, en el que Dirk Peters había encontrado su esqueleto, que mostraba aun el collar donde estaba grabado el nombre de Arthur Pym.

Así, pues, a aquella catástrofe- que el poder genial de un Edgard Poe era ciertamente capaz de imaginar- fue debido el abandono definitivo de Tsalal. Refugiados en el archipiélago

del Suroeste, los indígenas habían abandonado para siempre aquella isla en la que el «animal blanco» acababa de sembrar el espanto y la muerte.



Después que aquellos que no habían podido huir perecieron en la epidemia de rabia, William. Guy, Patterson,

Trinkle, Covin, Roberto, Forbes y Lexton se atrevieron a salir del laberinto donde habían estado expuestos a morir de hambre.

¿Cuál fue, durante los años que siguieron, la existencia de los siete sobrevivientes de aquella expedición?

En suma, fue menos penosa de lo que se podía creer. Su vida estuvo asegurada con las producciones naturales de un suelo extraordinariamente fértil y la presencia de algunos animales domésticos. No les faltaron más que los medios para abandonar a Tsalal, de volver hacia el banco de hielo, de franquear el círculo. antártico, cuyo paso había forzado la *Jane* a cambio de mil peligros, amenazada por la furia de las tempestades, el choque de los témpanos y los rafales de arena y nieve.

En cuanto a construir una canoa capaz de afrontar tan largo y peligroso viaje, ¿cómo hubieran podido lograrlo William Guy y sus compañeros, faltos de útiles necesarios, y que se veían reducidos a sus armas, fusiles, pistolas y machetes? Así, pues, no había más que preocuparse de la instalación en la isla del mejor modo posible, en espera de que llegase la ocasión de abandonarla. Y ¿cómo podía ésta presentarse si no era por efecto de uno de esos azares de que sólo la Providencia dispone?

En primer lugar, se resolvió establecer un campamento en la costa del Noroeste. Desde la aldea de Klock-Klock no se veía este mar, e importaba que se viera para el improbable caso de que algún barco apareciera en los parajes de Tsalal.

El capitán William Guy, Patterson y sus cinco compañeros descendieron, pues, al través de la quebrada, medio llena de los escombros de la colina, en medio de escorias, de bloques de granito negro, donde brillaban, puntos metálicos. Tal se había presentado a los ojos de Arthur Pym el aspecto de aquellas lúgubres regiones que, según dice él, «indicaban el sitio de las ruinas de Babilonia».

Antes de abandonar aquella garganta, William Guy tuvo el pensamiento de explorar el sitio en que Arthur Pym, Dirk Peters y Allen habían desaparecido. Estando la entrada obstruida, fue imposible penetrar en el interior del macizo. Así es que nunca conoció la existencia de aquel laberinto natural o artificial, semejante al que él acababa de abandonar, los que tal vez se comunicaban bajo el lecho seco del torrente.

Después de franquear aquella barrera caótica que interceptaba el camino del Norte, se dirigieron rápidamente hacia el Noroeste.

Allí, sobre el litoral, a unas tres millas de Klock-Klock, se procedió a una instalación definitiva en el fondo de una gruta semejante a la que ocupábamos actualmente sobre la costa de *Halbrane-Land.*

En tal sitio, durante largos y desesperados años, vivieron los siete tripulantes de la *Jane,* como íbamos a hacer nosotros, verdad que en mejores condiciones, puesto que la fertilidad del suelo de Tsalal ofrecía recursos que faltaban en *Halbrane-Land.*

En realidad, si estábamos condenados a perecer cuando nuestras provisiones faltaran, ellos no lo estaban... Ellos podían esperar indefinidamente, y esperaron...

No dudaban que Arthur Pym, Dirk Peters y Allen habían perecido en la catástrofe- lo que, al menos tratándose del último, era cierto.- ¿Cómo imaginar que Arthur Pym y el mestizo, después de apoderarse de la canoa, se hubieran lanzado al mar?

William Guy nos dijo que ningún accidente rompió la monotonía de aquella existencia en el transcurso de once años; ninguno; ni aun la aparición de los insulares, a los que el espanto impedía acercarse a la isla Tsalal. Ningún peligro les había amenazado durante aquel período. A medida que la situación se prolongaba, perdían la esperanza de ser recogidos. Al principio, con la vuelta de la buena estación, cuando la mar quedaba libre, habían dicho que algún navío sería enviado en busca de la *Jane.* Pero cuando transcurrieron cuatro o cinco años, perdieron toda esperanza.

Al mismo tiempo que los productos del suelo- entre ellos esas preciosas plantas antiescorbúticas que abundaban en los alrededores de la caverna-, William Guy había llevado de la aldea cierta cantidad de aves, pollos y patos de especie excelente, y también numerosos cerdos negros, muy abundantes en la isla. Además, sin necesidad de recurrir a las armas de fuego, pudieron matar avestruces de plumaje negro como el azabache. A estos diversos recursos alimenticios conviene añadir, centenares de huevos de albatros y de tortugas-galápagos ocultos en la arena, y solamente con esas

tortugas de dimensiones enormes, de carne sana y nutritiva hubiera bastado para la alimentación de los invernantes de la Antártida.

Quedaba aun lo que el mar suministraba, que era toda especie de pescados, salmones, bacalaos, rayas, plantijas, sargos, salmonetes, lenguados, escaros, y también, sin hablar de los moluscos, esos sabrosos escombros de mar de que la goleta inglesa pensaba tomar un cargamento para venderle en los mercados del Celeste Imperio.

No hay para qué extenderse sobre el período que comprende desde el año 1828 al 1839. Los inviernos fueron muy rigurosos; y aunque el verano hacía sentir generosamente su bienhechora influencia en las islas del grupo Tsalal, la mala estación, con su séquito de nieves, lluvias, rafales y tempestades, no economizaba sus rigores. Un frío terrible reinaba, como absoluto señor sobre todas las tierras antárticas. La mar, cubierta de témpanos flotantes, se solidificaba por seis o siete meses. Preciso era esperar la reaparición del sol para encontrar libres aquellas aguas, como Arthur Pym las había visto, y nosotros también, pasado el banco de hielo.

En suma: la existencia había sido relativamente fácil en la isla Tsalal. ¿Lo sería también sobre aquel litoral árido de *Halbrane-Land,* que ocupábamos? Por abundantes que fueran nuestras provisiones, se acabarían, y llegado el invierno, las tortugas ¿no volverían a más bajas latitudes?

Siete meses antes el capitán William Guy no había aun perdido uno solo de los que habían salido sanos y salvos de

Klock-Klock, gracias a su robusta constitución, a su notable vigor, a su gran fuerza de carácter. Pero la desgracia iba bien pronto a cebarse en ellos.

Llegado el mes de Mayo- que en estas comarcas corresponde al de Noviembre del hemisferio septentrional,- ya comenzaban a derivar al largo de Tsalal los témpanos que la corriente arrastraba hacia el Norte.

Un día, uno de los siete hombres no volvió a la caverna. Se le llamó, se le esperó, se le buscó... Todo fue en vano.

Víctima de algún accidente, ahogado, sin duda, no reapareció, y no debía reaparecer.

Era Patterson, el segundo de la *Jane,* el fiel compañero de William Guy.

¡Qué dolor produjo a los demás la desaparición de uno de ellos, uno de los mejores! ¿Y no era presagio de próximas catástrofes?

Lo que William Guy ignoraba y lo que le hicimos saber era que Patterson- en qué forma no se sabría nunca- había sido arrastrado en la superficie de un témpano, sobre el que murió de hambre.

Sobre este témpano, que llegó a las alturas de las islas del Príncipe Eduardo, desgastado por aguas más templadas y próximo a disolverse, el contramaestre había descubierto el cadáver del segundo de *Jane.*

Cuando el capitán Len Guy contó que, gracias a las notas encontradas en el bolsillo de su desventurado compañero, la *Halbrane* se había dirigido hacia los mares antárticos, su hermano William no pudo contener las lágrimas.

De los siete sobrevivientes de la *Jame* quedaron, pues, seis, y pronto no iban a ser más que cuatro, después de haberse visto obligados a buscar la salvación en la fuga.

En efecto: sólo habían pasado cinco meses desde la desaparición de Pattersson, cuando, a mediados de Octubre, un terremoto agitó a la isla Tsalal, al mismo tiempo que destruía casi por completo el grupo del Suroeste.

Imposible dar idea de la violencia del terremoto. Nosotros habíamos podido juzgar de ella cuando la canoa de nuestra goleta acostó al derrumbadero rocoso indicado por Arthur Pym. Seguramente William Guy y sus cinco compañeros no hubieran tardado en sucumbir, a no tener el medio de huir de aquella isla que ahora rehusaba alimentarles.

Dos días después, a algunos centenares de toesas de su caverna, la corriente llevó una canoa que había sido arrastrada a alta mar desde el archipiélago del Suroeste.

Sin esperar ni un día, William Guy, Roberts, Covin, Trinckle, Forbes y Lexton cargaron la embarcación con tantas provisiones como podía contener, y se embarcaron en ella, a fin de abandonar la isla, que ya era inhabitable.

Por desgracia soplaba entonces violenta brisa, debida a los fenómenos sísmicos que habían conmovido tanto las profundidades del suelo como las del cielo. No fue posible resistirla, y arrojó la embarcación hacia el Sur, entregada a la misma corriente a que nuestro *ice-berg* obedecía, cuando derivaba hasta el litoral de *Halbrane-Land.*

Durante dos meses y medio, los desdichados fueron así al través de la mar libre, sin conseguir modificar su dirección.

El 2 de Enero del presente año de 1840 vieron una tierra: la que bañaba al Este el *Jane-Sund*.

Como ya habíamos notado, esta tierra no distaba más que cincuenta millas de *Halbrane-Land*. Sí. ¡Esta era la distancia, relativamente pequeña, que nos separaba de aquellos a los que habíamos buscado tan lejos, al través de las regiones antárticas, y a los que habíamos perdido la esperanza de volver a ver!

La embarcación de William Guy habla tocado tierra más al Sudeste con relación a nosotros. Pero ¡qué diferencia con la isla Tsalal! o más bien, ¡qué semejanza con *Halbrane-Land!* Suelo impropio para el cultivo, nada más que arena y rocas, ni árboles, ni arbustos, ni plantas de ninguna especie; así es que, agotadas sus provisiones, William Guy y sus compañeros viéronse muy pronto reducidos a extrema miseria. Forbes y Lexton sucumbieron...

Los otros cuatro, William. Guy, Roberts, Covin y Trinkle no quisieron permanecer un día más en aquel sitio, donde estaban condenados a morir de hambre. Con los pocos víveres que les quedaban embarcáronse en la canoa y se entregaron por segunda vez a la corriente, sin poder, por falta de instrumentos, saber su posición.

Navegaron veinticinco días en tales condiciones; acabáronseles los recursos, y estaban próximos a sucumbir, después de cuarenta y ocho horas de ayuno, cuando la

embarcación, en cuyo fondo yacían inanimados, apareció a la vista de *Halbrane-Land*.

En tal momento fue cuando el contramaestre la vio, y Dirk Peters se había arrojado a la mar para llegar a ella, maniobrando después para conducirla a la ribera.

Cuando puso el pie en la canoa, el mestizo había reconocido al capitán de la *Jane* y a los marineros Roberts, Trinkle y Covin. Después de asegurarse de que aun respiraban, tomó los remos, navegó hacia tierra, y al estar a una encabladura de ésta, levantando la cabeza de William Guy, gritó con poderosa voz, que llegó hasta nosotros:

-¡Vive!... ¡Vive!...

Y ahora los dos hermanos estaban al fin reunidos en el perdido rincón de *Halbrane-Land*.

XXXI

LA ESFINGE DE LOS HIELOS.

Dos días después no quedaba ninguno de los sobrevivientes de las dos goletas en aquella parte del litoral antártico. El 21 de Febrero, a las seis de la mañana, la embarcación, en la que íbamos los trece, abandonó la ensenada y dobló la punta de *Halbrane-Land*.

Desde la antevíspera habíamos discutido la cuestión de la partida.

De ser resuelta afirmativamente, no había día que perder. Durante un mes-como máximun-la navegación sería posible en aquella porción de la mar comprendida entre los paralelos 86 y 70, es decir, hasta las latitudes ordinariamente limitadas por el banco de hielo. Más allá, tal vez, tendríamos la probabilidad de encontrar algún ballenero acabando la tarea de la pesca, o ¿quién sabe? un barco inglés, francés o americano, terminando una campaña de exploración en los límites del Océano Austral. Terminada la primera quincena de Marzo, en aquellos parajes no había ni pescadores ni

navegantes, y sería preciso abandonar toda esperanza de ser recogidos.

En primer lugar, nos preguntamos si no sería preferible invernar allí, como lo hubiéramos hecho a no llegar William Guy, instalándonos por los siete u ocho meses de invierno en aquella región, que no tardaría en ser invadida por espesas tinieblas y excesivos fríos; y al comenzar el verano, cuando la mar estuviera libre, la embarcación se dirigiría hacia el Océano Pacífico, y tendríamos tiempo de franquear las mil millas que de él nos separaba. ¿No era éste acto de prudencia y cordura?

Sin embargo, por mucha que nuestra resignación fuera, ¿cómo no espantarnos ante la idea de una invernada en aquella costa, aunque la caverna nos ofrecía suficiente abrigo, aunque la vida estuviera allí asegurada, por lo menos en lo que a la alimentación se refería? ¡Si!... Resignado está uno mientras las circunstancio lo obligan a la resignación. Pero, al presente, en que se ofrecía ocasión de partir, ¿cómo no intentar el último esfuerzo en vista de un próximo repatriamiento? ¿Cómo no intentar lo que habían intentado Hearne y sus camaradas, y esto en condiciones infinitamente más favorables?

El pro y el contra de la cuestión fueron detenidamente examinados. Después que cada uno emitió su opinión, se tuvo muy en cuenta que, en rigor, si algún obstáculo detenía la navegación, la embarcación podría siempre ganar aquella parte de la costa, cuyo yacimiento conocíamos con exactitud. El capitán de la *Jane* se mostró partidario de la partida

inmediata, de la que Len Guy y Jem West no temían las consecuencias. Me uní a su opinión, de la que participaron nuestros compañeros.

Solamente Hurliguerly opuso alguna resistencia. Le parecía imprudente dejar lo cierto por lo dudoso. ¿Serían bastantes tres o cuatro semanas para franquear la distancia comprendida entre *Halbrane-Land* y el círculo antártico? ¿Y cómo, en caso de necesidad, volver contra la corriente que llevaba al Norte? En fin, el contramaestre hizo valer algunos argumentos que merecieron ser examinados. Sin embargo, únicamente Endicott participó de su opinión, por costumbre, sin duda, de considerar las cosas desde el mismo punto de vista que el contramaestre. Además, discutido, y bien discutido todo, Hurliguerly se declaró presto a partir, puesto que ésta era nuestra opinión.

Los preparativos quedaron terminados en seguida, y el 21, a las siete de la mañana, merced a la doble acción de la corriente y del viento, dejábamos atrás, a distancia de cinco millas, la punta de *Halbrane-Land*. Durante la tarde se borraron gradualmente las alturas que dominaban aquella parte del litoral, la más elevada de las cuales nos había permitido ver la tierra en la ribera Oeste del *Jane-Sund*.

Nuestra canoa era una de esas embarcaciones que se usan en el Archipiélago de las Tsalal para la comunicación entre las islas.

Por el relato de Arthur Pym sabíamos que unas de estas canoas se asemejaba a jangadas o barcos planos, y las otras a piraguas de balancines- la mayor parte muy sólidas.- A las

últimas de las mencionadas pertenecía la nuestra, de unos cuarenta pies de larga por seis de anchura, la proa y popa levantadas, lo que permitía evitar los virajes, y que se gobernaba con varios pares de remos.

Debo hacer notar que en la construcción de la canoa no había entrado ni un solo pedazo de hierro, ni un clavo, ni clavijas, ni panetas, pues dicho metal es absolutamente desconocido en las Tsalal. Ligaduras hechas con una especie de bejuco, con la resistencia de un hilo de cobre, aseguraban la unión de las tablas con gran solidez. La estopa estaba reemplazada por un musgo engomado que, al contacto del agua, tomaba dureza metálica.

La dimos el nombre da *Paracuta,* que es el de un pescado de aquellos parajes, groseramente esculpido en la embarcación.

La *Paracuta,* había sido cargada con tantos objetos como podía contener sin molestar mucho a los pasajeros: vestidos, mantas, camisas, blusas, pantalones de lana gruesa y capotes impermeables, algunas velas, berlingas, arpeos, remos, bicheros, los instrumentos para hacer el punto, y fusiles, pistolas, carabinas, pólvora y balas. El cargamento se componía de varios barriles de agua dulce, de whisky y de ginebra, de cajas de harina, carne en conserva, legumbres secas y buena reserva de café y de té. Habíase añadido un hornillo y varios sacos de carbón para alimentarle durante algunas semanas. Verdad que si no conseguíamos pasar el banco de hielo, si era preciso invernar en los *ice-bergs*, como dichos recursos no tardarían en faltar, todos nuestros

esfuerzos habían de tender a volver a *Halbrane-Land* donde el cargamento de la goleta debía asegurar nuestra existencia durante muchos meses aun.

Y bien: aunque no consiguiéramos lo que queríamos, ¿sería preciso renunciar por eso a toda esperanza? No, y propio es de la humana naturaleza unirse al más débil de sus resplandores. Recordaba lo que Edgard Poe dice del ángel del valiente..., ese genio que preside los acontecimientos de la vida, y cuya función consiste en preparar los accidentes que pueden asombrar, pero que son engendrados por la lógica de los hechos. ¿Por qué no habíamos de ver aparecer a este ángel en la hora suprema?

Claro es que la mayor parte del cargamento de la *Halbrane* había sido abandonado en la caverna, al abrigo de las intemperies del invierno, a disposición de los náufragos, si alguna vez iban a aquel sitio. Una berlinga que el contramaestre había colocado sobre el promontorio no dejaría de atraer la atención de aquellos. Por lo demás, ¿qué navío se atrevería a elevarse a tales latitudes después de nuestra goleta?

Las personas que se embarcaron en la *Paracuta* eran: el capitán Len Guy, el lugarteniente Jem West, el contramaestre Hurliguerly, el maestro calafate Hardie, los marineros Francis y Stern, el cocinero Endicott, el mestizo Dirk Peters y yo, de la *Halbrane,* y el capitán William Guy, y los marineros Roberts, Covin y Trinkle, de la *Jane.* Total, 13: la cifra fatídica.

Antes de partir, Jem West y el contramaestre habían tenido cuidado de colocar un mástil en el tercio de nuestra canoa. Este mástil, mantenido por un estay y por obenques,

podía sostener una ancha mesana, que fue cortada de la gavia de la goleta. Midiendo la *Paracuta* seis pies de anchura en el bao principal, se había podido dar algo de cruzamen a esta vela de fortuna.

Sin duda este aparejo no permitiría por el pronto navegar más de prisa. Pero después, con el viento en la popa hasta alta mar, aquella vela nos imprimiría velocidad suficiente para hacer en cinco semanas, con una media de 30 millas por veinticuatro horas, las 1.000 millas que nos separaban del banco de hielo.

Nada excesivo era contar con esta velocidad si la corriente y la brisa continuaban arrastrando la *Paracuta,* hacia el Nordeste.

Además utilizaríamos los remos cuando el viento no nos favoreciera, y cuatro pares, manejados por ocho hombres, asegurarían aun cierta velocidad a la embarcación.

Nada de particular tengo que mencionar durante la semana que siguió a la partida. La brisa no cesó de soplar del Sur. Ninguna contracorriente desfavorable se manifestó entre las riberas del *Jane-Sund.*

Tanto como era posible, y mientras la costa de *Halbrane-Land* no se alejara demasiado al Oeste, los dos capitanes pensaban ir a una o dos encabladuras de ella, que nos ofrecería refugio en el caso de que un accidente pusiera nuestra canoa fuera de uso. Verdad es que, ¿qué sería de nosotros en aquella tierra árida al principio del invierno? Más valía no pensar en ello.

Durante los ocho primeros días, remando cuando la brisa caía, la *Paracuta,* nada había perdido de la velocidad media, indispensable para tocar al Océano Pacífico en aquel corto lapso de tiempo.

El aspecto de la tierra no cambiaba; siempre el mismo suelo infértil, los bloques negruzcos, playas arenosas, sembradas de raras hierbecillas, y alturas abruptas y desnudas en lontananza.

El estrecho arrastraba algunos témpanos, *drifts* flotantes, *packs* de 150 a 200 pies de longitud, unos en forma alargada, circulares otros, y también *ice-bergs,* que nuestra embarcación pasaba sin gran trabajo. Lo que nos producía alguna inquietud era pensar que tal vez estas masas se dirigieran hacia el banco de hielo y cerraran los pasos que en aquella época debían estar francos.

No hay que decir que entre los trece de a bordo la inteligencia era perfecta. No teníamos qua temer la rebelión de un Hearne. A propósito de éste, nos preguntábamos si la suerte había favorecido a los desdichados arrastrados por el *sealing-master.* ¿Cómo se había efectuado la peligrosa navegación a bordo de su canoa sobrecargada, que el menor ramalazo de la mar pondría en peligro?... Sin embargo, ¡quién sabía si Hearne conseguiría lo que no conseguiríamos nosotros por haber partido diez días más tarde!

Mencionaré de pasada que Dirk Peters, conforme se alejaba de aquellos lugares, en los que no había encontrado huella de su pobre Pym, mostrábase más taciturno que

nunca- lo que yo no hubiera creído posible-, y ni aun me respondía cuando yo le dirigía la palabra.

Aquel año era bisiesto, y en mis notas he debido poner la fecha del 29 de Febrero, día que era precisamente el aniversario del nacimiento de Hurliguerly, el que pidió que fuera celebrado con algún aparato a bordo de la canoa.

-¡Es lo menos que puede pedirse- dijo riendo-, puesto que no se me puede festejar más que cada cuatro años!

Bebióse a la salud de aquel valiente hombre, algo hablador, pero el más confiado y duro de todos, y cuyo buen humor nos distraía.

Aquel día la observación dio 79º 17'por latitud, y 118º 37' por longitud.

Se vio que las dos riberas del *Jane-Sund* estaban entre los meridianos 118 y 119, y que la *Paracuta* no tenía más que franquear unos 12º para llegar al círculo polar.

Después de haber practicado este examen, muy difícil de obtener a causa de la poca elevación del sol sobre el horizonte, los dos hermanos habían extendido sobre un banco el mapa, tan incompleto entonces, de las regiones antárticas. Le estudié con ellos, y procuramos determinar aproximadamente qué tierras ya reconocidas había en aquella dirección.

Es preciso no olvidar que desde que nuestro *ice-berg* había pasado el polo Sur, habíamos entrado en la zona de las longitudes orientales, comprendidas del cero de Greenwich al grado 180.

Así, pues, debíamos abandonar toda esperanza: de ser repatriados a las Falklands, o de encontrar balleneros en los parajes de las Sandwich, de las South-Orkneys o de la Georgia del Sur.

He aquí, en suma, lo que podíamos deducir respecto a nuestra actual posición.

Claro es que el capitán William Guy nada podía saber de los viajes antárticos emprendidos desde la partida de la *Jane.* No conocía más que los de Cook, los de Krusenstern, los de Weddell, los de Bellingshausen y los de Morrell, y no podía estar al corriente de las campañas ulteriores y la segunda de Morrell, y la de Kemp, que habían extendido algo el dominio geográfico en aquellas lejanas regiones. Por lo que le dijo su hermano, él supo que, desde nuestros propios descubrimientos, se debía tener por cierto que un ancho brazo de mar- el *Jane-Sund*- dividía en dos vastos continentes la región austral.

Aquel día el capitán Len Guy hizo notar que si el estrecho se prolongaba entre los meridianos 118 y 119, la *Paracuta* pasaría cerca de la posición atribuida al polo magnético. No se ignora que en este punto se reúnen todos los meridianos magnéticos, punto situado cercano a los antípodas del de los parajes árticos, y sobre el que la aguja de la brújula toma dirección vertical. Debo advertir que en aquella época el sitio exacto de este polo no se había comprobado con la precisión que más tarde.

Por lo demás, esto no tenía importancia ni interés para nosotros. Lo que debía preocuparnos era que el *Jane-Sund* se estrechaba sensiblemente, reduciéndose entonces a 10 o 12

millas de anchura. Gracias a esta configuración especial del estrecho, la tierra de las dos costas era vista distintamente.

-¡Eh!- dijo el contramaestre-, esperemos que quedará bastante sitio para nuestra embarcación. Si el estrecho terminara en un callejón sin salida...

-No es de temer- respondió el capitán Len Guy.- Puesto que la corriente se propaga en esta dirección, es que ella encuentra salida hacia el Norte, y, a mi juicio, no tenemos otra cosa que hacer sino seguirla.

Era evidente. La *Paracuta* no podía tener mejor guía que la corriente. Si, por desgracia, nos hubiera sido contraria, hubiera sido imposible remontarla sin la ayuda de fuerte brisa.

Ahora bien: ¿algunos grados más adelante, esta corriente se desviaría hacia el Este o hacia el Oeste, dada la conformación de las costas? Aunque así fuera, al Norte del banco de hielo todo permitía afirmar que aquella parte del Pacífico bañaba las tierras de la Australia, de la Tasmania o de la Nueva Zelanda, y se comprenderá que, tratándose de ser repatriados, lo de menos era que el repatriamiento se efectuara en un sitio o en otro.

Diez días se prolongó nuestra navegación en estas condiciones. La embarcación resistía bien la marcha. Los dos capitanes y Jem West apreciaban su solidez, aunque, lo repito, ningún pedazo de hierro se había empleado en la construcción. No había sido preciso repararla ni una sola vez; verdad que la mar era buena, y apenas agitada por ligero movimiento en la superficie de las olas.

El 10 de Marzo, con igual longitud, la observación dio 76º 13' de latitud.

Puesto que la *Paracuta* había franqueado unas 600 millas desde su partida de *Halbrane-Land* en veinte días, había llevado velocidad de 30 millas por día. Siguiera así durante tres semanas, y todas las probabilidades serían de que los pasos no estuvieran cerrados, o que el banco de hielo pudiera ser contorneado, y también de que los navíos no hubieran aun abandonado los lugares de pesca.

Actualmente el sol estaba casi al ras del horizonte, y se acercaba la época en que todo el dominio de la Antártida quedaría envuelto en las tinieblas de la noche polar. Felizmente, yendo hacia el Norte ganaríamos los parajes donde la luz brillaba aun.

Fuimos entonces testigos de un fenómeno tan extraordinario como aquellos de que el relato de Arthur Pym está lleno. Durante tres o cuatro días, de nuestros dedos, de nuestros cabellos, de los pelos de nuestras barbas, se escaparon chispas acompañadas de estridente ruido. Estos luminosos penachos eran producidos por el contacto de una tempestad de nieve eléctrica. La *Paracuta* estuvo varias veces a punto de irse a pique-con tanta furia se agitaba la mar-, pero conseguimos salir sanos y salvos.

El espacio no se aclaraba ya más que imperfectamente.

Frecuentes brumas reducían a algunas encabladuras únicamente el campo de la vista. Así es que fue preciso ejercer gran vigilancia para impedir choques contra los témpanos flotantes, cuya velocidad era inferior a la de la

Paracuta. Igualmente se observaba que por la parte Sur el cielo se iluminaba frecuentemente con anchas ráfagas de luz, debidas a la irradiación de las auroras polares.

La temperatura descendía visiblemente: no era más que de 23º (5º c. sobre cero).

Este descenso no dejaba de producirnos viva inquietud. Si su influencia no alcanzaba a las corrientes, cuya dirección seguía siendo favorable, tendía a modificar el estado atmosférico. Por desgracia, por poco que el viento se calmase con la acentuación del frío, la velocidad de la canoa disminuiría en una mitad, y un retraso de dos semanas bastaría para comprometer nuestra salvación, obligándonos a invernar al pie del banco de hielo. En tal caso, como ya he dicho, preferible sería procurar volver al campamento de *Halbrane-Land.*

¿Estaría entonces libre el *Jane-Sund,* tan felizmente remontado por la *Paracuta?* Más favorecidos por la suerte que nosotros Hearne y sus compañeros, que nos habían precedido en diez días, ¿habían franqueado, ya la barrera de los hielos?

Cuarenta y ocho horas después, el capitán Len Guy y su hermano quisieron determinar nuestra posición mediante una observación que el cielo, libre de brumas, iba a hacer posible. Verdad es que apenas si el sol pasaba del horizonte meridional, y la operación presentaría dificultades. No obstante, se consiguió tomar altura con cierta aproximación, y los cálculos dieron los resultados siguientes:

Latitud, 75º 17' Sur.

Longitud, 118º 3' Este.

Así, pues, en aquella fecha, 12 de Marzo, sólo la distancia de 400 millas separaba a la *Paracuta* de los parajes del círculo antártico.

Notamos entonces que el estrecho, muy reducido a la altura del paralelo 77, se ensanchaba a medida que iba al Norte. Ni aun con ayuda de los anteojos veíamos tierras al Este. Era ésta fastidiosa circunstancia, pues la corriente, menos oprimida entre las dos costas, no tardaría en disminuir su velocidad y acabaría por no dejarse sentir.

Durante la noche del 12 al 13 de Marzo, una bruma bastante espesa se levantó después de calmarse la brisa, cosa que era para disgustar, pues esto aumentaba los peligros de choques con los témpanos flotantes. Verdad es que la aparición de nublados en tales parajes no era para asombrar. Sin embargo, lo que nos sorprendió fue que, lejos de disminuir, la velocidad de nuestra goleta aumentó gradualmente, por más que la brisa se hubiera calmado. Seguramente tal aceleramiento no era debido a la corriente, pues, la estela que quedaba en el agua demostraba que andábamos más deprisa que ella.

Este estado de cosas duró hasta la mañana, sin que pudiéramos darnos cabal cuenta de lo que sucedía. A las diez la bruma comenzó a desvanecerse en las zonas bajas. El litoral del Oeste reapareció.

Un litoral de rocas, sin lontananza de montañas.

Y entonces, a un cuarto de milla, dibujóse una masa que dominaba la planicie en una extensión de 50 toesas sobre

una circunferencia de 200 a 300. Por su extraña forma, aquel macizo parecía un enorme esfinge, con el torso erguido, las patas extendidas, acurrucado, en la actitud del monstruo alado que la mitología griega ha colocado en el camino de Tebas.

¿Era un animal vivo, un monstruo gigantesco, un mastodonte de dimensiones mil veces superiores a las de esos enormes elefantes de las regiones polares cuyos restos se encuentran aun? En la disposición de espíritu en que nos hallábamos se hubiera podido creer así, y creer también que el mastodonte iba a precipitarse sobre nuestra embarcación y a triturarla entre sus garras.

Pasado el primer momento de inquietud, poco razonada y poco razonable, reconocimos que allí no había más que un macizo de conformación singular, cuya cabeza acababa de quedar libre de las brumas.

¡Ah! ¡Aqula esfinge! Recordé que la noche en la que se había efectuado el vuelco del *ice-berg* y el levantamiento de la goleta, yo había soñado con un animal fabuloso de aquella especie, sentado en el polo del mundo, y al que sólo un Edgard Poe con su genio intuitivo hubiera podido arrancar sus secretos.

Pero ¡qué extraños fenómenos iban a atraer nuestra atención, a provocar nuestra sorpresa, hasta nuestro espanto!

Ya he dicho que desde hacía algunas horas la velocidad de la *Paracuta* acrecía gradualmente. Ahora era excesiva, mayor que la de la corriente.

De pronto el arpeo de hierro que provenía de la *Halbrane,* y que estaba colocado a la proa, escapa como atraído por poder irresistible, y la cuerda que lo sujeta se tiende hasta amenazar romperse. Parecía que este arpeo era nuestro remolcador hacia la ribera.

-¿Qué hay?-exclamó William Guy.

-¡Corta, corta, contramaestre!- ordenó Jem West, o nos estrellaremos contra la roca...

Hurliguerly se lanza a la proa de la *Paracuta* para cortar la cuerda.

De pronto el cuchillo que tenía en la mano es arrancado; la cuerda se rompe, y el arpeo, como un proyectil, va en dirección del macizo. Y al mismo tiempo, todos los objetos de hierro depositados en nuestra embarcación, los utensilios de cocina, las armas, el hornillo de Endicott, nuestros cuchillos, arrancados de los bolsillos, toman el mismo camino, mientras la canoa va a chocar contra la playa.

Para explicar estas cosas inexplicables era preciso admitir que estábamos en las extrañas regiones que yo atribuía a las alucinaciones de Arthur Pym.

Pero no: acabábamos de ser testigos de hechos físicos, no de imaginarios fenómenos.

Aparte de esto, no tuvimos tiempo de reflexionar, pues desde que pusimos los pies en tierra, nuestra atención fue solicitada por una embarcación que yacía sobre la arena.

-¡La canoa de la *Halbrane*!- exclamó Hurliguerly.

Sí: era la canoa robada por Hearne. Yacía en la arena completamente destrozada. Restos informes..., lo que queda

de una embarcación después de un golpe de mar que la arroja contra las rocas.

Lo primero que notamos fue que el herraje de la canoa había desaparecido por completo. Sí. Los clavos, las panetas de la quilla, las guarniciones de la roda y del colaste, los goznes del timón...

¿Qué significaba esto?

La voz de Jem West nos llamó a una pequeña playa, a la derecha de la embarcación.

Sobre el suelo había tres cadáveres: el de Hearne, el del maestro velero Martín Holt y el de uno de los reclutados en las Falklands. De los 13 que acompañaban al *sealing-master* no quedaban más que aquellos tres cadáveres. Al parecer, lo eran desde algunos días antes.

¿Qué había sido de los que faltaban? ¿Habían sido arrastrados al largo? Practicáronse pesquisas por el litoral, en el fondo de las ensenadas, entre los escollos. No se halló nada, ni señales de campamento, ni aun vestigios de desembarco.

-Preciso es- dijo William Guy- que su canoa haya sido abordada en la mar por un *ice-berg* en deriva. La mayor parte de los compañeros de Hearne se habrán ahogado, y estos tres cuerpos han venido a la costa privados de vida.

-Pero- preguntó el contramaestre ¿cómo explicar que la canoa se encuentre en tal estado?

-Y sobre todo - añadió Jem West-, ¿que la falte todo su herraje?

-Efectivamente- dije yo-, parece que ha sido arrancado violentamente.

Dejando a la *Paracuta* al cuidado de dos hombres, subimos al interior a fin de extender nuestras pesquisas. Nos aproximamos al macizo, ahora ya libre de brumas, y cuya forma se mostraba con mayor vigor. Era, lo he dicho, una especie de esfinge de color fuliginoso, como si la materia de que estaba compuesto hubiera sido oxidada por las largas intemperies del clima polar.

Y entonces... En mi cerebro surgió una hipótesis..., una hipótesis que explicaba aquellos asombrosos fenómenos.

-¡Ah!- exclamé.- ¡Un imán!... ¡Allí hay un imán dotado de una fuerza de atracción prodigiosa!

Fui comprendido, y en un instante la última catástrofe, de la que Hearne y sus cómplices habían sido víctimas, se iluminó con claridad terrible.

El macizo era un imán colosal. Bajo su influencia, las ligaduras de hierro de la canoa de la *Halbrane* habían sido arrancadas y proyectadas, como impelidas por el resorte de una catapulta.

El era el que había atraído con irresistible fuerza todos los objetos de la *Paracuta*. Y nuestra embarcación hubiera corrido la suerte de las otras si en su construcción se hubiera empleado un solo pedazo de aquel metal.

¿Era la proximidad del polo magnético lo que producía aquellos efectos?

Así lo pensamos al principio. Después de reflexionar, desechamos esta explicación.

Además, en el sitio en que se cruzan los meridianos magnéticos no se efectúa otro fenómeno que la posición vertical que toma la aguja imanada en dos puntos similares del globo terrestre.

Este fenómeno, ya experimentado en las regiones árticas, debe ser idéntico en las regiones de la Antártida.

Así, pues, existía un imán de intensidad prodigiosa, y habíamos entrado en su zona de atracción. Ante nuestros ojos se había efectuado uno de esos sorprendentes efectos que hasta entonces se habían considerado como fábulas. ¿Quién ha admitido nunca que los navíos puedan ser irresistiblemente atraídos por una fuerza magnética, y que sus herrajes se escapen, y sus canoas se abran, y la mar los trague por esta razón?... Y, sin embargo, así era...

He aquí, en suma, la explicación que, a mi juicio, podía darse al fenómeno.

Los vientos alisios llevan de un modo constante hacia las extremidades del eje terrestre nubes o brumas que contienen gran cantidad de electricidad, que las tempestades no han agotado por completo. De aquí formidable acumulación de este fluido en los polos, y que se desliza hacia la tierra de manera permanente.

Tal es la causa de las auroras boreales y australes, cuyas luminosas magnificencias irradian por encima del horizonte, sobre todo durante la larga noche polar, y que son visibles hasta en las zonas templadas cuando llegan a su máximum de culminación. Está, asimismo, admitido- aunque no es hecho comprobado- que en el momento en que una violenta

descarga de electricidad positiva se efectúa en las regiones árticas, las antárticas están sometidas a las descargas de electricidad del nombre contrario.

Pues bien: esas corrientes continuas a los polos, que agitan las brújulas, deben poseer extraordinaria influencia, y bastaría que una masa de hierro fuera sometida a su acción para que se transformara en un imán de un poder proporcional a la intensidad de la corriente, al número de vueltas de la hélice eléctrica y a la raíz cuadrada del diámetro de la mole de hierro imanado, y precisamente se podía calcular en millares de metros cúbicos el volumen dla esfinge que se erguía en aquel punto de las tierras australes.

¿Qué faltaba, pues, para que la corriente circulase en torno de ella y la convirtiese en un imán por inducción? Nada más que una veta metálica, cuyas innumerables espirales, culebreando por las entrañas del suelo, estuviesen subterráneamente unidas en la base del macizo.

Pensé también que éste debía de estar colocado en el eje magnético como una especie de calamita gigantesca, de donde brotaba el fluido imponderable, y del que las corrientes hacían poderoso acumulador, dirigido a los confines del mundo.

En cuanto a determinar si se encontraba precisamente en el polo magnético de las regiones australes, nuestra brújula no podía indicarlo, pues no estaba construida para ello. La aguja, agitada o inestable, no marcaba orientación alguna, cosa que, por lo demás, importaba poco para lo que se refería

a la constitución de aquel imán artificial y a la manera como las nubes y la veta sostenían su fuerza atractiva.

De este plausible modo, y por instinto, me expliqué el fenómeno.

No era dudoso que estuviéramos cerca de un imán, cuyo poder producía aquellos efectos, tan terribles como naturales.

Comuniqué mi idea a mis compañeros, a quienes pareció que tal explicación se imponía en presencia de los hechos físicos que acabábamos de ser testigos.

-Supongo que no habrá peligro en llegar al pie del macizo- dijo el capitán Len Guy.

-Ninguno- respondí.

-¡Allí...! ¡Sí!... ¡Allí!

No sabría pintar la impresión que nos produjeron estas tres palabras, que fueron lanzadas como tres gritos salidos de las profundidades de ultratumba, que hubiera dicho Edgard Poe.

El que había hablado era Dirk Peters, y el cuerpo del mestizo estaba extendido hacia la esfinge, como si, convertido en hierro, fuera atraído por el imán...

Después se lanzó en aquella dirección, y sus compañeros lo siguieron por un suelo cubierto de piedras negruzcas y restos volcánicos de toda especie.

El monstruo crecía a medida que nos aproximábamos, sin perder nada de sus formas mitológicas. No sabría pintar el efecto que producía, solitario en la superficie de la planicie inmensa. Hay impresiones que se resisten a la palabra y a la pluma. Y... esto no debía de ser más que alucinación de

nuestros sentidos; parecía que íbamos a él atraídos por su poder magnético.

Cuando llegamos a su base, encontramos los diversos objetos de hierro sobre los que había ejercitado su poder. Armas, utensilios, el arpeo de la *Paracuta*, se adherían a sus flancos. Allí se veían también los que provenían de la canoa de la *Halbrane*, y los clavos, las hebillas, las panetas de la quilla, los goznes del timón.

No había, pues, duda posible sobre la causa de la destrucción de la canoa en que iban Hearne y sus compañeros. Brutalmente abierta, habla ido a estrellarse contra las rocas, y tal hubiera sido la suerte de la *Paracuta* si, por su construcción, no hubiera escapado a aquella irresistible atracción magnética.

De tal modo estaban adheridos a los flancos aquellos utensilios de hierro, que preciso era renunciar a apoderarse de ellos nuevamente. Hurliguerly, furioso por no poder arrancar su cuchillo, sujeto a una altura de 50 pies, exclamó, mostrando el puño cerrado al impasible monstruo:

-¡Esfinge ladrón!

No extrañará que allí no hubiera mas objetos que los que provenían de la *Paracuta* y de la canoa de la *Halbrane*. Seguramente ningún navío había jamás llegado a aquella latitud de la mar antártica. Hearne y sus cómplices primero, el capitán Len Guy y sus compañeros después, éramos los únicos que habíamos puesto el pie en aquel punto del continente austral. Para concluir: todo barco que se hubiera aproximado al colosal imán hubiera corrido a su completa destrucción, y

nuestra goleta hubiera sufrido la misma suerte que su canoa, de la que no quedaban más que informes restos.

Jem West nos recordó que era una imprudencia prolongar nuestra estancia en la Tierra dla esfinge, nombre que debía conservar. El tiempo apremiaba, y un retraso de algunos días nos hubiera obligado a invernar al pie del banco de hielo.

Dióse, pues, la orden de volver a la ribera, cuando la voz del mestizo sonó aun, y estas tres palabras, gritos más bien, salieron de los labios de Dirk Peters:

-¡Allí! ¡Allí! ¡Allí!...

Después de haber dado la vuelta a la pata derecha del monstruo, vimos a Dirk Peters arrodillado, con las manos extendidas ante un cuerpo, o mejor un esqueleto revestido de piel, que el frío de aquellas regiones había conservado intacto y que conservaba rigidez cadavérica. Tenía la cabeza inclinada, barba blanca que le caía hasta la cintura, manos y pies con uñas largas como garras.

¿Por qué este cuerpo estaba adherido al flanco del macizo a dos toesas sobre el suelo?

Atravesado sobre la espalda, y sostenido por una correa, vimos el cañón de un fusil medio oxidado.

-¡Pym! ¡Mi pobre Pym!-repetía Dirk Peters con desgarradora voz.

Y procuró levantarse para aproximarse y besar los osificados restos de su pobre Pym...

Dobláronse sus rodillas... Un sollozo le oprimió la garganta..., un espasmo hizo estallar su corazón, y cayó de espaldas... muerto.

Resultaba, pues, que desde su separación, la canoa había arrastrado a Arthur Pym al través de las regiones de la Antártida.

¡Cómo nosotros, después de haber franqueado el polo austral, había caído en la zona de atracción del monstruo! Y allí, mientras su embarcación se alejaba con la corriente del Norte, apresado por el fluido magnético antes de haber podido desembarazarse del arma que llevaba en banderola, había sido arrojado contra el macizo.

Al presente, el fiel mestizo reposa en la Tierra dla esfinge junto a Arthur Gordón Pym, el héroe cuyas extrañas aventuras encontraron en el gran poeta americano un no menos extraño narrador.

XXXII

¡DE SETENTA DOCE!

Aquel mismo día, por la tarde, la *Paracuta* abandonaba el litoral de la Tierra dla esfinge, que habíamos tenido siempre al Oeste desde el 21 de Febrero.

Hasta el límite del círculo antártico teníamos que recorrer unas 400 millas. Llegados a aquellos parajes del Océano Pacífico, ¿tendríamos, lo repito, la feliz probabilidad de ser recogidos por un ballenero retrasado en los últimos días de la estación de pesca, o por algún navío de una expedición polar?

Esta segunda hipótesis tenía su razón de ser. En efecto: cuando la goleta se encontraba en escala en las Falkland y... ¿no se hablaba de la expedición del lugarteniente Wilkes, de la marina americana? La división, compuesta de cuatro barcos, el *Vincennes,* el *Peacock*, el *Porpoise*, el *Flying-Fish,* ¿no había abandonado la Tierra de Fuego en Febrero de 1839, con varios barcos que le seguían en vista de una campaña al través de los mares australes?

Lo que desde entonces había sucedido, lo ignorábamos... Pero ¿por qué Wilkes, después de haber procurado remontar las longitudes occidentales, no había tenido la idea de buscar paso remontando las orientales?

En este caso hubiera sido posible que la *Paracuta* encontrase alguno de sus barcos.

En suma: lo más difícil era adelantarse al invierno y aprovechar la mar libre, donde toda navegación no tardaría en ser imposible.

La muerte de Dirk Peters había reducido a doce el número de los pasajeros de la *Paracuta*. Esto era lo que restaba de la doble tripulación de las dos goletas: la primera formada por treinta y ocho hombres, y la segunda por treinta y dos; total: ¡setenta!

Pero no se olvide que la expedición de la *Halbrane* había sido emprendida para cumplir un deber de humanidad, y que cuatro de los sobrevivientes de la *Jane* la debían su salvación.

Y ahora, abreviemos. No hay para que extenderse sobre el viaje de vuelta, favorecido por la circunstancia de las corrientes y de la brisa. Por lo demás, las notas que sirvieron para formar este relato no fueron encerradas en una botella arrojada a la mar, y recogida por casualidad en los mares de la Antártida. Las he traído yo mismo; y aunque la última parte del viaje no se haya efectuado sin grandes fatigas, trabajos y peligros, y, sobre todo, sin grandes inquietudes, esta campaña ha tenido nuestra salvación por desenlace.

En primer lugar, algunos días después de la partida de la Tierra dla esfinge, el sol se había al fin ocultado tras el horizonte del Oeste, y no debía reaparecer en todo el invierno.

En medio, pues, de la semiobscuridad de la noche austral, la *Paracuta* prosiguió su monótona navegación. Verdad que frecuentemente aparecían las auroras polares, esos admirables meteoros que Cook y Forster vieron por vez primera en 1773. ¡Que magnificencia en el desarrollo de su arco luminoso, en sus rayos que se ensanchan o recogen caprichosamente, en el resplandor de aquellas opulentas sábanas de luz, que aumentan o disminuyen repentinamente, y convergen hacia el punto del cielo indicado por la línea vertical de la aguja de la brújula! ¡Y qué variedad de formas en los pliegues y repliegues de sus facetas, que se coloran desde el rojo claro al verde esmeralda!

¡Sí! Pero aquello no era el sol; no era astro irremplazable que durante los meses del verano antártico había sin cesar iluminado nuestros horizontes. De la larga noche de los polos se desprende una infidencia moral y física de la que nadie puede librarse, de una impresión funesta y enervante a la que es difícil escapar.

De los pasajeros de la *Paracuta*, únicamente el contramaestre y Endicott conservaban su habitual buen humor, insensibles a los disgustos y a los peligros de aquella navegación. Exceptúo también al impasible Jem West, dispuesto a hacer frente a cualquier eventualidad, y hombre que estaba siempre a la defensiva. Respecto a los dos

hermanos Guy, la dicha de haberse encontrado les hacía olvidar frecuentemente las preocupaciones del porvenir.



En verdad que todo elogio que hiciera de Hurliguerly resultaría pálido... Se animaba uno solo con oírle repetir con su segura voz:

-Llegaremos a buen puerto, amigos míos; llegaremos a buen puerto. Y si pensáis bien en ello, notaréis que durante nuestro viaje las felices casualidades han superado a las malas. Sí... Ya lo sé: hay la pérdida de nuestra goleta... ¡Pobre *Halbrane,* elevada por los aires como una pelota, y precipitada después en el abismo como una avalancha! Pero en compensación hay el *ice-berg* que nos ha conducido a la costa, y la canoa de Tsalal que nos ha unido al capitán William Guy y a sus tres compañeros. ¡Y tened la seguridad de que la corriente y la brisa que nos han arrastrado hasta aquí nos llevarán más lejos aun!... Me parece que la balanza se inclina a favor nuestro. Con tantos triunfos en el juego no es posible perder la partida. ¡Una sola cosa puede causarnos disgusto, y es que vamos a ser repatriados a Australia o Nueva Zelanda, en vez de ir a arrojar el ancla en las Kerguelen, junto al muelle de Christmas-Harbour, ante el *Cormorán Verde!*

¡Gran descorazonamiento, en efecto, para el amigo Atkins; fastidiosa eventualidad!

Durante ocho días la ruta fue mantenida sin desviación al Oeste, ni al Este, y en el 21 de Marzo la *Paracuta* perdió a babor la vista de *Halbrane-Land.*

Doy siempre tal nombre a esta tierra, puesto que su litoral se prolongaba sin discontinuidad hasta aquella latitud, y no era dudoso para nosotros que constituía uno de los vastos continentes de la Antártida.

Claro es que si la *Paracuta* cesó de seguirla, es porque la corriente la llevaba al Norte. Cuando se separaba, redondeábase hacia el Nordeste.

Aunque las aguas de aquella parte de la mar estuviesen libres, aun arrastraban, sin embargo, una verdadera flotilla de *ice-bergs* o *ice-fields,* éstos semejantes a pedazos de un inmenso vidrio roto, aquellos de extensión superficial o de una altura considerables. De aquí las serias dificultades y también peligros incesantes de una navegación en medio de las sombrías brumas, cuando se trataba de maniobrar a tiempo entre aquellas masas movientes, o para encontrar pasos o evitar que nuestra canoa fuese aplastada como el grano bajo la muela.

Además, actualmente el capitán Len Guy no podía conocer su posición ni en latitud ni en longitud. Ausente el sol, y siendo muy complicados los cálculos por la posición de las estrellas, era imposible tomar altura. Así es que la *Paracuta* se abandonaba a la acción de la corriente que impulsaba invariablemente al Norte, según, las indicaciones de la brújula. Sin embargo, teniendo en cuenta su velocidad media, había motivo para creer que en el día 27 de Marzo nuestra canoa se encontraba entre los paralelos 68 y 69, es decir, salvo error, solamente a unas setenta millas del círculo antártico.

¡Ah!... ¡Si en el curso de esta peligrosa navegación no hubiera existido ningún obstáculo!; si hubiera estado asegurado el paso entre la mar interior de la zona austral y los parajes del Océano Pacífico, la *Paracuta* hubiera podido llegar en pocos días al límite de los mares australes. Pero algunos centenares de millas más, y el banco de hielo presentaría su inmóvil muralla; y a menos que hubiera algún paso libre,

sería preciso contornearle por el Este o el Oeste... Verdad que una vez franqueado...

Y bien: una vez franqueado estaríamos a bordo de una frágil embarcación, sobre aquel terrible Océano Pacífico, en la época del año en que redoblan las tempestades, y en que los barcos no soportan impunemente los golpes de mar.

No queríamos pensar en ello... El cielo vendría en nuestra ayuda.

Seríamos recogidos... Sí... Seríamos recogidos por algún navío.

El contramaestre lo afirmaba, y no había sino creer al contramaestre.

Entretanto, la superficie del mar comenzaba a condensarse, y fue preciso varias veces romper los *ice-fields* a fin de abrirse paso.

El termómetro no marcaba más que 4º (15º 56' c. bajo cero).

Sufríamos mucho con el frío y los rafales en aquella embarcación sin puente, aunque estuviéramos provistos de gruesas mantas.

Afortunadamente había carne en conserva para algunas semanas, tres sacos de galleta y dos barriles de ginebra intactos. El agua dulce nos la procuraban los témpanos fundidos.

Durante ocho días, hasta el 2 de Abril, la *Paracuta* debió aventurarse entre las cimas del banco de hielo, cuya cresta se perfilaba a una altura comprendida entre setecientos y ochocientos pies sobre el nivel del mar. No se podían ver sus

extremidades ni al Poniente ni al Levante, y si nuestra canoa no encontraba un paso libre, no conseguiríamos franquearle.

Gracias a la más dichosa de las casualidades, se encontró el paso y seguimos por él en medio de los mayores peligros. ¡Sí! Hubo necesidad de todo el celo, de todo el valor, de toda la habilidad de nuestros hombres y de sus jefes para salir airosos en el empeño. A los dos capitanes Len y William Guy, al lugarteniente Jem West y al contramaestre debemos gratitud eterna.

Estábamos al fin sobre las aguas del Sur-Pacífico.

Pero durante la larga y penosa travesía nuestra embarcación había sufrido mucho. Usado su calafateo y amenazando separarse sus tablones, hacía agua por más de una costura. Se la vaciaba sin cesar, pero embarcaba mucha agua.

Verdad que la brisa era suave, la mar más en calma de lo que podía esperarse, y el verdadero peligro no estaba en los riesgos de la navegación. Venía de que en aquellos parajes no había a la vista ni navío ni ballenero, recorriendo los lugares de pesca. En los primeros días de Abril estos lugares quedan abandonados, y nosotros llegábamos con retraso de algunas semanas.

Como debíamos saber luego, hubiera bastado con estar allí dos meses antes para encontrar los barcos de la expedición americana.

Efectivamente: el 21 de Febrero, por 95º 50’ de longitud y 64º 17’ de latitud, el lugarteniente Wilkes exploraba aquellos mares con uno de sus navíos, el *Vincennes,* después

de haber reconocido una extensión de costas que se desarrollaba sobre setenta grados de Este a Oeste.

Luego, como la mala estación se aproximaba, había virado de bordo y vuelto a Hobart-Town, en Tasmania.

El mismo año, la expedición del capitán francés Dumont d'Urville, que partió en 1.838, en una segunda tentativa para elevarse al polo, reconoció el 21 de Enero la tierra Adélie, en los 66º 30' de latitud y 38º 21' de longitud oriental, y después, el 29 de Enero, la costa Clarie en los 64º 30' y 129º 54'. Terminada su campaña, después de estos importantes descubrimientos, el *Astrolabe* y la *élée* abandonaron el Océano Antártico, poniendo el cabo hacia Hobart-Town.

Ninguno de estos barcos se encontraba, pues, en estos parajes, y cuando la *Paracuta,* aquella cáscara de nuez, se vio sola más allá del banco de hielo, en una mar desierta, pensamos que no era posible salvarnos.

Mil quinientas millas nos separaban entonces de las tierras más próximas, y el invierno databa de un mes...

El mismo Hurliguerly reconoció que acababa de faltarnos la última probabilidad, con la que contaba.

El 6 de Abril estábamos al fin de nuestros recursos; el viento comenzaba a refrescar, y la canoa, violentamente sacudida, amenazaba hundirse.

-¡Navío!

Esta palabra fue arrojada por el contramaestre, y en el mismo instante distinguimos un barco, a cuatro millas de distancia al Norte, bajo las brumas.

Inmediatamente hicimos señales, que fueron vistas. Después de ponerse al paso el navío, echó su bote mayor a la mar para recogernos.

Era el *Tasman,* un tres-mástiles americano de Charleston, en el que fuimos cordialmente recibidos. El capitán trató a mis compañeros como si fueran compatriotas suyos.

El *Tasman* venía de las islas Falkland, donde había sabido que siete meses antes la goleta inglesa *Halbrane* se había dirigido hacia los mares australes en busca de los náufragos de la *Jane.* Pero como la estación avanzaba y la goleta no aparecía, se pensó que se había perdido en las regiones antárticas.

Aquella última travesía fue rápida y feliz. Quince días después el *Tasman* desembarcaba en Melbourne, provincia de Victoria, de Nueva Holanda, a los tripulantes de las dos goletas que habían sobrevivido, y allí fueron pagadas a nuestros hombres las primas ofrecidas, y bien ganadas realmente.

Los mapas nos indicaron entonces que la *Paracuta* había desembocado en el Pacífico entre la tierra Clarie de Dumont d'Urville y la tierra Fabricia, reconocida por Belleny en 1838.

Así terminó aquella aventurada y extraordinaria campaña, que costó tantas víctimas. Y para decirlo todo, si los azares y las necesidades de la navegación nos arrastraron hacia el polo austral más lejos del punto a que nuestros predecesores llegaron, si hasta pasamos el eje del globo terrestre..., ¡cuantos descubrimientos de incalculable valor quedan aun por hacer en tales parajes!

Arthur Pym, el héroe tan brillantemente celebrado por Edgard Poe, mostró el camino... ¡Síganle otros, y vayan a arrancar al Esfinge de los hielos los últimos secretos de la misteriosa Antártida!

FIN DE LA NOVELA.